

Selecciones

N° 47. Julio 2026

UN PAPA ARTICULADO



alza la mirada (Jn 4,35)



Selecciones

Selecciones es una publicación de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales (CECS).

En sus páginas se **recogen artículos, informaciones y documentos de la actualidad**, que pueden ser útiles y de interés para conocer el mundo en que vivimos y cuestiones que pueden facilitar la misión evangelizadora de la Iglesia.

Puede recibir ***Selecciones*** en su dispositivo móvil suscribiéndose a través de **Whatsapp** y en **Telegram**.

comunicaciones.conferenciaepiscopal.es

Fotografía de portada: Kike Rincón / Europa Press

Introito

Esta vez se nos ha ido la pinza y hacemos un Selecciones raro pero creo que necesario. Una de las cosas que nos planteamos en este número es cómo hacer visible la importancia de la visita del Papa León XIV a España y su trascendencia con una mirada ecuánime. En todas partes se ha hablado del éxito de la visita del Papa, de sus mensajes, de sus palabras... Pero cualquiera podría pensar que eran valoraciones hechas desde la pertenencia o incluso desde la militancia. Por eso nos fuimos al otro lado.

Es obvio que los acontecimientos religiosos no suscitan mucha atención mediática y mucho menos comentarios de opinadores. Pero nos pareció relevante ver cuánto y cómo han tratado los columnistas de la prensa la visita del Papa y con eso construimos este Selecciones. Hemos recogido 109 artículos publicados durante esa semana de la visita en ABC, El Debate, El Mundo, El País, La Razón y La Vanguardia. Los hay de todo tipo y calado, con posicionamientos muy diversos sobre la visita del Papa, su sentido, su valor o su oportunidad.

Después de leerlos todos, o solo la mitad, hay una conclusión que no puede faltar: la presencia del Papa ha supuesto un revulsivo del columnismo patrio para entender y acoger la presencia del Papa en España y su mensaje. Y otra cosa más, nadie podrá decir, pasados muchos años, que aquel viaje solo movilizó a los de siempre con lo de siempre. Con todo lo que lean de este número les puede quedar una idea muy muy amplia de todos los aspectos de este viaje, de su relevancia y de lo que supuso la presencia del Papa León XIV en esta piel de toro.

Índice

ABC

Alzad la mirada

La visita coincide con un momento espiritual interesante. Contra pronósticos simplificadores, se dan nuevas búsquedas religiosas, especialmente entre jóvenes. Ahí radica el verdadero alcance de la visita: León XIV no solo se dirigirá a los practicantes, trae un mensaje trascendente a la ciudad entera. Por José Cobo Cano en *ABC*

¡Ya!

En Barcelona, acompañados del Papa, alzaremos la mirada y contemplaremos la cruz que corona la torre de Jesucristo de la basílica de la Sagrada Familia. La majestuosa cruz de Jesucristo irradiará luz y la veremos desde muchos puntos de Barcelona. Antoni Gaudí quería finalizar esta torre mostrando a Jesucristo, el Hijo de Dios, que da su vida por todos nosotros. Por Juan José Omella en *ABC*

La belleza que alza la mirada

Al alzar la mirada por la belleza, se alza también cada rostro humano. Cada persona es portadora de una belleza que merece ser mirada, no solo tolerada o

administrada. Lévinas lo formuló sin matices: la primera enseñanza moral procede del rostro del otro; no se argumenta, se mira. Por Rafael Domingo Oslé Ramón en *ABC*

Una juventud bienaventurada

Más allá de las estadísticas, la juventud española ha recobrado una mirada bienaventurada. La fe no es para los más jóvenes un refugio cuando el fracaso, ni tampoco un consuelo ante las contrariedades. El catolicismo se ha reivindicado durante estos últimos años como la mejor excusa para brindar y hasta como pretexto para el gozo matrimonial. Pablo Mariñoso de Juana en *ABC*

La silla de Pedro

Robert Prevost ha demostrado en el año de pontificado su autonomía de criterio. Es más templado y hábil que Francisco a la hora de abordar problemas complejos. Tiene una misión que cumplir, una doctrina que impartir, y sabe hacerlo al margen del contexto en que tratan de situarlo los intereses ajenos. Por Ignacio Camacho en *ABC*

Alzad la mirada: serenidad, diálogo, verdad

León XIV recuerda que la verdadera realización no nace de la eliminación de las fragilidades, sino de la libertad y la responsabilidad entrelazadas con el cuidado recíproco y la solidaridad, y que el progreso se mide por el respeto a la dignidad de cada persona y por el bien común de los pueblos. Por Julio L. Martínez, SJ en *ABC*

Gracias, Santo Padre

León XIV nos trae a España, para que la divulguemos, la Palabra. ¡Quién diría que desde un territorio oculto en la luminosidad de los Andes, la tierra de

Chiclayo, se veían con claridad las venturas y riesgos del tiempo presente en todo el planeta azul! Por Santiago Aráuz de Robles en *ABC*

León ante el abrazo del oso

León XIV, que es el vicario de quien supo escapar de un sepulcro, sabrá cómo escapar a este abrazo del oso donde, lamentablemente, actúan como entusiastas mamporreros quienes más obligación tienen de protegerlo. Por Juan Manuel de Prada en *ABC*

León XIV ante el faraón

Hay quien piensa que creer es dejar de buscar o de pensar, y no. La fe es para buscar más, para hacer la travesía de la vida con el máximo de vela, a todo trapo. Por Cristina López Schlichting en *ABC*

Una conciencia vestida de blanco

El jefe de la Iglesia no viene a ganar votos sino a abrir espacios de esperanza en un país atribulado. Y algún carisma debe de traer consigo cuando no hay liderazgo civil o laico capaz de suscitar el entusiasmo multitudinario despertado por quien a fin de cuentas es sólo un cura vestido de blanco. Por Ignacio Camacho en *ABC*

Inicio del camino abierto por León XIV

El Papa nos invita a todos, clérigos y laicos, pues es camino sinodal para participar y proponer cómo mejorar y pasos a dar para una mejor evangelización sobre el amor, el matrimonio y la familia, a la luz de la estela que nos abrió, con su luminoso mensaje de esperanza, la exhortación apostólica '*Amoris Laetitia*'. Por Rosa Corazón en *ABC*

Dios es la falta que nos hace

Dios va siempre sobre nosotros y sobre nuestra sed de su voz. Dios es la falta que nos hace, nuestro vacío, nuestra soledad, y nuestra necesidad de pedir perdón y de ser perdonados. Por Salvador Sostres en *ABC*

[‘Palito’ para ultras... y todos](#)

León XIV nos noqueó ayer, directamente y sin anestesia: «La tentación de ganar popularidad avivando el fuego de las polarizaciones parece crecer, en lugar de disminuir». En su primer discurso en el Palacio Real nos describió: dime a quién odias y te diré quién eres. Por Cristina López Schlichting en *ABC*

[Me gustan los Papas que vienen a España](#)

El Papa no ha venido a España solo. Le acompañan un número no menor de los más grandes santos de nuestra historia. Nos trae la compañía de la vida y de verdad para recordarnos cómo se hace un cristiano. Por Francisco José Serrano en *ABC*

[León contra las ideologías](#)

León XIV logró nombrar el pecado más característico de nuestra época, que es la negación de la realidad, la convicción mentecata de que las cosas no existen por sí mismas, sino tan sólo como proyección de nuestra subjetividad. Por José Manuel de Prada en *ABC*

[El sonido del silencio](#)

Al Papa le preguntaron los jóvenes el sábado cómo reconocer la llamada en un mundo lleno de ruido. Y apeló al silencio, a la experiencia de apagar el estrépito social que impide el discernimiento de lo relevante y sumerge la búsqueda de lo esencial bajo una avalancha de mensajes vacíos. Por Ignacio Camacho en *ABC*

Papamanía

La figura de León XIV se agiganta a cada paso, comienza la ‘papamanía’ y se instala la sensación de que algo está cambiando. Ha llegado el hombre adecuado, en el momento adecuado. Por José F. Peláez en *ABC*

Silencio, reza un hombre

El espectáculo de ver al Papa León vencido delante de la Hostia Santa jamás se me va a olvidar. Un palio, un hombre quieto y su Dios. Por Cristina López Schlichting en *ABC*

Memoria histórica, humanidad renovada y mirada a Europa, las claves para leer entre líneas al Papa

Para responder al clima actual, lo que se necesita es cultura, que lo es de la interioridad, y por tanto destinada a «una educación libre y de calidad, necesitamos trascendencia». Por José Francisco Serrano Ocea en *ABC*

Cincuenta minutos de silencio

Dios habla en susurros que a veces son clamores como este que hemos vivido: un silencio de una hora de ancho y dos mil años de profundidad, elocuente más allá de los mil estruendos de nuestro tiempo, de la queja, de la turra y del barullo. Por Chapu Apaolaza en *ABC*

Flores de santidad

Lo que parece claro es que el ‘Papaleone’, como le dicen los italianos, no ha venido a derramar almíbar a cambio de que le rindan pleitesía. Ha desplegado en los primeros días toda una exhibición de carisma, pero sabe muy bien cuál

es la misión de esta primera visita a un foro europeo y quiere que se oiga bien la doctrina. Por Ignacio Camacho en *ABC*

Ocho Papas

Los Papas ejercen un poder moral que marca la historia y la vida de los hombres. La personalidad de cada Pontífice ha influido mucho en la Iglesia. Los cardenales le eligen, pero es imposible prever el rumbo de cada Papado. León XIV nos puede sorprender. Por Pedro García Cuartango en *ABC*

Un León entre multitudes

No ha existido ninguna conversación en los últimos días en la que no se haya ponderado lo sabio, sereno, simpático, profundo y carismático que es este agustino yanqui. Que Dios me perdone pero esas manifestaciones tumultuosas de fervor incendiario siempre me han parecido un horror. Por Luis Herrero en *ABC*

El Papa de los bebés

La soledad no deseada es el fruto de una sociedad que lleva desde los años ochenta tratando con desdén la manera en que funciona la vida: con el tejido de redes familiares, esto es, con parejas que hacen matrimonios, matrimonios que hacen hijos, hijos que tienen primos, tíos y abuelos, hijos que se casan y vuelta a empezar. Por José Luis Ruiz Bartolomé en *ABC*

Quédese un poco más, Santidad

Todos sabemos que será un espejismo. Que en cuanto levante el vuelo camino de Roma el avión pontificio, la sociedad regresará a su pasatiempo favorito, el de la discordia civil y el cainismo político. Por Ignacio Camacho en *ABC*

Su Sanchidad y el Papa de los bebés

Hoy un niño, y no digamos ya un niño enfermo al que los médicos recomendarían abortar porque no va a saber contar hasta ocho con seis años o porque le falta una manita, encarna la rebeldía de un humanismo que ha vencido a la muerte. La alegría de un niño al que el Papa levanta en brazos, su inocencia a prueba de cinismo, constituye un grito en favor de la vida que resulta hoy tremendamente provocativo. Por Chapu Apaolaza en *ABC*

No podemos matar al inocente

Frente el eufemismo entronizado como burladero moral, León XIV ha llamado a las cosas por su nombre. Frente a la mentira elevada a la condición de dogma 'progresista', ha dicho la verdad. Por Isabel San Sebastián en *ABC*

Caridad y libertad religiosa

La doctrina social católica siempre ha reconocido el derecho a emigrar de todos los hombres, subsidiario del «derecho a un espacio vital familiar en su lugar de origen»; y el Papa León no ha hecho sino reiterar esa enseñanza cuando ha afirmado que «existe un derecho a buscar refugio, pero antes un derecho a permanecer en la propia casa». Por Juan Manuel de Prada en *ABC*

Magnífica humanidad

Va a ser difícil olvidar estos días. Hemos sido interpelados a dar pasos y, como consecuencia, hemos sido interpelados a ayudar a que otros los den, algo que va a requerir de generosidad y paciencia por parte de todos. Por José F. Peláez en *ABC*

Toca hacer la digestión del viaje del Papa

Ahora nos quedan los discursos y su interpelación a nuestra conciencia. Queda reflexionar, sin exclusiones, sobre lo que ha supuesto este viaje para la sociedad y para la Iglesia. Lo hará no solo la Conferencia Episcopal. Por José Francisco Serrano Ocea en *ABC*

EL DEBATE

La misa del Papa que yo no habría querido vivir

Este Papa que nos llama a una nueva humanidad también ha venido por nosotros. También nos bendice. También nos da a Jesús. Y nos dice, también a nosotros, y quizás especialmente a nosotros, que nuestra fuerza, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra luz y nuestro horizonte está en el Crucificado Resucitado. Por José Antonio Méndez en *El Debate*

Un Papa en el Congreso de los Diputados

El Papa León XIV ya ha indicado que su pontificado se caracterizará por una fuerte orientación hacia la paz, la justicia y la verdad; lo cual es una necesidad y un anhelo compartido por todos los individuos y pueblos de la tierra. Por Roberto Esteban Duque en *El Debate*

El silencio que rompe la espiral

Que hay un resurgir de la religiosidad y una búsqueda constante de la verdad es un hecho irrefutable que tiene sus signos visibles en algunos cantantes, unas cuantas películas y series y un buen número de famosos que hacen profesión pública de su fe. Por María Solano Altaba en *El Debate*

El ascua del Papa y las sardinas de la desinformación

El ascua del Papa irradia una luz que nadie puede apagar, porque no es la suya, por brillante orador que sea, por cierto, en perfecto castellano, sino la de Cristo al que representa como vicario en la tierra. Por María Solano Altaba en *El Debate*

En qué idioma habla Dios

El viaje de León XIV a España está resultando todo un éxito. Su intervención en el Congreso de los Diputados en la mañana de ayer se puede calificar de histórica, ya que es la primera vez que un Papa se dirige a las Cortes españolas en la sede de la soberanía nacional. Por Bieito Rubido en *El Debate*

León XIV nunca necesitó a Rosalía

Si alguien había pensado alguna vez que el Papa necesitaba a Rosalía para llegar a los jóvenes, León XIV ha demostrado en sus intervenciones en España que se basta y se sobra para hacerlo. En Madrid demostró que puede encandilar a multitudes, y en Barcelona, que es un padre atento al dolor íntimo de las personas Por Guillermo Altarriba Vilanova en *El Debate*

Una lección de fe y de ciudadanía

El mundo entero ha puesto los ojos en España y, de manera muy especial, en su capital. Lo que las pantallas y las crónicas han transmitido a los cinco continentes es la estampa de una sociedad desbordada de fe, pero rigurosamente encauzada en el respeto mutuo. Por Antonio Ledezma en *El Debate*

Cuando el Papa León XIV cogió el toro de la inmigración por los cuernos

Los que esperaban un discurso ideológico con el que apuntarse el tanto del votante católico, se han encontrado con un mensaje de esperanza

fundamentado en la fe del que abraza la cruz de Cristo y cree en la salvación, y con una aproximación realista y certera a la cuestión de los flujos migratorios. Por María Solano Altaba en *El Debate*

EL MUNDO

Luis Argüello, presidente de la Conferencia Episcopal: “Quiera Dios que la visita inaugure una nueva etapa en España”

A pocos días de la llegada de León XIV a España, el presidente de la Conferencia Episcopal recibe a El Mundo para explicar su visión de un viaje histórico. Por Jorge Bustos en *El Mundo*

Mensajes, símbolos y riesgos de la visita de León XIV a España

En conjunto, la visita de León XIV a España presenta una estructura equilibrada y una densidad simbólica destacada. La combinación de actos pastorales, presencia institucional y atención a las periferias configura un itinerario coherente, con capacidad para proyectar una imagen de Iglesia atenta a la vida real de las personas y a los grandes debates de la sociedad. Por Rafael Navarro-Valls en *El Mundo*

Espanoles que intuyan la luz en la oscuridad

El Papa agustino, misionero y matemático, sabe que el hombre no florece a pesar del límite sino a través de él. Sabe también que el verdadero realismo no reduce la política a la moralidad, pero tampoco la entrega a la violencia. Por Jorge Bustos en *El Mundo*

Un privilegio que no debe ser secreto

La amabilidad de su rostro –redondo, juampablesco, destinado, en definitiva, a la mitra de Roma– pone un poco de azúcar a la píldora que da. El catolicismo que se predica y no se practica no entusiasma al Papa. Por Charo Lagares en *El Mundo*

León XIV en la España fracturada

León XIV no vino sólo a certificar una fractura, sino a recordar dónde puede España reencontrarse: en la noción del bien común, la unidad y la concordia. La responsabilidad es de todos: de nada sirve creer que es siempre de los otros. Aquí, como en pocos lugares de Occidente, la crisis de la convivencia y la necesidad de una renovación moral se han convertido en verdades inseparables. Por Joaquín Manso en *El Mundo*

Un líder religioso en las Cortes Generales

La invitación extendida a un líder religioso como el Papa León XIV para que dirija un discurso a las Cortes Generales es un reconocimiento institucional al valor del discurso religioso –y, específicamente, de la tradición católica– en la esfera pública, que no contradice el significado constitucional de la laicidad. Por Víctor J. Vázquez en *El Mundo*

Theos va al Congreso

Una que se dice atea les asegura que este es el discurso de mayor hondura moral e intelectual que ha escuchado desde que llegó al Congreso, sin necesidad de compartir todo su contenido. En otro tiempo anticlerical, hoy solo puedo reconocer que, si Europa es liberal, lo es a fuer de cristiana. Por Aurora Nacarino-Brabo en *El Mundo*

Y en el Movistar Arena se ovacionó a los poetas

En medio del jolgorio, qué pensará León XIV, un hombre que hace no tantos años convivía en pueblos difíciles, pobres, a desmano, asistiendo a ciudadanos invisibles y comunidades indígenas de Perú y que algunos mediodías encontraba la iluminación interior ante un arroz con muslo de pato asado y pastel de peras. Por Antonio Lucas en *El Mundo*

[El Papa que no cabía en el Congreso](#)

En realidad, lo más saludable del discurso del Papa no fue que suscitara un acuerdo forzosamente transversal, sino que invitase respuestas y discrepancias muy distintas de las que suelen ocupar nuestro debate público. Por David Jiménez Torres en *El Mundo*

[El Papa examina a la Iglesia española](#)

El Papa ha hablado a los obispos de los problemas que se suscitan en la vida interna de la Iglesia. Él los conoce bien como misionero, superior de orden religiosa, obispo y miembro de la curia. Sabe que vivimos en un mundo secularizado, en el que apenas se plantea la vocación a la vida sacerdotal o religiosa. Por Oriol Trillas en *El Mundo*

[León XIV contra la tecnología sin rostro](#)

La crítica de León XIV se inscribe en dos corrientes académicas: la primera proviene de la teoría de medios y señala que la tecnología, queramos o no, transforma el entorno social que habitamos. La segunda procede de la filosofía y la sociología de la tecnología e incide en que el diseño de un sistema no solo responde a desafíos técnicos, sino que incorpora los valores e intereses de sus responsables. Por Ángel Díaz en *El Mundo*

[Prevost recuerda a los diputados que hay una legitimidad previa](#)

Pocas veces alguien le habrá recordado a un parlamento democrático hasta qué punto está supeditado a la teonomía, o sea, a una ley cuyo fundamento último es dios y que precede y supera por igual la autonomía del individuo y la heteronomía de la asamblea: el orden trascendente al que la persona humana debe conformarse. Por Arcadi Espada en *El Mundo*

[El Papa dijo 'cultura' y los otros no entendían](#)

En tres días de festival en Madrid ha lanzado más veces por la boca este concepto que la mayoría de políticos en la última legislatura. Eso sugiere algo, me parece. No se refiere a la cultura que algunos partidos aporrean confundiendo creación con subvención, sino a esa manera humana de contornearse mejor y comprender complejidades y diferencias y desafíos y desacuerdos. Por Antonio Lucas en *El Mundo*

[La IA al servicio de las personas](#)

El desafío que plantea la IA no admite respuestas fragmentadas. No se trata solo de proteger el empleo existente, aunque eso sea urgente e irrenunciable. Se trata de decidir qué relaciones laborales queremos en la era digital y quién controla el proceso que nos lleva hacia ellas. Por Pepe Álvarez en *El Mundo*

[El fracaso de la mal llamada Iglesia catalana](#)

Resulta significativo que las parroquias más pujantes de Barcelona se encuentren tanto en la parte alta de la ciudad –más conservadora– como en Nou Barris y otras zonas periféricas donde se concentra la inmigración. La vieja asociación entre catalanismo e identidad católica hace tiempo que dejó de describir la realidad social catalana. Por Oriol Trillas en *El Mundo*

[Para cuando el Papa se haya ido](#)

En un mundo donde las naciones siguen siendo la forma política dominante, por lo demás, no deja de ser interesante que el cristianismo se presente como una colectividad sin territorio: será cristiano quien ejerza como tal allí donde esté. Por Manuel Arias Maldonado en *El Mundo*

[El hemicycle como púlpito](#)

La religión participa de tres rasgos que la distinguen de cualquier querencia privada: pretensión de verdad, texto revelado como criterio último y vocación de universalidad. No dice «esto es bueno para mí»; dice: «esto es bueno». No dice «vive así si quieres»; dice: «todos deberían vivir así». Por Félix Ovejero en *El Mundo*

[El Papa y el nuevo Atila](#)

León XIV esgrime desde España un ajado manual de derecho internacional y una rama de olivo cada día más seca. Invocando el diálogo y hasta la santa paciencia, aquella virtud que todos perdimos en el primer scroll infinito de cuando X era Twitter. Por Fátima Ruiz en *El Mundo*

[La esperanza desde la lucidez](#)

La esperanza, lejos de ser una alternativa a la lucidez, es la forma que ésta adopta cuando se niega a convertirse en resignación. No suaviza la realidad; la torna habitable porque la mira sin abdicar. Por Ana Palacio en *El Mundo*

[A la estela del Papa](#)

Siete crónicas del viaje apostólico de León XIV a España del 6 al 12 de junio de la mano de un corresponsal español en Italia y el Vaticano. Por Manuel Tori en *El Mundo*

EL PAÍS

La dudosa laicidad española

Los privilegios todavía vigentes del catolicismo han de desaparecer. Por ejemplo: las escuelas concertadas que en España, y también en Francia, se subvencionan con el dinero público. El principio laico, en este aspecto, es claro: el dinero público ha de destinarse a lo que es público, como los hospitales u otros servicios. Por Henri Peña-Ruiz en *El País*

Una riada blanca y amarilla sin sobresaltos

¿Qué considera que nos ayudaría a reconocer la voz de Dios entre otras muchas voces?, preguntó un joven. La cuestión, en verdad, es enjundiosa. El papa León la esquivó a lo grande, quizá viniéndose un poco arriba: para reconocer la voz de Dios, es necesario el silencio. Por Manuel Jabois en *El País*

Prevost, el Papa de la sociedad postsecular

Es muy posible que el Papa sea el primero que ha tomado plena conciencia de esta condición postsecular de nuestras sociedades. Basta observar las reacciones a su encíclica Magnifica Humanitas para advertir cómo, en efecto, está diseñada con una ambición que desborda el ámbito de los fieles católicos. Por Fernando Vallespín en *El País*

León XIV, el pacificador

Los españoles van a conocer de cerca a un Papa que en realidad el mundo aún conoce poco. Ha pasado de ser un misterio, alguien aparentemente pusilánime, a convertirse en dos meses en una sorprendente revelación, desde que a mediados de abril chocó con Donald Trump y hace dos semanas publicó una encíclica de gran calado político, un alegato contra el tecnofascismo de Silicon Valley. Por Íñido Domínguez en *El País*

No tan magnífica: la encíclica del Papa sobre la IA no está a la altura

La primera encíclica del papa León XIV, dedicada en su mayor parte a la inteligencia artificial, ha tenido enorme repercusión en todo el mundo. Es muy comprensible, dado que no es habitual que la Iglesia católica muestre tanto interés por las cuestiones relacionadas con los avances tecnológicos. Por Éric Sadin en *El País*

La esperanza de León

Cualquiera que preste el oído a las palabras de Prevost, creyente o no, descubrirá que el Papa es un hombre que habla con palabras insólitas para nuestros días. Su gramática moral y los afectos que invoca se parecen muy poco al modo en el que hablan las élites políticas, mediáticas e intelectuales. Por Diego S. Garrocho en *El País*

Los olvidados por el algoritmo

León XIV es todo menos un Papa antirredes. Utiliza muchas de las herramientas de la cultura digital para cuestionar algunos de sus efectos más problemáticos. Su equipo moviliza *influencers*, diseña eventos pensados para ser compartidos y genera imágenes de enorme potencia emocional. Por Carmela Ríos en *El País*

El Papa debería haber ido más allá en lo que respecta a la IA

El puñado de personas que está desatando esta tecnología en el mundo se guía por una ideología de control (sobre la humanidad) y por la convicción de que las máquinas son, sin excepción, superiores a los humanos. León XIV tiene razón al exigir claridad moral y un debate serio a nivel de toda la sociedad. Por Daron Acemoglu en *El País*

¿Es correcto que se invite al Papa a hablar en el Parlamento de un país aconfesional?

León XIV fue el lunes el primer papa en la historia en dar un discurso ante las Cortes Generales españolas. ¿Hablabas como líder religioso o como jefe de Estado? Esta doble condición impregna no solo lo que dijo, sino el acto en sí. Por Rafael Domingo Oslé y Juan G. Bedoya en *El País*

Actos y autos de fe

Nada es simple, ni fácil. La misma Iglesia católica que se alía con los ricos y con la derecha española para privatizar cada vez más la educación, ejerce a través de Cáritas y de sus voluntarios una asistencia imprescindible a quienes ese amigo mío que me ayudó a leer de otro modo el Evangelio llama “los últimos de los últimos, los que no quiere nadie”. Por Antonio Muñoz Molina en *El País*

Arsa la mirada

El lema, más allá de la reflexión dialectológica a la que me arrastra, también me interpela: hay que subir los ojos, alcemos la mirada. Alcémosla para no caer en el tópico provinciano de pensar que nuestra lengua (sea el español o el catalán), encerrada en la capilla de nuestras certezas políticas, constituye la única medida legítima de todas las cosas. Por Lola Pons Rodríguez en *El País*

Explícaselo a un niño

En estos días en los que algunos andan escandalizados porque el Papa haya defendido en el Congreso la acogida del inmigrante o la vida desde la concepción hasta el ocaso pensaba en cómo sería intentar explicarle la legitimidad de la “prioridad nacional” que defienden unos a un niño, pero también del derecho al aborto libre que defienden otros. Por Ana Iris Simón en *El País*

Los silencios del papa Prevost

El Papa ha logrado que un país con 1.621 acusados de abusos a más de 3.000 víctimas documentadas hable durante una semana de migración, humanismo, polarización... y sólo marginalmente de los abusos. ¿Por qué aceptamos este desplazamiento? Por Máriam Martínez-Bascuñán en *El País*

Un León despedazado

Siete minutos de aplausos. Al estilo de un congreso del Partido Comunista soviético. Aplaudieron todos, pero no por lo mismo, contentos como niños con su pedazo de Papa en la boca. León XIV, sin pretenderlo, terminó personificando las palabras de san Pablo cuando dijo aquello de ser todo para todos los hombres. Por Elvira Lindo en *El País*

LA RAZÓN

José Cobo: "El Papa nos ha pedido disculpas por el lío en el que nos ha metido"

El cardenal arzobispo de Madrid, José Cobo, sabe que el Papa no ha elegido la capital como un añadido a Barcelona y Canarias. El Pontífice agustino quería estrenarse en Europa y en Iberoamérica entrando por la Villa y Corte. Por José Beltrán en *La Razón*

Omella: «El arte de Gaudí alza la mirada hacia los pobres»

"La figura de Gaudí tiene una dimensión única, es una figura poliédrica. Por un lado, aparece el gran arquitecto, el llamado arquitecto de Dios. Por otro, el artista contemplativo, capaz de descubrir la belleza del mundo y de ir más allá de ella. La encíclica «*Magnificat Humanitas*» nos recuerda

precisamente que en el mundo no solo está la creación, sino también el ser humano". Por José Beltrán en *La Razón*

Xabier Gómez García, Obispo de Sant Feliu de Llobregat: «La Iglesia abraza todas las lenguas»

El Papa llegará a Montserrat como peregrino. Montserrat es el corazón espiritual de Cataluña y hoy es de todos. Tiene una larguísima tradición de hospitalidad y de servicio a la espiritualidad y a la cultura. Por José Beltrán en *La Razón*

El obispo de Tenerife: «Los migrantes no pueden ser tratados como objetos»

Hablamos de una isla, el Hierro, con una población limitada que se ha visto superada en infraestructuras y recursos. Ha habido años en los que han llegado hasta 24.000 migrantes a una isla con apenas entre 9.000 y 10.000 habitantes. Por José Beltrán en *La Razón*

María González: «El Papa se ha convertido en el mejor influencer de Cáritas»

Si hay una organización que ha estado omnipresente en prácticamente todos los encuentros que León XIV ha mantenido en España ha sido Cáritas. A los testimonios en primera persona de quienes están siendo acompañados por la plataforma social de la Iglesia se suman la voz de anuncio y de denuncia de los voluntarios y trabajadores que han sido escuchados lo mismo en Madrid y Barcelona, que en Canarias. Por José Beltrán en *La Razón*

El Papa, con el Rey y con el pueblo

León XIV comprobará de cerca el estado del catolicismo en España. Puede que no esté en su mejor momento, aunque se observa un cierto despertar

religioso en la juventud y una eclosión en las manifestaciones de piedad popular Por Abel Hernández en *La Razón*

[El Papa, la democracia y la verdad con Sánchez al fondo](#)

León XIV, en su encíclica, advierte de los peligros de deshumanización que supone la Inteligencia Artificial (IA), además de pronunciarse en contra de todas las guerras, sean las que sean. Eso significa que se enfrenta a los multimillonarios, tecnooligarcas, tecnofascistas y, claro, de rebote, a Trump. Por Jesús Rivasés en *La Razón*

[Alzad la mirada](#)

Cristo invita a sus discípulos a ver más allá de su pequeño mundo, de apariencias, de divisiones entre judíos y samaritanos; trabajemos con Él y cosecharemos fruto si dejamos el ensimismamiento y las preocupaciones que nos encierran en nosotros mismos. Por Lydia Jiménez en *La Razón*

[Llega Pedro](#)

Para muchos creyentes, la historia transmite una idea importante: la autoridad espiritual no se basa en la perfección personal, sino también en el arrepentimiento, la fidelidad posterior y la capacidad de aprender de los propios errores. Por Marina Castaño en *La Razón*

[¡Bienvenido a España, León XIV!](#)

León XIV es el tercer Papa en ejercicio que visita nuestro país, tras las cinco visitas apostólicas de San Juan Pablo II y las tres de Benedicto XVI, siendo la de agosto de 2011, con la JMJ, la última recibida hasta la actual de León XIV. Por Jorge Fernández Díaz en *La Razón*

[Las raíces cristianas de España siguen muy vivas](#)

No puede olvidarse que el Occidente cristiano está sumido en un intenso proceso de descristianización y pérdida de la fe. Proceso al que España no es ajeno, obviamente, pero hay signos que muestran que nuestras profundas raíces cristianas todavía aportan savia de vida a nuestra actual sociedad. Por Jorge Fernández Díaz en *La Razón*

Una visita histórica en un clima de acuerdos

Es evidente que existen también diferencias legítimas entre el Gobierno de España y la Iglesia, pero el actual clima de respeto, así como los acuerdos alcanzados, y la garantía constitucional de la libertad religiosa ayudan a dirimir las en base a una relación de respeto mutuo. Por Félix Bolaños en *La Razón*

Otro Papa coherente con la labor histórica de la Iglesia

Hay que entender la labor ecuménica que desde hace tiempo preside la labor de los Papas y que es razonable con el objetivo de buscar un mundo mejor. Por Francisco Marhuenda en *La Razón*

El Papa León XIV en España, periferia de la fe

El Papa León XIV no habla de política y, sí nos ayuda a que lo opinable se mueva dentro de un orden objetivo asentado en la verdad esencial sobre la dignidad infinita. La dignidad humana es indisponible y no es objeto de discusión ni de consenso, porque es trascendente. Por Jorge Castro Trapote en *La Razón*

Superar las polarizaciones

El Papa ve en España un «protagonista original y fundamental de Europa» y parece confiar a todo el país una tarea que sea de ejemplo para todo el «viejo

continente», si éste «quiere permanecer joven, como joven es quien siente que tiene un futuro y una misión». Por Giovanni María Vian en *La Razón*

[Bienvenido a su país, León XIV](#)

León XIV no llega en un momento cualquiera. Como buena parte de Occidente, España atraviesa una etapa de desconcierto. Y una de las razones tiene que ver con el acelerado proceso de digitalización y tecnologización de nuestras sociedades. Por Alberto Núñez Feijoo en *La Razón*

[La tarjeta de visita de León XIV](#)

En el paso de León XIV por nuestro país, llama la atención de que, en cada una de las etapas de su periplo pastoral, está acumulando unos centros de atención social en los que la pobreza y el descarte se revelan como una realidad presente en una sociedad que presume de proteger la dignidad humana y de promover los derechos. Por Juan Carlos Carvajal Blanco en *La Razón*

[Histórica intervención y ovación al Papa en el Congreso](#)

La imagen del Papa flanqueado por el presidente del Gobierno, el del Senado, el del Tribunal Constitucional y por las presidentas del Congreso, del Tribunal Supremo y del CGPJ, y además por el cardenal secretario de Estado del Vaticano en el patio del Palacio del Congreso ya ocupa un lugar muy destacado en la historia de España. Por Jorge Fernández Díaz en *La Razón*

[Hola Mundo, Hola Papa León XIV](#)

Las raíces de Cataluña se encuentran en los principios fundamentales del humanismo cristiano, de la convivencia y de la solidaridad internacional. La espiritualidad que el Papa León XIV promulga es un motor de transformación de la realidad social que entronca con nuestro compromiso de situar a las

personas y las políticas sociales en el centro de la acción de gobierno. Por Salvador Illa en *La Razón*

Nos visita un profeta de las naciones y un pastor de migrantes

El Papa quiere hacernos conscientes de que problemas tan profundos requieren tiempo y diálogo, un estudio sincero y comunitario de los problemas, sin soluciones rápidas que solo ocultan la herida. Por José Manuel Horcajo en *La Razón*

Un Papa extraordinario

El haber trabajado entre los más desfavorecidos imprime carácter, pero lo hace desde el equilibrio, la justicia social y el progreso tanto personal como colectivo. Sus funciones como obispo y posteriormente como prefecto del Dicasterio para los Obispos le dieron la experiencia que le faltaba para asumir el Papado. Por Francisco Marhuenda en *La Razón*

La autoridad moral del Papa

León XIV habla con autoridad, más que ningún otro líder mundial de nuestro tiempo. Por eso el impresionante silencio y la atención con que siguieron el lunes en las Cortes los representantes del pueblo, de todas las tendencias, su histórica intervención. Por Abel Hernández en *La Razón*

La fuerza de la fe

El Papa insistió en la necesidad de construir puentes y recuperar valores universales que ayuden a convivir. Un mensaje necesario independientemente de ideologías y creencias. Por Irene Villa en *La Razón*

El mar en el discurso papal

El símbolo evocado por Prevost es el anillo del pescador que el Pontífice lleva en el dedo y recuerda cuál es su misión, confiada a Pedro el pescador, por Jesús, según el evangelio de Lucas (5, 10): «A partir de ahora serás pescador de hombres». Por Giovanni María Vian en *La Razón*

La coherencia del Papa frente a la migración

El Papa se ha reunido en Canarias con migrantes, voluntarios y trabajadores vinculados a las labores de acogida y rescate. Lo ha hecho con la sensibilidad evangelizadora que le caracteriza y animando a seguir ofreciendo «acogida, escucha, cercanía y cuidado de los más débiles». Por Francisco Marhuenda en *La Razón*

El sanchismo acertó con el Papa

El pueblo español ha respondido a la tradición secular de una nación que evangelizó medio orbe. Cerca de 600 millones de católicos se expresan en español. El sentimiento popular se reflejó lo mismo en los estadios deportivos de Madrid que en los de Barcelona y sobre todo en el acto cumbre de la Sagrada Familia. Por Luis María Anson en *La Razón*

De paz e inmigrantes

El Papa exigió contundencia institucional contra las mafias, lanzando una severa advertencia «a quienes organizan rutas de muerte, trafican con personas, retienen documentos, explotan trabajadores, amenazan mujeres, engañan familias y convierten el sufrimiento ajeno en negocio». Por Mateo González Alonso en *La Razón*

Humildad y amor

Pura gratuidad. Así nos describe el Papa León XIV en Canarias el modo en que Dios ama. En el contexto de su cercanía con la tremenda situación de los

migrantes en las islas, ha querido poner ante nuestra mirada cómo ama Dios.
Por Lydia Jiménez en *La Razón*

Santidad, ¡hasta siempre!

La devoción popular y el clamor en las calles por donde se desplazaba, tanto en Madrid como en Barcelona, y en todas las localidades de las Canarias, no dejan margen a la duda y a la interpretación al respecto. Que no es otra que reconocer que España es una nación cuya identidad histórica está inseparablemente unida al Cristianismo. Por Jorge Fernández Díaz en *La Razón*

La dignidad humana frente al espejo de la historia

Las Cortes Generales se encuentran ante la oportunidad de acometer una verdadera renovación moral. En su tramo final, el discurso papal lanzó una invitación explícita a alzar la mirada para recordar que cada decisión pública afecta a personas de carne y hueso, especialmente a los más vulnerables. Por Eloy Asenjo Carpintero en *La Razón*

Pensar en sus palabras

En todas partes, el Papa León ha confirmado la línea de la iglesia que dirige desde Roma, encontrando nuevas palabras arraigadas en la más pura tradición bíblica. Por Giovanni María Vian en *La Razón*

España bien vale una misa

Quien ama no degrada; quien ama no convierte al otro en enemigo; quien ama no transforma la verdad en instrumento de dominio. España ha recibido a León XIV con respeto, emoción y admiración porque ha percibido en él algo que la política suele perder: gravedad sin aspereza, autoridad sin soberbia, claridad sin fanatismo. Por Enrique López en *La Razón*

León XIV, un Papa de portada

En estos siete días de su estancia en España muchos medios de información le han reservado a Robert Prevost sus portadas y grandes titulares. Con alguna excepción todos han celebrado su enorme capacidad de convocatoria, la profundidad de sus palabras, su talante acogedor, su emoción ante el recibimiento entusiasta de la gente. Por Antonio Pelayo en *La Razón*

LA VANGUARDIA

Roma y nosotros

La percepción y la gestión del tiempo en el seno de la Iglesia es absolutamente diferente al ritmo frenético, agotador, frustrante que la sociedad actual nos impone. El cambio en la Iglesia se mide en lustros e incluso décadas. En esta larga duración de los procesos de mudanza vaticana hay que hablar de dos momentos extraordinariamente importantes: 1870 y 1970, porque entre esos dos años se produjo el mayor cambio histórico en la figura papal desde la reforma gregoriana del siglo XI. Por Josep Vicent Boira en *La Vanguardia*

Primer acto: que España no se estropee

¿Por qué viene el Papa a España con la que está cayendo? Porque España pertenece a Europa pero tiene que ver con América. En Madrid ese vínculo es cada vez más visible e intenso. El devenir de España es importante para la Unión Europea y para el programa católico en América. Por Enric Juliana en *La Vanguardia*

Lunes
8/6/2026

2,20 €

ABC

EDICIÓN de MADRID / AÑO CXXIII / NÚMERO 40.338



El Papa, ayer en su recorrido bajo palio en la primera procesión del Corpus de un Papa fuera de Italia. Simone Risoluti / Pool

León XIV desborda Madrid y conquista a fieles y sociedad civil

El Pontífice exhorta, ante 1,5 millones de personas, a sacar la fe a la calle y comprometerse con el bien común durante una histórica misa del Corpus

Javier Martínez-Brocal, José R. Navarro Pareja, Angie Calero, Elena Calvo, Helena Cortés, Beatriz L. Echazarreta, Javier Palomo, Amina Ould, Txema Rodríguez, Natalia Loizaga, Belén Sarrià y Enia Gómez

Alzad la mirada

José Cobo Cano

ABC

León XIV trae un mensaje trascendente. No plantea una cuestión confesional, sino profundamente humana: cómo reconstruir sociedades capaces de cuidar, dialogar, convivir y proteger la dignidad de todos

Hay acontecimientos que se viven y pasan, ocupan durante unos días la conversación y desaparecen. Hay otros que no solo ocurren: se siembran. Dejan preguntas que ya no pueden acallarse del todo. El lema de la visita apostólica de [León XIV a España](#) –‘Alzad la mirada’– posee esa fuerza especial. Vivimos una época marcada por aceleración, fragmentación e hiperconectividad; muchos estímulos y escasa perspectiva. Alzar la mirada significa recuperar horizonte, volver a preguntarnos hacia dónde caminamos y qué clase de sociedad estamos construyendo. El Papa aterriza en un contexto internacional delicado: deterioro humanitario global, tensiones geopolíticas, nuevas formas de desigualdad e incertidumbre cultural se intensificaron tras la pandemia, generado malestar y desesperanza que demandan una buena ética. Ante una transformación sistémica profunda, esta visita va más allá del ámbito eclesial.

Un viaje histórico. Poco después de publicar su primera encíclica, ‘Magnifica humanitas’, aparece como la gran voz moral del escenario internacional. Una combinación profética de serenidad, claridad intelectual y valentía cívica frente a las pretensiones de arbitrariedad y dominio de los grandes poderes.

Llega a una ciudad y una diócesis que vive las grandes encrucijadas: relaciones cristianismo-islam, migraciones, fractura norte-sur, conflictos armados, crisis climática o violaciones de derechos humanos. No es una nueva fase de la modernidad, sino el tránsito hacia una época histórica distinta, que pone en juego la comprensión de lo humano. De ahí una pregunta decisiva: quiénes somos y cuál es el fundamento de nuestra dignidad allí donde se desdibujan los anclajes y las raíces.

La crisis actual no es solo económica o política; es civilizatoria. Afecta a los fundamentos en que se construyeron nuestros consensos morales y democráticos. No es casual el nombre de León. Evoca a quien guió a la Iglesia en plena revolución industrial, y se reconoce heredero del espíritu de san Agustín, testigo de otra gran transición histórica.

‘[Magnifica humanitas](#)’ aporta una intuición de enorme alcance: si nuestras democracias y sistemas de derechos aparecen vulnerables es porque sus fundamentos culturales y antropológicos no arraigaron con profundidad. La dignidad humana no puede depender de consensos cambiantes, mayorías circunstanciales o meras lógicas procedimentales. Existe una verdad sobre el ser humano anterior a cualquier poder y superior a toda ingeniería social o tecnológica. Con lenguas distintas, culturas diversas y sistemas políticos diferentes, compartimos una condición humana irreductible. Ningún poder puede fabricar una humanidad nueva a su medida ni reducir a la persona a material manipulable. La dignidad humana es incondicional e inviolable.

En continuidad con el camino sinodal, León XIV trae una profunda reflexión sobre la regeneración de la vida pública. La sinodalidad, forma de caminar eclesial, ofrece una inspiración ante la polarización, individualismo y guerras culturales. Frente a la lógica del enfrentamiento permanente, reivindica discernimiento, encuentro y una razón pública iluminada por el bien común.

Por eso insiste tanto en la paz: no solo ausencia de violencia, sino forma concreta de habitar el mundo. No puede reducirse a aspiración diplomática; es

tarea histórica y cultural compartida. León XIV insiste en una idea sencilla y exigente: no hacer cosas por la paz, sino que cada uno de nosotros sea paz. En su viaje a África, continente marcado por conflictos armados, se consolidó como voz profética de reconciliación internacional. La paz necesita personas capaces de encarnarla en lo cotidiano: en la familia, trabajo, barrios y vida pública. Una paz inseparable de la justicia; desarmada y desarmante.

Madrid vive un momento particularmente intenso: dinamismo económico, diversidad humana, vitalidad cultural y capacidad de acogida. Pero crecen las polarizaciones, se debilitan los vínculos cotidianos y es difícil construir espacios compartidos de pertenencia. Barrios llenos de personas, pero sin comunidad. Compartimos calles, transportes y pantallas, pero sin encontrarnos verdaderamente.

Son fracturas que sufren los más vulnerables: quienes viven la pobreza, la migración, la soledad o la invisibilidad social. Gobernados por la velocidad económica y tecnológica, el riesgo es convertir la utilidad en principal criterio de valor. Pero la tradición social cristiana recuerda algo esencial: una sociedad verdaderamente desarrollada no deja fuera de su horizonte a quien más necesita de cuidados. Por eso el Papa iniciará su visita pastoral desde los lugares de sufrimiento y presencia de la Iglesia en Madrid.

En continuidad con el magisterio del Papa Francisco –con ‘Laudato si’ y ‘Fratelli tutti’– León XIV advierte sobre los riesgos de un paradigma tecnocrático que multiplica la capacidad técnica sin garantizar un crecimiento ético equivalente. Lo decisivo no es el hacer tecnológico, sino el control de esas herramientas y la visión del ser humano que utilizan. Estas transformaciones afectan especialmente a los jóvenes. Ansiedad, agotamiento emocional, dificultades para acceder a la vivienda o a un trabajo digno y sensación de desorientación vital son experiencias comunes. Uno de los mayores desafíos será recuperar la capacidad de discernimiento: distinguir entre urgente e importante, entre ruido y sentido. El Papa se encontrará un Madrid que conoce la diversidad. Esa pluralidad es una enorme riqueza que exige aprendizajes colectivos de convivencia más allá de la coexistencia;

espacios comunes donde la diferencia no sea amenaza, sino posibilidad de enriquecimiento mutuo.

La visita coincide con un momento espiritual interesante. Contra pronósticos simplificadores, se dan nuevas búsquedas religiosas, especialmente entre jóvenes. Ahí radica el verdadero alcance de la visita: León XIV no solo se dirigirá a los practicantes, trae un mensaje trascendente a la ciudad entera. No plantea una pregunta exclusivamente confesional. Es profundamente humana: cómo reconstruir sociedades capaces de cuidar, dialogar, convivir y proteger la dignidad de todos.

Alzar la mirada significa negarse a aceptar una fragmentación irreversible, la polarización como destino o que la tecnología determine por sí sola el futuro humano. Significa volver a preguntarnos quiénes somos, hacia dónde vamos y qué convivencia deseamos construir. Y, en todo ello, abrir espacio a la propuesta del Dios de Jesucristo. La invitación más profunda en estos días, a la que los católicos queremos contribuir y animar, es que, juntos, podamos realmente alzar la mirada.

José Cobo Cano es cardenal arzobispo de Madrid

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

¡Ya!

Juan José Omella

ABC

Pidamos a Dios que la visita de León XIV nos anime a continuar nuestro camino de fe; ese camino que recorreremos con esperanza y alegría, acompañados de Jesús, es también una especie de carrera con una meta

Estamos en el momento ya del típico «preparados, listos, ya», que decimos antes de empezar una carrera. Esta no es una carrera competitiva, sino una carrera en cuya meta gozaremos de la presencia del Papa León XIV, el Vicario de Jesús en la Tierra. Ha sido un tiempo muy intenso de preparación de todos los detalles de esta visita apostólica. Quizás algunos llegan un poco cansados, pero con la alegría de haber dedicado todo su esfuerzo para que muchos podamos disfrutar y crecer interior y espiritualmente gracias a los diversos encuentros con el Santo Padre. Hoy le esperamos en Barcelona. Estamos entusiasmados, anhelantes y muy, muy agradecidos a Dios, al Papa y a todas las personas que con su esfuerzo, tiempo y recursos han hecho posible esta visita histórica. Una visita que encontrará un momento central con la bendición de la Torre de Jesucristo de la basílica de la Sagrada Familia del genial «arquitecto de Dios», el venerable Antoni Gaudí i Cornet.

¿Estamos preparados? Sí, nos hemos ido preparando hace tiempo y ahora estamos expectantes. Hemos organizado, con la ayuda de muchas personas, un encuentro que ya está siendo histórico, una visita que nos marcará. La

recordaremos siempre y contaremos cómo fue con mucho entusiasmo y vibrante emoción.

¿Estamos listos? Aunque siempre tenemos la sensación de que falta algún detalle y estamos un poco nerviosos, estamos a punto para recibir al Sucesor de Pedro en Barcelona. Al Papa León XIV le estamos inmensamente agradecidos de que haya aceptado nuestra invitación. Las puertas de nuestra ciudad están abiertas de par en par y nuestros corazones también. Lo queremos acoger con cariño y deseamos escuchar con atención sus palabras. Seguro que su voz calará hondo en nosotros.

Gracias a Dios, el deseo de todos nosotros ya se ha hecho realidad, León XIV ya está entre nosotros. Ya ha visitado Madrid, en una visita que comenzó el pasado sábado, y hoy lo recibiremos en Barcelona. Muchas personas quieren ser testimonios de esta visita en primera persona. No solo los católicos, sino también muchas personas agnósticas o creyentes de otras religiones que siguen los gestos y palabras del Papa por los medios, leen sus escritos, sus entrevistas, escuchan sus declaraciones, se interesan por su magisterio. Saber que físicamente el Papa está más cerca de nosotros llena de gozo a muchos y, aunque no lo puedan saludar de cerca, la presencia del Santo Padre aquí es un regalo que nos hace Jesucristo.

Con esa motivación y entusiasmo participamos en este acontecimiento, cada uno desde donde está, pero unidos en la oración y con un objetivo común, recibir al Santo Padre con cariño e ilusión. Pidamos a Dios que nos conceda el don de ser buenos anfitriones. Hemos hecho todo lo posible para que el Papa se sienta como en casa y tenga un buen recuerdo de nuestra tierra.

León XIV es el protagonista de esta visita y de parte de la historia de la Iglesia, desde que hace poco más de un año nos dijo: «La paz sea con todos vosotros». Desde entonces no ha tenido prisa por aparecer en escenas principales, se ha mantenido en una posición discreta y, a la vez, muy firme. Sin prisas y con palabras sólidas ha ido mostrando cómo es y ha ido conquistando nuestros corazones, con una manera de hacer y estilo propios que lo caracterizan.

Esta visita apostólica tiene un hermoso lema: «Alzad la mirada». En Barcelona, acompañados del Papa, alzaremos la mirada y contemplaremos la cruz que corona la torre de Jesucristo de la basílica de la Sagrada Familia. La majestuosa cruz de Jesucristo irradiará luz y la veremos desde muchos puntos de Barcelona. Antoni Gaudí quería finalizar esta torre mostrando a Jesucristo, el Hijo de Dios, que da su vida por todos nosotros.

La Cruz es el signo del inmenso amor de Dios por cada uno de nosotros. Es una invitación a acoger a Jesús y dejar que renueve nuestra vida. Cuando dejamos que Jesucristo intervenga en nuestra vida, nos da otra perspectiva y nos hace fuertes ante las adversidades. Jesús nos invita a alzar la mirada y a resucitar con Él en esta vida, y ser semilla de amor y esperanza para los hermanos que cohabitan con nosotros.

Con fe y amor a Cristo, nuestra vida se llena de luz y esperanza. Ojalá que esta visita nos haga ser también luz y esperanza para los más pobres y necesitados. Pidamos a Dios que la visita de León XIV nos anime a continuar nuestro camino de fe. Este camino que recorreremos con esperanza y alegría, acompañados de Jesucristo, es también una especie de carrera con una meta, pero, como dice san Agustín y seguro que recordará el Santo Padre: «No vamos a Cristo corriendo, sino creyendo, no se acerca uno a Cristo por el movimiento del cuerpo, sino por el afecto del corazón» (‘Tratado sobre el Evangelio de san Juan’ 26,3).

Esta visita no quedará reducida a un recuerdo emotivo. Será una llamada a vivir la fe con entusiasmo, a dar testimonio de Jesucristo con sencillez y valentía, con nuestras palabras y nuestras obras. Seguro que en el futuro tendremos presente las palabras que el Santo Padre nos está dirigiendo estos días. Como ya nos ha reiterado en diversas ocasiones, el Papa Prevoost quiere que seamos una Iglesia que lleve la luz del Evangelio con un compromiso de paz, de justicia y de solidaridad. Ojalá que esta sea una buena ocasión para que esto lo tengamos bien presente.

Ahora toca vivir intensamente y disfrutar juntos de la visita del Papa León XIV. Y tras su visita, el Santo Padre se dirigirá a otras tierras, donde otros muchos prepararán con mucho ahínco e ilusión su visita. Y nosotros seguro que lo seguiremos por los medios de comunicación allí donde vaya, porque nos importa. No queremos perdernos sus enseñanzas ni sus gestos, porque nos ayudan a recordar la bella misión que tenemos y la bella meta que nos espera en esta vida. Disfrutemos del Papa en esta visita tan singular y no le digamos adiós, sino hasta siempre.

Juan José Omella es cardenal arzobispo de Barcelona

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La belleza que alza la mirada

Rafael Domingo Oslé Ramón

ABC

España vive distraída. Tal vez porque la política española no sabe a dónde va y desvía su atención hacia escenografías parlamentarias y polémicas de baja intensidad, lejos de lo que de verdad importa: la vivienda imposible, las pensiones en el aire, la natalidad en caída, la educación desfondada, la justicia paralizada por el ruido. Una política que no mira termina enseñando al ciudadano a no mirar. A esa España llega León XIV. Recorrerá Madrid, Barcelona y Canarias con un lema escueto, tomado del Evangelio de san Juan: «Alzad la mirada». Tres palabras que, más allá de su sentido religioso, plantean una pregunta antigua: ¿qué levanta, todavía hoy, los ojos del hombre? La respuesta clásica tiene un solo nombre: la belleza. La belleza es la única fuerza que actúa sin coacción. No manda: atrae. No impone: aúna. Por eso quien descubre la belleza alza los ojos sin esfuerzo: ante una obra maestra, ante un acto de bondad inesperado, ante el rostro amado de un hijo o de un anciano que se apaga. La escritora Iris Murdoch lo explicó con el término ‘unselfing’, salir de uno mismo. La belleza descentra al yo egoísta. El lema papal no es un mandato sino una constatación antropológica: en el corazón humano queda capacidad de alzar la mirada cuando algo vale la pena. Los antiguos lo formularon de modo más estricto: lo bello y lo bueno son inseparables y convertibles. La belleza no es adorno añadido a la realidad, sino el modo en que la realidad se expresa. Cuando Dostoievski escribió que «la belleza salvará al mundo» no enunciaba una tesis estética, sino también política: aquello que

atrae sin necesidad de imponerse puede redimir un mundo cansado de imposiciones.

En un lugar en España esta intuición se ha hecho piedra: la basílica de la Sagrada Familia, parada obligada de la visita papal. Dentro de aquellas columnas que se ramifican y aquellos capiteles que son frondas, la mirada del visitante se alza por sí sola. La piedra eleva los ojos antes de que la voluntad lo haga. Gaudí entendió como pocos por qué. Su única maestra, repetía, era la naturaleza: el árbol que veía desde la ventana le parecía el mejor libro de arquitectura. De ahí la frase que se le atribuye: «Yo no creo, yo copio». Copiar con esa atención no es plagiar: es contemplar. Benedicto XVI lo formuló con exactitud: Gaudí superó la escisión entre la belleza de las cosas y Dios como belleza, «no con palabras, sino con piedras, trazos, planos y cumbres». La gran enfermedad espiritual de Occidente no es la secularización sino la distracción.

El lema nos lleva entonces a su consecuencia más urgente. Al alzar la mirada por la belleza, se alza también cada rostro humano. Cada persona es portadora de una belleza que merece ser mirada, no solo tolerada o administrada. Lévinas lo formuló sin matices: la primera enseñanza moral procede del rostro del otro; no se argumenta, se mira. Vale para el doliente, para el anciano, para el inmigrante que al pisar arena canaria descubre antes que ningún protocolo si sigue siendo alguien y no solo algo. Quien quiera ir todavía más hondo se topa con la mística. Agustín describió, en las ‘Confesiones’, unos ojos del alma distintos de los del cuerpo y de la razón: «entré, y con el ojo, sea cual fuere, de mi alma vi la luz inmutable». Simone Weil lo formuló sin aparato teológico: la atención pura es la sustancia de la oración. San Juan de la Cruz condensó el destino último de toda mirada alzada en un solo verso: «y vámonos a ver en tu hermosura».

El cuarto Evangelio aclara de dónde nace el imperativo. Junto al pozo de Sicar, Jesús pronuncia el «alza la mirada» a sus discípulos después de haber mirado él mismo, hasta el fondo del alma, a una mujer samaritana, a la que acababa de decir todo lo que ella había sido. La orden brota de una mirada anterior, humana y divina, que la precede y la convoca. En esa intuición se condensa el

corazón del mensaje cristiano: alzá la mirada para descubrir que sois mirados por un Dios que es Amor y os miró primero.

Hace pocos días, en La Sapienza de Roma, León XIV, agustino hasta la médula, recordaba que Agustín «cometió también graves errores, pero nada se perdió de su pasión por la belleza y la sabiduría». A una España atrapada en su distracción, el Papa le trae la invitación a volver a mirar lo bello, lo bueno y lo verdadero, y a descubrir que toda mirada que se alza responde a otra anterior: la de un Dios que nos ha mirado primero. Cuando un país se sabe así mirado, lo demás –vivienda, pensiones, educación, familia– vuelve a encontrar su escala. Y un pueblo que sabe mirar es ya un pueblo que se sostiene.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Una juventud bienaventurada

Pablo Mariñoso de Juana

ABC

Sólo queda esperar que León XIV, con su invitación a «alzar la mirada», pueda lograr un cambio de paradigma: que los jóvenes entiendan que mirar hacia arriba es la manera de mirar de frente al mundo

Ni siquiera veintiséis años al frente de la Iglesia le valieron a [Juan Pablo II](#) para superar aquella expresión tan célebre pronunciada durante la homilía del comienzo de su pontificado: «¡No temáis! ¡Abrid las puertas a Cristo!». Aquel grito profético rápidamente se convirtió en el epitafio de un papado que ha quedado grabado en la memoria de toda una generación. De aquella predicación, sin embargo, muchos olvidaron lo más interesante. El polaco no sólo utilizó el sencillo 'aprire', sino que se recreó en la potencia del 'spalancate'. El ánimo de Wojtyla, refinado con la riqueza del italiano, era el de abrir el corazón de miles de jóvenes «de par en par» y remover la palanca de la Iglesia «quanto più è possibile», lo máximo posible.

Algunas décadas después, el anhelo de Juan Pablo II parece haberse hecho realidad. Frente a la idea del joven católico como una rara avis, recluido en las trincheras de su nostalgia, protegido de la intemperie secular, la realidad nos habla de un creciente número de creyentes en nuestro país que han abierto de par en par las ventanas de su fe para mirar decididamente al mundo que les rodea. Muchos son los síntomas que apuntan a un cambio de tendencia: aquellas cabezas gachas, como avergonzadas por el estigma de una creencia

algo anticuada, ahora parecen dibujar una sonrisa serena en los rostros de los jóvenes. ¿Qué ha pasado en España para que ser católico esté de moda?

Nada como tocar fondo para entender el milagro de la flotación, claro. Las últimas décadas han supuesto un auténtico naufragio sociológico para la Iglesia en España, que el CIS ha cifrado con cierta frialdad: en apenas diez años, la población que se dice católica ha caído del 72 al 52,8 por ciento. El mapa de la fe pierde consistencia. Un lúcido informe de Pew Research lo advirtió en 2018: aunque el 92 por ciento de los españoles compartimos el barniz de una educación cristiana, la afiliación real languidece. El drama no es solo la pérdida de fieles, sino la quiebra de la transmisión: ese residual 8 por ciento que jamás ha escuchado hablar de Cristo en las aulas se dispara hoy hasta rozar un tercio de la población. Hasta hace nada, en este Babel de valores intercambiables el catolicismo parecía abocado a convertirse en un idioma en vías de desaparición.

Y sin embargo ha emergido un brote. Más allá del fenómeno de Rosalía, el taquillazo de 'Los Domingos' o los conciertos abarrotados de Hakuna, cabe preguntarse qué grieta se ha abierto para que ese residuo porcentual vuelva a latir. Las mismas encuestas que certificaban entonces un acta de defunción se ven ahora obligadas a registrar una anomalía: el pasado año, el CIS reconoció un repunte, situando el número de jóvenes católicos en el 38,5 por ciento, casi cinco puntos por encima del mínimo histórico registrado en 2021. Frente a cierta inercia sociológica, los más jóvenes han transformado la herencia recibida en una elección libre: si el drama del siglo pasado fue una fe por defecto, el reverso esperanzado de esta moneda es el nacimiento de una fe por insumisión.

Que las ventanas estén abiertas de par en par, claro, es la garantía de que entre el aire fresco. Porque esta insumisión no nace de una moda gaseosa, sino de una fe encarnada: entre 2020 y 2025, el porcentaje de jóvenes que se confiesan «católicos practicantes» se ha duplicado –pasando del 5,9 al 12,8 por ciento?, mientras que el ateísmo militante retrocede con fuerza del 25,2 al 18,2 por ciento. Pero lo verdaderamente revolucionario, tal y como revela el Informe

Jóvenes Españoles 2026 de la Fundación SM, no es la cantidad, sino la calidad del dogma. Frente al descenso de las espiritualidades new age como el desapego del karma ¿que cae del 68 al 62,6 por ciento?, emerge con fuerza la concepción de «Dios como un padre bondadoso que nos cuida y nos ama». Una certeza que salta del 27,7 al 39,6 por ciento en apenas cinco años.

Y más allá de las estadísticas, la juventud española ha recobrado una mirada bienaventurada. La fe no es para los más jóvenes un refugio cuando el fracaso, ni tampoco un consuelo ante las contrariedades. El catolicismo se ha reivindicado durante estos últimos años como la mejor excusa para brindar y hasta como pretexto para el gozo matrimonial. Tal y como recoge el citado informe de SM, las creencias de estos jóvenes influyen ya decisivamente en sus proyectos vitales (41,2 por ciento) y, asombrosamente, en sus «momentos de alegría, felicidad y diversión»; un indicador que escalaba el pasado año hasta el 45,7 frente al exiguo 18 por ciento que marcaba en 1994. Así la religión ya no se vive como un corsé sino como el hilo musical que acompaña una religiosidad festiva.

Quizás ese envite celebrativo sea la respuesta que andábamos buscando. La juventud española ha superado toda tentación jansenista y ha recobrado la sobrenaturalidad en su mirada. Bastaba con asomarse a esa ventana abierta para comprender que el mundo no es un enemigo del que esconderse, sino la realidad concreta de todas nuestras bendiciones. Bajo esta óptica, el «giro católico» del que predicán unos y otros no es más que una respiración renovada ante un ahogamiento religioso que se venía acentuando. Miguel D'Ors lo escribió con más belleza: «Católicas mis manos, católica mi frente, / católica mi forma de escribir este verso, / católicos mi vientre, mis noches, mis heridas, / la risa con que miro el tamaño del tiempo; / católico en Logroño, católico cenando, / en octubre, desnudo, sonándome, en français; / católico pecando, católico pidiendo / perdón por mis pecados, y pecando, y mil veces; / católico perdido ¿qué ganado?, que el mundo / lo señala, católico, lo humilla, / católico, le escupe, lo arrinconan, / lo crucifica un poco ¿qué suerte: lo va haciendo / (Mateo, 5, 11) un bienaventurado?». Nada como rozar la asfixia para recuperar, al fin, esta particular forma de respiración.

Con todo, en medio de desafíos y destellos, solo las décadas venideras desvelarán el alcance real de esta tendencia. Hace casi cincuenta años Juan Pablo II intuyó la potencia de aquel spalancate que hoy, convertido en brisa, airea las esperanzas de una nueva generación. Sólo queda esperar que [León XIV](#), con su invitación a «alzar la mirada», pueda lograr un verdadero cambio de paradigma para las futuras generaciones: que los jóvenes entiendan que mirar hacia arriba es, en el fondo, la única manera de mirar de frente al mundo. Esas puertas y ventanas abiertas de par en par nos devuelven a una realidad que se resiste a ser un páramo desolado. Quizás el verdadero milagro consista precisamente en eso: que una generación haya vuelto a cantar su fe en medio del mundo porque la vive, al fin, como una bienaventuranza.

Pablo Mariñoso de Juana es escritor

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La silla de Pedro

Ignacio Camacho

ABC

El Santo Padre siempre será bien recibido en España, como demuestran las previsiones de asistencia multitudinaria a los actos de su programa. A nadie se le escapa, sin embargo, que el viaje no se produce en las mejores circunstancias, en medio de una de las más graves crisis institucionales registradas en cinco décadas de democracia. Por mucho que el Papa venga con un mensaje moral de mucho mayor alcance que el de la política cotidiana será inevitable que los agentes públicos instrumentalicen en cualquier sentido sus palabras. La atmósfera inflamable del escenario actual no garantiza precisamente la recepción neutral de lo que León XIV diga o haga en el Congreso de los Diputados o en los puertos de Canarias colapsados por la avalancha de inmigración africana. En algunos sectores sociales, católicos o escépticos, resulta detectable una patente suspicacia ante el entusiasmo de un Gobierno que recibe la visita con tanta o mayor euforia que las autoridades eclesiásticas. Es obvio que esa saludable acogida esconde razones oportunistas apenas disimuladas. Un presidente acorralado por los escándalos, en visible posición de debilidad, ha encontrado el invitado perfecto para darse en su compañía un baño de masas y aparcar sus propias cuitas bajo la venerable sotana blanca.

Sánchez es un ventajista nato. Ningún gobernante desperdiciaría una ocasión de lucimiento similar, pero en su caso se nota demasiado el simulacro. El protagonismo que se ha reservado para sí en media docena de convocatorias

va mucho más allá del marco protocolario; demuestra su ansiedad por reivindicar su liderazgo al lado de una figura universal de respeto incuestionado. Las relaciones del Ejecutivo con la Iglesia española son tirantes y abundan en encontronazos: la eutanasia, los abusos pederastas, la enseñanza concertada, el aborto como derecho constitucional blindado. Pero las coincidencias en el discurso de apertura migratoria, en la denuncia de las guerras de Gaza e Irán o en el rechazo al trumpismo van a ser utilizadas como un bálsamo con el que curar las heridas de este mes de mayo que ha colocado al sanchismo en su momento más bajo. Falta por saber si la experiencia de la diplomacia vaticana sabrá zafarse de ese interesado abrazado con el habitual tacto diplomático.

Robert Prevost ha demostrado en el año de pontificado su autonomía de criterio. Es más templado y hábil que Francisco a la hora de abordar problemas complejos. Tiene una misión que cumplir, una doctrina que impartir, y sabe hacerlo al margen del contexto en que tratan de situarlo los intereses ajenos. Es importante que haya elegido nuestro país como primer destino europeo, un puente entre continentes donde confluyen la tradición católica, el auge de los credos evangélicos y un contingente musulmán en crecimiento, y donde buena parte de la población siente inquietud por la llegada de inmigrantes extranjeros. Para él también constituye el foro perfecto. Aunque siempre habrá quien se confunda al oír hablar de la silla de Pedro.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Alzad la mirada: serenidad, diálogo, verdad

Julio L. Martínez, SJ

ABC

Elevando la mirada a Jesús, el resucitado que es el crucificado, podemos caminar juntos y construir algo genuinamente humano y viviendo nuestra vocación de colaboradores en la obra de la creación

Se comenta que la visita apostólica de León XIV es un alivio para Sánchez, no lo dudo, pero aún está siendo más balsámica para los muchos cansados de tanta corrupción, mentira, crispación y atrincheramiento en el poder, con daño a las instituciones fundamentales y los valores éticos que nutren y sostienen la democracia. El Papa Prevost hace de maravilla su trabajo, con serenidad, valentía y firmeza, así lo hemos visto tanto en las hermosas celebraciones de estos días como en sus dos imponentes discursos ante las Cortes Generales y en el Palacio Real, ante los Reyes; y también, cuando, frente al sinsentido de la guerra, ha respondido a los ataques de los líderes de su propio país: «no tengo miedo ni a la Administración Trump ni a proclamar en voz alta el mensaje del Evangelio». Prácticamente es la única [autoridad moral universal](#) que queda y la gente de bien –sea o no católica– lo agradece mucho.

A cuantos dicen que la Iglesia no debe desperdiciar energías en cuestiones mundanas, les recuerda que el anuncio del Evangelio no puede olvidar la vida concreta de los pueblos y que, desde la sabiduría acrisolada por la tradición

cristiana, procede dialogando y abriendo caminos de discernimiento comunitario para afrontar los desafíos críticos de la humanidad.

Estamos inmersos en una profunda crisis espiritual y cultural donde «el nihilismo y el pragmatismo terminan entrelazándose y normalizando errores gravísimos» (MH201). En gran medida, las enormes posibilidades digitales en lugar de favorecer el debate y la participación, se emplean para construir «narrativas divisivas y polarizantes». El Papa Prevost recuerda que la filósofa judía Hannah Arendt advertía que los «súbditos ideales» no son tanto los ideológicamente convencidos, sino aquellos para quienes ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción y entre lo verdadero y lo falso. Si eso se podía decir a mitad del siglo XX, qué no tendremos que decir hoy cuando la digitalización diluye la firmeza y la duración de lo fáctico, dando alas a que la información circule desconectada de la verdad de los hechos. Fácil lo tienen las teorías de la conspiración que adoptan la forma de microrrelatos calmantes de «ansiedades identitarias» creando artificialmente «enemigos» a quien culpar: los inmigrantes y refugiados se llevan la palma entre los más fáciles de estigmatizar.

El resultado es que socialmente vivimos en la desconfianza, y, en la escena mundial, enfangados en un «multipolarismo desordenado y conflictivo» donde impera la ley del más fuerte dentro de una atmósfera bélica de arbitrariedad y desprecio al derecho internacional. El Papa agustino recordó en el Congreso la obra cumbre del ‘ius gentium’ de la Escuela de Salamanca llevada a cabo por Francisco de Vitoria y otros dominicos y jesuitas. Hoy necesitamos personas, comunidades e instituciones que no participen en la vida pública como facciones de meros intereses particulares, sino como cauces de encuentro y búsqueda compartida de la verdad, asumida como bien común, a través de vínculos de confianza y prácticas de diálogo honesto y responsable. Escuchando las diversas voces de la sociedad civil (cultura, educación, investigación, trabajo/empresa, deporte...) tejemos redes para el diálogo social.

Esa misión precisamente se corresponde con el ser mismo de la Iglesia, que no existe para sí misma, sino para llevar al mundo la alegre noticia del Evangelio de Cristo, poniendo todos sus ministerios (servicios) bajo el signo del diálogo. Acontece esto si se deja interpelar por la realidad perturbadora del mundo, pensándolo críticamente y comprometiéndose junto a otros en su transformación desde el fundamento de la dignidad y los principios del bien común, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social. Esa misión reclama de la Iglesia vocación de donación y servicio, con una continua conversión de las relaciones y las estructuras eclesiales de aquellas distorsiones que internamente generan falta de transparencia o abuso.

León XIV recuerda que la verdadera realización no nace de la eliminación de las fragilidades, sino de la libertad y la responsabilidad entrelazadas con el cuidado recíproco y la solidaridad, y que el progreso se mide por el respeto a la dignidad de cada persona y por el bien común de los pueblos, no sólo por el aumento del PIB. Ese realismo crítico hunde sus raíces en la encarnación histórica del acontecimiento cristiano, que nos da fuerzas para vivir esperanzadamente en medio de tantos conflictos y tensiones, y llama a trascendernos a nosotros mismos con la gracia de Dios, no para renegar de nuestra humanidad, sino para alcanzar nuestro ser más verdadero. Así percibimos que los límites no son simples defectos que hay que corregir, sino «lugares» donde el ser humano madura y se abre a la relación y al amor: «la finitud, cuando se acoge en la verdad, no empobrece al ser humano, sino que lo abre al reconocimiento del rostro de Dios y del otro». Por eso no cabe arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano, como dijo el Papa en Cibeles.

Al experimentar el límite –la vulnerabilidad, el dolor, el fracaso– podemos reconocer la dignidad propia y ajena como inviolable, defender una ética coherente de la vida, convocar a la fraternidad y luchar contra la injusticia y a favor de la paz. La desigualdad y la inequidad en la distribución de la riqueza y la pérdida de límites morales del poder dañan a los humanos, sobre todo a los más débiles, y también a la naturaleza, casa común de todos. Hoy la «cuestión

social» de León XIII se ha convertido en la «cuestión ecosocial» de León XIV, en un contexto de posmodernismo tecnológico cuyo estandarte es la IA.

Alzando la mirada a Jesucristo, el Señor resucitado que es el crucificado, podemos caminar juntos y construir algo genuinamente humano sin despreciar la debilidad y viviendo nuestra vocación de colaboradores en la obra de la creación, no de espectadores resignados ante los procesos tecnológicos, las nuevas esclavitudes o las quiebras de la comunicación y la amistad cívica. En ese camino el Espíritu Santo infunde en el corazón/conciencia –santuario de la verdad– de cada uno «la capacidad de reflexionar críticamente, de elegir y amar gratuitamente, y de establecer relaciones auténticas» (MH 233). Para ello pide el Papa [cultivar el silencio, la escucha y la interioridad](#), así como custodiar la palabra y de armar el lenguaje, para buscar juntos la verdad como logos que crea diálogo y así convivencia y comunicación.

Santo Padre, mil gracias por levantarnos el ánimo e impulsarnos a alzar la mirada.

Julio L. Martínez, SJ Universidad Pontificia Comillas

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Gracias, Santo Padre

Santiago Aráuz de Robles

ABC

El Papa León XIV nos visita. Eligió su nombre como pontífice manifestando su pretensión pastoral: sigue a León XIII en la expresión de una función permanente de la Iglesia católica: nada de lo que afecta al pueblo del mundo entero (id y predicad el Evangelio a todas las criaturas) le es ajeno. Y en el momento actual, sin duda de esperanzas para la humanidad que a sí misma se abre nuevas fronteras, llega con la «palabra» para ese futuro: 'Magnifica humanitas'. Un nuevo futuro aguarda: en cuanto al equilibrio del mundo y hacia la paz, en la concepción misma del humanismo, y en los horizontes en que se desenvuelve la ciencia.

Cuando nos preguntamos por el principio del cosmos, en su deambular hacia la joya que es «el hombre», el Génesis se adelanta a la tesis, sin duda fundada, del 'big bang' y pone en boca del Hacedor, porque ha de haber un principio, la voluntad divina: hágase. Y el cosmos todo, tierra, espacio, tiempo, mares, flora y fauna, hombre sociable... fueron. La ciencia, tan adelantada como es, no puede dar la espalda a las palabras con que inicia su evangelio Juan: en el principio ya existía la palabra, y la palabra estaba junto a Dios, y la palabra era Dios... Por medio de la palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho, y se sigue haciendo. Incluso la libertad de sentir y hacer, individual y colectivamente.

La palabra ha sido, en el origen de todas las civilizaciones, la clave. No quisiera, hoy menos que nunca, hacer nacionalismo, pero España fue conductor y sembrador de la palabra. El Quijote es nuestra aportación verbal a la humanidad, el libro más leído, precisamente después de la Biblia, y son esas piedras preciosas que, según Neruda, se les caían de las barbas, de los arneses de los caballos, de las armaduras... a los bárbaros conquistadores: y sembraban civilización en toda América, y más.

Pues bien, León XIV nos trae a España, para que la divulguemos, la Palabra. ¡Quién diría que desde un territorio oculto en la luminosidad de los Andes, la tierra de Chiclayo, se veían con claridad las venturas y riesgos del tiempo presente en todo el planeta azul! Es, sin embargo, la grata palabra actual que hay que fecundar en el vivir diario. Viene abordando, diríamos que en un silencio, de modo que hasta los sordos del alma podamos escucharlo:

Primero: La paz mundial está en peligro. Un peligro sin antecedentes por la inteligencia artificial al libre arbitrio de los déspotas –realidad humana creciente– y los arsenales atómicos, que se crean para utilizarse, para mostrar su potencia destructora. El patio de vecindad que ya somos, tiene el fuego en sus puertas. Y, aparte decisiones políticas, irrenunciables, un futuro de paz solo se atisba desde la conciencia humana: nos transmite, desde sus Andes, con la voz de su hermano san Agustín de Hipona, el mensaje, único, de supervivencia de la humanidad: ‘in interiore homini habitat veritas’. Mírese cada cual y desarraigue odios y ambiciones. También, como mensajero y símbolo, el pueblo judío, del que, tanto Moisés (‘Éxodo’ 34) como Simone Weil (‘La pesanteur et la grace’) subrayan su «dura cerviz».

Segundo: el Estado de bienestar ha de atravesar un filtro fino. Resulta inexcusable la lucha contra la pobreza y la miseria (la FAO es un permanente grito de auxilio), sobre todo en África, lugar de las preferencias fraterna del Papa León. Pero el estado del bienestar, entendido como convocatoria al ocio egoísta, desentendido de la creatividad (distintivo humano) y de la solidaridad es un pozo negro y sin fondo. A nivel político, el canciller alemán lo alertaba recientemente.

Tercero: la inteligencia artificial sólo puede ser un instrumento. Potentísimo para la creatividad humana, creadora de riqueza material (tal vez desmesurada) para quienes intervienen en su creación y progresos, pero dañina en su confrontación con el hombre si se les pone en competencia.

Tres dardos del obispo de Chiclayo, que es su esencia y en lo que continua con los ojos del Espíritu Santo. Unos dardos casi teresianos cuyo destino somos todos, no solo los católicos sino esa humanidad magnífica. Y especialmente en las capas más sensibles y vulnerables, se supone, al dardo del amor: la juventud –por cierto, aumenta en España el número de jóvenes que piden el bautismo– y de los ancianos. Gracias, Padre Santo.

Santiago Aráuz de Robles es abogado y escritor

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León ante el abrazo del oso

Juan Manuel de Prada

ABC

La chusma gobernante no se va a conformar con 'salir en la foto' al lado de León XIV, sino que pretende darle el abrazo del oso, tratando de sacar tajada y rédito político de su visita

Las incontinencias verbales del Papa Francisco, durante los vuelos de ida y vuelta de sus viajes apostólicos, siempre deparaban succulentas carroñas al gremio foliculario. En uno de aquellos vuelos con más peligro que los de la saga 'Aterrizas como puedas', inquirido por un periodista español sobre la posibilidad de realizar un viaje apostólico a España, Francisco respondió: «Primero tienen que ponerse de acuerdo entre ustedes». Y unas pocas semanas más tarde, aprovechando otro vuelo, soltó aquella enigmática y lacónica perla que encrespó a nuestro patriotismo más testicular: «Iré cuando haya paz». Enseguida nuestros constitucionalistas chorlitos afearon que 'el peronista Bergoglio' visitase sin empacho países sometidos al comunismo o infractores de los 'derechos humanos' y se negase a visitar la muy democrática España. Y no faltaron quienes acusaron al Papa argentino de sumarse al 'relato' del independentismo catalán, o al guerracivilismo de la izquierda, o incluso a la Leyenda Negra contra la nación que había evangelizado América. A nosotros, en cambio, aquella decisión de Francisco –aunque expresada con su habitual tono indelicado– nos pareció muy acertada, pues por aquellos días la política española era un cenagal de bajas pasiones; y un Papa no tiene por qué verse salpicado por el cieno de las querellas intestinas.

Lo que pensábamos entonces lo seguimos pensando con mayor motivo hoy, pues desde entonces el cenagal español no ha hecho sino volverse mucho más inmundo y pestífero. Resulta, en verdad, desconcertante que León XIV haya elegido el momento presente para visitar España, una de las coyunturas más sórdidas y tremebundas del aciago Régimen del 78, cuando todas sus purulencias y putrefacciones se desbordan, mostrando al mundo entero la descomposición de una cleptocracia en metástasis. ¿De veras no se podía haber organizado esta visita siquiera tras la celebración de unas elecciones? ¿Por qué se elige este momento nefasto, justo cuando la tormenta judicial que cerca a un Gobierno convertido en «junta de ladrones» (según la expresión agustiniana) estalla por doquier, alumbrando nuevos episodios cochambrosos cada día? ¿Ver noticias sobre la visita papal envueltas entre las noticias sórdidas que protagoniza la chusma gobernante produce el mismo efecto que ver un lirio en un vertedero, un ruiseñor en un festín de buitres o una virgen en un burdel. ¿Quién se halla detrás de una decisión tan desafortunada?

Ni siquiera parece improbable que, mientras se desarrolla la visita papal, se produzcan nuevas actuaciones judiciales o policiales que comprometan todavía más al doctor Sánchez y sus mariachis (quienes, entretanto, hediondos e infestados de larvas, estarán arrimándose a León XIV, para que su aura les proteja). Ciertamente, si el heroico Hércules logró limpiar los establos de Augias sin ser sepultado entre sus inmundicias, León XIV podrá salir del brete sin que las podredumbres de la chusma gobernante salpiquen su alba sotana ni su predicamento entre los fieles. Pero se le está exponiendo a un riesgo por completo innecesario; pues la chusma gobernante no se va a conformar con ‘salir en la foto’ al lado de León XIV, sino que pretende darle el abrazo del oso, tratando de sacar tajada y rédito político de su visita, tratando de aprovechar en su beneficio cualquier pronunciamiento papal que pueda ser retorcido y tergiversado, para llevar el agua a su molino de vilezas y depravación moral. Un sujeto desaprensivo como el doctor Sánchez, que se ha negado reiteradamente a asistir a misas funerales en sufragio por las almas de las víctimas de siniestros y calamidades que han dejado consternado al pueblo español (¡que se ha negado, incluso, a sabiendas de que los familiares de dichas

víctimas imploraban la celebración de un funeral católico!) y a cambio ha organizado vomitivos y horteras aquelarres masónicos ya ha confirmado su presencia en la misa que se celebrará en la Sagrada Familia; y además ha anunciado que viajará a las islas Canarias, con la evidente intención de utilizar los discursos papales para justificar sus tropelías.

A nosotros, desde luego, nos gustaría que León hiciese con el doctor Sánchez lo mismo que Ambrosio, padre de la Iglesia, hizo con el emperador Teodosio, impidiéndole entrar en la catedral de Milán y exigiéndole que se despojase de los atavíos imperiales y vistiese de arpillera durante ocho meses, en señal de penitencia, antes de pisar suelo sagrado. O siquiera lo que Juan Pablo II hizo con Daniel Ortega y su Gobierno sandinista, reprendiéndolos públicamente en Managua. Pero no nos chupamos el dedo; y sabemos que los modos de Ambrosio y Juan Pablo II hoy se considerarían poco diplomáticos. Pero entre lo que hicieron Ambrosio y Juan Pablo II y lo que acaba de hacer la oficina de prensa de la Santa Sede, procurando a los periodistas acreditados una hagiografía del doctor Sánchez, media un abismo insondable; y no creemos que la cortesía diplomática exija lametazos ni ensalivamientos de bálano. En este texto vitando de la oficina de prensa vaticana se presenta grotescamente al doctor Sánchez como un hombre que ha orientado su labor al «fortalecimiento del Estado de bienestar», cuando lo cierto es que durante sus mandatos no ha hecho sino descender la capacidad adquisitiva de los salarios y de degradarse los servicios sociales. También se alaba pánfilamente que haya «regularizado medio millón de inmigrantes», sin entender que lo ha hecho para satisfacer a la plutocracia depredadora que exige maximización de beneficios y salarios birriosos. Y, más nefandamente, se aplaude que el doctor Sánchez haya «relanzado los derechos sociales en España», asumiendo el lenguaje a la vez eufemístico y sarcástico que emplean los discípulos de Mengele y los apóstoles de la antropología más disolvente y anticristiana. Pues los ‘derechos sociales’ que ha ‘lanzado’ el doctor Sánchez son la eutanasia y el transgenerismo; y el que ha ‘relanzado’ es el aborto, queriéndolo convertir en ‘derecho constitucional’ expresamente reconocido (como si no bastase el socarrón reconocimiento tácito que el bodrio constitucional le otorga).

Son todos signos horrendos. Pero sin duda León XIV, que es el vicario de quien supo escapar de un sepulcro, sabrá cómo escapar a este abrazo del oso donde, lamentablemente, actúan como entusiastas mamporreros quienes más obligación tienen de protegerlo.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV ante el faraón

Cristina López Schlichting

ABC

¿Alguien se ha preguntado por qué anhelamos, si nadie nos ha prometido nada? ¿Por qué esperamos a Godot? Lo lógico sería resignarnos a este puñetero valle de lágrimas. Pero el corazón persiste, incandescente como el de Ícaro.

Hay misterios como hitos, que señalan un camino. ¿Cómo es que, en un mundo de tiranos despreciables, llevamos cuatro papas –cuatro– que han herido de muerte al totalitarismo (Juan Pablo II); al escepticismo positivista (Benedicto XVI); a la indiferencia ante los miserables (Francisco) o a la IA (León XIV)? ¿Qué nación ha tenido cuatro dirigentes así?

Hay un ingrediente no desdeñable en este viento que guía una institución tan falible como la Iglesia. Por este «viento que sopla como quiere» se pueden atar cabos... demasiadas casualidades para quien reflexiona. Hay quien piensa que creer es dejar de buscar o de pensar, y no. La fe es para buscar más, para hacer la travesía de la vida con el máximo de vela, a todo trapo.

La respuesta a la visita de León XIV no es fetichismo, ni histerismo de masas – en general– sino deseo de recibir lo que guía al Papa, una fuerza que no poseemos ni él posee, pero que hace sabrosa la existencia. Con este Pedro del siglo XXI, menos rudo y embustero –es lo que tiene Chicago– viaja otra cosa, algo inefable, cuya sorpresa queremos catar. Por eso nos ponemos gorritas y

mochilas impensables y agitamos banderines que no se pueden exhibir sin pudor. Sacamos a las calles nuestras heridas, tragedias personales, recelos. Hacemos orear la casa, con la esperanza de que un impulso impetuoso la convierta en barco.

Esperamos porque ya nos ha ocurrido antes, ya nos estremecemos a la voz de Juan Pablo II: «¡No tengáis miedo!»; abrimos la mente con Benedicto XVI: «¡Razón y fe no se excluyen!» y finalmente, cambiamos de mirada con Francisco: «El otro es la oportunidad ¡hagan lío!». Y llega León XIV, tras recorrer Perú en burro, y le dice al algoritmo: ¡Basta! Basta de fingir que los tahúres de los datos tienen la clave. No tienen una boñiga. Van de prisa y no saben adónde, «tienen ojos, pero no ven», clasifican, analizan, calculan un saldo con la misma eficacia que un exterminio, pero ni sufren, ni gozan, ni sudan, ni se quiebran.

León le ha dicho a Faraón que aparte las zarpas de los suyos. David le grita a Goliat el dolor del ser humano, que padece la realidad como la máquina no puede. ¡Resulta que es León, no gato desungulado! Es zarpa de Dios. Fauces poderosas. Rugido. Salto. A ver qué pasa estos días. Andábamos cabizbajos y hemos levantado la mirada ¿Acaso no es ya un milagro? La IA, el algoritmo de los poderosos, nos susurra como Satán: «Abandona toda esperanza».

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Una conciencia vestida de blanco

Ignacio Camacho

ABC

EL vuelo más alto de la lírica española lo alcanzó san Juan de la Cruz, el monje poeta que en pleno auge de la Inquisición usó la metáfora del éxtasis erótico para acercarse a la mística de la trascendencia. Otro fraile, el agustino Robert Prevost, lo citó ayer en Madrid como símbolo –junto a santa Teresa– del esfuerzo espiritual por romper las fronteras de la fe y explorar los últimos rincones de la conciencia. La visita papal empezó fuerte, con el reconocimiento por parte de Felipe VI de los abusos sexuales en la Iglesia y la requisitoria del Pontífice contra la cultura de la polarización dominante en la sociedad y en la política modernas. Bellezas del protocolo y de la escenografía aparte, el arranque promete reflexiones de notable altura ética.

El Santo Padre está obligado a hablar a base de categorías universales, pero eso no significa que sus discursos estén cargados de abstracciones o vaguedades. Si la prédica de Jesús hubiera sido neutral habría llegado a viejo y muerto rodeado de sus familiares. El Papa es un líder religioso que se dirige desde la autoridad moral a un mundo en conflicto donde sus mensajes aspiran a iluminar cuestiones de gran alcance e implican tomas de posición sobre problemas terrenales. Esa misión es imposible de llevar a cabo con miedo a mojarse en ciertos debates; la paz, la justicia o la dignidad de la persona –‘humana’ añade el lenguaje vaticano en un pleonismo prescindible– no son conceptos negociables por delicadeza o afán de no molestar a nadie.

Luego cada cual escucha lo que desea escuchar, como en las alocuciones del Rey, y si hay reproches genéricos o explícitos los descarga sobre el adversario, un recurso clásico del comportamiento político. Siempre es el otro el que polariza, el que crispa, el que construye narrativas de enfrentamiento «que pueblan el mundo de fantasmas o enemigos». El infierno de la otredad sartreana está poblado de individuos acostumbrados a no darse por aludidos cuando alguien reclama respeto a los principios. No sólo dirigentes públicos; el gran peligro de la polarización consiste en que ha trascendido a una ciudadanía aferrada a sus prejuicios, encastillada en el simplismo de unos cuantos eslóganes banderizos.

Así escuchaba Pedro Sánchez –aunque no sólo él– a la espera de copar protagonismo en otros actos donde su ejercicio sectario no quede tan señalado. Los habrá; León XIV no ahorrará llamamientos a la acogida de los inmigrantes cuando viaje a los puertos canarios, y entonces recibirá desdenes y críticas desde otro bando. Es lo que tiene la defensa de los valores del humanismo cristiano y de unos ideales de convivencia y de encuentro incómodos para los profetas oportunistas del combate identitario. Pero el jefe de la Iglesia no viene a ganar votos sino a abrir espacios de esperanza en un país atribulado. Y algún carisma debe de traer consigo cuando no hay liderazgo civil o laico capaz de suscitar el entusiasmo multitudinario despertado por quien a fin de cuentas es sólo un cura vestido de blanco.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Inicio del camino abierto por León XIV

Rosa Corazón

ABC

El Papa nos invita a todos, clérigos y laicos, pues es camino sinodal para participar y proponer cómo mejorar y pasos a dar para una mejor evangelización sobre el amor, el matrimonio y la familia, a la luz de la estela que nos abrió, con su luminoso mensaje de esperanza, la exhortación apostólica 'Amoris Laetitia'. Camino que concluirá en octubre de 2026, convocando entonces a todos los presidentes de las conferencias episcopales del mundo entero.

Ideas que sugiero: Dios no es inhumano, incluso se encarnó, y nunca nos pedirá nada que sea inhumano, ni a cada uno, ni a cada matrimonio. Dios es el inventor del matrimonio y de las relaciones sexuales humanas. El Papa nos señala que, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, nos debe estimular a buscar «el crecimiento, la consolidación y la profundización en el amor conyugal y familiar y a redescubrir que es real, precisamente en su modo limitado y terreno. Puesto que la fragilidad forma parte de la maravilla que somos nosotros». Es decir, nadie se casa con alguien tan perfecto que es irreal. El matrimonio es un bien, que pone de manifiesto lo mejor de que es capaz cada uno.

Esta evangelización debe ser progresiva, atendiendo a las circunstancias, las costumbres y las situaciones sociales y personales. Y para que sea actual, esta evangelización habrá de tener en cuenta realidades actuales y de fácil acceso,

tales como la homosexualidad, la ideología de género, los vientres de alquiler, la maternidad subrogada, la FIV homóloga y heteróloga, los embriones congelados, la venta de óvulos bajo el falso amparo de donaciones por cuestión de solidaridad, a venderse y prostituirse por dinero. Serían, en palabras del Papa, los «cambios antropológicos y culturales actuales». Teniendo en cuenta no solo a los dos que participan, sino también a los niños que nacen de esa unión. Algunos ya bautizados, son Iglesia.

Llena de esperanza porque un amor para siempre atrae, antes y ahora. No obstante, el decrecer de los matrimonios y de los matrimonios por la Iglesia. Hay que intensificar la previa al matrimonio: ¿Cómo no dar la debida importancia a que, algunos que pretenden casarse por la Iglesia, se vayan de fulanas en su despedida de solteros?

Los gravísimos desastres matrimoniales, a los que llevo dedicando tantos años de mi vida con las nulidades matrimoniales ante Tribunales de la Iglesia, me ponen de manifiesto la necesidad de mejorar la evangelización previa al matrimonio. La realidad es que casarse es el acto más importante de toda una vida. Nadie lo dice, pero es así. Hay que evitar, como sucede en tantas ocasiones, que jóvenes que prosperan profesionalmente, sean un desastre en el tema matrimonial por una grave falta de madurez afectiva y sentimental.

La sexualidad matrimonial es amor y premio del matrimonio. Ese fue el título de la ponencia en nuestro curso sobre la belleza de la sexualidad, que está colgado en YouTube. Pues la sexualidad matrimonial tiene una importancia esencial en la buena marcha del matrimonio.

Se necesita seguir avanzando en el reconocimiento a la idéntica dignidad del hombre y de la mujer. Varón es un término machista. Y sobre ello, hay traducciones del Génesis que son erróneas. Un hijo es el mayor bien que un matrimonio puede dejar en este mundo. No lo dice nadie, pero es verdad. El Papa nos invita a descubrir que «el amor en el matrimonio siempre da vida». Respecto a vicios y adicciones: ¿Las cura el matrimonio? No, el matrimonio no

cura nada. Hay que ir curado al matrimonio. Nadie se casa con un misterio y sin un proyecto común para toda la vida.

El hijo es una decisión personalísima de los dos. Mis dos últimos libros los dedico: «A los valientes que se casan por la Iglesia y... a los que se han equivocado. Dios deja siempre una puerta abierta para poder enderezar la vida. ¡Siempre!»

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Dios es la falta que nos hace

Salvador Sostres

ABC

Muchos dicen dudar de la existencia de Dios, y viven su día a día dándole la espalda, pero salen corriendo a recibirlo y celebrarlo cuando llega a visitarnos. No estabais tan perdidos, ni tan lejos. Os ha bastado bajar a la calle para que pase y alargar los dedos. Dios va siempre sobre nosotros, sobre ti. Todo el mundo especula sobre qué dirá el Papa, sobre cuáles son sus mensajes. Lo que importa es lo que digas tú, lo que importa es que has regresado, lo que importa es que la espera se te ha vuelto a encender la luz.

Dios va siempre sobre nosotros y sobre nuestra sed de su voz. Dios es la falta que nos hace, nuestro vacío, nuestra soledad, y nuestra necesidad de pedir perdón y de ser perdonados. La Sagrada Familia es un templo expiatorio. Demuestra la existencia de Dios que no podemos vivir sin belleza. Una de las reclusas a las que el Santo Padre escuchará en Barcelona ha dicho que será el día más importante de su vida. No es exacto. Lo ha dicho así porque es una peluquera, pero lo más importante de su vida es que ni la cárcel puede oscurecer la eternidad que Dios alumbra en ella.

Cuando más inteligentes y conectados nos creemos, más de repente nos sorprende el ansia. Lo que más escasea en las inundaciones es el agua potable. El elixir que nos salva de lo que nos desborda. Cuando el pastor acude, somos otra vez rebaño.

Somos un país espiritual, esto es lo que somos por encima de cualquier otra circunstancia. Hay una textura, hay una tensión, hay una pasión en la que siempre nos reconocemos cuando nos miramos. Luego tenemos una historia enredada y a mucha gente resentida, herida y enfadada: pero su alma está hecha de nuestra misma ansia, y es imposible colapsar las calles con sólo la gente que dice que cree. Cuando se filtra la luz, la verdad se revela. La laicidad es un pacto hecho sobre nuestros defectos pero nuestras virtudes dicen lo contrario. Los españoles estamos hechos mirando al Cielo y por eso somos un pueblo tan ingobernable. Es difícil que obedezca el que, aunque no lo sepa, lleva en su información genética que está cosido al Creador y que lo ama incondicionalmente.

España en tensión, España contenta, España engalanada. España entera se prepara para abrazar al Papa. Somos corderos cautivados ante la Pascua. España puesta ante su espejo. No estamos tan enfadados, nada de lo que nos parece tan grave realmente lo es ni puede compararse al júbilo de poder salir al encuentro de lo que somos. Todo está entrelazado, aunque a veces un malentendido nos distraiga de lo esencial. Luego por la noche, cuando las noticias expliquen que Florentino ha vuelto a ganar, que nadie piense que es una coincidencia o que Dios no sabe mirar el calendario para organizar las giras de su vicario.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

‘Palito’ para ultras... y todos

Cristina López Schlichting

ABC

Con España abierta en dos, como una sandía al sol de junio, León XIV nos noqueó ayer, directamente y sin anestesia: «La tentación de ganar popularidad avivando el fuego de las polarizaciones parece crecer, en lugar de disminuir». En su primer discurso en el Palacio Real nos describió: dime a quién odias y te diré quién eres. A eso hemos llegado ante el mundo. Un país donde odiar y animar a odiar sale más rentable que cualquier propuesta inteligente. Atacar es existir.

El Papa pidió cesar en la confrontación estéril y parecía como si alguien abriese la ventana de una ergástula saturada. «Evitemos las palabras que humillan y enfrentan. Optemos por la claridad que ilumina y la franqueza que abre caminos». No va a ser fácil escucharlo en este viaje si queremos tomarnos en serio a nosotros mismos. Y para demostrarlo, esa alusión, tan políticamente incorrecta, a la llamada «España de las Tres Culturas», donde musulmanes, judíos y cristianos trabajaron «intentado crear un espacio de diálogo sobre el sentido de la verdad». ¡No se anda por las ramas el Santo Padre!

Si todos tenemos que pensar, no les cuento, queridos lectores, los extremos del arco político. Menudo «palito» para la ultraizquierda, cuyo ‘modus operandi’ es azuzar la vieja lucha de clases. O para la ultraderecha, que acaba de ser señalada donde más le duele, en esa continua estigmatización de los

musulmanes, que apesta desde hace años nuestras conversaciones de X, TikTok, Instagram.

Qué cansancio, España. Ayer tomó conciencia del peso que soportamos, lo espesa que ha llegado a ser nuestra convivencia, lo poco creativa, lo escasamente interesante. Dice el Papa que «el bien puede resistir y comunicarse». ¿Es cierto? ¿Podemos aún «avanzar junto al otro, crecer juntos, codo con codo»? Me he descubierto con una pregunta urgente, supongo que la misma que se hicieron los apóstoles ante la tumba vacía: ¿de verdad es posible?

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Me gustan los Papas que vienen a España

Francisco Serrano Oceja

ABC

Siempre me han gustado los Papas que vienen a España. Para los de piel sensible diré que esto no significa que me disgusten los que no han venido. Admiro profundamente a Pablo VI y lamento que Francisco no pudiera cumplir su deseo de llegarse hasta las Canarias. León XIV ha llegado a España para hacer de Pontífice, de hacedor de puentes, entre la historia y el presente, entre la Iglesia y la sociedad, entre la dimensión interior de la persona y su actuación en la vida pública.

Su primer discurso sirvió para asentar las bases de su visita. Un discurso de profundo amor a España, su identidad, y de intensa preocupación por su presente y su futuro. Un discurso cargado de alertas. El pronunciado en la Vigilia de los Jóvenes cambió el registro para meternos en la pedagogía de la santidad, para enviarnos a descubrir «la belleza de la fe» y explicar a los jóvenes qué significa ser cristiano y cómo sea hace un cristiano.

Es cierto que en las primeras horas de la presencia de León XIV se impuso su perfil institucional, como jefe de Estado, como referencia ética mundial. La ausencia del pueblo de Dios en Barajas, excepto ese grupo de cariñosos niños, y la sola presencia de la Comisión Ejecutiva de la Conferencia Episcopal en el Palacio Real –sin el resto de los obispos españoles– agudizaron esa perspectiva. Ya en la tarde se desplegó con fuerza la dimensión de sucesor de Pedro, el primero de los apóstoles, quien preside a la Iglesia en la caridad, en Cedia, y

quien es maestro de la verdad de la fe y de la esperanza. Y de oración, de vida interior, de vida en el espíritu, de una Iglesia que está «al servicio de esta sed del corazón humano».

El Papa no ha venido a España solo. Le acompañan un número no menor de los más grandes santos de nuestra historia. Nos trae la compañía de la vida y de verdad para recordarnos cómo se hace un cristiano, su «estilo de vida» y lo que implica vivir en verdad y justicia.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León contra las ideologías

Juan Manuel de Prada

ABC

En su primer discurso oficial durante su visita apostólica, León XIV hizo una sencilla apología del realismo cristiano. «La realidad prevalece sobre la idea», afirmó durante su alocución, porque «la realidad simplemente es; la idea se elabora». Y advirtió sobre el peligro de que las ideas terminen desgajándose por completo de la realidad, como globos erráticos y sin brújula, en una denuncia sin ambages de las ideologías que nos infestan y una crítica explícita a quienes imponen «narrativas divisivas y polarizantes» frente la verdad de los hechos.

León XIV logró nombrar el pecado más característico de nuestra época, que es la negación de la realidad, la convicción mentecata de que las cosas no existen por sí mismas, sino tan sólo como proyección de nuestra subjetividad. Sobre este postulado demente, el racionalismo idealista pudo afirmar impunemente que el mundo se formaba y reformaba mediante meras «ideas»: así nacieron las ideologías, estructuras de pensamiento (o, en su versión más degenerada y frecuente, meras colecciones de consignas para masas cretinizadas) que niegan la realidad de las cosas y la someten a la voluntad humana, que se cree capaz (*risum teneatis*) de modelarla a su antojo, hasta instaurar un paraíso en la tierra. Pero la realidad es tozuda y no se inmuta ante los delirios humanos, sino que se queda en su sitio, dejando que los hombres se extravíen, como el padre de la parábola del hijo pródigo se queda en cada, dejando que su hijo se coma las algarrobas de los cerdos. El problema es que las algarrobas que las

ideologías procuran semejan manjares a las masas cretinizadas que las secundan.

No existe posibilidad de conversión sin abandonar la cárcel de las ideologías; esta es la mayor enseñanza que me ha deparado mi acercamiento a la fe católica. A medida que me iba haciendo más católico, las ideologías modernas me causaban mayor repulsión; hoy, cuando ya sé que –por mucho que me resista– moriré católico, las ideologías se me antojan zurullos que se descomponen, infestados de moscas. Las ideologías fuerzan al hombre a que su razón se vuelva hacia dentro, fermentando y pudriéndose; la fe católica lanza nuestra razón hacia el mundo, en busca de las cosas reales, en busca del prójimo amado, en busca de ese «Dios fuerte, vivo en el Sacramento, / palpitante y desnudo, como un niño que corre / perseguido por siete novillos capitales». Y entonces nuestra mente se amplía, porque ha conquistado la provincia de la realidad, que incorpora a sus dominios; y viendo desfilar a Dios por la realidad, «panderito de harina para el recién nacido, / brisa y materia juntas en expresión exacta», como ayer desfilaba por las calles de Madrid, sostenido por León XIV, podemos proclamar con Lorca esta hermosa paradoja: «Es tu carne vencida, rota, pisoteada, / la que vence y relumbra sobre la carne nuestra».

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leera [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El sonido del silencio

Ignacio Camacho

ABC

En la escuela nos enseñaron que Dios está en todas partes pero cuando un cristiano quiere orar acude a una iglesia. Las religiones llevan en su naturaleza unos rasgos locativos con los que los seres humanos proyectan sobre la divinidad su propia necesidad de una vivienda. No hace falta la fe, sin embargo, para percibir el carácter sagrado de un templo desde el momento en que se entra y de inmediato se siente el recogimiento y la paz de una atmósfera serena donde se vuelve fácil, espontáneo, fluido, el diálogo con la conciencia. Ese misterio lo identifican los creyentes con la voz de Dios que suena en el silencio del alma a través de una conexión secreta, aunque tal vez sólo sea el fruto de una introspección espiritual, una reflexión capaz de acoplar la razón con los sentimientos superando las limitaciones de la materia. De una u otra manera, nadie sale indemne de ese diálogo interior que enfrenta al individuo con las inexorables preguntas existenciales sobre el sentido de la trascendencia.

Al Papa le preguntaron los jóvenes el sábado cómo reconocer la llamada en un mundo lleno de ruido. Y apeló al silencio, a la experiencia de apagar el estrépito social que impide el discernimiento de lo relevante y sumerge la búsqueda de lo esencial bajo una avalancha de mensajes vacíos. Algo así como la machadiana distinción entre las voces y los ecos en medio del estruendo masivo de las redes digitales, de los espectáculos triviales, del enfrentamiento político. Y entonces ocurrió una especie de prodigio. Tras los cánticos y los

rezos ceremoniales se esfumó de repente el bullicio y medio millón de personas arracimadas en la Castellana se callaron a la vez durante un largo, muy largo rato de retiro íntimo. No se oyó un solo teléfono, ni una palabra, ni una nota, ni un grito: sólo el sonido del silencio, como aquel que cantaba Paul Simon. El silencio que interpela, el silencio que evoca, el silencio que deja pensar, el silencio que susurra al oído con la cordial sinceridad de un amigo.

En las películas de Ingmar Bergman abundan los planos de cielos. Cielos de anochecer nórdico, lóbregos, plumizos, gélidos, surcados de nubes oscuras sobre asfixiantes paisajes yermos por donde discurren personajes solitarios envueltos en desoladores conflictos internos. Esos cielos eran la metáfora del silencio de Dios, según el cineasta sueco; el espejo visual de una tragedia nihilista de incomunicación, agonía y miedo al peso del tiempo, la representación de una angustia vital imposibilitada de consuelo. Cuando Prevost fue elegido hace un año salió al balcón de San Pedro bajo un limpio firmamento azul romano que parecía bañado en la luz de Fra Angelico. Y la otra tarde, sobre la vigilia de oración de Madrid lucía un despejado, transparente crepúsculo velazqueño. El silencio de Bergman era el de un Dios inmóvil, un Dios indiferente que no habla ni oye. Pero el silencio invocado por León XIV ante aquellos cientos de miles de jóvenes era el de un Dios –o una conciencia– que escucha... y responde.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leera [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Papamania

José F. Peláez

ABC

Hemos estado demasiado solos y durante demasiado tiempo. A veces nos hemos sentido olvidados y otras incomprendidos, pero siempre despreciados, como si nuestra manera de vivir la fe se interpretara como una tara genética, una falla intelectual o, peor aún, como un error exótico. Todos los partidos, sin excepción, nos han abandonado –aunque cada uno a su manera– y no existe ninguno que hable, piense o actúe inspirado por los principios del Evangelio; ni uno solo con el que los católicos podamos sentirnos identificados, aún con contradicciones. Hemos estado huérfanos viendo cómo intentaban instrumentalizar nuestra religión a ambos lados mientras nos preguntábamos: ¿En qué momento el amor, el perdón y la misericordia se han vuelto un arma arrojadiza? ¿Cuándo se ha transformado la religión de la piedad, la caridad y la esperanza en una caricatura identitaria, cruel y deshumanizadora?

Por supuesto, solo era una percepción. La Iglesia estaba donde siempre había estado, las homilías de los domingos seguían siendo inspiradoras y las obras de caridad trabajaban a pleno rendimiento, en silencio, que es como se hace todo lo que merece la pena. Nuestra sensación de soledad surgía de estar expuestos a lo peor de la sociedad, que son las redes sociales y los discursos de nuestros políticos, por lo general pensados para esas redes y, por ello, aberrantes, polarizadores y divisivos. Y hemos acabado por confundir las causas con los efectos. Pero ha llegado León XIV, ha silbado como silban los pastores, y

cuando hemos llegado al encuentro hemos descubierto que no estábamos tan solos, que los emocionados somos muchos y que estamos más cerca de lo que pensábamos. Nos hemos reconocido en sus palabras, valientes y problemáticas: tanto la encíclica, como los discursos del Palacio Real, de Cáritas, de la Plaza de Lima, de Cibeles o del Movistar Arena han sido de una altura intelectual y moral a la altura de muy pocos. Sin duda lo será también el de hoy en el Congreso y, a partir de mañana, los de Barcelona y, sobre todo, Canarias.

La figura de León XIV se agiganta a cada paso, comienza la ‘papamanía’ y se instala la sensación de que algo está cambiando. Ha llegado el hombre adecuado, en el momento adecuado y tengo la intuición de que las cosas no van a poder seguir igual después de esto, de que hay un reinicio general y decisiones inaplazables. La sociedad está diciendo ‘basta’ ante el odio y la polarización y toda la política queda expuesta como una actividad no solo insuficiente sino explícitamente contraria a la Doctrina Social de la Iglesia. Estamos ante un reinicio del Concilio, con una onda expansiva que exige un cambio de paso y de rumbo. Por ello, la visita no será solo una anécdota para católicos sino una sacudida para todos. Esperemos que la política sepa entenderlo.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leera [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Silencio, reza un hombre

Cristina López Schlichting

ABC

Hemos estado demasiado solos y durante demasiado tiempo. A veces nos hemos sentido olvidados y otras incomprendidos, pero siempre despreciados, como si nuestra manera de vivir la fe se interpretara como una tara genética, una falla intelectual o, peor aún, como un error exótico. Todos los partidos, sin excepción, nos han abandonado –aunque cada uno a su manera– y no existe ninguno que hable, piense o actúe inspirado por los principios del Evangelio; ni uno solo con el que los católicos podamos sentirnos identificados, aún con contradicciones. Hemos estado huérfanos viendo cómo intentaban instrumentalizar nuestra religión a ambos lados mientras nos preguntábamos: ¿En qué momento el amor, el perdón y la misericordia se han vuelto un arma arrojadiza? ¿Cuándo se ha transformado la religión de la piedad, la caridad y la esperanza en una caricatura identitaria, cruel y deshumanizadora?

Por supuesto, solo era una percepción. La Iglesia estaba donde siempre había estado, las homilías de los domingos seguían siendo inspiradoras y las obras de caridad trabajaban a pleno rendimiento, en silencio, que es como se hace todo lo que merece la pena. Nuestra sensación de soledad surgía de estar expuestos a lo peor de la sociedad, que son las redes sociales y los discursos de nuestros políticos, por lo general pensados para esas redes y, por ello, aberrantes, polarizadores y divisivos. Y hemos acabado por confundir las causas con los efectos. Pero ha llegado León XIV, ha silbado como silban los pastores, y

cuando hemos llegado al encuentro hemos descubierto que no estábamos tan solos, que los emocionados somos muchos y que estamos más cerca de lo que pensábamos. Nos hemos reconocido en sus palabras, valientes y problemáticas: tanto la encíclica, como los discursos del Palacio Real, de Cáritas, de la Plaza de Lima, de Cibeles o del Movistar Arena han sido de una altura intelectual y moral a la altura de muy pocos. Sin duda lo será también el de hoy en el Congreso y, a partir de mañana, los de Barcelona y, sobre todo, Canarias.

La figura de León XIV se agiganta a cada paso, comienza la ‘papamanía’ y se instala la sensación de que algo está cambiando. Ha llegado el hombre adecuado, en el momento adecuado y tengo la intuición de que las cosas no van a poder seguir igual después de esto, de que hay un reinicio general y decisiones inaplazables. La sociedad está diciendo ‘basta’ ante el odio y la polarización y toda la política queda expuesta como una actividad no solo insuficiente sino explícitamente contraria a la Doctrina Social de la Iglesia. Estamos ante un reinicio del Concilio, con una onda expansiva que exige un cambio de paso y de rumbo. Por ello, la visita no será solo una anécdota para católicos sino una sacudida para todos. Esperemos que la política sepa entenderlo.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Memoria histórica, humanidad renovada y mirada a Europa, las claves para leer entre líneas al Papa

José Francisco Serrano Oceja

ABC

Los discursos del Papa están calibrados milimétricamente. La densidad conceptual, propia del buen magisterio, ofrece la impresión de que León XIV quiere, con la fuerza performativa de su palabra, dejar delimitada la geografía de la propuesta cristiana, el lugar que la Iglesia, «experta en humanidad», y los cristianos deben ocupar en el mundo. Como si quisiera aprovechar la oportunidad para una nueva formulación de lo que significa ser cristiano. Si ya teníamos su primera Encíclica ‘Magnifica humanitas’, ahora contamos con su aplicación a la realidad española.

Comenzó la visita en el Palacio Real con un discurso complejo de profunda psicología agustiniana –un tránsito permanente de lo interior a lo exterior y viceversa–. Ahí asentó las bases de la relación de la Iglesia con la sociedad y el Estado. Había mucha expectativa y el Papa no defraudó con una lógica que partía de la historia, convertida en patrimonio y servicio.

La historia es punto de arranque de sus intervenciones en la mayoría de las ocasiones. La historia no lo es sin la memoria, un concepto varias veces utilizado por el Papa. Memoria del «vínculo antiquísimo entre la fe cristiana y esta tierra», pero también, en el marco de la solemnidad del Corpus Christi, «memoria del Señor presente en el Pan eucarístico está en el corazón de vuestra fe y de la historia de vuestro pueblo». Memoria «histórica», que en el

caso de las procesiones del Corpus Christi «no se deja aprisionar por un recuerdo nostálgico; se convierte, en cambio, en una invitación para el hoy, para nuestra vida personal, para nuestras relaciones, para la sociedad, para la construcción del futuro».

León XIV muestra una especial predilección por el siglo XVI español en sus santos: San Juan de la Cruz, Santa Teresa, de Jesús, San Ignacio de Loyola, Santo Tomás de Villanueva, Santo Toribio de Mogrovejo. Siglo en el que se asentaron las bases de la modernidad según la fe católica. Una modernidad que fracasó. León XIV no pudo ser más sincero: «Vengo para confirmar, alentar e inspirar una renovada fidelidad de los creyentes al Evangelio, así como una reconciliación y una cooperación más profundas entre las distintas fuerzas de esta Nación».

De lo que se trata, por tanto, es del presente y del futuro. Por eso se preguntó en el encuentro con el mundo de la cultura, el arte, la economía y el deporte: «¿Qué herencia estamos dejando al futuro y por ende, qué tipo de comunidad estamos construyendo?». La tentación hoy, como dijo en el Palacio Real, es «ganar popularidad avivando el fuego de las polarizaciones parece crecer, en lugar de disminuir; la dignidad humana no deja de ser violada».

Para responder al clima actual, lo que se necesita es cultura, que lo es de la interioridad, y por tanto destinada a «una educación libre y de calidad, necesitamos trascendencia». «La Iglesia católica está al servicio de esta sed del corazón humano» y por eso, insiste, «cabe preguntarse con honestidad si el mundo –y en particular Europa– habría forjado su identidad sin la huella espiritual que ha impregnado su historia. No se trata de una provocación, sino de una invitación a pensar si la eternidad, que irrumpió en el tiempo y el espacio mediante la encarnación de Jesucristo, pueda volver a reconciliarse con lo cotidiano».

No hay que confundirse. Es un viaje a España, pero también lo es a Europa, destino de no pocas referencias, como la del Movistar Arena, cuando se preguntó si «en serio es posible creer que la Europa sería ella misma sin la

huella de la fe? ¿Por qué temer que la eternidad impregne la cotidianidad? Sigue vivo el grito de mis Predecesores: ¡No temáis! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! Jesucristo no nos quita nada y nos da todo».

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Cincuenta minutos de silencio

Chapu Apaolaza

ABC

Al poco tiempo, nos dimos cuenta de que estábamos sentados sobre un hormiguero, y nos pareció una imagen certera de lo que era la existencia: allí, pegados a un árbol sobre una mediana del paseo de la Castellana, frente a Nuevos Ministerios, asados de calor y trepados por las hormigas. Los insectos, que parecen todos el mismo, seguían empeñados en su mundana tarea de traer y llevar cosas, de entrar y salir de la alcantarilla ajenos a las mochilas, a las espaldas que a esa hora ya dolían, a los traseros anquilosados y a los pies de fosfatina. Una chica venida desde Jacksonville intentaba pronunciar la palabra «hormiga», que ella llamaba «hormigo», y se reía.

Pasó el Papa en un revuelo de manos abiertas, de sombreros al aire y de esa esperanza tan tangible que son los bebés que llevaban en volandas, rosas, azules y de todos los colores. Atardecía de golpe bajo un cielo que alguien hubiera pintado a latigazos y, más allá, sobre las torres y ese paisaje desolado de antenas y cables como de canción de Sabina, caía una noche de verano azul, portal de Belén. A eso de las nueve, Madrid quedó clavada en un silencio de rodillas sobre el asfalto. Cincuenta minutos de silencio, uno detrás de otro, transcurrieron sobre aquel gentío arrodillado ante el Santísimo, con las lágrimas calientes que corrían por las mejillas más deprisa que un 'rider' por Sinesio Delgado y los mentones clavados en el pecho, como los toreros gitanos cuando paran el tiempo con las palmas de las manos.

Dios habla en susurros que a veces son clamores como este que hemos vivido: un silencio de una hora de ancho y dos mil años de profundidad, elocuente más allá de los mil estruendos de nuestro tiempo, de la queja, de la turra y del barullo. Una paloma, azul y asustada por toda aquella quietud extraña, guiñaba el aire sobre aquel particular Jordán de personas. Allá a lo lejos, en las lejanías de la desdicha, se asomaban los suicidas a los puentes y el Demonio susurraba su mentira al oído de esos tipos desesperados que miran las vías del Metro cuando llega a la estación como un sueño roto, pero que después se dan la vuelta y regresan a casa. Como si una voz los rescatara de la derrota. Como si recordaran el milagro que son ellos mismos.

Latían las heridas, los remordimientos y un amor tan infinito que parecía no poder abarcarse. A lo lejos sonaba el atasco del más acá: una bocina, un discurso, el 'trending topic' de la batalla política y el ladrido de la manada de mastines del salmo del pipicán. De vuelta a casa se arrastraban los pasos cansados y la soledad que se aparece tras algunas victorias definitivas. Nunca seríamos los mismos y lo aprendimos en ese silencio en el que a Dios se le escuchaba tan bien.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Flores de santidad

Ignacio Camacho

ABC

SIETE minutos. Nadie quería ser el primero en dejar de aplaudir para no parecer un cenizo o quedar señalado como el aguafiestas que rompiese el encanto de aquella protocolaria exhibición de entusiasmo. Se iban a romper las manos con una ovación que sólo reciben algunas divas de ópera y sólo en los grandes escenarios. El Papa, que antes fue fraile y misionero, sonreía con el gesto diplomático de quien conoce el talante farisaico con que reciben los sermones dominicales algunos cristianos; al final fue él mismo el que decidió retirarse para poner fin al simulacro, probablemente preguntándose en sus adentros si aquella gente tan cumplida se había enterado de algo o de veras nadie se sentía preocupado allí por la requisitoria que les había soltado.

Porque, tras recordar la doctrina sobre los límites morales del poder establecida por la Escuela de Salamanca –una cita demasiado lejana para esa grey iletrada–, León XIV pasó tres minutos denunciando la ilegitimidad esencial de las leyes sobre el aborto y la eutanasia. Luego defendió la libertad de los padres para elegir la educación de sus hijos, y a continuación denunció «las lecturas puramente económicas o demográficas» del fenómeno migratorio como una vulneración del principio universal de la dignidad humana. No se quedó ahí: pidió una renovación moral de la política, atacó la polarización y reclamó consensos sociales, voluntad de encuentro y respeto a la discrepancia. Es decir, todo lo que se echa en falta en el debate de las dos Cámaras.

Tuvo para todos, izquierda y derecha. Para el centro no porque no existe en ese hemicíclo cuyas bancadas se han convertido en trincheras. Pero en la medida en que repartió a diestra y siniestra, ambas facciones escogieron la parte que les conviene para declararse satisfechas. (Sólo Feijóo mostró cierta vergüenza al reconocerse interpelado por la totalidad del discurso, aunque él haya aceptado la discriminación por origen en tres comunidades y considere aceptable imponerla en la nación entera). Así que sólo hay dos modos de interpretar la oleada de unánime complacencia: o son todos unos cínicos redomados o han sufrido un ataque de humanismo civilizatorio, una epifanía ética. Escoja el lector la explicación que prefiera.

Lo que parece claro es que el ‘Papaleone’, como le dicen los italianos, no ha venido a derramar almíbar a cambio de que le rindan pleitesía. Ha desplegado en los primeros días toda una exhibición de carisma, pero sabe muy bien cuál es la misión de esta primera visita a un foro europeo y quiere que se oiga bien la doctrina. Así que después del Congreso se fue a la Conferencia Episcopal y ordenó a los obispos –a ellos sí puede ordenar cosas en vez de pedírselas porque están sujetos a su disciplina– que zanjen de una vez el asunto de los abusos y cierren las heridas de las víctimas con «verdad, reparación y justicia». Y también recibió el aplauso fervoroso de la jerarquía reconvenida. Si se quedase un poco más entre nosotros éste sería el país de las maravillas.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Ocho papas

Pedro García Cuartango

ABC

Los Papas no tienen divisiones, como bien apuntaba Stalin. Pero ejercen un poder moral que marca la historia y la vida de los hombres. Al conocer la elección de León XIV, surgió en mi cabeza una inesperada evidencia: soy por primera vez más viejo, aunque sólo sean cuatro meses, que el nuevo Pontífice.

He coexistido con ocho Papas en mis siete décadas de vida. Aunque Pío XII murió tres años después de mi nacimiento, su sombra gravitó a lo largo de mi infancia. Hasta los diez años, un retrato suyo con la concesión de una indulgencia plenaria presidió la cabecera de mi cama. Fue un Papa aristocrático y distante, que asocio con la imagen de una Iglesia severa y punitiva.

Juan XXIII representó todo lo contrario. Recuerdo haber tocado las campanas a duelo el día de su muerte. Fue un mazazo. Yo sentía devoción por él. Fui al Vaticano muchos años después para arrodillarme ante su cadáver embalsamado y lloré. Su legado ha sobrevivido.

Pablo VI, su sucesor, era un hombre sobrio, comprometido con las causas sociales, pero fue también el autor de la polémica 'Humanae Vitae' que prohibía los anticonceptivos. Le tocó una etapa histórica muy complicada, fue el primer Pontífice viajero y tuvo que aplicar el giro del Concilio Vaticano. Era

la época en España de los ‘curas obreros’ y de un cambio social y cultural que se llevó por delante viejas costumbres. Pablo VI chocó con Franco.

A Juan Pablo I, que murió un mes después de ocupar la silla de Pedro, le sucedió el polaco Karol Wojtyla, que permaneció 26 años al frente del Vaticano. Su mandato estuvo marcado por la lucha contra el comunismo y una concepción conservadora de la moral. Fue el primer Pontífice mediático y un hombre de extraordinaria energía, dotado de un gran carisma.

Benedicto XVI era un teólogo alemán, responsable de la ortodoxia eclesiástica, que tuvo la lucidez de abandonar el cargo al verse sobrepasado. Su sucesor, el argentino Bergoglio, optó por romper viejos tabús y dar un giro progresista a la Iglesia, lo que generó una oposición interna. No hay duda de que León XIV fue elegido como solución de compromiso para frenar la división de los creyentes. Aunque discreto y conservador en las formas, todo indica que seguirá el camino marcado por Francisco. Su discurso de ayer apunta en esa dirección.

La personalidad de cada Pontífice ha influido mucho en la Iglesia. Pío XII y Juan XXIII eran opuestos, al igual que hubo significativas diferencias entre Benedicto y Francisco. Wojtila estableció distancias por su fuerte carácter con el místico y breve Juan Pablo I. No entro a cuestionar los designios del Espíritu Santo, pero sí creo que en cada Papa late un hombre que emerge en el cargo y que deja su impronta. Los cardenales le eligen, pero es imposible prever el rumbo de cada Papado. León XIV nos puede sorprender.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un León entre multitudes

Luis Herrero

ABC

Este Papa no deja de meterme en líos. Ya sé que no lo hace a propósito, pero desde que se asomó al balcón de San Pedro con el solideo blanco, la muceta roja y la estola bordada en oro no he dejado de porfiar por su culpa. En mi entorno profesional, porque veían a Prevost como un Bergoglio 2.0 y creían que detrás de su aspecto moderado se escondía el león populista que llevaba dentro. Y en mi entorno familiar, porque es una inveterada costumbre recibir al sucesor de Pedro en medio de una algarabía piadosa que a mí me pone los pelos de punta. Ambas porfías se han recrudecido con motivo del viaje del Papa a España. Cuando supimos que acudiría a Canarias para cumplir el deseo que no pudo satisfacer su antecesor, muchos pronosticaron que convertiría el problema de la inmigración en el eje central de su discurso. Y que eso daría alas a la izquierda y colocaría a la derecha, mayoritariamente católica, en situación de desventaja. Hay que rezar para que el Papa se convierta, bromeaban los escuderos más combativos de ese prejuicio. La ocurrencia me hacía sonreír, pero nunca dejó de parecerme nada más que una idiotez graciosa. Es difícil dialogar desde frecuencias distintas. En el dial de la política la inmigración abre debates discutibles: legalidad, cierre de fronteras, devoluciones en caliente o regularizaciones masivas. En el dial del humanismo cristiano no hay debate posible. La defensa de la dignidad del ser humano es innegociable. Pero no solo para Prevost, ni antes para Bergoglio. También lo fue para Ratzinger, para Wojtyla y para el mismísimo Pedro, que fue el primero de todos ellos. Si alguien espera que León XIV bendiga la

inmigración ilegal, se equivoca. Y si alguien espera que la condene, también se equivoca. Eso es territorio de la controversia temporal y en esa jurisdicción el principio está meridianamente claro: al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Por lo que respecta al lío familiar, el asunto es más turbio. Ni he acudido a los actos que se han celebrado en Madrid ni he seguido con demasiada atención los discursos pastorales del Papa. Mi mujer mi mira de soslayo con inquietud y sospecho que se pregunta si me he vuelto un pagano. Ella participa en un chat con padres, hermanos, tías, tíos y sobrinos que ha adquirido tal temperatura espiritual que lo sorprendente es que sus móviles no se hayan convertido en teas. Todos han ido a todo. Todos exultan por todo. No ha existido ninguna conversación en los últimos días en la que no se haya ponderado lo sabio, sereno, simpático, profundo y carismático que es este agustino yanqui. Que Dios me perdone pero esas manifestaciones tumultuosas de fervor incendiario siempre me han parecido un horror. Creo que el Espíritu Santo habla en la intimidad del corazón de cada uno. Si hubiera querido que le escucháramos de otra forma, en lugar de oídos tendríamos bafles.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa de los bebés

José Luis Ruiz Bartolomé

ABC

Muchas veces uno tiene la sensación de que la Iglesia, en su versión más local, no pone el foco en el origen de los males que afectan al hombre de hoy y se deja llevar por cuestiones que, siendo relevantes, son un «además de», pero no la esencia. Por ejemplo, un clásico en los comunicados diocesanos es la acción para el acompañamiento de los que sufren la soledad no deseada. Como digo, todo ello se antoja necesario, es importante, pero se echa de menos poner el foco en elementos que son previos y que, de hacerse, contribuirían a evitar que estos problemas escalaran y se cronificaran.

La soledad no deseada es el fruto de una sociedad que lleva desde los años ochenta tratando con desdén la manera en que funciona la vida: con el tejido de redes familiares, esto es, con parejas que hacen matrimonios, matrimonios que hacen hijos, hijos que tienen primos, tíos y abuelos, hijos que se casan y vuelta a empezar. Cuando llega el día de la madre todo son postureos en los X, Facebook e Instagram, pero ni ellos ni ellas tienen hijos, aunque a lo mejor sí un perro o un gato en quien volcar su necesidad de dar, de amar. La Iglesia debería preguntarse si ha hecho lo suficiente durante estas décadas para apuntalar las redes y los lazos familiares, el mantenimiento del compromiso conyugal, el cuidado de la vocación matrimonial, la advertencia firme frente a los males que desde las ideologías ‘wokes’ han sumido en el nihilismo a cohortes enteras de jóvenes occidentales.

Tras el discurso del Papa León XIV en el Congreso de los Diputados algunos han señalado la ausencia en esa intervención de una denuncia contundente de la situación dramática de la nupcialidad y la natalidad en España. El Papa se ha visto rodeado por una marea de jóvenes durante todos estos días, pero, por desgracia, esa no es la realidad de nuestro país. Y no estoy pensando sólo en la España vacía del interior; incluso la vital Madrid arroja unos datos de natalidad muy discretos. Lo cierto es que sí que habló de la protección del no nacido y también de la importancia de la familia, pero es verdad que en su alocución no nos hizo sentir las alarmas que llevan sonando años y a cuyo molesto soniquete nos hemos acostumbrado. Pero hay cosas que no hace falta decir con palabras porque, ¿qué es lo que, desde el punto de vista del contacto con la gente, más ha llamado la atención del Papa en todos estos días? ¿Cuál ha sido su constante ruptura de protocolo? ¿Qué es lo único que le ha llevado a ralentizar el papamóvil o incluso a pegar un frenazo? Exacto, los bebés.

En su primer paseo por Madrid, por los bulevares y al terminar el acto inicial de este viaje apostólico, nada más salir del Palacio Real, se paró cuando le acercaron un bebé, al que bendijo. «Anda, qué majo», pensamos todos. Después la escena se ha repetido hasta la saciedad, tanto que a veces uno se pregunta de dónde salen tantos bebés en una ciudad en que hay cinco veces más perros y gatos que niños de cero a tres años.

El mensaje ha sido constante, pertinaz como lluvia fina; los agentes de seguridad que rodean al Sumo Pontífice no han dudado en ningún momento en recoger los bebés ofrecidos por sus padres para recibir la bendición del sucesor de Pedro (¡qué gozo mayor cabe para un padre que su hijo reciba la bendición papal!). Y así, lo mismo que en los abortorios (por desgracia financiados con nuestros impuestos) se sacrifican hijos a Moloch, en el Madrid que acogió a León XIV los bebés son entregados a la bendición del Santo Padre en nombre de Jesucristo. Y todos, todos, todos hemos visto y contemplado esa imagen tantas veces en los cuatro días de la visita que hemos interiorizado que no hay nada mejor que un recién nacido, que cada nueva vida es pureza y es regalo de Dios, que es futuro y esperanza, y que nuestra

vida estaría vacía si pensáramos que nuestra misión termina el día que demos con nuestros huesos en el suelo.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Quédese un poco más, Santidad

Ignacio Camacho

ABC

La visita del Papa ha sido larga pero ha dejado tantas escenas inéditas que dan ganas de pedirle que la extienda. Como el replicante de 'Blade Runner', hemos visto cosas que nunca creeríamos que sucederían en su presencia. Hemos visto a la extrema izquierda y a la extrema derecha aplaudir juntas en el Congreso un discurso que contenía severas reprimendas. Hemos visto a la antigua editorialista del periódico de ETA saludar al Pontífice con media reverencia. Hemos visto una Barcelona esplendorosa que recordaba en eficacia y en belleza aquella ciudad olímpica que asombró al planeta. Hemos visto a Sánchez escuchar una misa que se negó a organizar por los miles de muertos de la pandemia. Hemos visto a medio millón de jóvenes guardar media hora de silencio y oración bajo las estrellas de la noche madrileña. Hemos visto a multitudes gigantescas conmovidas por el mensaje humanista del jefe de la Iglesia. Hemos atisbado, en fin, una inesperada y probablemente pasajera atmósfera de respeto y convivencia.

Estos días ha pasado algo. Y no sólo en la esfera dirigente, cuya tregua de enfrentamiento responde al oportunismo de un simulacro, al interés por arrimarse al foco mediático con la apariencia sosegada y bonancible de quienes nunca han roto un plato. Ha habido una patente, casi palpable oleada emocional capaz de sacudir la conciencia de enormes masas de ciudadanos – católicos, indiferentes, escépticos– en torno a la intuición de haber encontrado las cualidades morales de un verdadero liderazgo. Ese entusiasmo revela el

sentimiento de orfandad de buena parte de la opinión pública española ante un panorama institucional devastado por la polarización y la dialéctica de bandos, desierto de estímulos constructivos, vacío de esperanzas, podrido de escándalos. De repente, mucha gente ha identificado en la palabra mediadora y fraternal de León XIV el consuelo necesario para atravesar este páramo de incertidumbres colectivas sin miedo al descalabro. Como si hubiera recibido una inyección de ánimo.

Todos sabemos que será un espejismo. Que en cuanto levante el vuelo camino de Roma el avión pontificio, la sociedad regresará a su pasatiempo favorito, el de la discordia civil y el cainismo político. Que la tolerancia, el diálogo y la concordia quedarán de inmediato relegados al olvido, arrumbados como muebles antiguos en el desván de los conceptos prescritos. Que los adversarios volverán a verse como enemigos enzarzados en un combate de agravios recíprocos. Que nadie, ni arriba ni abajo de la pirámide social, se sentirá preocupado por la responsabilidad de cerrar conflictos ni por los llamamientos a eludir antagonismos divisivos. Sabemos incluso que si el Santo Padre prolongase su estancia acabaría por aburrirnos. Y sin embargo, vamos a echar de menos este efímero soplo de grandeza de espíritu. Y tal vez quede un leve atisbo, un rescoldo de buena voluntad capaz de empujarnos a mirar dentro de nosotros mismos. Aunque sólo sea para aceptar la posibilidad de que exista un camino distinto.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Su Sanchidad y el Papa de los bebés

Chapu Apaolaza

ABC

La alegría de un niño al que el Pontífice levanta en brazos, su inocencia a prueba de cinismo, constituye un grito en favor de la vida

La visita del Papa nos ha devuelto una infancia necesaria ahora que éramos todos tan adultos, tan cínicos, tan necios. El día de la vigilia de los jóvenes, en la primera jornada del viaje de Su Santidad, entraba León XIV con el papamóvil y alguien levantó un niño para que lo bendijera. Desde ese momento, el viaje del Santo Padre ha sido también el viaje de los niños, y aparece uno cada tres segundos, como las ikurriñas en el Tourmalet. Su Sanchidad el presidente del Gobierno se ha apuntado al carro de los pañales porque para lavar sus pecados se acoge a sagrado. Ayer hasta le extendieron uno y lo cogió en brazos mientras los reporteros con mala leche imaginaban metáforas sobre una sagrada familia inversa. Cuando alguien preguntó por qué llevaba un niño en brazos, alguien comentó que sería suyo. Los de Argineguín, que son de gatillo fácil y se hablan tanto de un lado a otro de la calle que parece condición necesaria del pueblo hablarse a gritos y de lejos, forman una comunidad calmada, entusiasta y acogedora con la que da gusto cruzarse. Incluso entre hermanos se saludan como si no se hubieran visto en décadas.

El entusiasmo, que nace de la capacidad de la sorpresa, y la sorpresa que a su vez proviene de la infancia, se necesitan para vivir, porque en ellos echa raíces

la esperanza. Solo cuando alguien deja de sorprenderse deja también de esperar. Abandonar el asombro, que es propio de los críos, significa morir un poco. Intentaron matarnos todos aquellos que venían a disparar contra la natalidad. Si uno hace un repaso por las contraportadas de fin de semana de determinados periódicos antinatalistas y, al mismo tiempo, animalistas, parecía que había que salvar a todos los animales mientras se condenaba a una justa extinción al ser humano. Tanto es así que hoy crecen estadísticamente y a la vez, los refugios de perros y las clínicas abortistas.

Hoy un niño, y no digamos ya un niño enfermo al que los médicos recomendarían abortar porque no va a saber contar hasta ocho con seis años o porque le falta una manita, encarna la rebeldía de un humanismo que ha vencido a la muerte. La alegría de un niño al que el Papa levanta en brazos, su inocencia a prueba de cinismo, constituye un grito en favor de la vida que resulta hoy tremendamente provocativo.

Esos niños que vuelan sobre las cabezas hacia los brazos enormes los servicios de seguridad del Vaticano, y que parecen salidos de una película de Sorrentino, son la esperanza viva de toda una civilización. Para engendrar hay que creer que el mundo vale la pena y que la vida, con sus piedras en los zapatos, sus sombras y sus suicidas asomados a la cornisa de la existencia, merece ser vivida.

Dijo el Papa en la vigilia de los jóvenes que no debían tener miedo a formar una familia. Y provocaba más que los Sex Pistols frente a la murga del antinatalismo, el decrecentismo y el odio a nuestra propia especie. Dicen que no deberían nacer tantos niños porque así salvaríamos no sé qué especie de rana del Amazonas o ese lince blanco que aparece en mitad del monte con su nueva novia lince como un gato fantasma. Que por haber más humanos en el planeta pudiera desaparecer alguna especie de rana amazónica y que, sin embargo, por una uña de uno de esos niños que levanta en brazos el Papa –ya no digo de la niña Valentina, que enseñaba, tocándola con las manos, la cruz de la Sagrada Familia y de la que me enamoré a la segunda frase–, digo que por

un pelo de cualquiera de esos niños valdría la pena gasear todas las ranas del Amazonas.

Ah, me quedo con esos críos con el pañal cagado que nos recuerdan que la existencia, por imperfecta que sea, encarna una luz en la oscuridad y da sentido al vacío de un cosmos entero. Ser padre exige creer, por fuerza, en un mundo mejor. Y por eso celebro a todos esos niños que vuelan camino del papamóvil como la bandera de un mundo necesariamente mejor.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

No podemos matar al inocente

Isabel San Sebastián

ABC

Faltan las comillas en esta frase, pronunciada por el Papa en Barcelona, porque la hago mía desde el corazón y la razón, desde la convicción que nace de los principios ligados a la condición humana, sin necesidad de abrazar credo alguno, desde la experiencia de quien tiene hijos y comprende lo que significa «amor incondicional». No podemos matar al inocente. Este mandamiento, claro y taxativo, supone una refutación completa del discurso dominante, además de un aldabonazo en la conciencia de esta sociedad instalada en la ceguera voluntaria. Frente al eufemismo entronizado como burladero moral, León XIV ha llamado a las cosas por su nombre. Frente a la mentira elevada a la condición de dogma 'progresista', ha dicho la verdad. Frente a la cobardía del silencio cómplice, su voz ha sonado con fuerza para denunciar, en el Congreso de los Diputados y ante miles de barceloneses, esa lacra de nuestro tiempo llamada aborto, que avergonzará a las generaciones futuras como la esclavitud del pasado nos escandaliza a nosotros.

Fue Bibiana Aído, ministra de Igualdad del hoy imputado José Luis Rodríguez Zapatero, quien profirió en 2009 aquello de «un feto de trece semanas es un ser vivo, pero no un ser humano». Semejante salivazo a la biología hizo fortuna, porque lo que a la sazón era todavía un debate abierto entre ley de supuestos y ley de plazos se convirtió, en el texto aprobado en 2010, en una barra libre legal para liquidar criaturas en el vientre materno prácticamente sin limitación. El paso previo a la reivindicación actual de blindar en la Carta

Magna ese supuesto derecho, despojado de trascendencia merced al recurso engañoso consistente en presentar la vida trunca como una masa amorfa de células desvinculadas no solo de sus padres, sino incluso de nuestra especie. Un trampantojo indispensable para llevar a cabo la operación sin el menor atisbo de culpa.

La realidad es que prevenir embarazos no deseados a base de educación en la responsabilidad y el uso de anticonceptivos, o ayudar a una mujer embarazada en situación de dificultad, le resulta mucho más costoso al Estado que empujarla a abortar. Ya lidiará ella después con las secuelas de ese paso traumático. Porque lo cierto es que un feto de trece semanas es profundamente humano. Y uno de cuatro también. Un ser humano único y diferente a cualquier otro, incluida su madre, pero dependiente de ella para llegar a nacer. Un ser humano al que se ha privado del más elemental de los derechos, el que ampara la vida, en nombre de un feminismo parasitado por la izquierda política en el no nos reconocemos quienes luchamos por la igualdad. Un ser humano dotado de una dignidad inalienable precisamente en virtud de esa humanidad indiscutible. No es preciso ser cristiano para defender al indefenso, pero hacia mucho que nadie osaba hablar como lo ha hecho el Papa.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Caridad y libertad religiosa

Juan Manuel de Prada

ABC

El Papa ha recordado que la caridad cristiana no admite acepción de personas; pero ha reconocido que «el deber de un Estado de proteger sus fronteras debe equilibrarse con la obligación moral de proporcionar refugio»

Han sido admirables los discursos que el Papa León XIV nos ha reglado sobre la cuestión candente de la inmigración, aunque la consabida mezquindad de nuestra chusma gobernante haya querido llevar su agua límpida a cochambrosos y pestilentes molinos. Resulta evidente, para cualquier persona que no esté aturrida por la demogresca azuzada desde los distintos negociados ideológicos, que los discursos papales enuncian principios morales permanentes, pero no descienden a las aplicaciones concretas, que exigen arduos juicios prudenciales.

La doctrina social católica siempre ha reconocido el derecho a emigrar de todos los hombres, subsidiario del «derecho a un espacio vital familiar en su lugar de origen»; y el Papa León no ha hecho sino reiterar esa enseñanza cuando ha afirmado que «existe un derecho a buscar refugio, pero antes un derecho a permanecer en la propia casa». Asimismo, el Papa ha recordado que la caridad cristiana no admite acepción de personas; pero ha reconocido que «el deber de un Estado de proteger sus fronteras debe equilibrarse con la obligación moral de proporcionar refugio». Todos estos principios los podemos hallar igualmente proclamados por León XIII o Pío XII. Sólo que,

cuando León XIII o Pío XII los proclamaban, se dirigían a un mundo en el que sobre todo emigraban los católicos (italianos e irlandeses, polacos y españoles) a países de mayoría protestante; hoy, por el contrario, emigran hacia un país como España, que antaño fue católico y hogaño más bien apóstata, gentes de las más variopintas creencias religiosas.

Sin embargo, la circunstancia que hace hoy más difícil la aplicación prudencial de los principios permanentes que la Iglesia proclama no es la muy diversa fisonomía del fenómeno migratorio, sino el encaje de la llamada 'libertad religiosa' en el mandato universal de caridad. Pues la caridad cristiana, que exige procurar comida al hambriento o brindar posada al peregrino, exige antes que nada convertir al hambriento y al peregrino en discípulos de Cristo, según el mandato expreso y reiterado de Jesús. Pero la 'libertad religiosa' hace muy problemático el cumplimiento de este mandato, dejando coja o demediada la caridad cristiana, que acaba dedicándose exclusivamente a las obras de misericordia corporales. Vemos así como un principio en origen impío (concebido para descristianizar melifluamente las sociedades cristianas) y después asumido tácticamente por la Iglesia (para que la fe católica no fuese perseguida en países donde no era mayoritaria) acaba haciendo imposible la realización plena del mandato universal de caridad.

Y la realización que no es plena se convierte en parodia de ese mandato, en horrenda filantropía o solidaridad globalista que no es sino capitulación ante el pensamiento secular que busca una Iglesia útil para el mundo, pero incapaz de propiciar una auténtica 'integración'. De ello es plenamente consciente Jesús, que siempre 'integra' obras de misericordia corporales y espirituales, otorgando primacía a estas últimas. Un ejemplo incontestable lo hallamos en la multiplicación de los panes, donde antes de dar de comer a las cinco mil personas congregadas, Jesús se compadece de ellas «porque andaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas» (Mc 6, 34). El alimento fue el sustento para un discipulado previo, no un servicio de comedor social para desconocidos de paso. Y cuando la muchedumbre le busca al día siguiente solo por el pan, Jesús les recrimina: «Me buscáis... porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad... por el alimento que perdura para la

vida eterna» (Jn 6, 26-27). Cristo rechaza explícitamente ser convertido en un mero proveedor de bienestar material; su caridad siempre apunta a la conversión.

Siempre es la fe de los tullidos y los leprosos la que propicia la acción milagrosa de Jesús.

Cuando la mujer fenicia de Siria, que es pagana, ruega a Jesús que obre el milagro de expulsar los demonios de su hija, Jesús le responde sin ambages: «Deja que se sacien primero los hijos. No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos» (Mc 7, 27). Es decir, Jesús le recuerda que existe un 'ordo amoris' que lo obliga a atender primero a las gentes de su pueblo que reconocen a Dios. Y entonces la fenicia le responde admirablemente: «Señor, pero también los perros, debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños». Y Cristo la atiende entonces en su petición, sanando a su hija; pero lo hace tras constatar en ella una fe personal que la 'integra' en el ámbito de su gracia. Esta dinámica se repite con otros paganos o extranjeros: el centurión de Cafarnaúm, por ejemplo, o el leproso samaritano, o la mujer del mismo pueblo con la que coincide en el pozo de Jacob: la caridad de Jesús siempre está ligada a la conversión de sus beneficiarios.

Es habitual esgrimir la parábola del Buen Samaritano como ejemplo de una caridad que no se preocupa de la confesión religiosa del destinatario. Pero lo cierto es que samaritanos y judíos adoraban al mismo Dios y reconocían igualmente la ley mosaica. El conflicto que entre ellos existía era el propio más bien de un cisma religioso –similar a la distancia actual entre un católico y un ortodoxo, o incluso entre católicos 'preconciliares' y 'posconciliares'–, pero en ningún caso el propio de religiones radicalmente opuestas o extrañas. El samaritano que socorre al judío vapuleado por los ladrones no necesita 'convertirlo', porque ambos tienen la misma fe. Utilizar esta parábola para justificar una caridad que se despreocupa de la conversión se parece demasiado al fraude exegetico.

Señalando esta particularidad de la parábola que suele soslayarse no estamos pretendiendo insinuar que el mandato universal de caridad deba excluir a personas que profesan religiones alejadas o incluso antípodas de la cristiana. Pero esa caridad es como arar en el mar si no ‘integra’ las obras de misericordia espirituales, que exigen dar a conocer a quien se definió como «el camino, la verdad y la vida». Cuando esto no se hace, la integración se vuelve imposible, como hoy se aprecia en los países europeos que han acogido (con frecuencia, en condiciones indignas o por razones utilitarias) a personas que profesan otras religiones. A la postre, si somos intelectualmente honestos, hemos de concluir que la ‘libertad religiosa’ es el principal impedimento de la caridad.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Magnífica humanidad

José F. Peláez

ABC

Hemos sido interpelados a dar pasos y, como consecuencia, a ayudar a que otros los den, algo que va a requerir de generosidad y paciencia por parte de todos

Es fácil escribir desde el cinismo y desde el 'ethos' resabiado del corazón duro. No resulta complicado interpretar el mundo desde la plantilla de la crítica evidente, de esa crítica holística y desaforada tan frecuente, tan perezosa y de escritura tan torpe y franquiciada. Supongo que todo ello se debe a la inmerecida fama del pesimismo, de la desconfianza universal y del desencanto, como si la altura intelectual de alguien deviniera de su aceptación del fracaso y no de una rebeldía íntima ante él. Pero la realidad es que hemos vivido días inolvidables. Hemos intentado relatarlos en crónicas y en columnas honestas. Conviene recordar que la honestidad no consiste solamente en relatar una serie de hechos asépticos sino, sobre todo, en intentar trasladar la realidad que los circunda, es decir, lo que sucede, pero no se ve; aquello que surge entre el sujeto y el objeto y que nos hace pasar del 'ethos' al 'pathos' en el proceso de transferencia. Todo el que haya vivido un buen concierto entiende lo que quiero decir: la experiencia compartida no tiene nada que ver con la escucha solitaria de una canción, aunque esta sea exactamente la misma. La percepción de la realidad –quizá la realidad misma– resulta adulterada por la emoción colectiva, por un estado de consciencia nuevo y por la adrenalina pasando de corazón en corazón como el correo de antorchas de Agamenón saltando de cumbre en cumbre. Los hechos fríos no conforman la realidad sino una parte

de ella. Por eso el cronista debe aspirar a trasladarla entera, algo que solo se logra citando de frente, bajando la mano y quedándose indefenso en medio de la plaza, armado con un folio ante la verdad inasible que viene para arrollarte.

En realidad, es más fácil destruir que construir; pero también más deshonesto. Lo vivido estos días solo se puede explicar desde la emoción. Me cuesta creer que nadie que estuviera presente en el Congreso percibiera otra cosa que grandeza, alivio momentáneo y una emoción capaz de trascender las creencias individuales para convertirse en cultura, es decir, en significado compartido. Podríamos recelar de ello de antemano, podríamos poner adjetivos al sustantivo y endurecernos escribiendo teletipos, con el ventajismo del que sabe que, desde fuera, todo se percibirá de otro modo. Pero para eso no hacemos falta. No se puede renunciar a explicar la verdad solo por miedo a pasar por ingenuos. Y aunque después confirmáramos que algunos no se enteraron de nada –lo grande solo actúa en lo grande– allí pasó lo que pasó. Aplaudir a un señor que dice algunas cosas con las que no estás de acuerdo – que es donde estamos todos– no dice nada malo de tu coherencia sino algo bueno de tu humildad. Ser capaz de contarlo no denota ingenuidad, sino honradez. Y lo mismo en el Palacio Real, en Cáritas, en la plaza de Lima, en Cibeles, en el Palacio de los Deportes, en la Sagrada Familia, en la cárcel de Can Brians o en el muelle de Arguineguín.

Va a ser difícil olvidar estos días. Hemos sido interpelados a dar pasos y, como consecuencia, hemos sido interpelados a ayudar a que otros los den, algo que va a requerir de generosidad y paciencia por parte de todos. No hace falta que todos lo hagan: con que el uno por ciento de personas entienda el uno por ciento del mensaje, las cosas no van a poder seguir igual mucho más tiempo. La sociedad en su conjunto ha recibido el mensaje de León XIV y las consecuencias son inevitables e inaplazables. Los que hemos tenido la suerte de presenciarlo para después explicarlo nos encontramos afectados en lo personal. Hemos visto lo que hemos visto, estamos traspasados y ahora pasamos nuestros días y escribimos nuestras páginas con un anhelo íntimo, que no consiste en otra cosa que en estar a la altura de lo vivido, tejer redes

ingenuas y alzar de nuevo la mirada ante la grandeza inabarcable de nuestra magnífica humanidad.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Toca hacer la digestión del viaje del Papa

José Francisco Serrano Ocea

ABC

España ha ayudado a León XIV a ser un poco más Papa. Comparemos sus gestos, sus caras, del inicio y del final del viaje. Calderón de la Barca nos enseñó a dejar a Dios ser Dios. Conviene también dejar al Papa ser Papa. Cuando aún no se nos han ido de la cabeza las imágenes de esta presencia elocuente, hay que empezar a pensar cómo se va a hacer la digestión de este legado esperanzador en el que Madrid habló de fe, Barcelona de belleza y Canarias de caridad.

España tenía ansias de recibir al sucesor de Pedro. Hay una generación de católicos y de personas de buena voluntad que deseaban decir «yo soy de la generación del Papa porque lo vi en...». Madrid desbordó la vitalidad de un catolicismo castizo que sabe disfruta de la vida como fiesta y que en no pocas ocasiones marca la tendencia de lo que va contracorriente, con un clero bien formado que se las sabe todas. La política es hoy en España un personaje en busca de autor y ya lo encontró en la tribuna del Congreso. Barcelona, incluso eclesialmente, ya no es lo que era, un Pueblo de Dios y una sociedad que emerge gracias, también, a un cardenal que se despide en lo más alto. Canarias se convirtió en el altar de la dignidad humana, en un viaje cuyo mensaje es que no se puede separar el amor de Dios y el amor a los hermanos. Como diría Teresa de Lisieux, todo es y ha sido gracia.

Ahora nos quedan los discursos y su interpelación a nuestra conciencia. Queda reflexionar, sin exclusiones, sobre lo que ha supuesto este viaje para la sociedad y para la Iglesia. Lo hará no solo la Conferencia Episcopal. León XIV llegó como el sucesor del Papa Francisco y se fue siendo él mismo y habiendo palpado que puede contar con la Iglesia en España, con ese rescoldo humeante arraigado en unas entrañas que son más que historia. Es la hora de los liderazgos, cabezas y manos que unidas construyan un proyecto común de nación, sociedad e Iglesia.

Este artículo se publicó en [ABC](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

6 jun
2026

EL DEBATE

eldebate.com

FUNDADO EN 1910

Coincido con don Luis Argüello en que la visita de León XIV a España es una oportunidad para promover el diálogo y superar divisiones. No descartemos, por tanto, el milagro de que los muros se derrumben a su paso y amanezca un nuevo tiempo. Es cierto, sin embargo, que la semilla sembrada hoy no da frutos hasta unos meses después. De una u otra manera la llegada del Papa a España tiene una enorme trascendencia, además de un reconocimiento al pueblo español.

Bieito Rubido
Director de El Debate

BIENVENIDO SANTO PADRE

León XIV inicia este sábado un viaje histórico por España que le llevará a visitar Madrid, Barcelona, Gran Canaria y Tenerife durante siete días

La misa del Papa que yo no habría querido vivir

José Antonio Méndez

El Debate

En lugar de ser testigo y cronista, me ha tocado ser protagonista y receptor de ese auxilio de Dios en el dolor y en la incertidumbre. Ser parte de la legión de arrastrados por las circunstancias de una vida cuyo temporal no han elegido, pero deben capear. Y he aquí lo que he descubierto: que este Papa que nos llama a una nueva humanidad también ha venido por nosotros

Ya le adelanto que este no es el texto que usted espera leer, ni el que yo esperaba escribir.

Me explico: en ocasiones los periodistas empezamos a redactar las crónicas en nuestra cabeza antes de que los acontecimientos sucedan. Por eso, casi desde el sábado por la noche yo tenía esbozado el arranque de esta que tiene usted delante, con eso que en nuestro argot llamamos «crónica de color». O sea, un artículo que pretende trasladar al lector hasta aquel lugar en el que nosotros hemos sido testigos directos, en primera persona, de aquello que relatamos. Dos de los mejores ejemplos que he leído últimamente de este género los firmaron María Fernández y María Curiel tras la vigilia de la Plaza de Lima.

Así que servidor, que desde Juan Pablo II en Cuatro Vientos tiene ya unos cuantos encuentros pontificios como muescas en el bolígrafo –el revólver de los plumillas–, ya intuía por dónde podrían ir los tiros.

Tal vez sería un testimonio emocionante pescado de entre las riadas de peregrinos que han llegado a Madrid. Tal vez una imagen evocadora y vibrante como las que había visto la noche anterior, con sacerdotes como Alejandro, incapaz de contener las lágrimas ante el Sucesor del Apóstol Pedro; familias como la de Edu y Zaza, abrazados ante el Santísimo junto a sus dos hijos, uno de ellos con autismo; voluntarios como el italiano Nicola, maravillado por el orden y el buen ambiente a pesar de las aglomeraciones; jóvenes cuya mirada traslucía una batalla interior al escuchar la invitación del Papa a abrazar la vocación religiosa; niños como Guadalupe y Jacobo, con los ojos más abiertos frente al papamóvil que ante la cabalgata de Reyes; o el propio rictus de León XIV, con esa sonrisa contenida tan suya y los ojos entornados, que descubren una mezcla de alegría, responsabilidad y sobrecogimiento.

Pero como dejó escrito Martín Vigil, la vida sale al encuentro y a las siete de la mañana del domingo, con un pie en el estribo para desembarcar en Atocha, mis previsiones saltaron por los aires.

Convivo desde hace años en mi hogar con la enfermedad. Y permítanme que no dé más detalles, porque la dignidad de las personas enfermas también consiste en preservar su intimidad, aunque este matiz en ocasiones se olvide incluso en los propios hospitales.

A contrarreloj y con una enorme presión tuve que tomar una decisión que estaba fuera de mis planes: ir o no ir a Cibeles, donde esperaba empotrarme entre los fieles para lograr los mejores testimonios. Mi crónica de color.

Entré en pánico. Y no porque fueran a abroncarme en el periódico –en 25 años de oficio no he encontrado otro equipo profesional con la comprensión y humanidad que el que ha levantado El Debate–, ni tampoco por dejar de seguir la celebración, cosa que podía hacer por la tele y la web.

Lo que me atenazaba era mirar de frente a la fragilidad, asumir la renuncia al control, abrazar lo imprevisto –más aún, lo indeseado–, plegarme ante la

evidencia del dolor. Confiarme a la Providencia. A ese escandaloso plan divino que antes o después pasa indefectiblemente por la cruz. Y qué complicado es eso cuando deja de ser una frase hecha y el Gólgota se levanta bajo tu techo.

Aún estaba en duda cuando la organización confirmó mi destino. En torno a las 9 de la mañana, la policía comenzaba a cerrar accesos por haber completado el aforo: 1.200.000 personas. Y más gente que se apiñaba a los alrededores. El dato, fantástico porque muestra el respaldo del pueblo español al Papa y un vigor en la fe que ni siquiera décadas de secularismo institucional e ideológico han logrado sofocar, para mí suponía lo inimaginable: la primera misa de León XIV en España iba a verla a través de una pantalla, como tantísimos peregrinos ubicados en los confines del paseo de la Castellana, pero en mi casa.

Así arrancaba la misa papal que yo no pensaba vivir: sentado en mi salón, rodeado de mis hijos y con mi mujer recostada en el sofá, a mi lado. «El Señor Jesús nos llama a la conversión. Invoquemos con esperanza la misericordia de Dios», arrancaba el Pontífice en los primeros compases de la liturgia. Amén.

«Recuerda –proclamaba la lectura del Deuteronomio– todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no». Palabra de Dios.

Ante la Cibeles, esculpida en piedra muerta como muerto está el mito de todos los falsos dioses; frente al sombrío edificio del Banco de España y sus reservas de oro; con el soberbio edificio del poder político –el Ayuntamiento– a la espalda, el Dios que se ha revelado en la Iglesia se define a sí mismo de manera escandalosamente frágil, imprevista, incontrolable: «Yo soy el Pan Vivo que ha bajado del cielo». Palabra del Señor.

Comienza la homilía y las frases traspasan la distancia: «La Eucaristía es (...) la presencia del Señor resucitado que está vivo, en medio de nosotros, y visita los rincones de nuestro corazón, también los más oscuros». Porque Jesús «habita

nuestras calles y los lugares de nuestra vida cotidiana; es el Señor de la historia, consuelo de los débiles, luz de las familias, esperanza para los enfermos».

Y pide el Pontífice que este Dios imprevisto e imprevisible nos libre de «caer en la tentación de confiar en otros ídolos» (qué sé yo: el control, la salud, el trabajo, el dinero...), y nos haga «pan partido, entregado y ofrecido para que una vida nueva pueda brotar para vosotros, para vuestras familias y para vuestro país».

Veo en las calles atestadas más silencio del que hay en mi salón. Luego vendrá la Custodia, con Jesús en ella escondido, la adoración solemne y la procesión del Corpus más especial que jamás haya vivido Madrid, y que merece pieza aparte.

«Nada te turbe, nada te espante, quien a Dios tiene nada le falta; solo Dios basta», canta el Papa con los versos de santa Teresa de Jesús.

No. Créame que esta no es la crónica que yo pensaba escribir, ni la misa que habría querido vivir. En lugar de ser testigo y cronista, me ha tocado ser protagonista y receptor de ese auxilio de Dios en el dolor y en la incertidumbre. Ser parte de la legión de arrastrados por las circunstancias de una vida cuyo temporal no han elegido, pero deben capear. Enfermos, ancianos, parados, deprimidos, abandonados, excluidos, maltratados, presos, adictos, accidentados, impedidos, fracasados, sin recursos, desbordados, ansiosos, quebrados...

Uno de esos tantos que hoy no han estado calentándose ante el Sol de Justicia que sostenía en Cibeles el Sucesor de Pedro. De esos saben que usted también tiene su propio calvario, porque el dolor es parte de la vida y antes o después se hace inequívoco.

Pero he aquí que he descubierto algo que no habría podido palpar en Cibeles: que este Papa que nos llama a una nueva humanidad también ha venido por nosotros. También nos bendice. También nos da a Jesús. Y nos dice, también a nosotros, y quizás especialmente a nosotros, que nuestra fuerza, nuestro

consuelo, nuestra esperanza, nuestra luz y nuestro horizonte está en el Crucificado Resucitado. Está en Cristo, en su Iglesia y en sus sacramentos. Está en Dios.

Gracias, Papa León. Sin saberlo yo, era justo lo que necesitaba.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un Papa en el Congreso de los Diputados

Roberto Esteban Duque

El Debate

El Papa León XIV ya ha indicado que su pontificado se caracterizará por una fuerte orientación hacia la paz, la justicia y la verdad

El papado de Pío IX había provocado cierto distanciamiento entre la Iglesia y el mundo, y con la pérdida de los Estados Pontificios y la agitación política general en torno al Vaticano, León XIII fue conducido al cargo bajo presión.

Propuso un método que mostraba disposición a dialogar con el mundo. Y su principal forma de involucrarse con el mundo es lo que ahora podríamos llamar el uso de «tecnología moderna» para evangelizar: comenzó a escribir documentos para guiar a la Iglesia. León XIII escribió más de ochenta encíclicas durante su pontificado, casi más que todos los Papas del siglo XX juntos.

El historiador Thomas Bokenkotter nos ayuda a caracterizar a León XIII como una figura interesada en avanzar en el diálogo de la Iglesia con el mundo moderno, en lugar de cerrarse y simplemente intentar enfrentarse a la modernidad. Así lo hizo con el nombramiento de John Henry Newman como cardenal, la apertura de los archivos secretos vaticanos a la investigación académica, su encíclica bíblica y su publicación de encíclicas que pedían reformas sociales. El propósito inmediato de *Rerum Novarum* era la política

pública, específicamente la cuestión de los salarios justos para los trabajadores y su derecho a formar asociaciones.

León XIII no presentó a la sociedad civil en su función negativa de contrarrestar al Estado, ni utilizó el término sociedades «intermedias», lo que sugiere no una pluralidad de formas sociales inherentemente valiosas sino un bien meramente instrumental, un «amortiguador» entre el individuo y el Estado. Su análisis enfatizaba que estas son «sociedades reales» que encarnan el principio de la amistad. El Estado debía velar por estas sociedades de ciudadanos unidos de acuerdo con sus derechos, pero «no debía imponerse a sus peculiares preocupaciones y a su organización, pues las cosas se mueven y viven según el espíritu que las inspira, y pueden ser asesinadas por el brusco agarre de una mano desde fuera». Esta afirmación es la forma germinal del principio de subsidiariedad desarrollado por Pío XI.

La posición de León XIII sobre la «forma» de gobierno se alejó notablemente de la de sus predecesores. Aunque «Dios siempre ha querido que existiera una autoridad gobernante (principatus), y quienes la poseen reflejen en cierta medida el poder divino y la providencia», no está «necesariamente ligado a ninguna forma particular de gobierno». Aquí propuso dos condiciones que deben informar la creación o alteración prudencial de las formas políticas. La primera es que Dios siempre ha decretado que los seres humanos están bajo una autoridad gobernante visible. Descartó un estado hipotético de la naturaleza, el escenario que permitía a los seres humanos inventar o emitir autoridad política ausente. En segundo lugar, la palabra principatus significa un poder gobernante real y activo que tiene autoridad para vincular y perder en una comunidad política. Por tanto, no es simplemente un poder que da fuerza ejecutiva a las decisiones colectivas.

El bien político común y el principio del principatus están mutuamente implicados. Un mero mecanismo de dirección sugiere que no hay comunidad política. Es cierto, por supuesto, que la autoridad civil está limitada por la presencia de otras formas sociales –la Iglesia, la familia, las asociaciones voluntarias–, cada una con un modo diferente de autoridad. Aunque estas

entidades indican que los bienes sociales deben coordinarse, no pueden por sí solas establecer el principatus civil. Por esta razón, no encontraremos en el pensamiento de León XIII la noción de estado instrumental, una idea que de hecho surgirá (con importantes matices) en el pensamiento social católico durante la Segunda Guerra Mundial.

Los seres humanos son libres de designar la forma (*designatur principes*), es decir, la distribución de cargos y titulares de cargos. Los seres humanos no son libres de conferir la autoridad (*non conferuntur iura principatus*) por la cual una multitud está sujeta a leyes y mandatos legítimos. El trasfondo inmediato de esta distinción son las teorías contractuales modernas sobre el origen de la autoridad política. León XIII sostenía que ningún ser humano tiene el derecho natural de atar a otro, pues este poder es divino y solo puede ser participado. Los conservadores católicos, como Joseph de Maistre, sostienen que «la voluntad humana no cuenta para el establecimiento del gobierno». Sin embargo, el trasfondo remoto concierne a los argumentos de tomistas de la época barroca como Roberto Belarmino, Francisco Suárez, Tomás Cayetano y otros.

Argumentaban que cuando el pueblo comunica una nueva forma de gobierno, hace más que simplemente designar a un gobernante. Por supuesto, toda autoridad proviene de Dios, y por tanto ningún ser humano puede crear el principatus; sin embargo, los tomistas de esta época sostenían que por ley natural Dios otorga autoridad política a todo el pueblo. Cualquier especificación adicional de la forma proto-populista implica lo que se llamó una «traducción» del pueblo al rey o al parlamento. La mera designación del cargo no determina cómo se traduce la autoridad política completa a la nueva forma. Si no se traduce así, quien ocupa el cargo no posee verdadera autoridad.

León XIII desencadenó el problema al abrir tres líneas de pensamiento. Frente a los conservadores, permitió que la prudencia humana inventara regímenes. En contra de la Ilustración, negó un fundamento meramente antropocéntrico para el principatus. Y finalmente, negó que ningún ser humano tenga derecho

natural a atar a otro. No deberíamos sorprendernos de que la tensión se resuelva en favor de una bendición divina sobre la soberanía popular.

León XIV será el primer Papa en hablar ante el pleno de las Cortes Generales este lunes en su viaje apostólico a España. No es difícil diagnosticar que el mensaje de León XIV en el parlamento español estará marcado por las llamadas a la paz, la justicia, la verdad, la dignidad de la persona y el compromiso por el bien común.

El Papa León XIV ya ha indicado que su pontificado se caracterizará por una fuerte orientación hacia la paz, la justicia y la verdad; lo cual es una necesidad y un anhelo compartido por todos los individuos y pueblos de la tierra. Una semana después de su elección, en su discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, señaló que la paz «nos afecta y compromete a cada uno de nosotros, independientemente de la procedencia cultural y de la pertenencia religiosa, y que exige en primer lugar un trabajo sobre uno mismo». «Procurar la paz –continúa– exige practicar la justicia», lo que implica superar las desigualdades globales. También explica que se debe «hacer un esfuerzo para asegurar el respeto de la dignidad de cada persona» y concluye que «no se pueden construir relaciones verdaderamente pacíficas, incluso dentro de la comunidad internacional, sin verdad», sin la cual «es difícil construir relaciones auténticas, porque decaen las premisas reales y objetivas de la comunicación».

En julio de 2025, introdujo una nueva misa para el cuidado de la creación. En la homilía de su primera celebración, León XIV pidió la conversión de todos aquellos que aún no ven la urgencia de cuidar nuestra casa común y vinculó la construcción de la paz, la reconciliación y el cuidado ecológico como una única misión recibida por Cristo.

La muerte del Papa Francisco, cuya voz marcó con claridad que toda guerra es una derrota, y el inicio del pontificado de León XIV –quien saludó al mundo con un simple y profundo «la paz esté con todos ustedes»– renuevan el clamor ético por la paz como tarea colectiva e histórica.

Más humilde en tono que *Rerum novarum*, *Magnifica humanitas* es un documento mucho más amplio que opera en varios niveles a la vez: una explicación de la doctrina social católica tal y como se ha desarrollado desde *Rerum novarum*; una afirmación del valor intrínseco dado por Dios de cada persona, que no está ligado a lo que logran o producen; una reflexión sobre la maravilla y las limitaciones de ser humano; una meditación sobre la historia, que incluye un reconocimiento inquebrantable de la complicidad de la Iglesia en sus momentos más oscuros; y una invitación a individuos e instituciones a pensar de forma creativa y colaborativa sobre cómo 'desarmar' las nuevas tecnologías y aprovecharlas para el bien.

Las palabras 'bien común' aparecen en la encíclica del Papa León, *Magnifica humanitas*, con más frecuencia que las palabras 'inteligencia artificial', más a menudo que 'Iglesia' y que 'religión'. Al mencionar de modo reiterado el bien común, la encíclica resuena con la apelación del Papa Francisco al cuidado de nuestro hogar común. Esta continuidad y este enfoque en lo común –en la comunidad de la que todos formamos parte– es una característica de lo que significa ser humano, formar parte de la interconexión de toda la creación.

La encíclica interpela a escuchar y actuar por el bien común, a alejarse del tipo de política que solo beneficia la fortuna y los intereses de unos pocos elegidos. Cada vez más, nuestra política aparta la grandeza de la humanidad y promueve mercados que benefician a la élite en lugar de apoyar el bien común. Reconoce proféticamente que la 'mano invisible' del mercado es, en realidad, la mano visible de la política que ayuda a unir finanzas y tecnología. En cambio, pide a nuestra política que dirija la tecnología, las finanzas y la inteligencia artificial para apoyar el bien común y así lograr la grandeza de la humanidad. Solo entonces tenemos alguna esperanza de mantener la dignidad de la persona en su totalidad.

Roberto Esteban Duque es sacerdote, profesor de Ética y Bioética en la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid) y de Teología Moral en el Seminario Conciliar San Julián de Cuenca; licenciado en Teología por la

Universidad Lateranense de Roma y doctor en Teología Moral por la Universidad San Dámaso de Madrid

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El silencio que rompe la espiral

María Solano Altaba

El Debate

Las crónicas de una visita como la del Papa León XIV a España arrancan siempre, como es natural, con sus palabras más destacadas. Y, sin embargo, en los multitudinarios eventos celebrados en los primeros días de este viaje apostólico son los silencios los que han hablado con elocuente y rotunda voz: han hablado de una sociedad que vive su fe sin tapujos, una sociedad que se ha cansado de las etiquetas que la posmodernidad le ha impuesto y que se decanta por hablar con Cristo, en oración, en adoración, para romper esa espiral del silencio que ha condenado por mucho tiempo a los católicos al ostracismo.

Las palabras del Papa León XIV han hablado. Han hablado de cómo los jóvenes pueden cambiar la historia. Han hablado de cómo cada uno de nosotros podemos construir una sociedad más justa. Han hablado de la verdad, de la necesidad de ser humanos. Han hablado de poner a Cristo en el centro.

Pero más elocuentes que las palabras han sido los silencios. Los silencios en la vigilia de los jóvenes en la Plaza de Lima, ante Jesús sacramentado, de más de medio millón de personas arrodilladas sobre el duro asfalto, con la mirada clavada en una pantalla que tenía a Dios (no al Papa) como principal protagonista. Los silencios en la celebración de la Santa Misa y la posterior procesión del Corpus Christi en una Plaza de Cibeles desbordada con más de un millón de personas. Todas ellas con el corazón puesto en la custodia que

León XIV ha portado por las calles de Madrid. Esos silencios hablan a gritos de un cambio de época.

Que hay un resurgir de la religiosidad y una búsqueda constante de la verdad es un hecho irrefutable que tiene sus signos visibles en algunos cantantes, unas cuantas películas y series y un buen número de famosos que hacen profesión pública de su fe. También en el lleno total de las valiosísimas propuestas de primer anuncio, esa evangelización tan necesaria en unas periferias de la fe que ya no se encuentran en lejanos continentes sino al otro lado del descansillo de nuestra escalera. Y las cifras que, sin cocina del CIS, empiezan a confirmar el relato con el dato para mostrar ese 45 % de jóvenes que se declaran religiosos.

Y lo que el Papa León XIV ha logrado estos días en Madrid no ha sido sólo un baño de masas comparable al de cualquier artista que llena estadios, ni tan siquiera una colección de discursos perfectamente trabados tanto por lo que se decía como por lo que no se decía, sino la silenciosa unidad en oración de más de millón y medio de personas en vivo y en directo y decenas de millones al otro lado de las pantallas de sus televisiones. En el silencio de la oración, el Papa ha logrado romper la espiral del silencio de los católicos.

Pero lo ha hecho a la manera del Papa de la paz: sin sembrar cizaña, sin generar una ruptura entre nosotros y los otros, con una constante apelación al encuentro, al diálogo, a una vivencia de la fe que evite toda forma de confrontación. Una confrontación que vive en el interior de cada uno, y no sólo en las instituciones políticas, a las que también se refirió en estos días. Una confrontación que no puede ser cristiana si no pone el prójimo en lugar preferencial.

Y después de ese atronador silencio que nos saca de nuestra espiral, nos ha dejado tareas muy claras: que cambiemos la historia, que construyamos la sociedad, y que lo hagamos sobre la fuerza de la oración, del silencio, de la mirada puesta en Cristo, sin olvidarnos de que no estamos solos, que hubo un día en el que, en mitad de una ciudad abarrotada de gente, sólo se escuchaba, de manera nítida y retunda, la voz de Dios en cada corazón.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El ascua del Papa y las sardinas de la desinformación

María Solano Altaba

El Debate

El ascua del Papa irradia una luz que nadie puede apagar, porque no es la suya, por brillante orador que sea, por cierto, en perfecto castellano, sino la de Cristo al que representa como vicario en la tierra

Cada uno titula como le da la realísima gana. Faltaría más. Y en un discurso como el pronunciado por el Papa León XIV en el Parlamento, reunidas las dos cámaras de la soberanía nacional (que no ‘popular’, por mucho que Armengol se empeñe), caben muchos titulares. Los periodistas tenemos por costumbre arrimar el ascua a la sardina que más nos interesa y destacar en esas preciadas y escasas palabras lo que más se aproxima a nuestra línea editorial, a la de nuestro público, o a la dictadura del algoritmo, que ahora manda mucho.

Por eso no puedo dejar de compartir con mis queridos lectores un sucedido tras la alocución del Santo Padre ante el terrenal poder Ejecutivo y Legislativo reunidos casi todos ellos (decidieron faltar Podemos y BNG) y casi unánimes en su largo aplauso. El más importante periódico de los que llevan meses entrenando en la ardua disciplina de la «opinión sincronizada» publicó, por unos segundos, un titular que recogía la esperada defensa del Papa del derecho a la vida: «El Papa lanza un mensaje contra el aborto y la eutanasia: 'Toda vida debe ser reconocida y custodiada'».

Claro y contundente. Me sorprendió tanto que tuve la suerte de capturar ese momento único. Quien fuera que estuviera detrás del teclado, se había dado cuenta de que, aunque había otras sardinas a las que arrimar el ascua más del gusto de su público, como el obligado cuidado a los inmigrantes o la somera mención al cambio climático, aquella sardina de la defensa de la vida era el nudo gordiano del discurso porque, como se preguntó León XIV, «¿puede llamarse plenamente justa una comunidad que deja en la sombra al niño aún no nacido, al anciano, al enfermo, a quien sufre en silencio o a quien depende enteramente del cuidado de los demás?»

Fue sólo un espejismo. Unos instantes después, desconozco si tras la relectura del texto y la peligrosa autocensura o la llamada iracunda de alguien de más arriba, las controvertidas leyes del aborto y la eutanasia, aspecto clave para que millones de ciudadano se decanten por una u otra papeleta al ejercer su derecho al voto, desaparecían de la portada sustituidas por un mucho más afín «El Papa reprocha en el Congreso la ‘descalificación’ política y la discriminación de los inmigrantes». Titular que no es menos cierto que el anterior. Pasado sólo un rato, el escenario de la portada viró porque el Papa había llamado «plaga» a los abusos en el seno de la Iglesia, tema en el que el periódico se ha involucrado desde hace meses y con el que tiene garantizados los clics.

Acostumbro a hablarles a mis alumnos del verdadero valor de la libertad de expresión que es garantía de nuestra democracia y condición sine qua non de nuestro Estado de derecho. Y siempre les explico que no deben agobiarse por que cada medio se aproxime a los mismos hechos desde diferentes planteamientos. Eso se llama libertad y lo contrario es la monocromática gama de portadas de lugares tan poco recomendables como Corea del Norte.

También les digo que, aunque a veces el mundo no es justo y la desinformación, que no es tanto mentir como dar sólo la parte interesada de información (vamos, arrimar el ascua a una sardina y dejar crudas las demás), se nos cuela muchas veces por las rendijas, la realidad es muy tozuda y, en un país como el nuestro, es prácticamente imposible no enterarse de que otros

titularon de distinta manera. Así que no hay que preocuparse demasiado por los titulares sincronizados.

Además, el ascua del Papa irradia una luz que nadie puede apagar, porque no es la suya, por brillante orador que sea, por cierto, en perfecto castellano, sino la de Cristo al que representa como vicario en la tierra. Así que los mundanales empeños de unos y otros por elegir la sardina más conveniente ya van a servir de muy poco porque el mensaje de León XIV y el de la Iglesia a la que representa ha calado ya en todos nosotros: renovación moral, convivencia social y, por encima de todo, dignidad de la persona.

María Solano Altaba es profesora en la Universidad CEU San Pablo.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

En qué idioma habla Dios

Bieito Rubido

El Debate

Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco hablaban español. Ello no suponía minusvalía alguna para ninguno de los 7.000 idiomas que existen en el mundo. Solo hay tres de esos 7.000 que son utilizados por más de cien millones de personas: el chino mandarín, el inglés y el español. ¿Cuál de ellos utiliza Dios?
El del amor

El viaje de León XIV a España está resultando todo un éxito. Su intervención en el Congreso de los Diputados en la mañana de ayer se puede calificar de histórica, ya que es la primera vez que un Papa se dirige a las Cortes españolas en la sede de la soberanía nacional. Histórico fue también el largo aplauso que le dedicaron los parlamentarios e histórico fue el contenido del discurso. Una alocución serena pero firme en la defensa de los valores que la Iglesia Católica viene defendiendo desde siempre. De manera muy significada, la defensa de la vida y de la dignidad humana. Mención aparte merece el civismo de la ciudadanía convocada en las calles de Madrid. Ejemplar en todos los sentidos. Hoy toca Barcelona. Seguro que nuestros compatriotas catalanes honrarán de la misma manera y acogerán con el mismo entusiasmo al Santo Padre.

Otra cosa va a ser la polémica artificial que ya han montado en torno al idioma que el Papa va a utilizar. El nacionalismo catalán necesita urgentemente una pasada por la serenidad. No se puede vivir permanentemente en la crispación y bordeando siempre la anomia. Hay momentos para la quietud, incluso para

el silencio, como muy bien aconsejó Robert Prevost el sábado pasado a los jóvenes. Esa propensión a la bronca, al conflicto, a la diferenciación gratuita esconde en realidad alguna herida de infancia y del alma. Esa querencia al síndrome de la Torre de Babel no deja de ser algo contrahistórico. Claro que es bueno hablar muchas lenguas. Por supuesto que respetamos y hasta amamos las otras lenguas de España, pero como muy bien dijo ayer León XIV en el Congreso de los Diputados: «España puede ofrecer mucho en este camino. Cuenta con una lengua que une continentes». Efectivamente, el español es utilizado por más de 500 millones de personas, es quizás el segundo idioma de los negocios y uno de los más eficaces y relevantes en el mundo de internet. Las lenguas sirven para unir, para comunicar, y eso significa común unión.

Si finalmente su Santidad habla hoy en catalán no me va a parecer mal. Me consta que no domina esa habla. Su idioma nativo es el inglés y el español ha sido su segunda lengua, con la que ha podido desarrollar su ministerio a lo largo de muchos años, incluidas las recónditas tierras del norte de Perú, donde fue misionero.

Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco hablaban español. Ello no suponía minusvalía alguna para ninguno de los 7.000 idiomas que existen en el mundo. Solo hay tres de esos 7.000 que son utilizados por más de cien millones de personas: el chino mandarín, el inglés y el español. ¿Cuál de ellos utiliza Dios? El del amor. Que, como todo lo que merece la pena en la vida, es universal como la música, las matemáticas, la belleza... Retar al Papa en un día como el de hoy –donde Gaudí, si viviese, estaría feliz– a hablar de una determinada manera va directamente contra el idioma de Dios, que está muy distanciado de la bronca, de las malas formas, de la xenofobia, de la insolidaridad y de la falta de caridad que vienen demostrando los nacionalistas periféricos en la España moderna. Así les va, en decadencia permanente, aunque ellos todavía no lo saben.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV nunca necesitó a Rosalía

Guillermo Altarriba Vilanova

El Debate

*El mensaje que el Papa ofreció en Cataluña fue espiritual, pero no espiritualizante.
Alzó la mirada a Jesucristo, pero la bajó hacia las personas*

Desde el principio, algunos organizadores de la etapa catalana del viaje apostólico de León XIV a España soñaban con que actuase Rosalía. Hubo contactos con su entorno, tanteos y revisiones de agendas, pero finalmente la artista que durante unas semanas lideró el discurso sobre el presunto «renacer católico» en España no cantó frente al Papa... y no pasó nada.

Si alguien había pensado alguna vez que el Papa necesitaba a Rosalía para llegar a los jóvenes, León XIV ha demostrado en sus intervenciones en España que se basta y se sobra para hacerlo. En Madrid demostró que puede encandilar a multitudes, y en Barcelona, que es un padre atento al dolor íntimo de las personas concretas, a menudo difuminado en las multitudes.

Dolores reales y aparentemente sin sentido, como los de Carmina, la joven profesora que sobrevivió a una depresión y un intento de suicidio. O los de Desirée, cuyo padre intentó matar a su madre cuando ella aún era una niña. Montse, interna en Brians 1, perdió a su hijo y encontró la fe en la cárcel. Renzo, de seis años, vive en un hogar al borde del desahucio, e inquiría al Papa en el Raval: «¿Por qué hay personas que les pasan cosas malas y otros, no?».

Los actos del Papa siguen un protocolo estricto y revisado una y otra vez, pero ningún manual de diplomacia ni tratado de etiqueta confiere el cuajo necesario para llenar el silencio dejado tras este tipo de preguntas. León XIV no se ha amilanado, y ha ofrecido una palabra de luz para cada situación, iluminando cada una de estas realidades oscuras de la misma manera que la Sagrada Familia ilumina ahora la penumbra de Barcelona: a partir de la Cruz.

«La cruz de Jesús nos dice que Dios no nos abandona», le dijo a Carmina, a la que recomendó, no obstante, no «espiritualizar» el dolor. A Desirée, que le preguntó cómo perdonar a su padre, León XIV, le dijo que es un proceso que solo puede afrontarse «a través de Dios», para «transformar el resentimiento en misericordia». «Perdonar no significa decir que lo malo estuvo bien, ni dejar que alguien siga haciendo daño. Perdonar significa no dejar que el odio se convierta en dueño de nuestro corazón», añadía, hablando a Renzo.

Culto y caridad

La etapa catalana de León XIV ha estado marcada, también, por el respeto a la liturgia. El rezo de la hora sexta en la Catedral o el del santo rosario en Montserrat pavimentaron el camino para el cúlmén: la Eucaristía solemne en la Basílica de la Sagrada Familia. Se equivoca quien quiera ver aquí una contradicción: en la historia de la Iglesia, culto y caridad son dos caras de la misma moneda, y así lo ha dejado patente León XIV en las 48 horas que ha pasado en Cataluña.

También lo entendía así Antonio Gaudí, el venerable arquitecto de Dios, cuyo 100º aniversario de su muerte sirvió como detonante para articular el viaje papal, que abandonó Barcelona por todo lo alto tras una Eucaristía para el recuerdo, una bendición para la historia y una celebración pirotécnica y tecnológica que dejó boquiabierto al mundo con una conjunción perfecta de raíces e innovación.

Ya se ha escrito mucho sobre este acto –aquí, por ejemplo, destacando el desafío que plantea para los católicos de la ciudad que se ufana en ser la más anticlerical de España–, y no procede extenderse mucho más, por lo que acabaremos este balance del viaje papal a Cataluña señalando que, en su homilía de la Sagrada Familia, León XIV volvió a hablar a Carmina, Desirée, Montse o Renzo, y a tantos otros que atraviesan noches oscuras como ellos.

«Cuando el Señor dice a los fariseos: «Si no creéis que «Yo soy», moriréis en vuestros pecados», son palabras fuertes, pero no son en absoluto amenazas, ni un chantaje. Son una invitación a la salvación, es decir, un llamamiento a la libertad por parte de Cristo, que quiere para nosotros el bien definitivo, eterno», y concluía: «Ante la amenaza del mal, el Señor está siempre con nosotros, siempre a nuestro favor».

El mensaje que el Papa León XIV ofreció en Cataluña fue espiritual, pero no espiritualizante. Alzó la mirada a Jesucristo, pero la bajó hacia las personas. Bebía de las fuentes eternas, pero para saciar la sed de quienes buscan hoy respuesta a sus preocupaciones concretas y urgentes. Todo ello al amparo de la cruz de Gaudí, brillando refulgente como un faro en la noche, y dejando patente que León XIV nunca necesitó a Rosalía para despertar el corazón de una tierra dormida.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Una lección de fe y de ciudadanía

Antonio Ledezma

El Debate

El mundo entero ha puesto los ojos en España y, de manera muy especial, en su capital

Madrid ha vuelto a contemplarse en el espejo de su propia grandeza. No es la primera vez que esta urbe milenaria y vanguardista se somete a la prueba de fuego de las grandes convocatorias, pero lo vivido recientemente en sus calles, plazas, avenidas, palacios, sedes gubernamentales, parlamentarias e instalaciones deportivas trasciende lo meramente logístico para convertirse en un hecho sociológico de profunda significación. La visita de Su Santidad, el Papa León XIV, no solo ha movilizado millones de almas unidas por la devoción; ha sido, ante todo, un baño de civismo, una demostración inequívoca de cuánto ha madurado esta colectividad.

En el centro de esta histórica jornada ha brillado con luz propia la humanidad del Vicario de Cristo. Imposible no conmoverse ante la felicidad que irradiaba el Santo Padre: esa sonrisa natural y espontánea, esa sencillez evangélica y una cercanía genuina con los feligreses que disolvía cualquier distancia protocolar. Hemos visto a un Papa con una disposición absoluta a escuchar conmovido a quienes le cantaban, y a mirar con profundo respeto a quienes danzaban ante su escrutadora pero bondadosa mirada. Su atención no decayó un solo instante; puso un interés vibrante en cada discurso, desde las emotivas palabras del actor Antonio Banderas hasta los mensajes institucionales de las

diferentes autoridades. Verlo abrazar con entrañable placer a cada niño y agradecer con visible emoción cada presente puesto en sus manos, nos devolvió la imagen más auténtica y esperanzadora de la fe.

El mundo entero ha puesto los ojos en España y, de manera muy especial, en su capital. Lo que las pantallas y las crónicas han transmitido a los cinco continentes es la estampa de una sociedad desbordada de fe, pero rigurosamente encauzada en el respeto mutuo. Hemos sido testigos de manifestaciones masivas de optimismo, esperanza y una devoción cristiana que se palpa en el ambiente, pero que convive en perfecta armonía con los valores de la tolerancia y la convivencia democrática.

Esa madurez de la sociedad madrileña no es fortuita; es el resultado de un código invisible pero potente que sus ciudadanos han decidido adoptar como estilo de vida. Madrid se da a sí misma una lección de comportamiento cívico en cada evento, sea cual sea su dimensión. Lo vemos de manera cotidiana en sus ceremonias deportivas, donde la pasión de las fanaticadas se desborda en las gradas, pero bajo el amparo de reglas de funcionamiento que todos aceptan, cumplen y respetan a cabalidad. Lo palpamos también en los macroconciertos artísticos, donde astros capaces de convocar a decenas de miles de personas hacen vibrar los escenarios; allí no solo resuena la voz de los cantantes o las notas musicales de las bandas, sino el compás ordenado, pacífico y alegre de los asistentes.

Sin embargo, la visita papal ha elevado este listón a una escala sobresaliente. Las gigantescas concentraciones humanas, el desfile interminable de miles de jóvenes provenientes de todas las latitudes, y el entusiasmo contagiante de una juventud que cree y construye, se desarrollaron con una fluidez pasmosa. Esto solo es posible gracias al acoplamiento perfecto de las autoridades en todos sus niveles –local, autonómico y nacional– que, trabajando en sintonía con la gente, demostraron una capacidad organizativa ante la cual el mundo entero, legítimamente, tiene que quitarse el sombrero.

No es casualidad, por tanto, que España y su capital reciban a diario a millones de turistas y peregrinos procedentes de los rincones más recónditos del planeta Tierra. Quien visita Madrid no solo busca su deslumbrante patrimonio histórico, su gastronomía o su dinamismo económico; busca también esa sensación de seguridad, libertad y respeto que solo una sociedad verdaderamente civilizada puede ofrecer.

La lección que Madrid ha dictado estos días es clara: la fe y la ciudadanía no se excluyen; al contrario, se potencian cuando se viven desde la responsabilidad compartida. Madrid no solo es la casa de todos los españoles y un faro para Europa; hoy es, con toda justicia, un ejemplo global de cómo la masividad puede ser sinónimo de pulcritud, y de cómo el entusiasmo de un pueblo puede convertirse en la más hermosa obra de arte cívico.

Por mi parte, como venezolano, el pecho se me inundó de un legítimo orgullo patrio al presenciar la sublime actuación de nuestros músicos congregados en la Orquesta Cruz-Diez. Su impecable ejecución musical ante Su Santidad es el reflejo exacto del verdadero gentilicio nacional: la estampa civilista, talentosa y digna de esos millones de venezolanos que siguen luchando con coraje dentro de nuestra patria, así como de aquellos que hoy sobrellevamos, con la frente en alto, el dolor del forzado destierro. En ese escenario, Venezuela también le dio un mensaje de luz al mundo.

¡Enhorabuena, Madrid!

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Cuando el Papa León XIV cogió el toro de la inmigración por los cuernos

María Solano Altaba

El Debate

«Al que está en su país de origen, apoyo para que salgan adelante y no tengan que emigrar y abandonar a sus familias. A los estados origen de la inmigración: acabar con la corrupción y ofrecer más oportunidades. A los que trafican, se les persigue».

Sabíamos que León XIV, siguiendo el deseo que no pudo cumplir Francisco, venía hasta Canarias para hablar de uno de los temas más controvertidos e ideologizados de nuestro tiempo: la inmigración. Y el Papa León XIV ha cogido el toro por los cuernos y ha desentrañado los difíciles matices de un problema en el que son muchos los implicados.

Lo ha explicado muy claro y cada cual le ha dejado cuenta de sus tareas: a quienes reciben al que llega, acogida y caridad. Al que está en su país de origen, apoyo para que salgan adelante y no tengan que emigrar y abandonar a sus familias. A los estados origen de la inmigración: acabar con la corrupción y ofrecer más oportunidades. A los que trafican, se les persigue. Y a los que quieren emigrar, el aviso de que no caigan en la trampa de los cantos de sirena y de las falsas promesas de la trata de personas. La inmigración es un problema de todos –nos ha dicho el Papa– y cada uno tiene que poner de su parte.

Los que esperaban un discurso ideológico con el que apuntarse el tanto del votante católico, se han encontrado con un mensaje de esperanza fundamentado en la fe del que abraza la cruz de Cristo y cree en la salvación, y con una aproximación realista y certera a la cuestión de los flujos migratorios. No es un problema sencillo. En su complejidad, es la responsabilidad de muchos.

Así se lo hizo saber a los diputados y senadores reunidos en las cortes. «el Drama migratorio interpela hoy a la conciencia de las naciones y el fundamento ético del orden internacional. Numerosas hombres, mujeres y niños se ven obligados por circunstancias muchas veces dramáticas, a partir de sus comunidades y dejar atrás seres queridos, historias y vínculos».

Lo que nos hace falta es «una respuesta que mire a las personas, que afronte las causas que las obligan a partir y vaya más allá de la mera gestión de flujos. De ahí nace una doble existencia de justicia social: ofrecer vías seguras y legales, una acogida respetuosa y posibilidades reales de integración, y promover, al mismo tiempo, el derecho a permanecer en la propia tierra, trabajando para que nadie tenga que abandonar su hogar por falta de paz, seguridad o condiciones dignas de vida, por las desigualdades económicas y los efectos de la crisis climática».

A los migrantes, actores principales de este drama, les ha dicho: «Quiero inclinarme ante su dignidad. No son números ni expedientes. Ustedes son personas con una familia y una casa dejada atrás; con sueños que nadie tiene derecho a despreciar». Y les ha avisado con claridad para que «no entreguen su existencia a quienes comercian con ella. No les crean a quienes prometen paraísos fáciles a cambio de su cuerpo o de dinero, de silencio o de su libertad. Esas falsas promesas son ‘cantos de sirenas’, son industrias de muerte». Y les ha pedido que acojan también a la sociedad que los acoge, que se abran a su comunidad, que aprendan su lengua, que respeten sus leyes, que conozcan sus costumbres y que participen en esa vida en común.

Y aquí la apelación a la comunidad internacional en su conjunto: «Este drama debe convertirse en examen de conciencia: para las naciones de origen, que deben crear condiciones de paz, justicia y desarrollo; para las naciones de tránsito, llamadas a proteger y no a dejar a los débiles en manos de redes criminales; para Europa, que no puede proclamar la dignidad humana y acostumbrarse a que el Mediterráneo y el Atlántico sean cementerios sin lápidas; para la comunidad internacional, llamada a una cooperación eficaz y perseverante».

«No podemos luego 'pasar de largo' ante los cayucos y las pateras». Eso es, en efecto, coger el toro por los cuernos y pedir a cada cual que haga su parte. No es un problema sencillo, pero si alzamos la mirada, podremos afrontarlo con la ayuda de Dios.

María Solano Altaba es profesora y ex Decana de Periodismo y Humanidades de la Universidad CEU San Pablo.

Este artículo se publicó en [El Debate](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La inflación es como el pecado: cada gobierno lo denuncia, pero cada gobierno lo practica (Georg Christoph Lichtenberg)

EL MUNDO

Viernes, 11 de junio de 2021. Año XXXV, Número 13.303. Edición Madrid. Precio 2 € IVA incluido.



40 AÑOS EN LA UE
EUROPA, REFUGIO
PARA UN MUNDO EN
CRISIS PERMANENTE

España celebra sus cuatro décadas de adhesión a un proyecto que concibe el bienestar no como un lujo, sino como un derecho. **POR RAQUEL R. INCERTOS**

SELECTIVIDAD Valeria, la madrileña con mejor nota en la PAU (13,9): «Lo estudié todo. No podían pillarme en nada» **Pág. 43**



El BCE alerta de la asfixia de las familias por la energía y los alimentos

Sube los tipos para intentar contener la inflación y baja la previsión de crecimiento ● Cree que los precios seguirán altos más tiempo del previsto

La tasación del juez valora en 1,3 millones las joyas de la caja fuerte de Zapatero

POR CIBARRA LAGARES **Página 17**

El guardia civil que se vio con Leire Díez anotó que Mercedes González monitorizaba las reuniones

POR ESTHER SAN MIGUEL **Página 20**

LA CRUDA DE LA QUINTANA MADRID
El BCE cree que los hogares europeos están al límite, que los alimentos y el petróleo serán más caros en los próximos meses y que ambas cosas conducen al empobrecimiento progresivo de la población. La principal entidad económica de la Eurozona empuja sus previsiones y afirma que el alza del coste de la vida para los próximos tres años será más severa que en el período 2013-25.

El BCE dibuja un escenario en el que el sueldo de crudo se pagará a 97 dólares a finales de año, 4,58 dólares más que un año antes. Además proyecta una caída de dos décimas del consumo de los hogares, que fue uno de los motores del crecimiento de la zona euro en 2020, y de su capacidad de ahorro. Ante la entidad optó por elevar en 0,25 puntos los tipos de interés para tratar de contener la inflación. **Página 20 y 21**



El Papa bendice a un migrante, ayer, en el muelle de la Esperanza de Arguineguín (Las Palmas). **ALBERTO DE LOMA**

EL PAPA SE INCLINA ANTE LOS 'OLVIDADOS' DE ARGUINEGUÍN
«Los migrantes no sois cifras, sois personas con sueños»

León XIV lanza en Canarias un mensaje a Europa: «No puede proclamarse la dignidad humana y que los mares sean cementerios sin lápidas»

POR MARINA PERA · CARMELA BARRERO · SILVIA LORENZO · MANUEL TORO · LUISA BENEDICTO **Página 10 y 11**



MÉXICO ABRE EL MUNDIAL DE LOS GRANDES DESAFÍOS

La ceremonia, sin la presidenta Sheibaum, tuvo a Shakira como protagonista. La selección anfitriona ganó 2-0 a Sudáfrica. **POR ENNA LIDÓN** **Página 14 y 15**

Gavi, el despistado agitador de la selección

EEUU y Canadá: dudas y mil culturas

Juicio a las tres estrellas del Madrid



Luis Argüello, presidente de la Conferencia Episcopal: "Quiera Dios que la visita inaugure una nueva etapa en España"

Jorge Bustos

El Mundo

A pocos días de la llegada de León XIV a España, el presidente de la Conferencia Episcopal recibe a EL MUNDO para explicar su visión de un viaje histórico. En un mensaje dirigido a las fuerzas políticas, Luis Argüello pide un "alto el fuego" y confía en que las palabras que diga el Papa en el Congreso sirvan para "revitalizar el prestigio de las Cortes y la salud de nuestra democracia"

El arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española es hombre de pensamiento y teología, pero también sigue con atención la actualidad. No renuncia a intervenir en la vida pública cuando lo estima oportuno. Y la inminente visita de León XIV a España ofrece una oportunidad inmejorable para hablar de lo divino y de lo profano.

P. La primera encíclica de este Papa versa sobre los retos de la inteligencia artificial. Por razones obvias no ha sido tema habitual del magisterio pontificio, pero es significativo que León XIV lo haya escogido para estrenarse. ¿Por qué lo hace? ¿He tenido usted ocasión ya de leerla?

R. Sí, la he leído y me parece un texto espléndido. Es un genuino ejercicio de doctrina social de la Iglesia, es decir, de poner en relación el Evangelio acogido

por el Magisterio, con la realidad histórica en economía, política y cultura. Las «cosas nuevas» de esta época están marcadas por la cuarta Revolución industrial. El objetivo de la encíclica es ayudar a discernir qué significa custodiar a la persona humana en el tiempo de la Inteligencia Artificial. Se trata de alentar un compromiso en esta época a favor de la dignidad humana, el bien común y la paz, desde la verdad, la defensa de la dignidad del trabajo en la era digital y de la libertad frente al control social y la mercantilización. La encíclica ofrece una sugerente contraposición entre la cultura del poder reflejada en el relato de la torre de Babel y la construcción de la civilización del amor iluminada por la reconstrucción de Jerusalén, con pistas concretas para el discernimiento y la acción.

P. El discurso del Papa en el Congreso será para muchos periodistas el momento central del viaje. No hay precedentes. ¿Cuáles pueden ser las líneas maestras de ese mensaje formulado desde el corazón de la democracia parlamentaria?

R. Supongo que León XIV hará referencia a la encíclica como un ejercicio de ética aplicada ofrecido a nuestras Cortes Generales que, como la mayoría de los parlamentos, viven una crisis de referencias éticas compartidas desde las que parlamentar. Parlamentar significa escucharse, dialogar y buscar juntos caminos para abordar las grandes cuestiones de nuestro tiempo: demografía, migraciones, distribución de la población, vivienda, sociedad del bienestar y los cuidados, mundo multipolar, rearme, la IA, sus posibilidades y riesgos...

P. Otro momento de gran simbolismo será la bendición de la Torre de Jesucristo en la Sagrada Familia de Barcelona: toda una invitación a «alzar la mirada». ¿Qué aporta ese lema a una sociedad que parece más bien inclinada a mirar la pantalla del móvil?

R. Invito a ver el spot Metro en el canal de YouTube del viaje del Papa @ConelPapaes. «Alzad la mirada» es un grito dirigido a un pueblo, en cada uno de nosotros, para descubrir la belleza escondida en cada rostro, en el nosotros que nos hace pueblo y los vínculos que nos une. Nuestra propuesta es

que uno de esos rostros es el Amor manifestado en la Cruz, símbolo también de los crucificados de esta época que claman justicia y paz.

P. ¿Teme que algún dirigente, del Gobierno o de la oposición, caiga en la tentación de intentar instrumentalizar políticamente la visita del Papa?

R. Todos tenemos la tentación de arrimar, o alejar, el ascua a nuestra sardina. Invito a un alto el fuego, a desarmar las palabras en el ritmo habitual de los Plenos del Congreso para dejarnos todos tocar por las palabras de León XIV. Quiera Dios que esta visita tan singular inaugure una nueva etapa que, sin negar las legítimas y convenientes diferencias entre grupos parlamentarios, busque la manera de revitalizar el prestigio de las Cortes y la salud de nuestra democracia.

P. El presidente del Gobierno ha aplaudido la posición de la Iglesia en lo tocante a la regularización de migrantes, pero meses antes invitó a los obispos a meterse en sus asuntos cuando usted mencionó la posibilidad de recurrir a una cuestión de confianza o a una convocatoria electoral para salir del bloqueo institucional. ¿Cómo describiría la relación actual con Moncloa?

R. De colaboración en estas semanas de preparación de la visita del Papa. En mi último discurso en la Asamblea Plenaria ya advertí del interés del Gobierno por unos temas, desgraciadamente los más polarizadores, y de una menor facilidad para dialogar sobre otros asuntos. Con todo, hemos hablado sobre migraciones y servicios sociales, pero es más difícil abordar cuestiones en las que está en juego la visión sobre la persona, la familia y el sentido de lo público, que, para nosotros, no se identifica con lo estatal.

P. La reciente visita de la presidenta a Ayuso a México también generó polémica por su reivindicación de Isabel la Católica y Hernán Cortés. Al margen de la batalla política, usted siempre ha ponderado la obra humanista y evangelizadora de España a través de las Leyes de Indias y la Escuela de Salamanca.

R. Sí. Pongamos algún ejemplo de ello: en 1512, las Leyes de Burgos establecieron la exención del trabajo para menores de 14 años. Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos tuvieron que esperar al siglo XIX. En 1514, las Leyes de Castilla autorizaron el matrimonio interracial prohibido en las colonias inglesas y francesas, por el nazismo en el siglo XX y solo autorizado sin restricciones en Estados Unidos ya en 1967. La educación y la evangelización asumieron las lenguas originarias de las que se hicieron catecismos y gramáticas. Si el despliegue de la Escuela de Salamanca no hubiera sido reorientado por el liberalismo, la Modernidad sería otra cosa. Toda obra humana tiene claroscuros, pero el balance de la presencia hispana en América es una gran aportación al desarrollo humano y a la convivencia.

P. Las islas Canarias van a recibir la primera visita de un pontífice en su historia. Recientemente, el Papa expresó su reconocimiento a la voluntad de acogida de los canarios por el caso del crucero del hantavirus. ¿Qué motiva la decisión de Robert Prevost de acudir a una región ultraperiférica como el archipiélago canario?

R. El propio León XIV ha manifestado que quería cumplir el deseo de Francisco. El asunto de los movimientos de población es de primera magnitud en el mundo global. Es complejo y no caben situaciones simplistas, pero la dignidad humana es una línea roja y el bien común, que tiene hoy dimensiones globales, pide la escucha de diversas propuestas, abordar las causas y regular de la forma más humana posible esta situación en foros nacionales e internacionales. Mirar al mar y recordar a los allí sumergidos es, sin duda, una llamada de atención a todos y nunca un arma arrojada entre posiciones políticas.

P. Hace un mes que la Iglesia española acordó con el Gobierno el plan de indemnizaciones de víctimas de abusos prescritos. ¿Es suficiente para reparar el daño causado? ¿Cómo están respondiendo las víctimas a esta iniciativa?

R. La Iglesia, diócesis y congregaciones, ya lleva años abordando este asunto tan doloroso que cuestiona diversas dimensiones de nuestra existencia. Este

daño es muy difícil de reparar. En última instancia pide justicia restaurativa y perdón. En ese camino, la reparación integral es necesaria. Con el Acuerdo que abre la puerta del Defensor del Pueblo para acudir a nuestro Plan de Reparación hemos querido dar un nuevo paso.

P. En los últimos tiempos se viene hablando de un ‘giro católico’ –visible especialmente entre los jóvenes– que se manifiesta en el cine, en la música, en el auge de los retiros. Pero se diría que la Conferencia Episcopal recela de esta tendencia, que se supone que debería celebrar. ¿Por qué?

R. No recelamos de esa tendencia, pero tampoco pensamos que esté por ello resuelto el desafío de la evangelización. Nos alegra que muchas personas llamen a la puerta de la música, de la emoción, del voluntariado y la amistad. Queremos acompañarlos en su búsqueda, responder a su llamada y enseñarles la Casa Católica entera.

P. En un foro reciente usted se refirió a dos teologías en auge: la teología de la descolonización del sur global y la teología de la prosperidad del norte capitalista. ¿En qué se distingue la tradición católica, propia de un país como el nuestro, de esas otras propuestas doctrinales?

R. Son propuestas con una fuerte carga ideológica, mientras que la tradición católica respeta la realidad, a la que quiere renovar desde el Ideal encarnado en Cristo. La teología de la descolonización surge de un encuentro entre la teología de la liberación y la ideología woke; trata de releer el pasado con los criterios dominantes del presente. Los pobres a los que hay que liberar ahora son los indígenas de los siglos XV y XVI y sus descendientes, aliados con descendientes de los criollos que hoy usan este relato para justificar su poder. Precisamente aquellos que, en las revoluciones de independencia del siglo XIX, no defendieron a los pueblos originarios. La visión católica del tiempo y de la historia valora los hechos desde la permanente luz misericordiosa del Evangelio y en su contexto histórico, apreciando el crecimiento en el desarrollo humano, pero afirmando también que cada generación ha de responder a los desafíos éticos de su momento desde la formación de la

conciencia moral. La teología de la descolonización realiza una reinterpretación cultural del cristianismo desde un relativismo cultural y moral que favorece el sincretismo religioso. Por su parte, la teología de la prosperidad es una corriente promovida por grupos pentecostales que ven en la riqueza material, la salud física, el éxito personal y el bienestar un signo de bendición. La tradición católica rechaza esta reducción materialista y acoge el sentido del sufrimiento, la pobreza y la enfermedad como integrantes de la vida humana. Reclama también combatir sus causas estructurales, muchas veces provocadas por la prosperidad de otros, legitimada por estas o similares corrientes de espiritualidad desencarnada. En la visión católica, la cruz del sufrimiento y el combate contra el pecado estructural forman parte del único camino hacia la santidad, genuina, escandalosa y nueva prosperidad, iluminada por el pesebre y la cruz.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Mensajes, símbolos y riesgos de la visita de León XIV a España

Rafael Navarro-Valls

El Mundo

La próxima llegada del Papa a España afecta también al plano político, institucional y cultural, cuando la sociedad vive una notable fragmentación ideológica y una creciente necesidad de referencias capaces de favorecer la reconciliación

LOS VIAJES de los Papas fuera de Italia son relativamente recientes. Los inició Pablo VI (que realizó nueve), Juan Pablo II, que batió todos los récords de viajes al extranjero (104), Benedicto XVI realizó 25 viajes internacionales y Francisco, 45. ¿Cuáles son las razones de tantos viajes? Naturalmente, sus motivaciones son variadas, pero el Papa viajero, Juan Pablo II, las reunió en un divertido coloquio con un niño de 11 años que le preguntó: «¿Por qué estás siempre viajando por el mundo?». El Pontífice polaco respondió: «El Papa viaja tanto porque no todo el mundo está aquí». Es decir, la clara comprensión de que no todos los factores culturales, intelectuales y morales son los que existen en Roma.

¿Qué hará León XIV? En mi opinión, el Papa estadounidense hará bastantes viajes, si le acompaña la salud. No solamente por seguir la dinámica pontificia, sino también porque es un Papa open to the world. Su amplio conocimiento del mundo proviene de su nombramiento como Prior general de la Orden de San Agustín (2001-2013). Durante este tiempo visitó numerosos lugares del

mundo, desde África a América Latina, en cerca de 15 viajes. La diócesis de Chiclayo (Perú) fue su último destino antes de ser nombrado Prefecto del Dicasterio de Obispos. Los viajes que haga no le pillarán por sorpresa.

La visita de León XIV a España, prevista entre los días 6 y 12 de junio, constituye uno de los acontecimientos eclesiales y públicos más relevantes del año. Su significado va mucho más allá de la dimensión pastoral: afecta también al plano político, institucional y cultural, en un momento en que la sociedad española vive una notable fragmentación ideológica y una creciente necesidad de referencias capaces de favorecer la reconciliación. La agenda anunciada refuerza esa impresión, con un recorrido de fuerte densidad simbólica: Madrid como primera gran parada, seguida de Barcelona, Montserrat y Canarias, además de un hecho inédito en la historia reciente, la intervención del Papa en el Congreso de los Diputados.

La visita no puede entenderse como una etapa más en la agenda internacional del Pontífice. Se trata de un desplazamiento que reúne memoria eclesial, agenda social y proyección pública de la Iglesia en un país marcado por la secularización y el pluralismo político. El hecho de que sea la primera visita papal a España desde 2011 le confiere una densidad simbólica singular. A ello se suma, además, el marco temático que León XIV ha venido consolidando desde el inicio de su pontificado: la paz, la reconciliación y la denuncia de la violencia. Sus intervenciones recientes apuntan a una voluntad clara de articular un discurso moral firme, sin caer en la lógica de la confrontación partidista.

En este sentido, España aparece como un escenario especialmente exigente para comprobar la eficacia pública y pastoral de esa orientación. No es irrelevante tampoco la ascendencia española del Pontífice a través de su madre, Mildred, un detalle biográfico que añade una resonancia simbólica adicional.

La etapa madrileña constituye el núcleo central del viaje. El programa oficial incluye dos momentos especialmente significativos: la vigilia con jóvenes en la

Plaza de Lima el sábado 6 de junio y la misa del Corpus Christi en la Plaza de Cibeles al día siguiente. La centralidad de la juventud no responde a un criterio circunstancial, sino a una decisión pastoral de primer orden: reactivar el vínculo entre la Iglesia y una generación que vive entre la distancia religiosa y la búsqueda de experiencias comunitarias con sentido. La elección de la Plaza de Lima, en las inmediaciones del estadio Santiago Bernabéu, tiene una dimensión simbólica añadida. Se trata de un espacio urbano con gran visibilidad, con capacidad de convocatoria y asociado a dinámicas sociales amplias, no exclusivamente eclesiales. La vigilia con jóvenes puede interpretarse, por tanto, como un acierto estratégico. No solo moviliza a un sector especialmente sensible dentro de la Iglesia, sino que permite proyectar una imagen eclesial menos centrada en las élites institucionales y más abierta a formas directas de experiencia compartida.

La intervención de León XIV ante el Congreso el lunes 8 de junio introduce, por otra parte, una novedad de extraordinario alcance institucional. Será la primera vez que un pontífice se dirija a las Cortes Generales en sesión conjunta, en el marco de una visita de Estado de la Santa Sede. Este encuadre es decisivo, porque sitúa el acto en el terreno de las relaciones entre sujetos de derecho internacional y evita reducirlo a una mera manifestación devocional.

Ahora bien, ese mismo elemento comporta riesgos importantes. El primero es la posible instrumentalización política del discurso en un contexto de elevada polarización. El segundo, la sobrerrepresentación del gesto institucional en detrimento del conjunto del itinerario pastoral. Con todo, la presencia del Papa en el Parlamento puede leerse también como una oportunidad para reintroducir la dimensión ética en el debate público. En una sociedad secularizada, su intervención puede recordar que la política no se agota en la lógica de las mayorías, sino que remite a principios como la dignidad humana, la reconciliación y el bien común.

El recorrido español no se agota en Madrid. Barcelona mantiene un valor cultural y religioso notable, sobre todo en torno a la Sagrada Familia, donde convergen arquitectura, evangelización y patrimonio. No se entiende que

algunos grupos favorables a la independencia y otros de impronta masónica estén preparando manifestaciones contrarias a su estancia en la ciudad condal. Montserrat añade una dimensión espiritual e identitaria particularmente significativa en el contexto catalán.

Canarias, por su parte, concentra el mayor peso social del viaje. La atención a la realidad migratoria y a las situaciones de vulnerabilidad sitúa a León XIV en continuidad con una de las prioridades pastorales más visibles de su predecesor, pero también en sintonía con su propio énfasis en la dignidad humana.

ENTRE LOS PRINCIPALES aciertos de la visita destaca precisamente esa capacidad de articular planos distintos sin confundirlos. Madrid expresa la centralidad de la juventud y la eucaristía; el Congreso, la interlocución institucional; Barcelona y Montserrat, la relación entre fe y cultura; Canarias, la atención a la vulnerabilidad humana. También resulta positivo el lugar otorgado a los jóvenes, no sólo como destinatarios, sino como protagonistas de una experiencia eclesial significativa. Y no es menor la coherencia entre el diseño del viaje y el estilo del pontificado, caracterizado por la sobriedad, la claridad y la orientación hacia la reconciliación.

En conjunto, la visita de León XIV a España presenta una estructura equilibrada y una densidad simbólica destacada. La combinación de actos pastorales, presencia institucional y atención a las periferias configura un itinerario coherente, con capacidad para proyectar una imagen de Iglesia atenta a la vida real de las personas y a los grandes debates de la sociedad. La inclusión del Congreso de los Diputados convierte el viaje en una ocasión privilegiada para reflexionar sobre la relación entre Iglesia, democracia y bien común. A su vez, el principal riesgo sigue siendo la politización del discurso del Papa, a lo que se suma la complejidad organizativa de un itinerario que exige una coordinación institucional de alto nivel y que puede verse afectado por lecturas interesadas o simplificadoras.

La reciente encíclica Magnifica Humanitas ofrece, en todo caso, un marco interpretativo muy adecuado para comprender el alcance de esta visita. En ella, León XIV articula una reflexión sobre la dignidad humana, la fraternidad y la responsabilidad compartida que dialoga directamente con los ejes del viaje a España: la reconciliación, la centralidad de la persona y la atención a las situaciones de vulnerabilidad. En este sentido, la presencia del Papa en España no va a limitarse a una sucesión de actos: puede leerse como una traducción concreta, en el plano pastoral e institucional, de las orientaciones doctrinales que vertebran su pontificado.

Rafael Navarro-Valls es catedrático emérito y Profesor de Honor vitalicio de la Universidad Complutense

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Espanoles que intuyan la luz en la oscuridad

Jorge Bustos

El Mundo

No es la cultura del enfrentamiento sino la del encuentro la que genera estabilidad. No debemos caer en la tentación de ganar popularidad avivando el fuego de la polarización. Los enfoques identitarios pueblan el mundo de fantasmas. Se necesitan hombres y mujeres que intuyan en la oscuridad la luz.

Con cuatro sentencias rotundas fijó León XIV el guion moral de su visita apostólica a una España que vuelve por desgracia *machadiana* a ser el trozo de planeta por donde vaga errante la sombra de Caín. La primera autoridad moral del mundo estrechó la mano de la penúltima –seamos piadosos con PS en lo que dure el santo viaje– y también la de Felipe VI, a quien se le ve notoriamente cómodo en la cercanía de León, como si hablaran un mismo lenguaje institucional. Este Papa es estadounidense pero es hispanoamericano, luego es español. Por eso citó enseguida al *Big Four* del santoral patrio: Santiago, Juan de la Cruz, Íñigo de Loyola y Teresa de Jesús. Cuatro nombres incalculables que no solo cambiaron la historia de la fe sino también de la literatura. Así lo reconoció el Rey: «La fe católica está enraizada en nuestro país, y sin ella nuestra historia y nuestra cultura no se entenderían». La mejor izquierda siempre lo comprendió; la peor derecha nunca lo valoró.

Prevost comenzó la visita con buen pie doctrinal: sin bajarse del avión ya se había declarado madridista. «El Papa es de todos los equipos, pero Prevost es del Real Madrid». Que me corrija Florentino si me equivoco, pero sospecho

que estamos ante al primer pontífice verdaderamente blanco de la historia. Quizá la elección del Santiago Bernabéu para el multitudinario encuentro de mañana cumplirá una secreta ilusión del alma *prevostiana*, al modo en que el secretario papal Voiello cultivaba secretamente su afición al Nápoles en la sagrada serie de Sorrentino.

Pero Prevost es un agustino, y eso significa conciencia histórica, altura intelectual y entrega misionera. Por eso, tras cumplir con el besamanos en el Palacio Real y formular los principios de su viaje se dirigió a un centro de acogida del barrio de Lucero, gestionado por Cáritas en la encrucijada que conecta Carabanchel, Latina y Aluche: el otro Madrid. Porque como apuntó el cardenal Cobo, la ciudad de Dios de san Agustín se empieza a construir desde los lugares que Italo Calvino llamaría las ciudades invisibles. «Si estás en Madrid, eres de Madrid», dijo Cobo, lo que viene a ser una reformulación castiza de esa antigua verdad que anima al peregrino según la cual todos los caminos llegan a Roma.

Consciente del foco que siempre le acompaña, Prevost elige depositarlo sobre el recinto de los descartados. Los rostros que según su encíclica deben seguir ocupando el centro de la historia, si no queremos despeñarnos por la pendiente del *tecnofascismo* preconizado por pijos siniestros como Peter Thiel, que confunde al ser humano con un algoritmo seguramente porque nadie le quiso a tiempo, y ya es tarde para un amor desinteresado.

Los jóvenes se agolpan en la plaza de Lima con sus mochilas colmadas de una ilusión que los gurús de los partidos políticos contemplan con una mezcla de estupor y envidia. Será muy fácil estos días componer la triste figura del racionalista altivo, incapaz de comprender a esos chavales traicionados por todas las ideologías que acuden a oír a un señor de 70 años vestido de blanco. Al parecer no promete la clave del éxito para invertir en *criptos* sino que repite un mensaje que acumula ya dos mil años. Una veinteañera da testimonio de su conversión; otro explica la causa inexplicable de que en el último momento decidiera no tirarse por la ventana; aquel ha hallado fuerzas renovadas para cuidar de su padre, postrado hace años en una silla de ruedas.

El Papa agustino, misionero y matemático, sabe que el hombre no florece a pesar del límite sino a través de él. Sabe también que el verdadero realismo no reduce la política a la moralidad, pero tampoco la entrega a la violencia. Los más perspicaces extraerán claves oblicuas de sus discursos a los españoles –me remito al primer párrafo–, pero que nadie espere de él un posicionamiento ideológico al uso, un guiño a la oposición o una mano al Gobierno. El programa de León XIV no se mide en legislaturas. Lo suyo no es dictar un mandato sino más bien cursar una invitación. La destina al fiel y al ateo, al religioso y al profano. Y a ninguno de nosotros, extenuados habitantes del país del muro, siquiera por el espacio de siete días nos viene mal alzar la mirada.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un privilegio que no debe ser secreto

Charo Lagares

El Mundo

Antes de las 11 de la mañana de un domingo en Madrid, una, con las carreteras vacías y el aire limpio, aún casi de cristal, puede sentirse dueña del mundo, poseedora de un privilegio secretísimo. El domingo de la mañana de la Misa en Cibeles, aún a las 8.15, una solo podía entenderse como un peoncillo más. En las calles se correteaba bajo sombreros de rafia y banderas vaticanas. Tropel de mujeres con vestidos de lino, niñas de blanco que agitaban sus paipais, hombres con guayaberas y botellas de agua. El día anterior, desde la Corredera Baja de San Pablo a Las Ventas, las campanas de las iglesias se habían orquestado en una melodía extraordinaria. Repicaban sobre la turista que pedía un *pain au chocolat* y el anciano que salía del supermercado aferrado a un pack de flanes de huevo. El anuncio del júbilo se infiltraba por los oídos.

Pero León XIV no está para dar palmas. Existe un católico, lo sabe, que contradice su nombre. Lo combate y lo anula y en lugar de abrirse al mundo se cierra. El universo, a sus ojos, se hace chiquitito y convencido de que el bien y el mal luchan frente a sus narices, se autoimponen ellos el título de portadores de Los Valores, desde ese momento, insignia tribal. Miran al otro, entonces, solo para cerciorarse de que sus diferencias se mantienen ineludibles.

La amabilidad de su rostro –redondo, juampablesco, destinado, en definitiva, a la mitra de Roma– pone un poco de azúcar a la píldora que da. El catolicismo

que se predica y no se practica no entusiasma al Papa. La mujer que se eleva como juez doméstica y descuartiza la calidad moral de su amiga ahora divorciada, dos niños tras 11 años de matrimonio, no se llevará su aplauso. El concejal que desde sus redes proclama que sus hijos deberán ser de derechas, que se entiende a sí mismo, o sea, dueño de sus criaturas, en lugar de canal por el que Dios les ha dado la vida, se recochinea en la «ideología prefabricada» sobre la que León XIV alerta. Los Valores que zarandean como declaración de independencia se esterilizan: nadie puede, dijo el Papa frente a la Cibeles, arrodillarse ante Dios y despreciar al hermano. Quien lo hiciera, en cualquier caso, no se lograría en verdad arrodillarse ante Él: es en el rostro del otro donde Dios se encarna. En las manos de un amigo que, tras una llamada de madrugada, improvisa para otro una cama en el salón Dios actúa. En la perseverancia de quien cada semana invita a su prima, ingresada en centro psiquiátrico, a un restaurante y a un helado Dios aparece. En quien renuncia al esplendor económico para levantar a diario al pobre y al abatido Su presencia se materializa.

Lejos del altar, mientras apretaba su silla portátil bajo el codo y un grupo de adolescentes con gorritos reciclados de la JMJ botaba al son de *Cantando vienen con alegría*, Señor, Nacho del Niño Jesús, carmelita recién ordenado, desenredó un escapulario y lo entregó a su interlocutora. Confiaba en que «el Papa nos ayude a fijar la mirada, en lugar de en el suelo, en el otro y en el Otro, con más unión y con más alegría. Eso es lo que Jesús nos promete en el Evangelio: nos envía al Espíritu Santo para que nuestra alegría, la de todos, no la de un grupo selecto, llegue a la plenitud».

Neófito y veterano resultaron andar sincronizados. Antes de que en la calle Alcalá llovieran pétalos de rosa y clavel al paso del palio del Corpus Christi, mucho antes de que el espíritu de la experiencia compartida llevara a las veinteañeras a desgañitarse a coro con la resaca emocional de un concierto, el Papa pidió que, junto con el Cuerpo de Cristo que paseaba sobre el asfalto, cada uno se saliera de su custodia y se sacara a sí mismo por las calles. Pidió que la mirada se transformara para construir un mundo con la alegría y el amor, «más fuerte que la muerte», de los que había hablado a los jóvenes la

noche anterior. En las calles de Madrid, rebosantes en una mañana de domingo de un aire casi de cristal, revive un privilegio que no está llamado a ser secreto.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV en la España fracturada

Joaquín Manso

El Mundo

LEÓN XIV escogió España para estrenar su vocación de influencia civilizatoria en el momento crítico de descomposición del orden moral que sostenía la convivencia occidental. Robert Prevost no vino sólo a hablarle a un país, ni siquiera sólo a los católicos, sino a intervenir desde un escenario español en una crisis que considera universal: la erosión de la cultura política basada en el reconocimiento de la dignidad humana, la fatiga de las democracias, la degradación del bien común y las consecuencias antropológicas de la revolución tecnológica.

El mensaje del Papa es que está en juego la idea de Occidente nacida del encuentro entre el humanismo cristiano y la Ilustración y, con ella, los principios liberales en los que se reconocen los ciudadanos que aspiran a la libertad y la justicia. La extraordinaria dimensión de la visita revela hasta qué punto la Iglesia conserva un ascendiente espiritual singular en este tiempo de vacío del liderazgo democrático, incluso en una sociedad crecientemente secularizada. Madrid y Barcelona proyectaron al mundo lo mejor de sí mismas.

La clave conceptual estuvo en el Congreso. «Los asuntos sobre los que se pronunció León XIV son genuinamente controvertidos, mucho más de lo que a veces se admite», escribía el viernes Félix Ovejero. Y así es, por supuesto. Pero el Papa trazó un diagnóstico certero al dirigirse sin ambigüedades a nuestra comunidad política fracturada. Cuando habló de «renovación moral»

y de los «límites morales del poder», cuando subrayó que «el bien común» no puede quedar sustituido por «intereses parciales», estaba apuntando también a realidades muy visibles en la España de hoy: el desprecio por la verdad y por la responsabilidad política, la polarización extrema y la degradación del debate, la colonización partidista de las instituciones y la alarmante incapacidad para construir políticas de Estado.

Prevost estaba señalando al muro que separa a los españoles y les obliga a renunciar a la centralidad y el interés general. La política que descansa sobre los extremos y los identitarismos excluyentes. El largo aplauso que recibió delató que casi ninguno lo había entendido o que casi todos necesitaban un descanso. El discurso tuvo luego una traducción catalana: en Montserrat y la Sagrada Familia, ante los símbolos espirituales y culturales de la «región» en la que el nacionalismo cultiva esa fractura emocional y política de España, el Papa reclamó «unidad y concordia». La elección del término región, nada inocente tras escuchar a Illa decir «nación», corrige de raíz la gramática sentimental del independentismo.

España ofrecía al Papa una posición geográfica e histórica central como puerta abierta entre varios mundos y una memoria católica e intelectual formidable. Y a la vez una miniatura muy expresiva del desorden contemporáneo. Por eso el viaje culminó en Canarias. Allí la visita dejó definitivamente de ser sólo española para convertirse de lleno en europea y global. León XIV observa la inmigración como el fenómeno estructural que pone a prueba la cohesión moral de las sociedades occidentales. Lejos de limitarse a reivindicar un vacío sentimentalismo migratorio, Prevost censuró las políticas identitarias –y las «prioridades nacionales», por tanto–, pero también al Estado irresponsable que actúa como «mero gestor de flujos», descuida actuar en origen y olvida dotar los servicios que garantizan una «acogida respetuosa» y una «integración adecuada».

Sánchez no se dio por aludido. Trató de instrumentalizar la visita para adherir su pacifismo retórico a la profundidad del Papa, pero no se lo permitieron. Su emoción impostada acunando bebés en Argineguín contrastó con la

autenticidad de Prevost. «Naturalmente que volverán las oscuras golondrinas a colgar de los balcones de los periódicos sus nidos de mierda, corrupción y enfrentamiento», arrancaba Jorge Bustos. Será así: esta comunidad política fracturada regresará a su triste realidad desde mañana mismo bajo una fuerte lluvia de azufre.

La semana será frenética. La esposa del presidente desfilará por el juzgado y después lo hará Zapatero, el símbolo de la izquierda que acomodó la posición de España en el mundo a su enriquecimiento personal. Y tendremos, quizá, la primera sentencia firme contra la corrupción del Gobierno. El muro también degrada la vida pública porque representa una garantía de impunidad. Pero León XIV no vino sólo a certificar una fractura, sino a recordar dónde puede España reencontrarse: en la noción del bien común, la unidad y la concordia. La responsabilidad es de todos: de nada sirve creer que es siempre de los otros. Aquí, como en pocos lugares de Occidente, la crisis de la convivencia y la necesidad de una renovación moral se han convertido en verdades inseparables.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un líder religioso en las Cortes Generales

Víctor J. Vázquez

El Mundo

La invitación de las Cortes Generales al Papa es un reconocimiento institucional al valor del discurso religioso y de la tradición católica en la esfera pública que no contradice el significado constitucional de la laicidad

LA FICCIÓN DE que ayer el Jefe de Estado del Vaticano intervino ante nuestras Cortes Generales no puede sostenerse sin solicitar un esfuerzo de credibilidad desmedido. En realidad, León XIV intervino ante las cámaras en su pura condición de líder religioso, como Sumo Pontífice de la Iglesia Católica. Esta intervención ha planteado un interrogante que no tiene que ver con la conveniencia o no de ceder el espacio de representación de la soberanía a una personalidad religiosa, sino con su propia adecuación constitucional, todo ello a la luz de que en nuestra Carta Magna se dice que ninguna confesión tendrá carácter estatal, consagrando así un principio de aconfesionalidad o laicidad que define nuestro Estado con respecto al fenómeno religioso. Tras tropezar muchas veces a lo largo de nuestro constitucionalismo con la cuestión religiosa, aquí también el constituyente de 1978 pareció dar con una fórmula que ha permitido integrar nuestras querellas nacionales. Desde luego, la laicidad española no deja de ser un modelo impuro –como lo son todos, por otro lado– y en nuestro ordenamiento perviven residuos de confesionalidad, frente a los cuales la decisión constitucional ha resultado más retórica que jurídica. Que el Parlamento se convierta en foro para el Santo Padre podría interpretarse como uno de esos tributos hacia la antigua religión de Estado

que sortean estas exigencias aconfesionales. Una interpretación que considero equivocada.

Para delimitar cuál es el alcance que el principio de aconfesionalidad puede tener en las cámaras legislativas puede ser útil pensar a partir de otros escenarios. Así, no parece compatible con esta aconfesionalidad ni tampoco con la libertad de conciencia de diputados y senadores que, como ocurre en alguna asamblea estatal de Estados Unidos, las sesiones de las cámaras comiencen con alguna invocación religiosa u oración. No habría mucha discusión para concluir que León XIV no podría haber oficiado una celebración de cuño religioso en el hemiciclo. En todo caso, podemos plantearnos interrogantes más complejos. Por ejemplo, el de si diputados y senadores son libres de hacer uso en sus intervenciones de argumentos de cuño religioso o si, por el contrario, dada la naturaleza deliberativa del órgano, pesa sobre ellos una obligación de usar –según la terminología de Rawls– razones públicas. Es decir, argumentos no desvinculados de sus doctrinas religiosas, pero sí traducidos en términos seculares y, por ello, inteligibles para quienes no los compartan. El propio Rawls cifraba esta obligación como un deber ético en la esfera pública, pero no en algo jurídicamente exigible en un órgano como el Parlamento. Jürgen Habermas, quien se distancia de esta idea de razón pública valorando la contribución de las religiones al diálogo cívico, consideraba, sin embargo, que el presidente de una cámara legislativa debía privar de la palabra a aquel diputado que quisiera hacer valer sus argumentos a través de invocaciones a los dogmas de su religión. Lo cierto es que constituye una singularidad de la democracia española el escrupuloso uso de argumentos seculares en las deliberaciones legislativas, incluso cuando estas han versado sobre cuestiones como el aborto o la eutanasia, tan permeables a la moral.

Dicho de otra forma, a diferencia de lo que ha ocurrido en otras experiencias vecinas y, sobre todo, en la democracia norteamericana, el uso de argumentos religiosos en las deliberaciones legislativas no constituye para nosotros un problema constitucional. En España hay una fuerte secularización discursiva y también, podría decirse, una evidente secularización en ciertos ámbitos del ordenamiento jurídico donde tradicionalmente la doctrina moral de la Iglesia

había sido determinante. No obstante, creo que es importante aquí no incurrir en un error relativamente común. El hecho de que nuestra regulación sobre el aborto o el matrimonio homosexual sea la que hoy es no constituye un exponente de una mayor laicidad del Estado, sino, en su caso, de una mayor secularización de la sociedad. En ningún caso, el principio de aconfesionalidad impone a las cámaras un ordenamiento jurídico emancipado de las razones morales de una determinada confesión. Como dice nuestro Tribunal Constitucional, las doctrinas religiosas no pueden ser parámetro de juicio de las normas estatales, pero esto no quiere decir que la coincidencia entre doctrina religiosa y ley plantee, por sí misma, un problema constitucional. La aconfesionalidad, por lo tanto, no cumple una función profiláctica respecto de la moral religiosa.

La invitación extendida a un líder religioso como el Papa León XIV para que dirija un discurso a las Cortes Generales, desde estas premisas, es un reconocimiento institucional al valor del discurso religioso –y, específicamente, de la tradición católica– en la esfera pública, que no contradice el significado constitucional de la laicidad. No es menos aconfesional el Estado cuando cede ese foro al líder de la Iglesia Católica, aunque el hecho de que esto se produzca por primera vez en nuestro parlamentarismo democrático sí nos informa de que, precisamente en el contexto de la separación Iglesia-Estado, la fuerza de la religión ya no se halla en su imbricación institucional, sino en su fuerza moral e intelectual persuasiva. Es la consolidación de la separación la que favorece la normalidad política con la que se ha asumido la presencia de un Papa en las Cortes Generales. Una normalidad difícilmente imaginable en un momento más próximo a nuestra Transición.

Como es sabido, aunque no es común, han existido precedentes de discursos papales en asambleas legislativas, todos ellos de un gran simbolismo histórico. Valga recordar los de Juan Pablo II, primero en el Parlamento Europeo (1988), luego en su Polonia natal (1999) y, finalmente, ante las dos cámaras reunidas del Parlamento italiano (2002), siendo esta la primera vez que un Pontífice se dirigía a la representación nacional de la República Italiana. El Papa Francisco,

como se sabe, se dirigió también al Congreso norteamericano en el año 2015. La rigidez del secularismo constitucional norteamericano nunca ha impedido valorar la contribución de las religiones en el ámbito público. En cualquier caso, a la luz de la historia de Estados Unidos y del anticatolicismo que marcó buena parte de esta, la presencia del Sumo Pontífice en la cámara legislativa poseía un simbolismo extraordinario que, en buena medida, presagiaba la pujanza inédita que esta religión tiene hoy en la vida política norteamericana.

NO OBSTANTE, CREO que han sido las comparecencias parlamentarias del Papa Benedicto las que ofrecen el código a través del cual entendemos la presencia de ayer del Santo Padre en las Cortes Generales. Primero en Westminster Hall, durante su visita al Reino Unido (2010), y luego ante el Bundestag alemán (2011), Benedicto XVI reivindicó el papel de la religión en la esfera pública, criticando el secularismo excluyente y la marginación del hecho religioso. Lo paradójico es que esta defensa del valor de la religión, que fue de la mano de una reflexión sobre los fundamentos del derecho y los límites de la regla de la mayoría, se formuló en un lenguaje secular que reivindicaba no ya la autoridad moral, sino también la autoridad intelectual de la Iglesia en la esfera pública. Denigradas a menudo la cortesía parlamentaria y la propia idea deliberativa que se presume a un Parlamento, la intervención de ayer podría parecer una suerte de obra divina. Pero, en puridad, es sólo el exponente del valor democrático que posee hoy un discurso moral que se somete a un mínimo requisito de traducción secular y que aspira a persuadir mediante razones y no mediante autoridad. Que ese discurso proceda de un líder religioso resulta, desde esta perspectiva, constitucionalmente irrelevante. No está ahí por privilegios institucionales, sino por un cierto anhelo de razones públicas.

Víctor J. Vázquez es profesor titular de Derecho Constitucional en la Universidad de Sevilla. Ha publicado libros sobre neutralidad institucional y libertad de expresión, como 'La libertad del artista. Censuras, límites y cancelaciones' (Athenaica)

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Theos va al Congreso

Aurora Nacarino-Brabo

El Mundo

La invocación del Papa León XIV de lo religioso como prepolítico puede despertar algún recelo, pero en el fondo no es más que una nueva vuelta a la Ilustración europea y los orígenes del orden liberal

EL PASO del Papa León XIV por el Congreso de los Diputados ha dado lugar a varios debates en distintas frecuencias de sofisticación. Quizá el más pedestre sea la batalla de apropiación a la que se han lanzado los partidos, incluso los más descreídos –siete minutos duró la ovación a Robert Prevost, prolongada en una suerte de juego del gallina en el que el primero en dejar de aplaudir perdía–. Todos han querido ver sus posiciones refrendadas por el Papa, y condenadas las del adversario. Pero si esta puja me interesa es solo como síntoma de una crisis: despojada de su antigua auctoritas, la política vuelve los ojos a la legitimación de la Iglesia. Atrás quedaron la confianza en el progreso, la fe ciega en la razón y el optimismo de la técnica que enterramos con el siglo XX. Hoy somos más papistas que el Papa.

Más me ha interesado, por la tradición política y teológica que encierra, la discusión sobre el lugar que debe ocupar la religión en el debate público, sobre la relación entre Estado e Iglesia y sobre la autoridad del Papa como prescriptor político. León XIV se presentó en el Congreso como «Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia católica». Nada de jefe de Estado. Algunos consideran intolerable ese uso de la tribuna como púlpito, y esta confusión de

escenarios merece una reflexión. No obstante, esta es una discusión tan antigua como Europa. O dicho de otro modo: Europa nace de esta discusión.

Durante siglos, los llamados poderes universales, el Pontificado y el Imperio, se disputaron el *dominium mundi*. En *La ciudad de Dios*, escrito en el siglo V, San Agustín había establecido una distinción entre la *civitas Dei*, el reino celestial, y la *civitas terrena*, gobernada por los hombres. Esa separación entre el orden espiritual y el temporal fue cuestionada durante la Edad Media, cuando se popularizó una reinterpretación en clave hierocrática del mensaje de San Agustín. Para los promotores de este nuevo «agustinismo político» la misión de la Iglesia debía ser instaurar la ciudad de Dios en la tierra, bajo su tutela. En otras palabras, el orden político debía someterse al religioso.

El punto álgido de este desencuentro se vivió en el siglo XI, durante el papado de Gregorio VII. El Imperio se servía entonces de cargos eclesiásticos designados por el rey para administrar un territorio tan vasto que de otro modo resultaba ingobernable. Hasta que el Papa reclamó, como vicario de Dios en la tierra, jurisdicción suprema sobre toda la cristiandad, incluido el emperador. Esta «querella de las investiduras» se prolongó durante décadas, dejando por el camino algunas de las escenas más evocadas de la historia medieval, como la del emperador Enrique IV suplicando descalzo, sobre la nieve de Canossa, su absolución a Gregorio VII, que lo había excomulgado.

El Concordato de Worms de 1122 separó al fin las jurisdicciones política y religiosa, e impulsó la búsqueda de una nueva legitimidad para el poder político, que recuperó el derecho romano y el pensamiento aristotélico, y sentó, por serendipia, las bases de la soberanía moderna. Una soberanía perfeccionada luego tras otra guerra de religión, la de los Treinta Años, y la paz de Westfalia que alumbró el Estado-nación.

La democracia liberal es un subproducto europeo –y aquí incluyo la Revolución Americana– cuya génesis está directamente relacionada con ese sistema de pesos y contrapesos que protagonizaron la Iglesia y el Imperio durante siglos. Y aunque pacificada la querella, aún hoy nos preguntamos, al

ver a un Papa en la tribuna del Congreso, dirigiéndose a los diputados y expresándose en términos políticos, sobre las legitimidades en conflicto.

Y claro que cabe cuestionarse si León XIV es en efecto un agustino, o tal vez un agustinista político. El agustino respeta la distinción entre la ciudad de Dios y la ciudad terrena, y su teodicea pretende ser una orientación moral y no un programa de gobierno. El agustinista político, en cambio, quiere realizar en la tierra la ciudad de Dios, y reclama un mandato al que el poder temporal debe someterse. Por eso, quizá tranquilizara a los más suspicaces que León XIV comenzara su alocución a las Cortes reconociendo «la autonomía de las realidades terrenas y la distinción entre comunidad eclesial y comunidad política».

Hecho el disclaimer, es innegable que su discurso fue marcadamente político, como corresponde, por otro lado, a la cámara que lo acogía. El Papa habló del aborto, la eutanasia, la libertad educativa, la inteligencia artificial, la inmigración, la memoria histórica, el derecho internacional o el secreto de confesión –en el contexto de las acusaciones de pederastia, fue sin duda el momento más incómodo–.

Que sus posiciones pueden o no compartirse no es más que una obviedad en el seno de una sociedad plural, pero más espinosas han resultado un par de afirmaciones del Pontífice sobre las que me gustaría detenerme. Aludiendo al lucernario por el que entra una luz cenital al Congreso, León XIV recordó que «la política necesita reconocer una medida que la precede y la supera». Esa invocación de lo religioso como prepolítico puede despertar algún recelo, pero en el fondo no es más que una nueva vuelta a la Ilustración europea y los orígenes del orden liberal. Cuando afirmamos que los derechos humanos son irrenunciables, inalienables e intangibles, lo que estamos señalando es precisamente que preceden a la política porque están codificados en la naturaleza humana. Por eso se «declaran» y no se legislan.

THOMAS Jefferson lo expresó así en la Declaración de Independencia de Estados Unidos: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los

hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Lo que muchos parecen haber olvidado es que el liberalismo democrático, que es el orden político más perfecto que la humanidad ha ensayado, echó raíces sobre el cristianismo.

También hay quien ha interpretado como un desplazamiento democrático esta afirmación del Papa: que «una ley no alcanza su verdadera grandeza por el mero hecho de haber sido formalmente aprobada», sino cuando, además, «puede comparecer ante la dignidad de la persona y salir de ese examen sin avergonzarse». De nuevo, nos remite al debate entre iusnaturalismo y positivismo que recorre todo el discurso de Prevost, y se acerca a la famosa sentencia tomista –lex iniusta non est lex– y a la fórmula de Radbruch que aprendimos en Nuremberg. La dignidad humana vertebró todo el texto, como vertebraría el texto de cualquier liberal, porque, como advirtió el propio Papa, «la fe cristiana la proclama a partir de la Revelación», mientras que «la razón humana puede reconocerla como exigencia inscrita en la verdad del hombre».

Una que se dice atea les asegura que este es el discurso de mayor hondura moral e intelectual que ha escuchado desde que llegó al Congreso, sin necesidad de compartir todo su contenido. En otro tiempo anticlerical, hoy solo puedo reconocer que, si Europa es liberal, lo es a fuer de cristiana.

Aurora Nacarino-Brabo es diputada del Partido Popular en el Congreso

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) original.

[Volver al índice](#)

Y en el Movistar Arena se ovacionó a los poetas

Antonio Lucas

El Mundo

De entre todas las posibilidades, la más difícil de anticipar fue la de esa ovación tajante cuando León XIV leyó en su discurso de cierre los nombres de cuatro poetas: Lope de Vega, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz y Calderón de la Barca. Más de 12.000 personas ovacionando al Siglo de Oro y antecesores en el mismo recinto donde se despidió Joaquín Sabina hace unos meses. Ni en la Feria del Libro encuentras esto. Nadie lo vio venir. El Movistar Arena (el Palacio de los Deportes de Madrid, de toda la vida) no rugía de esa manera desde el último concierto de The Prodigy en diciembre de 2009. El aplauso de entrega lírica igualó por un momento a gentes de muy distinto proceder: Antonio Garamendi (presidente de la CEOE) y a Unai Sordo (secretario general de CC00), a Pepe Álvarez (ídem en la UGT) y a Carlos Crehueras (presidente del Grupo Planeta), a obispos y a cardenales, a curas con sotana, al señor que tenía al lado criticando al de CC00 y al que tenía al otro lado enviando fotos por el móvil compulsivamente. Tal fue la potencia vinculante de los poetas. El Papa, por el gesto que dejó asomar en ese momento, tampoco lo esperaba. En España renace furiosamente la poesía. Es la conclusión.

La jugada de traer al Papa al Movistar Arena no tenía riesgo. León XIV está a buenas con todo el mundo. Antes de su aparición sonaba una música muy festiva por los altavoces. Melodías felices y esperanzadas. Acordes en almíbar. En el escenario, los periodistas Lara Siscar (RTVE) y Carlos Franganillo (Mediaset), empezaron a dar cuerda al encuentro a las 17.08, hora punta de

lipotimias fuera del recinto. Invitaron a ciudadanas y ciudadanos a contar experiencias propias y se escucharon defensas de la educación y sanidad públicas (Lucila Rodríguez-Alarcón), del teatro (Pedro Víllora), de la necesidad de la música en la vocación de un seminarista y guitarrista flamenco (José Ríos), de la asistencia al otro según un bombero (Iñaki Burgueño), de la gratitud y la entrega por boca de un joven con cáncer y la enfermera que lo asiste en el Hospital Niño Jesús de Madrid (Pablo Reneo y Carmen Molina)... A partir de entonces, la fe dio un salto cualitativo. Con el Concilio Vaticano II los templos se llenaron de guitarras y esa herencia se nota.

El Papa accedió por un costado del pabellón, a las 17.53, dando vuelo con la zancada a la sotana papal de 33 botones frontales, que representan los 33 años de vida terrenal de Jesucristo. Entonces, sí: el fervor se descapotó y este hombre silente, al que es fácil imaginar en soledad con las manos a la espalda caminando entre hortensias, hizo un paseíllo y dio la mano a unos 6.700 fieles, mil arriba, mil abajo. Ante algo así es difícil mantener la vanidad a raya. Los móviles le sobrevolaban el solideo y no perdió ni un segundo la sonrisa disimulando la tensión de estar en público. Después de apretar falanges subió al escenario. Alguna gente lloraba. Le pasaron su discurso, lo revisó y con ademán lento lo apoyó en el hueco que quedaba entre el reposabrazos del sillón y su cadera. Un detalle muy sport.

La gestualidad de León XIV es muy escueta, pero puede que ayer alcanzase un punto de emoción sin comprometerlo. Escucha y hace saber que escucha. Habla seguro de lo que quiere decir, sin resbalar con las ideas en ninguna piel de plátano. En medio del jolgorio, qué pensará un hombre que hace no tantos años convivía en pueblos difíciles, pobres, a desmano, asistiendo a ciudadanos invisibles y comunidades indígenas de Perú y que algunos mediodías encontraba la iluminación interior ante un arroz con muslo de pato asado y pastel de peras. La mística moderna está ya entre nosotros. El viaje de reconocimiento del Papa despliega conceptos donde a veces la Iglesia aún encalla: «Diversidad», «inclusión», «ética» y «respeto» (el tema de los abusos sexuales es el gran estigma negro).

De regreso a la realidad, Antonio Banderas reivindicó «el arte como alternativa a todas las violencias», León XIV asintió. Todo según lo previsto. Pero este hombre, insisto, más allá de la parafernalia, tiene algo de enigma conservado entre mármoles y damascos vaticanos. Su condición agustina le permite enfriar emociones. La electricidad estática que genera cualquier concentración eufórica no parece afectarle. Salió del pabellón con la sonrisa habitual: la de un Papa cuya misión, como los anteriores, es no perder definitivamente el pulso contra el tiempo.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa que no cabía en el congreso

David Jiménez Torres

El Mundo

Si algo mostró el discurso del Papa en el Congreso es que el discurso del Papa no cabe en el Congreso. Y no porque sus reflexiones no fueran interesantes, ni porque supusiera una afrenta que un líder religioso se dirigiese a los diputados. Sencillamente, León XIV mostró que los razonamientos de la Iglesia se sitúan en un plano distinto al de nuestra política cotidiana. Un plano que se interesa por algunas de sus mismas cuestiones, pero que lo hace desde coordenadas muy diferentes.

En un tiempo de packs ideológicos, Prevost fue capaz de hilvanar con gran coherencia afirmaciones que pudieron molestar a las izquierdas, a las derechas y a los separatistas –al fin y al cabo, sostuvo que España es «una noble nación» que ya existía hace quinientos años–. Si algo debían haber sacado todos en claro es que resulta fundamentalmente ridículo encajar la visita del Papa en nuestras batallas políticas diarias. Justo la lección que varios portavoces, de Patxi López a Gabriel Rufián, se apresuraron a mostrar que no habían entendido.

Ahora bien, esa capacidad de crear un discurso coherente y diferenciado de los que dominan nuestra vida política –un pack propio– no debería ser tomada como una señal de superioridad. Es cierto que el Papa expuso sus ideas de una forma más clara y profunda de lo que se estila en el Congreso, sobre todo en los últimos tiempos. Pero esto fue, en buena medida, porque piensa y habla

desde un sitio distinto al que ocupan nuestros representantes. Y del mismo modo que abarca algunos ángulos ciegos de nuestra conversación pública, también deja desatendidos otros que merecen foco. No cabe reprocharle, por ejemplo, que no dijera una sola palabra sobre la corrupción, porque sus preocupaciones se centran en otros asuntos; pero esto no le coloca en un plano más elevado del de aquellos –políticos y no políticos– que sí hablan sobre este tema.

En realidad, lo más saludable del discurso del Papa no fue que suscitara un acuerdo forzosamente transversal, sino que invitase respuestas y discrepancias muy distintas de las que suelen ocupar nuestro debate público. Uno se pregunta, por ejemplo, hasta qué punto puede un no-creyente aceptar las apreciaciones morales del Papa cuando no comparte el elemento esencial del que se derivan: la fe en la existencia del Dios cristiano. Como podemos preguntarnos si alguien, por mantenerse en un plano moral y espiritual, puede desentenderse de las implicaciones materiales de sus posturas. Si se puede, por ejemplo, intervenir en el debate sobre la inmigración tratándolo únicamente como una cuestión ética –algo que se resolvería reconociendo al inmigrante como «prójimo»– y orillando que su acogida e integración requieren recursos. Recursos de unas administraciones que también tienen que equilibrar muchas otras exigencias. Y si bien nadie espera que el Papa cuadre unos presupuestos, tampoco parece razonable hablar como si esto no fuera también un asunto de presupuestos. En definitiva, el tipo de relevancia que quiere Prevost para su Iglesia también anima a formularle preguntas. Y esas preguntas sí caben en el Congreso.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa examina a la Iglesia española

Oriol Trillas

El Mundo

León XIV está hablando y escuchando a los obispos para después ir moviendo poco a poco el tablero episcopal español

La visita de León XIV a España está siendo también una gran operación de observación eclesial. Más allá del baño de masas, del prolongado y persistente aplauso del Congreso de los Diputados y de la evidente comodidad con la que el Pontífice se mueve en España, el viaje papal deja también una serie de claves intraeclesiales menos visibles, aunque más importantes a largo plazo. Junto a la pastoral o institucional, el viaje está teniendo una dimensión claramente ad intra. León XIV no solo ha venido a hablarle a la sociedad española, sino también a observar a su Iglesia, medir sus equilibrios internos y tomar nota de sus fortalezas, debilidades y tensiones.

La primera sorpresa se produjo al conocer la composición del séquito pontificio. La presencia del secretario de Estado, el sustituto y el secretario para las Relaciones con los Estados forma parte de la normalidad protocolaria de cualquier viaje apostólico. Sin embargo, junto a ellos hay tres cargos curiales cuya participación no suele ser habitual en este tipo de desplazamientos. Dos de ellos son españoles y podría explicarse su presencia por causa de su nacionalidad: el cardenal Fernández Artime, pro-prefecto para la Vida Religiosa y el recién designado prefecto para la Caridad, el agustino español Luis Marín de San Martín. Mucho más significativa resulta la

presencia del sucesor de Prevost al frente del Dicasterio de los Obispos, Filippo Iannone.

En Roma no ha pasado inadvertido ese detalle. Allí se destaca que esos tres nombres formarían parte del núcleo de confianza del Santo Padre, especialmente Marín de San Martín, compañero de orden religiosa y figura próxima a su sensibilidad eclesial. Pero la participación de Iannone añade una lectura adicional: el Papa parece decidido a estudiar personalmente el tablero episcopal español. Además, la presencia, totalmente inusual, de quien se encarga de presidir el dicasterio encargado de nombrar a los obispos viene a marcar que, aparte del viaje en sí, el Papa quiere conocer de primera mano quién es quién en el episcopado español, que avanza hacia una renovación profunda.

En la actualidad, existen cuatro diócesis vacantes y seis prelados con la edad de 75 años sobrepasada. Algunos, de manera muy amplia, como el cardenal Juan José Omella. A ello se suma el futuro de la Conferencia Episcopal. Su presidente, Luis Argüello, no podrá ser reelegido, por cuestión de edad, cuando venza su mandato en 2028. Resulta lógico pensar que León XIV haya aprovechado este viaje para identificar perfiles y posibles liderazgos futuros. Es indudable que el cardenal de Madrid, José Cobo, ha salido fortalecido de este viaje. La organización ha sido impecable y el éxito ha sorprendido a la propia empresa. Los temores a que se expresara la oposición a Cobo, a causa de su pacto con Félix Bolaños respecto al Valle de los Caídos, se diluyeron rápidamente.

Ahora bien, si algo distingue a este Papa es que primero escucha, se hace una composición de lugar y luego decide. Que nadie se crea que, porque muestre cercanía, lo tiene todo ganado, pues sus nombramientos están resultando bastante sorprendidos. Que se lo pregunten al Dicasterio para la Comunicación, en el que ha designado a una laica, María Montserrat Alvarado, que hasta ahora era la directora de EWTN News. Primera mujer laica al frente de un dicasterio y, además, viene de una cadena a la que el Papa Francisco llegó a calificar como la «obra del diablo».

Especialmente relevante es la visita del Papa a la sede de la Conferencia Episcopal. No por el hecho en sí –que se ha producido en todos los viajes papales–, sino por la toma de contacto con el episcopado español. Con un asunto que sigue cacareando sobre las cabezas mitradas: la gestión de la pederastia.

El Papa ha hecho hincapié en esta cuestión, como queriendo recordar a los obispos que el tema no está cerrado. En Roma, ya durante el pontificado de Francisco, nunca se mostraron plenamente satisfechos con la gestión realizada por el episcopado español. Por otra parte, el Santo Padre recordó a los obispos la necesidad de dar más espacio a los laicos y de asumir que la crisis vocacional que atraviesa Europa debe servir para fortalecer al laicado. No se trata de lamentarse continuamente, sino de aprovechar incluso las situaciones de crisis.

El Papa ha hablado a los obispos de los problemas que se suscitan en la vida interna de la Iglesia. Él los conoce bien como misionero, superior de orden religiosa, obispo y miembro de la curia. Sabe que vivimos en un mundo secularizado, en el que apenas se plantea la vocación a la vida sacerdotal o religiosa. Razón por la que no elude su existencia, sino que pretende afrontarla con su testimonio.

Detrás de este Papa sereno y prudente, aunque incapaz de ocultar tanto su felicidad como los momentos en que se emociona, se esconde un hombre con grandes dotes de gobierno, no en vano se desempeñó durante 12 años como prior general de los agustinos. Y como hombre de gobierno formará su equipo a un ritmo cadencioso, sabedor de que, por su edad, no tienen cabida ni la ansiedad ni las prisas.

León no se parece a ninguno de sus antecesores. Algunos han querido ver a un nuevo Juan Pablo II en su estancia en Madrid, pero le falta la voz potente, el magnetismo y el énfasis de aquella fuerza de la naturaleza, así como aquella vida de oración tan profunda que caracterizaba al Papa polaco. Tampoco es un

fino teólogo como Ratzinger ni un populista como Bergoglio. Prevost es algo distinto que se irá revelando con el tiempo, pero lo que ya resulta evidente es que disfruta viajando y que, en ese aspecto, seguirá la estela de Wojtyla.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV contra la tecnología sin rostro

Ángel Díaz

El Mundo

EL PROFESOR de Yale John Durham Peters, que es también un magnífico escritor, afirma que enseña cómo vivimos «en medio de cosas en la Tierra». Unas cosas que, consecuentemente, llamamos medios. Los periódicos, las redes y la IA son medios. También, para Peters, las estrellas que leían nuestros ancestros para navegar o para dar sentido a sus creencias; y las nubes, el medio por el que nos llega el agua.

Peters visitó Roma durante la elección de León XIV, hace poco más de un año, y definió la experiencia como estar en el «centro neurálgico planetario de los medios digitales y de masas». Un centro neurálgico que esta semana se ha desplazado a España. El Papa es siempre un acontecimiento mediático; y, para los católicos, el principal mediador –vicario– de la divinidad. Pero León XIV es también, aunque Peters no pudiera sospecharlo entonces, una nueva e influyente voz en la discusión pública sobre tecnología y medios.

«Muchas cosas en las redes nos engañan, nos cuentan mentiras», advirtió el sábado ante los jóvenes. Y ayer, en el Congreso, recordó una de las ideas centrales de su encíclica: la tecnología «no es neutral, porque toma el rostro de quien la concibe, la financia, la regula, la utiliza». El Papa cuestiona así la visión instrumental de la tecnología, es decir, la extendida creencia de que nos hallamos ante una mera herramienta, cuyos efectos dependen del uso que cada cual quiera darle.

Dejando al margen la teología, la crítica de León XIV se inscribe en dos corrientes académicas: la primera proviene de la teoría de medios y señala que la tecnología, queramos o no, transforma el entorno social que habitamos. La segunda procede de la filosofía y la sociología de la tecnología e incide en que el diseño de un sistema no solo responde a desafíos técnicos, sino que incorpora los valores e intereses de sus responsables. La IA nos conduce hacia un mundo muy distinto. La cuestión es quién dibuja el mapa y quién marca la ruta.

Iniciativas como la Ley Europea de IA o la investigación de la Fiscalía de París contra la red X, de Elon Musk, por presunta manipulación algorítmica apuntan en la misma dirección: la tecnología tiene cara y a veces nos mira a los ojos. Pero la pregunta no debería ser qué pretende, sino qué queremos nosotros. Y qué clase de cosas conviene poner en medio.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Prevost recuerda a los diputados que hay una legitimidad previa

Arcadi Espada

El Mundo

EL JEFE de la Iglesia católica, Robert Prevost, expuso este lunes en el Congreso de los Diputados las líneas maestras de su programa político. La condena del aborto y la eutanasia, con la lógica derogación de las leyes españolas que los regulan, y la obligación de que el Estado contribuya a la financiación de las escuelas religiosas fueron los tres ámbitos donde concretó su propuesta política. Tal vez para atraerse a un sector tradicionalmente refractario se mostró partidario del derecho de cualquier «persona humana» [sic] a dotarse de una vida digna dentro y fuera de su patria y apostó por el entendimiento y la paz entre los hombres y las naciones, a modo de cualquier joven editorialista. Aunque de manera más alambicada y abstracta, pero inequívoca, Prevost lanzó una advertencia a los legisladores al reivindicar el secreto de confesión: «El sigilo sacramental de la confesión reviste una importancia especial para la Iglesia católica. Se inserta en el ámbito más amplio de la libertad religiosa, que garantiza a las comunidades creyentes un espacio propio de vida, organización y disciplina interna». El contexto del sigilo es la pederastia clerical y las jurisdicciones que han tratado de legislar para derogar el secreto en los casos de abusos de menores. Prevost venía de ganar una batalla. Hace una semana que la Asamblea Nacional francesa retiró de su ley de protección de menores la cláusula de derogación del secreto. Y su alusión debe interpretarse como un aviso preventivo a los legisladores españoles.

Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia Católica fueron las credenciales con las que se presentó en el Congreso: no como jefe de un estado sino como líder de una facción ideológica. Así se sintió legitimado para fijar los límites de la acción política en la frase sin duda más cargada de su discurso: «En este Salón de Sesiones, la luz natural entra por el lucernario que corona la sala. Esa luz que viene de lo alto puede recordar que también la política necesita reconocer una medida que la precede y la supera». Pocas veces alguien le habrá recordado a un parlamento democrático hasta qué punto está supeditado a la teonomía, o sea, a una ley cuyo fundamento último es dios y que precede y supera por igual la autonomía del individuo y la heteronomía de la asamblea: el orden trascendente al que la persona humana debe conformarse.

No solo los diputados de Vox –cuyo programa, al margen de los prefacios poéticos, coincide con el de Prevost–, sino el resto de diputados de la Cámara reaccionaron con satisfacción al discurso. Los aplausos duraron siete minutos y cuatro segundos. Benedicto XVI solo gozó de un minuto cincuenta segundos en el Bundestag, en 2011. Aunque Almodóvar le saca ventaja con sus diez minutos de gloria palmaria en el último festival de Cannes.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa dijo ‘cultura’ y los otros no entendían

Antonio Lucas

El Mundo

LA TOURNÉ del Papa tiene invisibilizado al equipo político habitual. Es una desaparición de conveniencia, pero mañana volverán las hoces, los martillos, el puño americano y los garrotes. No quedará en ellos rastro de los discursos en los que León XIV –además de ejercer su labor pastoral arremetiendo contra los derechos al aborto y la eutanasia (como corresponde a un eficiente profesional de lo suyo)–, les dejó caer que han hecho de la mediocridad una terca forma de violencia y del ruido a navajas una estética de albañal. Ni uno solo de ellos levanta un éxtasis igual en sus parroquias, otra verdad a tener en cuenta. Este León XIV insistió en el Congreso sobre los inmigrantes y la decencia de dispensar respeto también a quien come el pan sin bautizar. La vieja gramática del milagro no parece importarle demasiado. Habla de los abusos sexuales sin atajar, sin responder, pero desdivinizando un poco el Vaticano.

Pero destaca este otro asunto: en buena parte de los discursos no litúrgicos ha hecho de la cultura un eje. Citando a poetas, claro, pero tomando a la vez la cultura por uno de los lados buenos. La cultura como proteína de civilización, de respeto, de diversidad, de crítica. La cultura, sea lo que sea, como bujía para acelerar mejor y detenerse mejor y observar con más escudos y más armas y más letras. De los últimos Papas que pasearon por aquí, este es el que trae la conciencia más sensata sobre los beneficios de la experiencia cívica de la

cultura, del acceso a la cultura. Ni alta ni baja, sino cultura para no descender aún más.

En tres días de festival en Madrid ha lanzado más veces por la boca este concepto que la mayoría de políticos en la última legislatura. Eso sugiere algo, me parece. No se refiere a la cultura que algunos partidos aporrean confundiendo creación con subvención, sino a esa manera humana de contornearse mejor y comprender complejidades y diferencias y desafíos y desacuerdos. Cultura como energía eficiente, como discusión sostenible, como comunión y como estado de alerta. Cultura contra propaganda. Cultura contra extorsión. Violentamente cultura contra la revancha y el abuso, por pura democracia, por progreso. Que cada cual piense y crea lo que quiera. Un Papa ha venido a decir mil veces cultura. No arregla nada, pero ofrece posibilidad. También a quienes no estamos en las filas de creer, pero confiamos en saber vivir.

Mañana volveremos en Madrid al asalto vulgar de la política de todos los días. Al matorral.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La IA al servicio de las personas

Pepe Álvarez

El Mundo

La diferencia entre la postura del Papa sobre la Inteligencia Artificial y los sindicatos es de vocabulario, no de fondo

La visita del Papa León XIV a España llega acompañada de un texto que el movimiento sindical lleva semanas leyendo con atención y legítima satisfacción. Magnifica Humanitas, publicada con motivo del 135º aniversario de la Rerum novarum –la encíclica que en 1891 dio carta moral a la cuestión social–, afronta la pregunta más urgente de nuestro tiempo: qué sociedad queremos construir cuando la Inteligencia Artificial transforma, a velocidad sin precedentes, la organización del trabajo, la distribución de la riqueza y las condiciones de vida de millones de personas.

La respuesta del Papa no es cómoda para quienes gobiernan los algoritmos. León XIV afirma que los datos, las plataformas y los sistemas de IA son bienes destinados universalmente a todos, y que su concentración en pocas manos contradice el destino universal de los bienes y alimenta la brecha entre incluidos y excluidos. Exige que toda automatización vaya acompañada de medidas verificables de protección del empleo, recualificación y participación de los trabajadores. Y reconoce que las organizaciones sindicales estamos llamadas a defender a quienes, sin decisiones valientes, quedan rodeados de máquinas que han ocupado su lugar.

Es, en esencia, el mismo diagnóstico que el movimiento sindical lleva sosteniendo en las mesas de negociación colectiva, ante los legisladores y en los foros internacionales. La diferencia entre el Papa y los sindicatos es de vocabulario, no de fondo.

El desafío que plantea la IA no admite respuestas fragmentadas. No se trata solo de proteger el empleo existente, aunque eso sea urgente e irrenunciable. Se trata de decidir qué relaciones laborales queremos en la era digital y quién controla el proceso que nos lleva hacia ellas. En UGT tenemos una posición clara: la tecnología no es neutra. La IA puede liberar a las personas de trabajos penosos, crear riqueza y abrir oportunidades enormes, pero también puede concentrar poder y erosionar derechos conquistados durante décadas si no se gobierna con reglas claras, participación efectiva de las personas trabajadoras y voluntad política de redistribuir sus frutos.

Los tribunales chinos han dado un paso que merece atención. En varias sentencias recientes, la justicia ha declarado ilegal el despido de trabajadores cuyas funciones fueron asumidas por la IA, estableciendo que la automatización no puede constituir, por sí sola, causa de extinción de un contrato: automatizar es una decisión voluntaria para reducir costes, no una fuerza inevitable del mercado. Mientras China y Estados Unidos lideran la carrera tecnológica —una asimetría que el informe Draghi señaló como reto central de Europa, urgiendo una respuesta industrial y regulatoria a la altura—, los tribunales chinos defienden que la productividad ganada con IA no puede traducirse en destrucción de empleo, sino en mejores condiciones laborales. Si la tecnología libera tiempo, ese tiempo debe repartirse entre quienes trabajan, no acumularse como beneficio exclusivo del capital. Adaptar la jornada laboral a la digitalización no es una concesión al sindicalismo: es la consecuencia lógica y justa de un incremento de productividad sin precedentes históricos.

Los sindicatos debemos estar presentes en cada fase del ciclo de la IA: en su diseño, para que los criterios sociales se incorporen desde el origen; en su implantación, para que los trabajadores sean informados y consultados antes de que el algoritmo entre en la empresa; y en su control, para que las

decisiones sobre empleo, salario o carrera profesional no puedan adoptarse de forma automática sin supervisión humana ni derecho de apelación. La negociación colectiva es el instrumento central de esa gobernanza. No el único, pero sí el más eficaz y el más democrático.

El Estado tampoco puede inhibirse. La IA consume recursos que son de todos: energía, agua, infraestructuras de telecomunicaciones, y sobre todo conocimiento —décadas de producción intelectual humana con cuyos datos se han entrenado los grandes modelos. El Estado tiene la obligación de garantizar que esa extracción de recursos comunes genere retorno social, mediante marcos regulatorios que hagan el uso de la IA transparente y orientado al bien común, y mediante los instrumentos fiscales necesarios para que los extraordinarios incrementos de riqueza vinculados a la automatización se distribuyan con justicia. Una fiscalidad que no grave proporcionalmente los beneficios de la IA no es solo ineficiente: es socialmente ilegítima.

Y hay una dimensión de justicia que no podemos ignorar: la brecha digital. La transición tecnológica no puede dejar atrás a quienes carecen de competencias para navegarla. La recualificación profesional y el acceso equitativo a la formación no son responsabilidad individual: son obligaciones compartidas de empresas, administraciones y sindicatos. Las brechas por razón de edad, de género o de territorio no son fatalidades. Son el resultado de decisiones políticas que pueden y deben corregirse.

León XIV lo ha dicho con la claridad que cabe esperar del Vaticano cuando está a la altura de su mejor tradición: sin decisiones valientes, surgen más pobreza y más desigualdades. Los sindicatos llevamos más de un siglo tomando esas decisiones valientes. La IA no cambia esa vocación. La hace más necesaria que nunca.

Pepe Álvarez es secretario general de UGT

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El fracaso de la mal llamada Iglesia catalana

Oriol Trillas

El Mundo

Los creyentes catalanes cada vez están más alejados del nacionalismo

Cuando en el año 2003 Romà Casanova fue designado obispo de Vic y afirmó que «la iglesia catalana no existía, sino que se debía hablar de la Iglesia en Cataluña», le organizaron un escrache en las puertas de la catedral durante su ordenación episcopal. Una escena que resulta hoy difícilmente imaginable. Todos aquellos airados manifestantes son muy mayores o han fallecido sin apenas relevo generacional. La principal entidad que promovió el boicot, Església Plural, se disolvió en 2019 por pura falta de efectivos. Uno de sus últimos integrantes, Josep Torrens, lo resumía con crudeza: «Se nos moría la gente, otros estaban cansados y al final solo quedamos dos o tres personas».

Más de 20 años después, la frase de Casanova ha resistido mejor el paso del tiempo que quienes trataron de combatirla. La gran paradoja del catolicismo nacionalista contemporáneo es evidente: mientras determinados sectores políticos y mediáticos siguen reivindicando la existencia de una supuesta «Iglesia catalana», la vida real de la Iglesia en Cataluña se sostiene hoy sobre sectores sociales y culturales cada vez más alejados de ese imaginario. Cataluña, como el conjunto de Europa occidental, presenta elevados niveles de secularización. Pero la práctica religiosa que aún subsiste tiene hoy un perfil sociológico muy concreto: una feligresía mayormente castellano hablante, con una estimable proporción de la inmigración hispanoamericana.

Resulta significativo que las parroquias más pujantes de Barcelona se encuentren tanto en la parte alta de la ciudad –más conservadora– como en Nou Barris y otras zonas periféricas donde se concentra la inmigración. Basta un ejemplo: en la parroquia de la Virgen de la Luz, en el muy humilde y degradado barrio de La Florida en Hospitalet de Llobregat, se confirmaron esta Pascua 76 adolescentes. Una cifra que no alcanzan ni todas las parroquias juntas de más de un arciprestazgo barcelonés. Por contraste, donde la desertización religiosa resulta más visible es en la Cataluña rural, precisamente aquella que durante años abrazó con más intensidad al independentismo. En muchos de esos municipios, antaño profundamente católicos, apenas se bautizan niños ni se contraen matrimonios por la Iglesia. Existen pueblos en los que hace años que no se celebran primeras comuniones. La vieja asociación entre catalanismo e identidad católica hace tiempo que dejó de describir la realidad social catalana.

La defunción de la mal llamada iglesia catalana se ejemplificó este martes en la Vigilia que presidió León XIV en el estadio de Montjuïc. El lleno del recinto estaba compuesto fundamentalmente por jóvenes y familias vinculados a las parroquias más conservadoras, además de una nutrida representación de la comunidad hispanoamericana. El ambiente desmentía por sí solo muchos de los relatos contruidos durante años alrededor de la «Iglesia catalana». Abundancia de banderas españolas, ausencia de esteladas. Cuando desde el escenario se intentaba impulsar el cántico «Any Gaudí, el Papa ja está aquí», el público coreaba «Esta es la juventud el Papa», el mismo lema escuchado en Madrid. El supuesto hecho diferencial no aparecía.

Algo similar pudo verse también al día siguiente en Montserrat, un espacio frecuentemente utilizado como símbolo nacionalista. Las banderas vaticanas superaban ampliamente a las catalanas y las independentistas resultaban prácticamente residuales. El reducido grupo de portadores de esteladas que se vio cerca de la Sagrada Familia ni va a misa ni se apuntó a ningún acto religioso. Son aquellos que abjuraron de la «Iglesia catalana». Sin embargo, mientras esa realidad se hace visible en la sociedad, buena parte del debate

político y mediático giraba exclusivamente alrededor de la cuestión lingüística y del uso del catalán por parte de León XIV. Polémica que, al final, quedó en nada, pues el Papa ha empleado un bilingüismo que ya lo quisieran todas aquellas entidades que luchan por la equiparación de castellano y catalán en la enseñanza.

Todo empezó con una información que comparaba el uso del catalán en la misa de Benedicto XVI con el previsto en la del Papa actual. La noticia era tramposa, tanto porque en la dedicación de la Sagrada Familia de 2010 hubo una mayor presencia del latín como porque el dossier que se envió estaba solo en castellano y omitía las partes en catalán que el Papa luego pronunció.

Uno de los más beligerantes fue Puigdemont, siempre atento a cualquier oportunidad de recordar que sigue existiendo, el cual se refirió al colegio cardenalicio como «escarabajos purpurados». Escarabajos era como se referían los milicianos del 36 a los curas que asesinaban.

En el fondo, detrás de toda esta controversia se esconde la inquina del nacionalismo hacia el cardenal Juan José Omella, al cual han acusado, nada menos, de prohibir al Papa que hablase en catalán. La animadversión tiene sus antecedentes en aquel episodio del funeral por los asesinados en el atentado de La Rambla, cuando Puigdemont irrumpió en la sacristía para afear al arzobispo que le hubiese denominado «autoridad autonómica» en los saludos de la homilía. Desde entonces, cualquier incidente lingüístico, por menor que sea, ha servido para convertir a Omella en blanco de críticas. Al final, todo ha quedado ridiculizado por la respuesta del pueblo fiel: ni una sola protesta, la campaña de Puigdemont brillando por su ausencia en la calle, un tremendo éxito de convocatoria y una espléndida organización que debe apuntarse en el haber del cardenal Omella. Ese obispo que ha tenido que soportar las insidias del nacionalismo y el fuego amigo de algún obispo catalán.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Para cuando el Papa se haya ido

Manuel Arias Maldonado

El Mundo

PRONTO habremos olvidado la visita de León XIV –hermoso nom de guerre del norteamericano Robert Prevost– y pasado a otra cosa: así se las gasta la dictadura de la actualidad. No obstante, hemos aprovechado estos días para debatir sobre el papel de la religión en las democracias liberales y, no estando nada claro que la nuestra siga siéndolo, la cosa tiene su mérito. Huelga decir que el tema trasciende la apropiación partidista de la figura papal, que ha demostrado ser una tentación irresistible para nuestros políticos: incluso un presidente cuyo discurso de investidura giró en torno al «muro» que debe separar a progresistas y reaccionarios ha considerado útil sumarse a las exhortaciones papales sobre la unidad cívica y el amor al prójimo. Supongo que habrá socialistas inclinados a citar el célebre aforismo de Nietzsche: «Los espíritus más elevados se comunican por sus cumbres». Medida ya la estatura moral de un Sánchez que ayer se dedicó a propagar bulos en el Congreso, quizá sea más razonable concluir que hablar es gratis.

No siempre fue así: cuando el poder espiritual tenía mando en plaza, muchos fueron los heterodoxos que hubieron de callar o disimular sus ideas. Solo gracias a la Reforma protestante –que acabó con el monopolio católico sobre la doctrina cristiana– terminó por aceptarse que la convivencia pacífica exigía que la fe pasara a ser un asunto privado. De modo que la tolerancia moral resultó del equilibrio de fuerzas entre católicos y protestantes; como nadie podía ganar aquella guerra, todos salimos ganando. Y así, andando el tiempo,

el cristianismo se convirtió en una doctrina moral entre muchas; su protagonismo histórico en la gestación de la cultura europea, que naturalmente tiene luces y sombras, no le confiere ya ningún privilegio. A cambio, tal como ha recordado Víctor Vázquez en las páginas de este periódico, sus representantes tienen –faltaría más– derecho a tomar la palabra: coloque cada cual su mensaje en la esfera pública y que gane el mejor.

En un mundo donde las naciones siguen siendo la forma política dominante, por lo demás, no deja de ser interesante que el cristianismo se presente como una colectividad sin territorio: será cristiano quien ejerza como tal allí donde esté. Ocurre que la mayoría de los creyentes no se conduce con el rigor del Jesucristo de Pasolini; también ellos cabalgan contradicciones en la sociedad secular. Y si algunos creen –naturalistas– que los derechos fundamentales existen al margen del derecho y el Estado, como si fueran realidades en lugar de convenciones, pues tampoco pasa nada; otros van por la vida pensando que legalidad y moralidad son siempre coincidentes. No hay que exaltarse: todas estas palabras, también las mías, pronto envolverán pescado.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El hemiciclo como púlpito

Félix Ovejero

El Mundo

Una democracia que se toma en serio la deliberación no puede a la vez aplaudir a una institución que declara que sus verdades «preceden a toda concesión del Estado» y son independientes del «vaivén de las mayorías»

EN EL CONGRESO, el Papa pronunció un discurso razonablemente articulado que entusiasmó a los parlamentarios. En una institución política adoptó puntos de vista políticos sobre importantes debates políticos: inmigración, aborto, matrimonio igualitario, eutanasia. Tan importantes que atañen a leyes que rigen nuestra vida compartida.

Políticos y opinadores aprobaron las ideas de León XIV. Unos aplaudían su defensa de la emigración, aunque callaban sus opiniones sobre el aborto, la eutanasia o el matrimonio igualitario. Otros, al revés. Cada cual se quedó con lo que quería en una suerte de bufé libre ideológico: uno coge lo que le apetece y deja lo que no le gusta.

Los asuntos sobre los que se pronunció León XIV son genuinamente controvertidos, mucho más de lo que a veces se admite. El derecho al aborto, por poner un ejemplo, no es indisputado: hay filósofos rigurosos y no religiosos que lo condenan, como Don Marquis o Robert P. George, que sostienen que lo decisivo no son las capacidades actuales, sino algo tan poco vistoso como el «futuro valioso» o la pertenencia a una naturaleza humana

que fundamenta un derecho pleno a la vida; y hay otros, igualmente serios, que sostienen lo contrario y aun van más allá, como Peter Singer, Michael Tooley o, con particular entusiasmo lógico, Alberto Giubilini y Francesca Minerva, que aducen que ni el feto ni el recién nacido son todavía «personas» en sentido moral y que el parto, pese a su carga simbólica, no introduce ninguna diferencia relevante: el recién nacido no adquiriría de pronto propiedades morales nuevas por el mero hecho de atravesar el canal del parto; incluso algunos sostienen que nada relevante para el estatus moral cambia en ese tránsito, y que si se aceptan ciertos criterios razonables sobre la persona resulta difícil trazar ahí una frontera coherente.

Este no era el registro del Pontífice. Cuando se pronunció sobre el aborto o la eutanasia no lo hizo como participante en un debate académico. Estaba allí en tanto Vicario de Cristo en la tierra –cuya autoridad no emana de ningún escrutinio electoral, sino de una sucesión apostólica que se remonta, según la doctrina, al propio Pedro–, compareciendo ante el Parlamento a dar instrucciones morales sobre leyes que nos afectan a todos. Y esa es precisamente la diferencia que importa. No qué dijo, sino desde dónde lo dijo y con qué título.

Conviene aclarar qué tipo de institución ha hablado en el Congreso. La religión, al menos la religión en sentido propio –la de las grandes tradiciones monoteístas, la que el teólogo Jan Assmann llamó heredera de «la distinción mosaica»–, no es un club de aficionados a una serie de televisión que se reúnen a hablar en Klingon ataviados como tripulantes de Star Trek. Estos no aspiran a que los demás adoptemos sus extravagancias. La religión participa de tres rasgos que la distinguen de cualquier querencia privada: pretensión de verdad, texto revelado como criterio último y vocación de universalidad. No dice «esto es bueno para mí»; dice: «esto es bueno». No dice «vive así si quieres»; dice: «todos deberían vivir así». No le parece mal el aborto para él: le parece mal cualquier aborto.

La traducción más inmediata, en el plano práctico, es el proselitismo y, en el plano político, la voluntad de que las propias ideas de bien cuajen en las leyes

comunes. La Iglesia que acudió al Congreso no es una asociación de boy scouts con inquietudes espirituales: es una institución que considera que sus principios morales tienen validez objetiva, que preceden a cualquier consenso democrático y que no pueden quedar «subordinados al vaivén de las mayorías de cada momento». León XIV lo dijo negro sobre blanco.

No es lo que nos habían contado: la religión como un asunto íntimo, una cuestión de conciencia privada, ajena a la legislación de la ciudad. Los creyentes podían votar, claro, pero en cuanto ciudadanos, no en cuanto feligreses.

La pregunta relevante no es si el Papa tiene razón en esto o aquello, sino cuál es la justificación última de lo que defiende, esa misma que le otorga autoridad para terciar en la cámara legislativa. En la deliberación democrática –al menos en la democracia que se toma en serio la idea de que las leyes deben poder justificarse ante todos los ciudadanos– las razones han de ser accesibles a cualquiera. No se trata de que las tesis nos parezcan bien, sino de que nos parezca bien su justificación. Si yo argumento que la velocidad de la luz es finita porque lo he leído en las entrañas de un pájaro, aunque tenga razón, el argumento no es aceptable. En realidad, no tenemos otro procedimiento de acercarnos a la verdad que los mejores procedimientos disponibles –por eso algunos, un poco pejugeros, antes que afirmar que una teoría es verdad, preferimos decir: la mejor teoría dada la información disponible–.

Los científicos saben de esto. Durante décadas, la teoría de la deriva continental fue rechazada con buenas razones aparentes: el mecanismo que proponía para mover los continentes era físicamente inverosímil. Wegener tenía razón en la conclusión y estaba equivocado en la explicación. Solo cuando la tectónica de placas proporcionó el mecanismo correcto, la teoría se impuso. Lo que resolvió el debate fue la evidencia y los argumentos, sometidos a revisión colectiva. Ese mismo principio –que las afirmaciones han de poder ser evaluadas con criterios accesibles a todos– rige la deliberación democrática. Una fundamentación que apela a textos revelados como instancia última no juega ese juego. No porque sus conclusiones sean necesariamente erróneas,

sino porque su estrategia epistémica queda fuera del alcance de la razón común.

A esa acumulación de incomodidades se añade una cuarta: la exigencia de un trato especial, de protección frente a la crítica o la burla. Las creencias religiosas, a diferencia de cualquier otra posición en el debate público, reclamarían un blindaje que las ponga a salvo del escrutinio ordinario. El argumento de que los cristianos son mayoría en España no justifica ese privilegio: de seguir esa lógica, el parlamento catalán debería tratar al Barça con deferencia institucional.

Cierto es que el Papa no argumentó solo desde la Revelación. Varias veces apeló a la «dignidad inviolable de la persona humana» como algo que «la razón humana puede reconocer como exigencia inscrita en la verdad del hombre». Eso merece diferente trato: cuando la Iglesia habla ese lenguaje –el de Vitoria o el de la Declaración Universal– se instala en la argumentación de todos y puede ser rebatida con las mismas herramientas que cualquier otra posición filosófica. La idea de fondo es que existen derechos anteriores a cualquier ley humana, inscritos en «la naturaleza de las cosas». Un argumento atendible, aunque cabe preguntarse quién descubre esos derechos y con qué garantía (en la versión tomista, la de la Iglesia, el rodeo es corto: la naturaleza humana apunta en una dirección porque Dios la diseñó así; la razón común aparece, pero Dios aguarda al fondo del pasillo). Ese argumento convive, sin embargo, con otro radicalmente distinto: el que deriva sus conclusiones de textos sagrados que «preceden a toda concesión del Estado».

ESTO NO ES UN REPROCHE al Papa ni a los creyentes. Es una constatación sobre la naturaleza del problema. John Rawls, el principal filósofo del liberalismo contemporáneo, lo vio con claridad: pedirle a un ciudadano religioso que «traduzca» sus demandas a razones válidas para todos es, en el fondo, pedirle que abandone lo que para él es más esencial. Un vegetariano por convicción religiosa no se «traduce» cuando apela a razones dietéticas: si la ciencia demostrara que comer carne es saludable, su posición quedaría

intacta. La fundamentación religiosa no es un adorno retórico de una posición moral independiente: es su sostén. Quitarla es quitar la religión.

Una democracia que se toma en serio la deliberación no puede a la vez aplaudir a una institución que declara que sus verdades «preceden a toda concesión del Estado» y son independientes del «vaivén de las mayorías». Cabe preguntarse, entonces, si religión y democracia son compatibles. La pregunta, incómoda, suele evitarse. Aunque existe una respuesta tranquilizadora: siempre que la religión acepte reducirse a lo que no es, un club de aficionados, una preferencia privada sin pretensiones de verdad pública. La religión sería compatible, solo si se vuelve irreconocible.

Félix Ovejero es profesor de la Universidad de Barcelona. Acaba de publicar *La invención del agravio. Nacionalismo y crisis de la democracia española* (Alianza, 2026)

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa y el nuevo Atila

Fátima Ruiz

El Mundo

EL PAPA le ha puesto una vela a la diplomacia frente al renovado culto al rearme como escudo contra el desorden mundial. Ahora que Europa muta de paloma en halcón haciendo cuentas sobre el trozo de PIB que hay que morder para amurallar la frontera con Rusia, León XIV esgrime desde España un ajado manual de derecho internacional y una rama de olivo cada día más seca. Invocando el diálogo y hasta la santa paciencia, aquella virtud que todos perdimos en el primer scroll infinito de cuando X era Twitter.

A lo largo de sus dos milenios de existencia, el papado ha tenido siempre un ojo en el cielo y los dos pies en la tierra. Su historia es, como la de la humanidad, un relato de guerra y paz. De religión entreverada con los rifirrafes de imperios y revoluciones en los que los jefes de la Iglesia han querido presentarse como mediadores incluso cuando eran ellos quienes poseían ejércitos (sus santidades renacentistas, por ejemplo, estaban lejos de ser apóstoles de la no violencia; basta pensar en Julio II, el «Papa guerrero» que cabalgaba al frente de las tropas para defender los Estados Pontificios). Pero si hay una imagen poderosa sobre el papel de la Iglesia como árbitro en conflicto es la de primer León saliendo al encuentro de Atila, rey de los hunos que sembró el terror en plena decadencia del Imperio Romano. El arte consagró el relato en la memoria occidental como el triunfo de la negociación sobre la espada.

Corría el año 452. Atila había cruzado los Alpes dejando una estela humeante de ciudades y campos arrasados. Su nombre era sinónimo de plaga para una Roma exhausta. La guerra menguaba sus recursos, encogía su autoridad, convertía sus fronteras en una linde porosa... En medio de aquella destrucción, el Pontífice salió en Mantua al encuentro del jefe de los bárbaros, que acabó retirándose tras aquella misteriosa conversación. Los hunos no marcharían sobre Roma. La hierba seguiría creciendo –al menos por un tiempo– en las calzadas imperiales.

La imaginación medieval abonó ese mito de la primacía del espíritu sobre la fuerza militar. Rafael Sanzio pintó a los protagonistas del encuentro sobrevolados por los apóstoles Pedro y Pablo, ángeles que blandían espadas sobre la cabeza de Atila para espantarle el sueño imperialista.

La realidad histórica, siempre tan aguafiestas, habla de otras causas para el repliegue: costes de campaña, problemas logísticos, enfermedades en el ejército huno... Pero el Vaticano siempre ha reivindicado la fuerza del anciano que se enfrenta sin legiones a un sanguinario conquistador. También León XIV, que se mide hoy con el heredero posmoderno de los hunos, el emperador Trump.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La esperanza desde la lucidez

Ana Palacio

El Mundo

Hace tres semanas, reflexionando sobre Magnifica humanitas, constataba en estas páginas que su interés trascendía el ámbito religioso. El argumento no se agota en la dimensión confesional; es civilizatorio: ¿qué quiere decir defender la dignidad humana en una época en que la persona ya no sólo se enfrenta a las añagazas tradicionales del poder político, económico o militar, sino también a inéditas formas de reducción nacidas de la técnica, el dato o la pertenencia? Pues bien, el discurso pronunciado por León XIV ante las Cortes Generales permite completar aquella reflexión, al plantear la decisiva cuestión del juicio. La encíclica gira en torno a la dignidad humana ante las mutaciones que contemplamos; la intervención en el Congreso añade la interrogación basilar de la vida pública: ¿qué condiciones necesita una sociedad para no extraviar la dignidad entre premura, polarización, técnica y pérdida de discernimiento?

Transitamos tiempos paradójicos. Nunca habíamos acumulado tanto conocimiento, tanto genio tecnológico, tanta información sobre nosotros mismos y sobre el mundo. Sin embargo, nos resulta especialmente difícil diferenciar lo importante de lo accesorio, lo perdurable de lo efímero, la transformación profunda de la conmoción pasajera. Sabemos más, pero nos guiamos peor. Y la paradoja atraviesa el núcleo de las inquietudes contemporáneas. La inteligencia artificial multiplica capacidades cuya magnitud apenas comenzamos a aprehender. La comunicación instantánea acerca los sucesos hasta mudarlos en presencia persistente. La conversación

pública se desarrolla bajo una presión constante por reaccionar antes de entender. Disponemos de más instrumentos; no está claro que dispongamos de más criterio.

La Escuela de Salamanca comparece en el alegato de León XIV porque allí, cuando el mundo se ensanchó de golpe, un grupo de pensadores españoles percibieron cómo la ampliación del poder obliga a abordar sus límites; cómo la fuerza no se legitima por su eficacia; cómo el dominio no basta para fundar derecho. El reto no era qué podía hacerse, sino qué debía hacerse. Cinco siglos después, la misma pregunta regresa al adelantarse la capacidad humana a la conciencia moral que la contiene. El nuevo mundo ya no asoma al otro lado de los océanos. Se descubre en los laboratorios, en las minas de datos, en la IA, en la biotecnología y en las infraestructuras digitales que organizan nuestra existencia.

En 2018, en su seminal artículo «How the Enlightenment Ends» publicado en The Atlantic, Henry Kissinger escribió que la Ilustración había partido de intuiciones filosóficas, posteriormente difundidas por tecnologías rompedoras. Nuestra era, advertía, parece recorrer el camino inverso; ha producido una tecnología potencialmente avasalladora que sigue buscando una filosofía capaz de encauzarla. La observación conserva plena vigencia; el conocimiento no alcanza a orientar los fines. Hemos extendido nuestro poder de acción más deprisa de lo que hemos aprendido a estructurar su significado. La técnica responde con creciente precisión al desafío de cómo hacer las cosas. Resulta menos útil cuando trata de encajar para qué hacerlas. Esa distancia entre capacidad y sentido no es sólo tecnológica. Es política, cultural y moral.

La sobreabundancia de información tampoco implica mayor asimilación. La velocidad de comunicación no garantiza discernimiento. La disponibilidad permanente de datos puede incluso dificultar la aptitud para jerarquizar, establecer prioridades, deslindar lo que merece atención inmediata de aquello que determina el fondo de los acontecimientos. Una sociedad puede gozar de información exhaustiva y comprender poco. Puede estar conectada a cada crisis y carecer de una idea clara de su lugar en el conjunto.

El discurso ante el Parlamento debe leerse, pues, como apelación al discernimiento; a cultivar la facultad de distinguir cuando el exceso de información, la proliferación técnica y el ruido público amenazan con embotar el entendimiento; a reconocer los límites y resistir la tentación de identificar capacidad con legitimidad, poder con razón e innovación con progreso. Una sociedad precisa más que procedimientos, datos o instrumentos para gobernarse. Precisa juicio.

Desde esta perspectiva cobra especial relieve la llamada de León XIV a «desarmar el lenguaje». Podría parecer una exhortación menor en medio de guerras, migraciones, crisis institucional y rearme. No lo es. El lenguaje no es un adorno de la convivencia, es una de sus condiciones. Las palabras ordenan la realidad o la deforman; crean ámbitos de encuentro o los clausuran; permiten el desacuerdo o lo convierten en enemiga radical.

La advertencia importa a España. Nuestra esfera pública se ha acostumbrado a una aspereza que muchos confunden con firmeza. Pero la firmeza no exige desprecio. La discrepancia no requiere humillación. Una democracia no necesita unanimidad, pero sí confianza en que la palabra todavía puede servir para algo más que herir, excitar o movilizar. Cuando el lenguaje público degenera, no sólo se empobrece el tono, se empobrece también la inteligencia política.

En ello reside una de las valiosas aportaciones del papa Prevost en su visita a España. No brindó una respuesta cerrada a los desafíos de nuestro tiempo, sino una exhortación a recuperar las condiciones del juicio en un colectivo que parece haber perdido confianza en él. Ninguna sociedad puede sostenerse sin una idea del hombre y sin una palabra pública que abra espacio al discernimiento. Cuando una comunidad deja de separar información y conocimiento, capacidad y sabiduría, poder y legitimidad, corre el albur de extraviarse. Puede innovar sin orientarse, legislar sin preguntarse suficientemente por lo que protege, transmitir sin comprender, reaccionar sin juzgar.

Y es ahí donde surge la esperanza.

No como optimismo blando ni como refugio sentimental frente a un mundo incierto. Tampoco como una invitación a ignorar los riesgos que nos rodean. La esperanza que predica León XIV nace de una lucidez sin concesiones al engaño. Primero viene el reconocimiento de la realidad: una época de transformaciones profundas, tensiones geopolíticas crecientes, corrupción de la palabra pública y evoluciones tecnológicas que alteran la trama misma de la vida social y política. Después viene el juicio: la capacidad de ordenar esas transformaciones, comprender sus implicaciones y distinguir entre lo que fortalece la condición humana y lo que la degrada.

Así, la esperanza, lejos de ser una alternativa a la lucidez, es la forma que ésta adopta cuando se niega a convertirse en resignación. No suaviza la realidad; la torna habitable porque la mira sin abdicar. No promete que el mundo vaya a ordenarse por sí solo; exige que nos preguntemos qué ha de custodiarse cuando todo cambia demasiado deprisa.

León XIV ha dejado en Madrid también un mensaje político: una sociedad conserva futuro cuando sabe distinguir entre lo que puede hacer y lo que debe preservar.

Este artículo se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

A la estela del Papa

Manuel Tori

El Mundo

A la estela del Papa (I)

Volar con León XIV y cartas de Lampedusa

Manuel Tori

Amanece en la Terminal 5 del aeropuerto de Fiumicino, Roma. Los vaticanistas que volaremos junto al Papa León XIV en su primer viaje apostólico a España, una vez completada la facturación y realizados los controles de seguridad, procedemos a desayunar en el pequeño bufet junto a los mostradores de embarque. Más de uno, cerrando la maleta a última hora de la noche anterior y con el despertador a las 4 de la mañana, cuenta las horas de sueño con los dedos de una mano. Fiumicino, T5, madrugar y periodistas significa sólo una cosa: volar con el Papa.

El clima, entre los corresponsales del Vaticano –especialmente entre los españoles–, es de gran interés. Hacía una década y media, desde Benedicto XIV, que un Pontífice no visitaba España, ya que Francisco nunca lo hizo; y los ecos de gran expectación –mediática y social– procedentes de Madrid se adelantaban claramente al propio embarque en Roma. Los vaticanistas en lengua española, mientras tanto, nos hacemos una foto de grupo para el recuerdo. Llegados a la pista, el séquito del Papa accede por la puerta delantera

del avión; el mediático, por la trasera. Dentro de este último grupo la prioridad la tienen los profesionales de las imágenes. Al fondo del avión, los de las palabras.

«Ha llegado el Papa», asegura un compañero asomado por la ventanilla izquierda cuando estamos casi todos sentados y con los cinturones de seguridad abrochados. Pocos minutos después, en la primera fila, en el lado izquierdo y en asiento de pasillo; se intuye un solideo blanco y el hombro derecho de una sotana blanca: es el Papa León XIV. Una sensación particular aquella de estar a tan sólo unas filas del líder espiritual del planeta. Como un pasajero más, siendo el pasajero. A las 08:14 –un minuto, desde luego, leonino–, creyentes y no creyentes nos elevamos en la atmósfera, cambiando la barca de Pedro por el avión de su sucesor. Despegando junto a un hombre de paz.

El Pontífice, atendiendo a la tradición, saluda a los periodistas en el primer tramo aéreo de sus viajes apostólicos. Así que desde el minuto uno, tras el despegue, la única duda es cuándo aparecerá el Papa. Tras más de una hora de navegación, el personal de vuelo empieza a servir las bandejas de comida. Algo que, en un trayecto de dos horas y media, algunos interpretamos como un aplazamiento del saludo a los corresponsales ya para el vuelo, de más de tres horas, desde Barcelona a Gran Canaria. En pleno almuerzo, sin embargo, el personal de vuelo empieza a retirar las bandejas de forma acelerada.

El Papa León XIV, a las 09:27, se asomó a saludar a todos los corresponsales. Tras un breve discurso inicial, justo después de sobrevolar el espacio aéreo español, confesaba su alegría por visitar España y procedió con un saludo individualizado a cada uno de los vaticanistas, quienes pueden obsequiar al Pontífice con algún detalle simbólico. Como simple mensajero, el autor de esta crónica procedió con la entrega de unas cartas enviadas desde la isla italiana de Lampedusa, testigo de las migraciones en el Mediterráneo Central; tierra que Robert Prevost visitará precisamente a principios de julio, a pocas semanas de su histórica visita a Canarias. Junto al paquete de cartas, había también una

cruz realizada con madera de barcos de migrantes llegados a la isla siciliana: azul, como el mar; y blanca, como el Papa.

Incluso muchos minutos antes del aterrizaje, empieza a haber señal en los móviles. Los corresponsales, así pues, empezamos a enviar y recibir mensajes cuando todavía el avión está en vuelo. Tras tocar suelo español, con el cinturón de seguridad todavía abrochado, los vaticanistas realizan los primeros directos por teléfono para la radio. Otros, contando con el apoyo de compañeros, graban sus primeros vídeos para enviar a las redacciones y publicarlos en las redes sociales de sus respectivas cabeceras. Por la ventanilla, se observa una multitud de autoridades españolas que están listas para el recibimiento oficial. Hay que bajar rápidamente del avión para alcanzar la tribuna de medios. El Rey Felipe y la Reina Letizia ya están situados debajo del avión. Está bajando el Papa.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (II)

Cómodo en su idioma, se asoma a América

Manuel Tori

Para el Padre Roberto –el misionero– el español es la lengua de la gente

León XIV se siente cómodo en su idioma, el español, que está mostrando su lado más personal. El Papa, de hecho, está improvisando en sus discursos mucho más que en Roma, una señal de alguien que está viviendo sus primeros días en España como un lugar para él familiar –algo que se percibió en el avión papal admitiendo estar «muy contento» de viajar al país– y donde en España, en las últimas horas, se está respirando una proximidad histórica con el Papa.

El dato de 1,2 millones de personas este domingo en Cibeles se ha consolidado ya –por delante del Jubileo de los Jóvenes, el año pasado, en Roma– como el evento más multitudinario de León XIV desde el inicio de su Pontificado. Una señal de comodidad, de ida y vuelta, entre el Papa y España.

Ese bienestar se está comprobando no sólo en la proxémica de Prevost –desde el papamóvil y a pie–, sino también en los actos multitudinarios con micrófono abierto. En la Vigilia de Oración en la Plaza de Lima, este sábado, se salió del guion en varias ocasiones: «¡Felicidades por tu matrimonio Fernando! Aquí también he visto a otras parejas que se van a casar: ¡Felicidades y bendiciones!», dijo Robert Prevost en relación al matrimonio, «que también es una vocación». «¡No tengáis miedo del matrimonio y de formar una familia!», pronunció con entusiasmo el Pontífice. Preguntado acerca del reconocimiento de «la voz de Dios», León XIV sobre la marcha afirmó que «muchas veces vamos con audífonos, con la música, con la distracción y no sabemos estar en silencio»; en una reflexión muy contemporánea, para todos, en la era de la sobrecarga tecnológica.

Si por un lado, Prevost no dudó en improvisar en la Plaza de Lima, el resultado del trabajo de un equipo litúrgico especial, que ha viajado desde Roma, ha permitido que la misa y la procesión de este domingo por el Corpus Christi de este domingo en la Plaza de Cibeles en Madrid estuvieran organizadas de forma milimétrica, como si se tratara de la Plaza San Pedro en el Vaticano. Entre las palabras más significativas del Pontífice, destacaron la necesidad de salir «del egoísmo, de la indiferencia, de una fe cómoda y privada» y responder a una invitación «a la conversión, a cambiar la mirada» para «ser constructores de un mundo nuevo».

Para León XIV –el Papa– el italiano representa el idioma institucional de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Para Robert Prevost –el hombre– el inglés es la lengua nativa, que hace dos semanas empleó para presentar en Roma su primera encíclica, Magnifica Humanitas, en cuanto idioma de la tecnología, de Silicon Valley, para ofrecer una lectura antropológica de la inteligencia artificial. Pero para Padre Roberto –el

misionero– el español es el idioma de la gente, de sus años en Perú, que le valieron la nacionalidad del país. Un joven compañero vaticanista estadounidense, bilingüe en inglés y español como Prevost, explica muy bien por qué el Pontífice, en español, muestra un lado más personal: «En cada idioma creo que hay personalidades distintas y en español yo me siento más abierto». Para el primer papa estadounidense de la Historia –y sus primeros días en España lo están demostrando– está pesando mucho más Chiclayo que Chicago.

El primer viaje apostólico de León XIV a España es una apertura geográfica en el mapa de navegación de la barca de Pedro: España como primer gran destino a un país católico, europeo y occidental. Con un Pontífice cómodo en su idioma, que subraya la historia de España para el futuro de Europa. Los millones de personas que están acogiendo al Papa, además, no se podrían interpretar sin los lazos religiosos, culturales y familiares entre España y Latinoamérica. Mientras en Roma hay aires de un posible viaje apostólico de León XIV a Argentina y Perú en los próximos meses; Robert Prevost, en un paralelismo colombino, desde la Península Itálica visitará Madrid y Barcelona y parará en Canarias antes de cruzar por primera vez, con sotana blanca, el Océano Atlántico. El Papa, desde España, se está asomando a América.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (III)

Tres ‘leones’ y un altavoz

Manuel Tori

El discurso de León XIV en el Congreso podría ser su gran instantánea frente a un parlamento extranjero en mucho tiempo

El primer discurso del Papa León XIV frente a un Parlamento. El primer discurso de un Santo Padre en el Congreso de los Diputados. Un evento histórico, además, porque no es habitual que un Pontífice se dirija a las asambleas legislativas de países extranjeros. Aun siendo el jefe del Estado del Vaticano, este lunes Robert Prevost se presentó ante el Congreso de los Diputados de Madrid como «obispo de Roma» y «pastor de la Iglesia Católica». Un matiz en el que, igualmente, el Pontífice subrayó ser consciente del papel «peculiar» de la Santa Sede; cuyo propósito es poner en «diálogo» los «Estados» y los «pueblos» del planeta.

La legitimidad internacional del Vaticano, país a disposición del Papa, radica en que es el Estado más pequeño del mundo, pero con la repercusión simbólica de más amplio alcance a favor de la paz. Lo cual se traduce en mediación, arbitraje y diálogo internacional. La propia diplomacia vaticana lo refleja, pues el país es un actor internacional sui generis que, atendiendo a su vocación que parte del Evangelio, sin pertenecer a nadie, habla con todos. Una vocación que se respiró dentro del Congreso en Madrid frente a los diferentes colores políticos, pero que el Papa, vestido de blanco, aplica a diario a escala mundial. Es la visión de la geopolítica vaticana observando el mapa del mundo.

El Papa León XIV ha pedido desde Madrid «valentía diplomática» para resolver los conflictos internacionales. La paz fue la primera palabra que pronunció en su discurso tras su elección desde el balcón central de la Basílica de San Pedro: la paz de Cristo para los católicos y una paz concreta para toda la humanidad. En el Congreso, León XIV recordó este lunes que la Iglesia «camina con ella», compartiendo «sus esperanzas y sus heridas», «escuchando los interrogantes de cada época». El rearme, para el Papa, se presenta sin embargo como una «respuesta casi inevitable» ante un panorama internacional «frágil». Pero desde el Parlamento español, Prevost subrayó que la paz sí es posible a través de la «reconciliación». Sin «rencor», «indiferencia», ni «odio».

En los Parlamentos, en el planteamiento del Papa, es donde se puede proteger el ser humano, en un sentido individual, colectivo e internacional. A nivel individual, protegiendo la «dignidad humana» en todos sus desafíos contemporáneos. A nivel colectivo, apostando por el «bien común». A nivel internacional, aplicando el «multilateralismo» necesario para que puedan convivir todos los pueblos del planeta como parte de la familia humana.

Ante un escenario en el que no hay una fecha prevista para una intervención de León XIV ante las Naciones Unidas en Nueva York, ni mucho menos un discurso en el Congreso de los Estados Unidos en Washington –en plena fricción de Donald Trump contra él–; el discurso del Papa ayer en el Congreso de Madrid podría ser, como actor geopolítico y como líder religioso, su gran instantánea frente a un Parlamento extranjero en mucho tiempo. La trascendencia del discurso contra la guerra del Papa, desde el Vaticano, goza de una legitimidad moral natural desde la Plaza de San Pedro. Pero hablar de paz y de rearme desde el Congreso de Madrid, como sede de la soberanía nacional de España, es un potente mensaje, como altavoz para el resto de los Parlamentos del mundo. En Madrid, este lunes, hubo tres leones deseosos de concordia. Los de la fachada del Congreso y el Papa hablando de paz dentro de él. Para obtenerla, es necesaria precisamente la política, con mayúscula, que «escuchando las diferencias» y reconociendo «la legítima diversidad de opiniones» apueste, «desarmando el lenguaje», por el faro del interés general que el Pontífice reclama, desde Madrid, también para el resto del planeta. De los tres leones que coincidieron ayer en el Congreso, uno es Pontífice y fue escuchado, sin aplausos interruptores, antes de unos históricos siete minutos de aplausos. Los otros dos, como de costumbre, permanecieron en silencio. Como en otras ocasiones, atentos.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (IV)

El idioma universal de León XIV

Manuel Tori

No eludió ningún problema social, desde la «enfermedad silenciosa» de la depresión a la «realidad dramática» del feminicidio

Volvemos a despegar junto al Papa. Esta vez cambia la compañía aérea, ya no es ITA Airways como en el avión papal desde Roma; sino Iberia, para volar de Madrid a Barcelona. Tras unos días históricos y una participación multitudinaria en la capital española, con millones de personas que han demostrado su cariño al Pontífice; tras el despegue madrileño había curiosidad, dentro del vuelo papal, acerca de cómo sería recibido el Santo Padre en la capital catalana. Algunos de los vaticanistas españoles de la Santa Sede, vinculados a Barcelona pero destinados actualmente como corresponsales en Roma, sentían incluso extrañeza personal por trabajar en su ciudad de origen con aquel Robert Prevost que marca su día a día informativo en Roma.

A lo largo del vuelo, el piloto Pablo Martínez Núñez, encargado del trayecto de Madrid a Barcelona, invitó al Santo Padre a sentarse junto a él y a la copiloto para contemplar el recorrido aéreo desde la cabina del avión. Robert Prevost accedió con gusto, justo en el momento en el que los corresponsales vaticanistas advertimos la presencia de un caza del Ejército del Aire español colocado a la izquierda del aeroplano. Una de las anécdotas más divertidas de la jornada, de hecho, la protagonizó el piloto militar, quien, mientras los periodistas le hacíamos vídeos, sacó él mismo su propio móvil, estando al mando del caza, para hacer una foto del avión del Papa. En el tramo en el que coincidieron ambas aeronaves, el Papa y el piloto militar se saludaron mutuamente.

Minutos antes de aterrizar en Barcelona, el comandante del avión avisó de que estaríamos a punto de sobrevolar la Sagrada Familia. Todo ello mientras que,

mirando hacia la parte delantera del avión, fue posible ver al Papa hablando con sus colaboradores en la primera fila. Algunos periodistas, atendiendo a fuentes cercanas a su séquito más cercano, aseguraron que el propio Pontífice había consultado la posibilidad de poder ver, desde el aire, el monumento más conocido de la capital catalana.

Había algo de retraso en el programa del día, de modo que, una vez aterrizados, en tan sólo 20 minutos las autoridades trasladaron a los corresponsales desde la pista del aeropuerto de El Prat hasta la catedral de Santa Eulalia, donde el ambiente era de plena efervescencia por la inminente llegada de León XIV. Tal estaba siendo el entusiasmo que las miles de personas presentes delante de la catedral de Santa Eulalia no sólo gritaban «¡Viva el Papa!» antes de que llegara, sino que ante el tránsito de periodistas exclamaban también «¡Viva la prensa!», en medio del clima de euforia general. Tras la llegada de León XIV minutos después de que los periodistas se colocaran en sus respectivas posiciones, la plaza se convirtió en un auténtico estadio donde, después de la misa en la catedral, en el momento en el que el Pontífice saludó en catalán, la multitud cedió a la euforia.

La cuestión del catalán no ha estado exenta de polémica en los últimos días dentro de la política española ante el paso de León XIV por Barcelona. Dicha controversia se vio rápidamente desinflada ayer en la medida en que Robert Prevost no dudó en ningún momento en ir alternando el castellano y catalán en sus diferentes actos. Para León XIV, así pues, cualquier lengua es válida para transmitir su mensaje de esperanza. Porque el idioma del Papa es universal.

En el Estadio Olímpico de Montjuïc vivimos un antes y un después, que fue más allá de un diálogo del Papa León XIV con los jóvenes. Estos últimos le preguntaron por cuestiones delicadas como la depresión y el feminicidio, desatando aplausos conmocionados entre los presentes. Respondiendo a una joven que admitió intentar quitarse la vida, el Pontífice habló de cómo la «depresión» es una «enfermedad silenciosa» y donde hay que tomar conciencia de la importancia de la «salud mental». Acerca del «feminicidio»,

Prevost aseguró que es una «realidad dramática que estamos llamados a abordar todos». En Montjuïc, vivimos un antes y un después. En el que el Papa quiere hablar de los problemas sociales de nuestro tiempo.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (V)

La Sagrafa Familia humana

Manuel Tori

La dignidad de la persona y el sentido del perdón marcaron la histórica jornada rematada con la misa en el templo

El perdón, el encuentro, la reconciliación. Unos conceptos extraordinariamente humanos que, como tales, son imposibles de legislar. Porque pertenecen a lo más profundo de la libertad de acción y de conciencia de cada individuo. En ese margen de maniobra interior de cada persona se manifiesta, de hecho, la liberadora imposibilidad de ser perfectos. Los seres humanos –independientemente de las creencias religiosas de cada cual, si las hubiera– pueden acertar y equivocarse, acercarse y alejarse, arrepentirse y avergonzarse, pedir perdón y perdonar, ayudar y pedir ayuda, buscar y ser encontrados. Lo cual facilita aceptar la equivocación de los demás y, a menudo, la propia. Para ello, hay que reconocerse, ante todo humanos.

«Los errores de la vida no determinan la identidad de una persona», dijo este jueves por la mañana el Papa. Un mensaje profundo, potente, si se piensa que lo pronunció desde una prisión –la primera vez para un Papa en España–, la de Brians 1 en Barcelona. El Pontífice, delante de más de 80 personas en régimen

carcelario, recordó que «todo ser humano es digno» incluso en el caso de las personas que tenía enfrente, que «lleváis el peso de estar lejos de vuestros seres queridos» y «sufrís a causa de vuestra condición». León XIV subrayó que siempre es posible «empezar de nuevo», dado que «ser humano» –y «ser cristiano»– no consiste en «no equivocarse»; sino en creer en la capacidad de «arrepentirse, enmendarse y, sobre todo, de reconciliarse y de perdonar».

El sentido del perdón fue un aspecto sobre el que Robert Prevost ahondó también unas horas más tarde en la Iglesia de San Agustín de Barcelona, donde aseguró que «perdonar no significa decir que lo malo estuvo bien, ni dejar que alguien siga haciendo daño», ni «olvidar por la fuerza, como si nada hubiera pasado», subrayó el Papa: «Perdonar significa no dejar que el odio se convierta en dueño de nuestro corazón».

El clima de la jornada de ayer se vio marcado, sobre todo, por el momento histórico de la bendición de la Torre de Jesucristo de la Sagrada Familia de Barcelona. Una instantánea muy emotiva, en coincidencia con el centenario de la muerte del arquitecto catalán Antoni Gaudí. Tras la misa en el templo barcelonés, presidida por el Santo Padre, la bendición de la torre más alta de la Sagrada Familia ha convertido este templo, oficialmente, en la iglesia más alta del mundo.

Poco antes de las 19:00, delante de la Sagrada Familia, se respiraba un gran fervor. Multitud de personas se habían colocado en los asientos exteriores delante de la iglesia más icónica de Barcelona, mientras que Prevost empezaba a acercarse a ella, a través de las calles aledañas, saludando a miles de personas desde el papamóvil. Todo ello, mientras que el personal de seguridad del Pontífice seguía, una y otra vez, entregando bebés para que fueran bendecidos por el Santo Padre. En los minutos anteriores, mientras tanto, fueron llegando las máximas autoridades españolas, entre ellas, los Reyes de España, Don Felipe y Doña Letizia; el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez; y el presidente de la Generalitat de Cataluña, Salvador Illa.

Rato después, el Papa presidió la misa en el interior del templo barcelonés. Instantes antes, en la zona exterior delante de la fachada de la Sagrada Familia, cuando las pantallas gigantes encuadraron a los Reyes de España, arrancó un espontáneo y generoso aplauso. La meteorología del día de ayer en Barcelona se vio marcada por una jornada nublada donde sin embargo, a última hora de la tarde, un reducido espacio entre las nubes, a la derecha de la fachada principal, dejó pasar un algo de luz; iluminando los elementos más brillantes de la Torre de Jesucristo.

A lo largo de la mañana de hoy viernes, los corresponsales del Vaticano volveremos a volar junto al Papa en el tercer trayecto de su viaje a España, que nos llevará desde Barcelona a Las Palmas de Gran Canaria. Las etapas metropolitanas de Madrid y Barcelona han puesto de relieve cómo León XIV está uniendo incluso dentro de ellas los contextos de centro y periferia. La alegría de quienes celebran, con el dolor de quienes sufren. A nivel mediático, igualmente, la próxima etapa española de Prevost en Canarias podría tener aún más repercusión mediática en relación a una de las cuestiones antropológicas de nuestro tiempo: la migración.

El fenómeno migratorio –no hubo dudas por parte del Papa dentro del Congreso de los Diputados en Madrid– es un asunto definitorio para la Iglesia Católica. Porque atañe, directamente, al tratamiento digno del otro, en cuanto ser humano. «Nadie puede arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano», recordó a los creyentes en la misa del Corpus Christi en Cibeles. La dignidad humana a nivel individual, el bien común a nivel colectivo y la paz a nivel internacional son tres niveles que, para Prevost, están conectados. Las palabras del Papa, como líder espiritual del planeta, es una referencia universal –tanto para creyentes como no creyentes–; porque su humanismo ante todo pone de manifiesto la necesidad de proteger, como algo sagrado, la «familia humana».

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (VI)

El Papa León XIV, pescador de hermanos

Manuel Tori

Nadie puede definirse cristiano si desatiende el dolor de quienes sufren atravesando el mar. El discurso del Papa desde el muelle de Arguineguín, en Gran Canaria, es ya uno de los más importantes hasta ahora de su Pontificado. Y, sin duda, el más contundente en lo que se refiere al fenómeno migratorio. Del mismo modo que, hace unos meses, en plena deriva belicista de Donald Trump aclaró que hacer la guerra es ir en contra de Dios; León XIV, en el primer viaje de la historia en el que un obispo de Roma alcanza Canarias, dejó de manifiesto que ser creyente implica, inevitablemente, cuidar del «hermano que llega» porque –en la idea del imago Dei–, «cada persona resplandece la imagen y semejanza» de Dios. Vale también para el resto de la humanidad.

El Pontífice, en el muelle canario de Arguineguín, pronunció unas palabras concisas, inequívocas; dentro de un discurso estructurado que vincula el concepto de «dignidad humana» al ser «creyente» y, por tanto, subrayando la importancia de la «misericordia» –por si hubiera alguien que, siendo cristiano, todavía dudara de si ello no fuera la quintaesencia de los discípulos de Cristo– concreta, «que puede salvar y cambiar vidas». La misericordia, a nivel individual o internacional, como algo concreto: «Comienza con gestos pequeños, a veces con unas cuantas galletas y un poco de leche». Difícil no reflexionar con dos productos tan concretos.

Un mensaje articulado para creyentes, pero que Robert Prevost, como líder geopolítico, extiende a «autoridades», «parlamentos», «gobiernos», «comunidades cristianas», a las demás «religiones» y a «todos los hombres y mujeres de buena voluntad». De forma que la historia no tenga que

«acusarnos» de haber convertido «el dolor de los que sufren» en el «paisaje de nuestras costas». Y hace un llamamiento al resto del continente: «Europa no puede proclamar la dignidad humana y acostumbrarse a que el Mediterráneo y el Atlántico sean cementerios sin lápidas».

El hermano que llega. Es la idea sobre la que gira la catequesis migratoria de León XIV, quien en su historia personal mezcla, como ningún pontífice antes en la historia, la unión vivencial entre teología y misión. Robert Prevost tiene claro que no apartará la mirada de estas aguas porque el sucesor de Pedro «no puede desentenderse de estos muelles». El Papa, además, sabe que los desplazamientos históricos y antropológicos de nuestro tiempo tienen lugar a través de la acción de las «mafias», «monstruos» que «trafican con la desesperación» de «migrantes», «mujeres» y «niños»; permitiendo que «los pobres sean tragados por la explotación o el olvido». Frente al migrante, al hermano que llega, el Papa pronunció ayer una frase de máxima humildad, religiosa y humana: «Queridos migrantes, quiero inclinarme ante su dignidad». Un Papa. Que se inclina. Frente a los últimos.

El Papa recurrió a su propia simbología como líder religioso para justificar la atención que, no sólo todos los seres humanos sino en especial los cristianos, deben mantener hacia de aquellos que, en el mar, «arriesgan la muerte» para «buscar la vida». En cuanto sucesor del vicario de Cristo, León XIV recordó que en su mano lleva «el anillo del pescador», apelando a cuando Jesús llamó a Pedro y le dijo en el lago de Galilea que, a partir de ese momento, sería «pescador de hombres». Dos milenios después su Iglesia, frente a las costas de Canarias, sigue definiéndose a sí misma frente al agua. Donde creer en el Padre implica, lleguen de donde lleguen, proteger a los hermanos.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

A la estela del Papa (VII)

El Papa que voló solo a Roma

Manuel Tori

Cuando ya teníamos los cinturones de seguridad abrochados, a bordo del avión papal, el retraso fue progresivamente en aumento. El vuelo, que estaba previsto que despegara a las 15:00 hora de Canarias, seguía sin despegar. Lo cierto es que el Papa León XIV todavía no había llegado a la aeronave. Cuando el Pontífice se colocó en la primera fila, en la parte izquierda y en el asiento de pasillo, todo indicaba que el trayecto hacia Roma estaba a punto de iniciarse. A los pocos minutos, el comandante del vuelo de Iberia avisaba de que el avión había registrado una «incidencia» que impedía el despegue.

Los corresponsales en el Vaticano presentes en el vuelo papal vivimos momentos de incertidumbre, no se recordaba algo similar en décadas. Al principio se pensó que el vuelo se retrasaría sin hora prevista, pero al poco tiempo, se conoció que el Papa había bajado del avión, señal de que algo no estaba yendo según lo previsto, más allá de un simple retraso. Dos dudas: qué pasaría con el Santo Padre y qué pasaría con los corresponsales. Mientras tanto, supimos que tras la colocación, nuevamente, de la escalera debajo del avión, el Rey Felipe VI había subido para ir al encuentro de León XIV, quien finalmente bajó con al monarca. Finalmente ambos caminaron de nuevo juntos en la pista del aeropuerto de Tenerife Norte, tras haberse despedido poco antes.

Unos minutos después, con todos los periodistas en pie y enviando sus crónicas para sus respectivos medios de comunicación, se conoció que, en muy poco tiempo, el Rey Felipe había ofrecido su avión Falcon para que el Pontífice pudiera volver con certeza a Roma. Mientras tanto, los corresponsales nos quedamos en la aeronave, ante la información del comandante de que se intentaría un nuevo despegue. Un hecho que no dejó completamente tranquilos a los vaticanistas. Al poco tiempo, el personal de Iberia informaba de que un nuevo avión habría llegado desde Madrid para

alcanzar la isla canaria de Tenerife y devolver a los corresponsales del vuelo papal de vuelta a Roma. Por esta razón, recibimos instrucciones de desembarcar del avión.

Al bajar de la aeronave, el clima estaba marcado por un momento que pasaría a la historia por su sorprendente carácter anecdótico. Fue al bajar por la puerta trasera del avión, cuando los periodistas nos acercamos rápidamente en el momento en el que vimos al Santo Padre y al Rey Felipe caminar juntos hacia el Falcon del monarca. En ese momento, sólo se veían móviles grabando y periodistas haciendo directos de televisión y radio. Tras un viaje histórico del Papa León XIV a España, sabíamos ya que la imagen del Pontífice subiendo al Falcon sería parte de nuestra memoria periodística.

No se recordaban anécdotas parecidas en décadas. Valentina Alazraki, corresponsal mexicana y decana de los vaticanistas en Roma, asegura que se vivió una situación parecida en 1986, con Juan Pablo II, después de un viaje a la India. Era el mes de febrero y había mucha nieve en Roma, que impedía el aterrizaje tanto en el aeropuerto de Roma Fiumicino, como el de Roma Ciampino. Finalmente, ante la nieve incipiente del invierno romano, el avión papal terminó aterrizando en la ciudad de Nápoles.

Esta crónica estaba pensada para firmarla con el localizador En el vuelo papal, contando cómo habría sido la tradicional rueda de prensa del Pontífice en el trayecto de vuelta a Roma, contestando a los corresponsales del Vaticano y, por nuestro lado, haciendo el balance del primer viaje apostólico del Papa León XIV a España. Un viaje que, independientemente de lo ocurrido en el último trayecto, será recordado como un evento para el recuerdo de muchos. Pero a veces, como ocurre en el día a día de cada uno, hay imprevistos que hay que aceptar. Y, de ser posible, quedarse con lo bueno. No siempre las cosas van como uno las planea. Pero, si acaban bien, pueden ser incluso más divertidas todavía. Desde luego, lo más original en este viaje era contar que el Papa se ha tenido que ir a Roma en Falcon. Estamos a punto de embarcar.

Este documento se publicó en [El Mundo](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

50

Fundado en 1976
Año LI
Número 17.841

EL PAÍS

EL PERIÓDICO GLOBAL

Edición Madrid
2,00 euros
Lunes
8 de junio de 2020

Feria del libro Cornelia Funke regresa al universo que la convirtió en superventas —P41



Miles de fieles acompañaban al Papa, ayer, al término de la procesión del Corpus Christi en la plaza de Cibeles de Madrid. ÁLVARO GARCÍA

LEÓN XIV EN ESPAÑA

El Papa reivindica su discurso social en un acto multitudinario

El Pontífice recuerda en una misa en Madrid los valores cristianos lanzando un sutil mensaje político y defiende "la escucha, el diálogo y el respeto" ante representantes de la sociedad civil

I. DOMÍNGUEZ / J. NÚÑEZ
Madrid

El Papa reivindicó ayer en Madrid ante una impresionante multitud —1,2 millones de personas, según los organizadores; 1,1 millones, según la Delegación del Gobierno— que los valores cris-

tianos son incompatibles con algunas posiciones políticas, aunque estas presuman de representarlos. "Nadie puede arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano", dijo León XIV en una misa celebrada por la mañana en la madrileña plaza de Cibeles, en la

Encuentro con víctimas de abusos en la Iglesia

El Pontífice que vino a España a hacer amigos
Ignacio Peyró

que defendió la protección de los más vulnerables. Por la tarde, en el pabellón Movistar Arena, ante un insólito y variopinto auditorio, se reunió con representantes de la sociedad civil y reivindicó la importancia de "la escucha, el diálogo y el respeto". —P14 A 18

Elecciones

Florentino Pérez, hasta 2030 en el Real Madrid

El actual presidente derrota a Enrique Riquelme en los primeros comicios desde 2006 —P32 Y 33

Matocielismo

Roland Garros

¡COMPRAMOS AL MEJOR PRECIO!

Casa Guillermo
COMPRAMOS Antigüedades y objetos de valor desde el último lunes al 25m.
625 201 446

¡Alquiler de pisos! Pisos, muebles y más.
¡Muebles y objetos antiguos! Muebles, cuadros, cerámica, vajillas, etc.
¡Joyería! Joyas, relojes, etc.
¡Libros! Libros antiguos, modernos, etc.
¡Música! Instrumentos, discos, etc.
¡Arte! Pinturas, esculturas, etc.

ENCUESTA 40DB.

El PP amplía su ventaja sobre el PSOE tras los últimos casos de corrupción

Los socialistas pierden casi un punto en estimación de voto

NATALIA JUNQUERA
Madrid

El PP amplía su ventaja sobre el PSOE hasta casi cinco puntos, según el último sondeo de 40dB, para EL PAÍS y la Cadena SER. Los socialistas pierden cerca de un punto en estimación de voto respecto al mes anterior hasta situarse en el 27,7%. El PP sube hasta el 32,4% y Vox cae por tercer mes consecutivo. Los dos agrupan el 49,8% de la estimación de voto, mientras PSOE, Sumar y Podemos juntos suman el 36,2%. —P20

Irán dispara varios misiles contra Israel tras unos bombardeos sobre Beirut

ANTONIO PITA / JOAN CABASÉS
Jerusalén / Beirut

Irán disparó ayer varios misiles contra Israel por primera vez desde el alto el fuego de abril, tras bombardear Netanyahu los suburbios de Beirut. El Gobierno israelí había atacado la capital de Líbano a pesar de que Trump le había exigido no hacerlo para facilitar las negociaciones con la República Islámica. —P2 Y 3

El BCE prepara la primera subida de tipos de interés en casi tres años

ÁLVARO SÁNCHEZ
Madrid

El Banco Central Europeo (BCE) subió los tipos de interés por última vez en noviembre de 2017.

La dudosa laicidad española

Henri Peña-Ruiz

El País

No existe ningún Estado del todo laico. Ni siquiera la República Francesa lo es. Y tampoco la España actual. Recuerdo una conversación que mantuve hace unos años con Gregorio Peces-Barba, jurista católico que participó en la redacción de la Constitución española de 1978. Yo, nieto de republicanos españoles, ciudadano francés, republicano, y laicista convencido, le pregunté: “¿Por qué escribieron en el texto constitucional que el Estado español es aconfesional y, al mismo tiempo, que ‘los poderes públicos mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones’? ¿No es esto contradictorio?”. Peces-Barba me contestó: “No puede hacerse todo de golpe. Damos un paso hacia la laicidad, pero en la coyuntura no podía hacerse más”.

En la misma Francia a la que se considera la más laica de las democracias occidentales, hay excepciones a esa laicidad: escuelas privadas que viven del dinero público, un régimen de concordato para las regiones de Alsacia y Mosela que viene de Napoleón, o políticos que van a rezar a una iglesia en su calidad de figuras públicas y no privadas. España, casi medio siglo después de la adopción de la Constitución, cumple algunas exigencias de un Estado laico. Pero no todas. La Iglesia católica mantiene privilegios que vulneran el estricto trato de igualdad entre las personas con distintas religiones o con el humanismo ateo. Con la visita del Papa, estos días, salta a la vista la confusión entre la esfera pública y la esfera privada. Cuando a una visita de un líder religioso se le da un carácter oficial, se produce una confusión entre ambas

esferas, la pública y la privada. Tal visita tendría que ser privada, pues compromete únicamente al colectivo de los católicos.

Que León XIV venga a España no plantea ningún problema. Ni que presida una misa en un lugar adecuado. Tal es la libertad auténtica. Otra cosa es pronunciar un discurso ante las Cortes. El discurso del líder católico en el Parlamento va en contra del carácter aconfesional del Estado consagrado en la Constitución. Al otorgar un carácter público y oficial a una simple visita del representante de una determinada opción espiritual, se vulnera la igualdad entre los católicos y el resto de ciudadanos. Significa que el Estado español abandona su obligación de neutralidad, que en latín significa ni uno ni otro, como un árbitro de fútbol. Y es verdad que León XIV también es un jefe de Estado, además de un líder espiritual, pero también es obvio que el Vaticano no es un Estado como los demás. No se trata, evidentemente, de impedir la visita de un Papa, pero esta visita debería mantenerse privada, no en el sentido de eludir su carácter colectivo, porque las misas y actos religiosos son colectivos y tienen todo el derecho de serlo. Pero de todo esto no puede concluirse que merezca atenciones especiales del Gobierno.

La Iglesia en España ha dejado de ser lo que fue en el pasado: la de la Inquisición, o la de aquel obispo que en la Guerra Civil decía “benditos sean los cañones si en las brechas que abren florece el Evangelio”, ni tampoco la que promovió la vergonzosa limpieza de sangre. Pero todavía goza hoy de privilegios incompatibles con la igualdad de los españoles, sean ateos, agnósticos o creyentes. Para cumplir el ideal laico todas las religiones han de respetar la ley común y admitir la independencia de la esfera pública. Una exigencia mayor del laicismo es distinguir claramente la esfera pública de la esfera privada. El catolicismo, por ejemplo, compromete solo a los católicos y no ha de comprometer a los demás. La religión es cosa privada, individual o colectiva.

Los privilegios todavía vigentes del catolicismo han de desaparecer. Por ejemplo: las escuelas concertadas que en España, y también en Francia, se subvencionan con el dinero público. El principio laico, en este aspecto, es

claro: el dinero público ha de destinarse a lo que es público, como los hospitales u otros servicios. En el caso español, se ha otorgado otro privilegio peor: las inmatriculaciones de monumentos públicos que han permitido a la Iglesia católica apropiarse bienes comunes, como la mezquita de Córdoba. ¿Cómo puede un gobierno que se dice laico admitir que de un día para otro la Iglesia pueda decir: “Esta casa, este monumento es mío”?

Y otro ejemplo es la actual bandera de España, que considero inconstitucional, porque tiene una cruz encima de la corona, cuando la Constitución afirma que ninguna religión tendrá carácter estatal y que todos los españoles serán reconocidos en igualdad de derechos. Para mí la bandera legítima de España debería ser la bandera republicana morada, amarilla y roja. No solo por razones sentimentales ligadas a mis abuelos republicanos, sino como fruto de una convicción racionalista. La bandera de la República es la verdadera bandera laica.

Henri Peña-Ruiz es filósofo, autor del Dictionnaire amoureux de la laïcité (Plon) y socio de honor de Europa Laica.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Una riada blanca y amarilla sin sobresaltos

Manuel Jabois

El País

La vigilia del Pontífice con los jóvenes tuvo algo de mezcla de campamento, romería y final del festival de Eurovisión

Ha elegido la Iglesia un lema estupendo para la visita del papa León XIV: alzá la mirada. Conveniente en Madrid, donde uno puede levantar la mirada y tropezarla con extraordinarios monumentos y edificios antiguos de belleza extraña. También, es cierto, calibrar a ojo el asunto de la vivienda en Madrid, el disparate del precio del suelo y el piso: alzá la mirada, jóvenes, y contemplad el mundo prohibitivo que os echa de la ciudad.

Y camino de la plaza de Lima, se llenó toda la zona de decenas de miles de chavales que invadieron pacíficamente la ciudad desde primera hora. La alegre muchedumbre, llegada de diócesis de toda España, cantó recibiendo al Papa, que fue guiado por el arzobispo de Madrid, José Cobo. “Está es la juventud de Cristo, está es la juventud del Papa”, dijo Cobo, mirando de reojo la marea de gente. “Aquí Santo Padre está el rostro de una iglesia”, remató. León XIV, sentado, escuchaba con una suave sonrisa y las cejas arqueadas. Papa singular, este. No parece norteamericano sino canadiense, pero no sabría explicarlo (seguramente no haya explicación: son intangibles físicos). Sí tiene algo de dibujo de Los Simpson, un trazo lejano de Matt Groening. Desprende paz, cosa que tampoco tiene mérito tratándose del Papa: imagina ver uno y que se extienda el mal rollo. No es, eso sí, carismático. Los que crecimos con Wojtyła tenemos el listón bastante apurado.

“En Madrid nos gusta presumir de los colores del cielo, especialmente al atardecer, de Madrid al cielo. Y eso es lo que queremos hacer hoy todos aquí”, dijo de repente Cobo, sembrando algo el desconcierto, pues no hay prisa por llegar al cielo ni a ninguna parte. Hay que alzar la mirada, dijo el arzobispo, para escuchar la voz del Señor que sigue preguntando en cada joven “para quién es tu vida”. Sed de esperanza, añadió.

Hizo calor ayer en Madrid, pero no asfixiante, nada dramático, todo muy llevadero. Tampoco los cortes de tráfico, que prometían caos y destrucción, fueron para tanto. “Santidad. De su mano queremos aprender a responder como Iglesia, caminando juntos y ofreciendo caminos de acompañamiento y vida”, dijo el arzobispo.

Mientras hablaba Cobo y sonreía suavemente el Papa, cuatro jóvenes estaban sentados en un sofá como de tertulia de las mañanas. Su misión era delicada: entrevistar al Papa, o al menos formularle unas cuantas preguntas pactadas que León XIV respondió, en forma de discurso, a la multitud. “En primer lugar, un saludo a todos vosotros. Gracias por estar aquí y gracias por compartir la fe en Madrid y en toda España”, se arrancó en un gran castellano, un castellano óptimo. Habló de sus santos favoritos, glosándolos, y confió una misión: ser humanos. “Sí, ¡sed humanos!: hombres y mujeres de carne y hueso. No apariencias, sino rostros fiables. Personas que buscan la justicia porque tienen hambre de ella, como del pan de cada día. Personas que desean una vida honesta y recta, porque gustosamente hacen a los demás lo que querrían que los demás hicieran con ellas. Sed humanos como lo es Cristo, el hombre perfecto, el resucitado que comparte con nosotros la historia en todo tiempo. Cultivando este compromiso, mirad a los apóstoles, a los primeros cristianos, habitantes de un mundo pagano. Siguiendo su ejemplo, sed misioneros del Evangelio ante las pobreza materiales y espirituales de nuestro tiempo, sabiendo bien que nuestra fe es un estilo de vida que se cumple en la caridad. Ésta, queridos jóvenes, es la virtud que cambia la historia más que ninguna otra”.

La Delegación del Gobierno cifró en medio millón de asistentes a la vigilia, acto religioso al que se fue encaminando la gente después de las palabras del Papa. ¿Qué considera que nos ayudaría a reconocer la voz de Dios entre otras muchas voces?, preguntó un joven. La cuestión, en verdad, es enjundiosa. El papa León la esquivó a lo grande, quizá viniéndose un poco arriba: para reconocer la voz de Dios, es necesario el silencio. “Favorece la atención y el recogimiento. Cuando buscamos el silencio, decidimos qué no escuchar y de qué ruidos no dejarnos distraer. Al liberarnos del estruendo de mil voces, reconocemos que algunas engañan nuestros deseos, otras nos compran sin alimentarnos, otras hablan por interés. En el silencio comprendemos que las ideologías pasan, mientras la verdad permanece”. Hubo gente que suspiró al escuchar el consejo, otra que tomó nota, alguna que no entendió nada. Esa moda de querer entenderlo todo. Hay que sentir, decía por la mañana un muchacho de Toledo, que seguirá, dijo, al Papa hasta Barcelona.

Entre las vallas, los voluntarios repartían agua, indicaciones y sonrisas de esas que aguantan muchas horas de pie. Había mochilas en el suelo, banderas autonómicas, camisetas de parroquias, guitarras, alguna sotana joven, muchas gorras y ese aire de excursión escolar gigantesca que tienen siempre los grandes actos católicos: una mezcla de campamento, romería y final de Eurovisión. Los chavales se hacían fotos, buscaban sombra y consultaban el móvil con la naturalidad de quien espera al Papa y, al mismo tiempo, no quiere perder cobertura. Algunos vecinos miraban desde los balcones con curiosidad resignada, asistiendo a una mudanza de fe en mitad de su calle. Madrid, que todo lo absorbe y todo lo comenta, recibió la riada blanca y amarilla sin sobresalto, con más paciencia de la prevista y menos épica policial de la anunciada.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Prevost, el Papa de la sociedad postsecular

Fernando Vallespín

El País

A raíz del fallecimiento de Habermas hubo un aspecto de su obra que pasó casi desapercibido, pero que había consumido buena parte de sus reflexiones desde comienzos de siglo: el concepto de postsecularización. La semántica de este término remite a lo que él consideraba un hecho, el fracaso de la profecía ilustrada que anunciaba la desaparición progresiva de la religión en las sociedades contemporáneas. En ellas siguen rigiendo como verdad pública los enunciados científicos, pero esto no significa que los discursos religiosos se hayan convertido en algo obsoleto o quedaran confinados al ámbito privado. Al contrario, reaparecen continuamente en el espacio público cuando se suscitan cuestiones de tipo moral. Lo vemos en discusiones tan de actualidad como las migraciones, la investigación biomédica, el problema de la pobreza/desigualdad, la guerra o, más recientemente, incluso la IA.

Lejos de inquietarle, para Habermas era una buena noticia que en una época marcada por la “naturalización” del mundo y por la tendencia a describir la realidad en términos científico-técnicos, siguieran vivos determinados recintos capaces de preservar una valiosa energía moral. Eso sí, siempre que quienes defendieran principios morales inspirados en convicciones religiosas estuvieran dispuestos a “traducirlos” a un lenguaje accesible para todos los ciudadanos.

Es muy posible que el Papa sea el primero que ha tomado plena conciencia de esta condición postsecular de nuestras sociedades. Basta observar las

reacciones a su encíclica Magnifica Humanitas para advertir cómo, en efecto, está diseñada con una ambición que desborda el ámbito de los fieles católicos. Se dirige a todos. Y aunque se sustente sobre el núcleo normativo de la tradición cristiana, logra articularlo con el lenguaje moral de la Ilustración: el respeto de la dignidad humana y la universalización de los principios morales que de ella se derivan. No es casual que la encíclica invoque nociones como la justicia social, el bien común o la responsabilidad compartida y advierta contra la subordinación del hombre a la máquina o la concentración del poder tecnológico en manos de unos pocos.

A donde quiero llegar es a que el papa Prevost viene a España con un mensaje que, en el contexto actual, no es solo religioso sino también político. Sus desencuentros con Trump, su desconfianza hacia la concentración del poder económico y tecnológico, su preocupación por el trato a los migrantes y a los más vulnerables, o su denuncia de la crueldad de las guerras que convergen con los discursos de resistencia a la actual glorificación del poder y la violencia como único fundamento de la acción política neoimperial de las grandes potencias, el predominio del cinismo y la mentira en la esfera pública o la deshumanización de la posición nacionalpopulista ante las migraciones. La auctoritas del Papado, siempre asociada a posiciones conservadoras en lo doctrinal, se desplaza así hacia perspectivas que hoy no tendríamos reparo en considerar progresistas. Que yo recuerde, será la primera vez en la que tanto la izquierda como la derecha —con la excepción de Vox— querrán beneficiarse de la figura de un Papa. Una, por su indudable sintonía con sus principios de justicia social; otra, por su vínculo con la tradición católica. El acto de mañana en Las Cortes promete ser revelador. En nuestro momento más bajo de religiosidad, elevaremos al pontífice a una posición de autoridad moral reconocida por amplios sectores de la ciudadanía. ¡Qué magnífica metáfora de nuestra condición postsecular!

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV, el pacificador

Íñigo Domínguez

El País

Robert Prevost ha pasado de ser un misterio, alguien aparentemente pusilánime, a convertirse en dos meses en una revelación. Elegido hace poco más de un año, dedicó 2025 a prepararse para salir a escena y desde enero ha ido desgranando poco a poco su ideario. Hombre sosegado cuya mayor preocupación es superar las divisiones, se ha erigido en sorprendente antagonista de Donald Trump. Ha arremetido contra la guerra y, con la encíclica que publicó hace dos semanas, contra el tecnofascismo de Silicon Valley. ¿Qué es lo que piensa este Papa y por qué ha resultado tan desconcertante?

Un Papa misionero que empatiza con los inmigrantes. Se ha posicionado contra el trato inhumano a extranjeros sin papeles. Contra la guerra. Contra la idolatría del dinero. La idea de comunidad es para él esencial. Así piensa un Pontífice que ha visitado cerca de 40 países y ha visto la miseria de cerca

Los españoles van a conocer de cerca a un Papa que en realidad el mundo aún conoce poco. Ha pasado de ser un misterio, alguien aparentemente pusilánime, a convertirse en dos meses en una sorprendente revelación, desde que a mediados de abril chocó con Donald Trump y hace dos semanas publicó una encíclica de gran calado político, un alegato contra el tecnofascismo de Silicon Valley. Su larga visita a España culminará el descubrimiento definitivo de Prevost, pues es su primer gran viaje a Europa y hablará a todo el mundo

occidental. Pero ¿qué es lo que piensa este Papa y por qué ha resultado tan desconcertante?

El desconcierto se debe a una cuestión de tiempos. El método de Prevost es escuchar, reflexionar, pero luego hablar y actuar de forma directa. A eso se debe su silencio inicial, que ha empezado a romper desplegando un punto de vista que no sale de la nada. Como buen agustino, su visión cristiana conforma una postura política, según los planteamientos de *La ciudad de Dios*, de san Agustín, que describe dos ciudades, una terrenal y otra espiritual, que es la que los hombres deben tener en la cabeza. En su discurso al cuerpo diplomático del pasado 9 de enero, citó expresamente la obra: “Los cristianos que viven en la ciudad terrenal no son ajenos al mundo político y, guiados por las Escrituras, buscan aplicar la ética cristiana al gobierno civil”. Lo hacen, argumentó, para “una convivencia más justa y pacífica”. “Agustín también advierte de los graves peligros para la vida política que entrañan las falsas representaciones de la historia, el nacionalismo excesivo y la distorsión del ideal del líder político”, señaló.

El primer Papa estadounidense comenzó con aquel discurso, a principios de año, a delinear una visión política que le llevaría a la colisión con Trump. De hecho, tras escucharlo, en la Casa Blanca saltó la alarma y llamaron al nuncio en Washington para un “franco” intercambio de opiniones, según trascendió luego. Elegido en mayo, Prevost se tomó 2025 para prepararse a salir a escena. Después del verano empezó a hablar con los periodistas al salir de la residencia papal de Castel Gandolfo, en las afueras de Roma. Con frases llamativas: “Quien dice que está contra el aborto pero está de acuerdo con el trato inhumano a los inmigrantes en Estados Unidos no sé si es realmente provida”.

Pero fue a partir de aquel discurso de enero cuando comenzó a hablar cada vez más claro: “La guerra vuelve a estar de moda y el entusiasmo bélico se extiende. Se ha roto el principio establecido tras la Segunda Guerra Mundial, que prohibía a los países utilizar la fuerza para violar las fronteras ajenas”. Prevost defendió la ONU, el derecho internacional y el humanitario, condenó los ataques a civiles y el uso del hambre como arma de guerra.

Al mismo tiempo, marcó la línea en otros frentes, sensibles para el mundo progresista, al condenar el aborto, la eutanasia, defender la objeción de conciencia e incluso hablar de “un nuevo lenguaje al estilo orwelliano que, en un intento por ser cada vez más inclusivo, acaba excluyendo a quienes no se ajustan a las ideologías que lo alimentan”. “En Occidente, el espacio para la verdadera libertad de expresión se está reduciendo rápidamente”, llegó a decir, casi en línea con el vicepresidente estadounidense, J. D. Vance. Todo ello da pistas de por dónde irá en sus discursos en España, que en ocasiones agradará a unos y a veces a otros.

Su idea es hablar a todos. En su libro-entrevista (*León XIV. Ciudadano del mundo, misionero del siglo XXI*, Debate), la periodista Elise Ann Allen le preguntó sobre la política de Trump y respondió: “No tengo planeado involucrarme en la política partidista”. Su idea es hablar de los valores del Evangelio y “ojalá la gente de ambos lados del pasillo, como decimos, pueda escuchar”. En realidad, según ha confesado, de joven pensó dedicarse a la política.

Lo interesante es que se ha convertido en antagonista moral de Trump en el ámbito mundial, pero concitando más consenso que Francisco, sin fracturas internas. Por su estilo parsimonioso no se tiene la sensación de que haya llegado a enfrentarse a él haciendo política, sino que es Trump quien ha acabado chocando con él. De hecho, le atacó primero. Y la respuesta de Prevost fue muy tranquila: dijo que no le tenía miedo y tampoco interés en debatir con él. Respecto a su predecesor, es consciente de tener una ventaja: “El hecho de que yo sea estadounidense significa, entre otras cosas, que la gente no puede decir, como lo hicieron con Francisco, ‘él no entiende a Estados Unidos, simplemente no ve lo que está pasando’”.

La línea de choque es clara. Además de reaccionar ante la barbarie, León XIV respondió sobre todo al intento de manipular el mensaje cristiano desde la ultraderecha estadounidense, y también la Biblia por parte de Israel, para avalar la guerra como una cruzada. El Papa recordó el 29 de marzo que Jesús

“no escucha la oración de quien hace la guerra y la rechaza diciendo: ‘Aunque multiplicaras tus plegarias, yo no escucharía: ¡vuestras manos están llenas de sangre!’”.

El 11 de abril fue aún más duro, con referencias muy claras hacia Trump. Dijo que en el reino de Dios “no hay espada, ni drones, ni venganza, ni banalización del mal, ni lucro injusto, sino sólo dignidad, comprensión y perdón”. “Tenemos en esto una barrera contra ese delirio de omnipotencia que se vuelve cada vez más impredecible y agresivo a nuestro alrededor. (...) ¡Basta ya de la idolatría de uno mismo y del dinero! ¡Basta ya de la exhibición de la fuerza! ¡Basta ya de la guerra!”. Al día siguiente fue el primer ataque personal de Trump a León XIV. Dijo que debería “dejar de complacer a la izquierda radical”.

Es útil recordar la primera frase que dijo León XIV nada más asomarse al balcón de San Pedro, al ser elegido el 8 de mayo de 2025: “¡La paz esté con todos ustedes!”. Y luego precisó: “Una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante”. Son adjetivos que le definen bien. Esta frase resume su primera gran prioridad, un impulso que llega hasta hoy: calmar los ánimos. Su gran preocupación es la polarización, la división, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Será probablemente uno de sus mensajes centrales en España.

Este es el núcleo de su pensamiento: la idea de división que choca con la de comunidad, que para él es esencial (“No soy un llanero solitario, nunca lo he sido”). Se hizo agustino por eso (“La vida comunitaria de los agustinos, el aspecto de la amistad, el hacer cosas juntos, todo eso tenía sentido para mí”). La prioridad es la unidad, superar las diferencias, y también no dejar a nadie fuera, incluir a todos. Por eso ve una raíz de la polarización en la desigualdad, “la brecha cada vez más amplia entre los niveles de ingresos de la clase trabajadora y el de los más ricos”. “Ayer leí la noticia de que Elon Musk va a ser el primer billonario del mundo. ¿Qué significa eso y de qué se trata?”, ha dicho.

Por otro lado, para Prevost la idea de unidad es dinámica, va ligada a la de movimiento, avanzar juntos, sin atascarse en los problemas. Esto le da un sentido práctico. León XIV es matemático y canonista, con una mentalidad pragmática muy estadounidense. En todos sus cargos se ha revelado como un hábil administrador. Él mismo lo resumió en el libro de Allen: “Sé escuchar, creo, bastante bien. Cuando estoy con la gente, tengo respeto por el punto de vista de todos, pero luego también llego a un punto con ellos, cuando es posible, de decir: tenemos que tomar una decisión aquí, amigos”.

Prevost es alguien que, pese a parecer tímido, se toma su tiempo y luego arriesga: “Soy aventurero. Algunas personas usarían la palabra valiente, otras dirían loco, pero estoy dispuesto a seguir adelante. (...) No puedes quedarte dando vueltas en: pensemos en esto y hablemos de ello para siempre”. Es revelador un detalle en el que coinciden quienes lo conocieron: conduce “como un loco”, a toda velocidad. Y en Perú también bailaba salsa cuando había una fiesta, incluso *El meneíto*.

Toda su visión del mundo se forma en su experiencia en Perú. Su biografía da muchas claves para entender cómo piensa: es el primer Papa misionero. Juan Pablo II no salió nunca de Polonia antes de ser papa. Benedicto XVI, alemán, pasó la vida en Roma. Francisco era latinoamericano, pero vivió siempre en Argentina. Además, como prior general de los agustinos, Prevost viajó a cerca de 40 países.

Él mismo admite que ir a Perú cambió su vida. Cayó en un rincón perdido del mundo, sabe lo que es estar en ese lugar: “Recuerdo llegar a Chulucanas en 1985. Era el año posterior a las horribles inundaciones de 1983 y 1984. Las carreteras aún estaban destruidas. Era una situación de extrema pobreza, muy diferente de lo que es incluso hoy, y había una parte de mí que miraba alrededor y decía: Señor, ¿adónde me has traído?”.

Es en Perú donde también cuaja su visión política. Cuando llegó en 1985, el país agonizaba con el terror de Sendero Luminoso y una economía colapsada. Los terroristas amenazaron incluso a los estadounidenses y algunos curas se

fueron. Prevost y otros se quedaron. Tenía claro que su lugar era al lado de la gente. Al igual que Bergoglio, y de ahí su fuerte génesis común, es un hijo de la nueva Iglesia progresista y posconciliar latinoamericana, tras la conferencia del Celam de Medellín de 1968. Esto es lo que piensa de la teología de la liberación: “Es empezar a mirar a través de los ojos de los pobres y con los pobres para entender cómo Dios está en y entre nosotros. No significa necesariamente que estés promoviendo la ideología marxista, aunque algunos la hayan etiquetado así”.

Hay otra experiencia que Prevost vive en Perú en primera fila: los brutales efectos de un régimen ultraliberal que hunde un país en la pobreza y acaba derivando en una dictadura. El régimen de Alberto Fujimori y su *fujishock*, las medidas económicas de choque. León XIV conoce muy bien lo que hacen líderes como Milei. En Perú él tuvo que combatirlo creando comedores populares, ayudando a los más pobres. También promoviendo manifestaciones en la calle en defensa de los derechos humanos y la democracia. Recogiendo firmas para la creación de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, que investigó las violaciones de derechos humanos cometidos en Perú entre 1980 y 2000, tras la caída de Fujimori.

Del mismo modo, no es que crea en el cambio climático, es que lo ha sufrido en los desastres naturales en Perú, como el fenómeno de *El Niño costero*, en 2017, o el ciclón Yaku en 2023. Su diócesis se dedicó a entregar casas prefabricadas. Igualmente, su empatía con los inmigrantes se ve en todos a los que tuvo que ayudar en Perú, sobre todo a partir de 2018 con la llegada masiva de venezolanos. Prevost prestó asistencia a los inmigrantes y ayudó a pagar más de 3.000 trámites de regularización. Pero, de entrada, es que es hijo de inmigrantes, de una familia mestiza: “Recuerdo a una vecina que no le hablaba a mi madre porque ‘tu madre es afroamericana’ y había un prejuicio ahí. No le prestamos mucha atención. Mi padre en ese momento era superintendente escolar y traía gente a casa todo el tiempo, afroamericanos, blancos, hispanos, no importaba”.

Prevost también vivió en primera persona la traducción de las tensiones de la Guerra Fría en la Iglesia latinoamericana, que impulsó el auge de movimientos ultraconservadores. Conoce perfectamente el percal. En la Iglesia de Perú, a partir de los ochenta, dominaron el Opus Dei, el Camino Neocatecumenal y el Sodalicio de Vida Cristiana. Prevost tuvo que lidiar con las tres. Pero, de nuevo, aplicó su método: no prejuzgar, entenderse con todos, dejar que se disuelvan las diferencias con el trato mutuo.

Cuando llegó a la diócesis de Chiclayo en 2014, era un feudo del Opus Dei desde hacía décadas, con obispos españoles. Tuvo resistencias, le ponían a caldo en los grupos de WhatsApp. Pero no se inmutó, simplemente se lo tomó con paciencia. Lo mismo pasó en El Callao, donde Francisco lo mandó de paracaidista en 2020 para poner orden en una diócesis caótica. Un obispo neocatecumenal se había vuelto prácticamente loco, quería imponer la adhesión de todos los sacerdotes a su movimiento. Llegó a mandar sicarios a parroquias. Prevost al cabo de un tiempo impuso la paz y recuperó la convivencia.

La batalla más dura de León XIV fue contra el Sodalicio, y aún continúa, pues es desde su entorno, con conexiones en la ultraderecha de EE UU y España, donde parten ataques contra él. Este grupo con rasgos de secta, inspirado en la Falange española, se extendió entre las clases altas peruanas y otros países vecinos, donde logró poder económico y político. En 2015 un libro acabó de sacar a la luz decenas de abusos sexuales y Prevost fue uno de los pocos obispos peruanos que apoyaron tanto a las víctimas como a la prensa. Fue decisivo para la disolución final de la entidad en enero de 2025.

Esta es la cuestión que descubrió a León XIV la lacra de la pederastia. Ha contado cómo le impresionó la denuncia de una mujer contra un conocido miembro del Sodalicio: “Por supuesto, la respuesta institucional fue enlodar su nombre, decir que estaba loca, buscar todas las formas de difamación, simplemente para destruir a la persona. (...) La institución misma se corrompe por esta mentalidad de ‘tenemos que defender la institución por encima y contra cualquier cosa’. Sobre su contacto con víctimas, ha dicho: “No sé si

alguna vez he escuchado un caso en el que no creyera a la víctima. Tengo que decirlo, porque cuando hablas con la gente y sabes que están sufriendo, ese sufrimiento viene de algún lugar. No es inventado”. Esto es lo que piensa de la pederastia, pero siendo uno de los asuntos más complejos que tiene delante, sobre esto aún no ha dado ningún paso.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

No tan magnífica: la encíclica del Papa sobre la IA no está a la altura

Éric Sadin

El País

Aunque Magnífica humanitas, de León XIV, es digna de elogio, hay aspectos esenciales, como la educación y el trabajo, en los que se queda corta

La primera encíclica del papa León XIV, dedicada en su mayor parte a la inteligencia artificial, ha tenido enorme repercusión en todo el mundo. Es muy comprensible, dado que no es habitual que la Iglesia católica muestre tanto interés por las cuestiones relacionadas con los avances tecnológicos. Y ha aparecido en un momento crucial, con un proceso cada vez más intenso de automatización del mundo y de externalización de nuestras aptitudes más fundamentales.

En este sentido, el título es muy acertado: *Magnífica humanidad*. Porque la cuestión que debemos plantearnos hoy es precisamente la de proteger las características que forman parte de nuestra grandeza. Para empezar, el pleno uso de nuestras facultades sensitivas, intelectuales y creativas; en caso contrario, estaremos condenados —y todavía más las generaciones futuras— a ser meros caparazones vacíos.

Hay que elogiar al Papa por evaluar estos problemas desde el punto de vista de la civilización y no en función de los criterios utilitarios y contables que suelen predominar. Sin embargo, a pesar del grado de exigencia al que aspira,

debemos señalar cuatro aspectos esenciales cuyo análisis no está a la altura de lo que nos jugamos.

En primer lugar, y por desgracia, el capítulo dedicado a la que debería considerarse la madre de todas las batallas, la escuela, yerra el tiro. Se limita a presentar un sermón lleno de buenas intenciones y vaguedades, para acabar recurriendo al sempiterno discurso de la adaptación a los cambios tecnológicos.

“Debemos proteger a nuestros jóvenes de la promesa de la máquina perfecta”, dice. Una afirmación de la que el Papa debería haber extraído todas las consecuencias, para afirmar que cometimos un pecado original cuando aparecieron las IA generativas, a finales de 2022: no haber exigido en ese mismo momento que se prohibiera, lisa y llanamente, que los alumnos de primaria y secundaria las utilizaran con el fin de elaborar textos. Dado que el ejercicio de la escritura permite estructurar el pensamiento y construir poco a poco la propia persona como un ser singular y fuerte en su autonomía y juicio, dentro de una comunidad de iguales.

Recordemos que ocho de los diez mandamientos llevan la impronta de la prohibición. Porque la prohibición es uno de los fundamentos de la moral, en la medida en que fija unos límites que no deben traspasarse, so pena de caer en peligrosos desequilibrios existenciales.

Imaginemos la conmoción que habría provocado una postura así de clara y tajante. A quienes apoyan, con una especie de ceguera ideológica y — la mayor parte del tiempo— en nombre de intereses privados, la digitalización a toda costa de la escuela, quizá les habría costado mirarse en el espejo.

Entonces habría llegado, por fin, el momento de que tuvieran que justificar sus intenciones. Ellos, y no ya aquellos a quienes siempre se les pide que lo hagan, esas personas —entre ellas, muchos docentes— que no quieren renunciar a las exigencias elementales pero imprescindibles del aprendizaje en la primera infancia. León XIV no lo ha dejado claro y, a mi juicio, es una omisión grave.

En segundo lugar, no hay ni una sola palabra sobre los miles de millones de personas que están renunciando a toda velocidad a tener su propia voz y confían en máquinas que producen algo que es un pseudolenguaje, porque carece de todo aliento vital y, en realidad, está necrosado: se basa en ecuaciones estadísticas y probabilísticas y, por consiguiente, no hace más que reproducir de forma mecánica cosas ya formuladas.

Una humanidad que se olvida de utilizar el lenguaje como es debido se ve condenada a convertirse en un conjunto de seres desprovistos de espíritu crítico, susceptibles de dejarse manipular por sofistas decididos a imponer sus puntos de vista o por sistemas que les dictan la verdad en todo momento. La posición de autoridad espiritual del Papa le debería haber empujado a advertir sobre la inminente omnipresencia de un lenguaje homogeneizado, cuyo objetivo es ahogar toda expresión libre y subjetiva y todo dinamismo social y político.

En tercer lugar, teniendo en cuenta el clima de desconfianza generalizada y las manipulaciones que permitirán las imágenes artificiales, no habría estado mal incitar a su prohibición total, en consonancia con los argumentos anteriores.

Por último, en relación con la importantísima cuestión de los puestos de trabajo, aunque ya hay conciencia del huracán que va a arrasarlo la mayoría de las profesiones que exigen altas capacidades cognitivas, el texto debería haber sido mucho más combativo; debería haber llamado a movilizarnos sin más tardar contra el cinismo que considera que el ser humano no es más que una variable contable y a salvaguardar, sin concesiones, nuestras destrezas más valoradas. Por ejemplo, las relacionadas con los ámbitos de las artes y la cultura, garantes de la vitalidad creativa de la sociedad.

Más aún, en una época de automatización constante de todo lo humano, el Papa ha desperdiciado la oportunidad histórica de instar a una drástica redefinición del trabajo, para reflexionar sobre la puesta en práctica de una infinidad de modos de organización en común alternativos, basados en los

principios de la Iglesia —de valor universal— de solidaridad, equidad, la plena expresión de nuestras facultades y el respeto a la biosfera, siguiendo en cierto modo la tradición católica del compañerismo de la antigüedad y de la Edad Media. Es indudable que una declaración de ese tipo habría impulsado un gran movimiento de alcance mundial.

Si existe esta discrepancia entre el nivel de exigencia que sugiere el título de la encíclica y un texto que, a la hora de la verdad, resulta tímido, es porque en todas partes ronda, de forma consciente o inconsciente, la idea generalizada de que hay que adaptarse sistemáticamente a los avances tecnológicos, hasta el punto de haber olvidado que nuestros principios fundamentales son intangibles.

La presencia del cofundador de la empresa Anthropic —que supo darse una capa de barniz ético cuando se negó a firmar un acuerdo con el Gobierno estadounidense— durante la presentación oficial de la encíclica da fe de que existe cierta complicidad. Cuando la verdad es que del Papa habríamos podido esperar que se distanciara de los gigantes tecnológicos y reafirmara su absoluta independencia.

Es posible que ese espíritu más voluntarista aparezca a medida que evolucionen las cosas. Por otra parte, es la humanidad entera la que debe establecer el nexo (entendido como una exigencia universal) entre la encíclica del papa Francisco, *Laudato si'*, de 2015 —dedicada a los problemas medioambientales y sociales—, y esta de ahora. Y para ello debemos esforzarnos más que nunca en exaltar al ser vivo y el genio que reside en cada uno de nosotros, los únicos capaces, en realidad, de honrar el milagro y la magnificencia de la vida dondequiera que se manifiesten.

Éric Sadin (París, 1973) es filósofo, especialista en cómo la tecnología afecta a nuestra sociedad. Su último libro es *El desierto de nosotros mismos: el giro intelectual y creativo de la inteligencia artificial* (Caja Negra, 2026).

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La esperanza de León

Diego S. Garrocho

El País

El mal no prevalecerá. Esta fue una de las afirmaciones más rotundas de León XIV en su primer discurso desde el balcón de San Pedro, inmediatamente después de haber sido elegido Papa. La intuición, por más que sea clásica, cobra aún más fuerza al pronunciarse en nuestro tiempo. En primer lugar, porque lejos de cualquier consideración ingenua, acoge la dolorosa e irrefutable verdad de que el mal existe. A veces incluso impera. Pero, sobre todo, porque activa la única pasión con la que el ser humano es capaz de confrontar el dolor presente: la esperanza.

Cualquiera que preste el oído a las palabras de Prevost, creyente o no, descubrirá que el Papa es un hombre que habla con palabras insólitas para nuestros días. Su gramática moral y los afectos que invoca se parecen muy poco al modo en el que hablan las élites políticas, mediáticas e intelectuales. Y esa singularidad responde a la intimidad de una biografía consagrada a la caridad de la misión y al cultivo espiritual del silencio. Nadie sale inmune a la lectura de las mejores páginas de san Agustín o de santa Teresa. Aunque, bien mirado, aún más honda debe ser la huella de los años compartidos con los más pobres de la provincia de Chiclayo en el Perú.

En un mundo agotado por la desorientación, la división y la violencia, reivindicar la esperanza tiene mucho de intempestivo. La libertad del pensamiento se ejerce, a veces, pensando contra la época propia. Y este Papa parece afanado en impugnar la desconfianza con la que, sobre todo los

jóvenes, parecen estar condenados a observar el futuro. Un miedo que, por cierto, ha sido conscientemente administrado.

A las nuevas generaciones, casi toda la sociedad les exige: el voto, la atención, resignación o una militancia identitaria desde la que despreciar a quien piensa de forma diferente o viene de muy lejos. León ha escrito en su encíclica algo tan raro como que la verdad no es un territorio que hay que defender, sino un bien que hay que compartir. Pongan la televisión o la radio y hagan recuento de cuántas personas proponen algo semejante.

En una sociedad sumida en la incertidumbre, León XIV ha decidido rescatar la esperanza. Quizá por eso sus palabras encuentran eco mucho más allá de los creyentes. Porque allí donde otros ofrecen miedo, odio o resentimiento, él recuerda una verdad elemental: que ninguna época ni ninguna generación están condenadas para siempre si hay hombres y mujeres valientes. Y que el mal, por poderoso que parezca, nunca debe tener la última palabra.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Los olvidados por el algoritmo

Carmela Ríos

El País

porque Khadry, un joven senegalés llegado a España en pandemia, hubiera sido uno de los inmigrantes elegidos para contar su historia al papa León XIV durante la visita al centro Cedia de Cáritas Madrid. El comentario fue compartido por 89 usuarios y recibió la aprobación de otros 500. “Que se lo lleve al Vaticano, allí va a destacar ante tanto blanco”, opinaba @Mela42betico. “El Papa rojo es un hipócrita de mierda, que cambie las leyes del Vaticano e introduzca a esos inmigrantes que tanto dice amar porque son personas”, comentaba @Vault_GirlES. Más de 200 “me gusta” ha recibido el vídeo de @franxuh, muy irritado porque tres cayucos llegados desde África serán colocados cerca del altar donde León XIV celebrará el próximo viernes la misa en el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

Al mismo tiempo que X se llenaba de estas bombitas de odio, el Papa recordaba en la homilía de la misa de Madrid celebrada ayer que “nadie puede arrodillarse ante el Señor y despreciar al hermano”, esa contradicción en la que se instalan todos aquellos que han sucumbido al potente y progresivo proceso de deshumanización de los inmigrantes, impulsado desde los sectores ideológicos ultras con la ayuda de la maquinaria de difusión y manipulación más potente: las redes sociales. Sus algoritmos deciden qué vemos, a quién escuchamos y qué historias merecen ocupar espacio en nuestra conversación pública. Premian lo que divide, lo escandaloso, lo que provoca indignación inmediata. En cada gesto de esta visita, León XIV parece estar librando una batalla silenciosa contra esa lógica.

Desde que aterrizó, León XIV no ha dejado de poner luz sobre quienes son ocultos por el algoritmo, los olvidados, los más vulnerables. En su agenda están, sobre todo, los inmigrantes, los reclusos, las víctimas de abusos de la Iglesia y los pobres. El Papa está haciendo lo mismo que los algoritmos hacen con los contenidos: decidir qué merece ser visto. Si las plataformas poseen datos, inteligencia artificial, miles de millones de usuarios y una capacidad inédita para influir en el comportamiento humano, el Papa dispone de algo que escasea en nuestro tiempo: autoridad moral. Es el líder espiritual que previene a los jóvenes, como hizo el sábado, contras las redes sociales, donde “muchas cosas nos engañan, nos cuentan mentiras”, y les recuerda la importancia de evitar vivir atrapados en “las apariencias digitales” y lejos del “estruendo de mil voces”.

Paradójicamente, León XIV es todo menos un Papa antirredes. Utiliza muchas de las herramientas de la cultura digital para cuestionar algunos de sus efectos más problemáticos. Su equipo moviliza influencers, diseña eventos pensados para ser compartidos y genera imágenes de enorme potencia emocional. Construye una narrativa reconocible y fácilmente distribuible en redes. Pero el contenido de ese relato desafía muchas de las dinámicas que impulsan la viralidad. León XIV no parece estar librando una batalla contra la tecnología, sino contra la deshumanización de la tecnología. Los mensajes y gestos de su viaje a España dibujan una misión existencial, la de edificar un contrapoder moral frente a una concentración de poder inédita en manos de los grandes ecosistemas digitales. Con armas desiguales. Frente al algoritmo, valores: la fraternidad, la acogida, la reconciliación, el encuentro. Los mensajes que León XIV no deja de invocar desde su llegada a España.

León XIV está haciendo lo mismo que las redes con los contenidos: decidir qué merece ser visto

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa debería haber ido más allá en lo que respecta a la IA

Daron Acemoglu

El País

La inteligencia artificial (IA) está transformando la forma en que nos comunicamos, accedemos a la información y trabajamos, la manera en que se distribuyen los ingresos y el estatus, e incluso el modo en que libramos las guerras. Sin embargo, el debate público sigue centrándose de forma limitada en la competencia entre los laboratorios de IA o en debates abstractos sobre las capacidades de la tecnología. Casi nadie se pregunta qué propósito debería cumplir la IA, o si nuestra mentalidad, nuestras instituciones y nuestros mecanismos de control actuales son capaces de orientar la tecnología hacia mejoras generalizadas del bienestar humano.

Por eso fue reconfortante ver al papa León XIV pronunciarse sobre el tema en su primera encíclica, que describe la trayectoria actual de la IA como una profunda amenaza para la dignidad humana. Como economista que lleva mucho tiempo argumentando que los resultados impulsados por la tecnología son una cuestión de elección, no de destino, recibo con beneplácito su intervención.

El Pontífice va por delante de la mayoría de los analistas al señalar que “la tecnología nunca es neutral, porque adquiere las características de quienes la diseñan, financian, regulan y utilizan”. Y, sin embargo, me preocupa que ni

siquiera él haya profundizado lo suficiente en la cuestión más trascendental: ¿para qué debería diseñarse la IA?

Como subrayamos junto con Simon Johnson en nuestro libro *Poder y progreso*: nuestra lucha milenaria por la tecnología y la prosperidad, una tecnología como la IA puede tomar múltiples caminos, y cada uno tiene profundas implicaciones para la sociedad. Por ejemplo, el Papa tiene razón al cuestionar la trayectoria actual de la IA en la guerra y la aplicación de la ley. Lo que era tabú hace solo unos años —la vigilancia masiva impulsada por la IA, los algoritmos que seleccionan blancos para matar— se ha convertido en algo habitual.

Ante la presión de muchos en Silicon Valley para que Estados Unidos refuerce su poder duro mediante un nuevo complejo militar-algorítmico, León XIV advierte de que “cualquier tecnología que facilite ataques sin ver el rostro de los seres humanos rebaja el umbral moral del conflicto”. El Papa aboga entonces por el “desarme de la IA” para liberarla “de la mentalidad de la competencia armada, que hoy en día no se limita simplemente al contexto militar, sino que también es un fenómeno económico y cognitivo”.

Detrás de estas preocupaciones específicas subyace una idea fundamental: el progreso tecnológico no es necesariamente progreso moral. Que algo sea técnicamente factible no significa que sea beneficioso para la humanidad. Que una tecnología sea deseable depende de quién la controla y de la ideología e intereses que la guían.

León XIV insinúa lo que yo considero el riesgo más inmediato: que, “si bien la IA promete aumentar la productividad al hacerse cargo de tareas rutinarias, con frecuencia obliga a los trabajadores a adaptarse a la velocidad y las exigencias de las máquinas, en lugar de diseñar máquinas que trabajen mancomunadamente con quienes trabajan”. Sin embargo, el Papa no llega a cuestionar la filosofía de diseño predominante de esta tecnología. El enfoque de toda la industria de la IA se centra en imitar las capacidades humanas y

automatizar las tareas humanas, con el objetivo de crear una “inteligencia artificial general” capaz de hacer todo lo que una persona puede hacer.

Esta filosofía se basa en la suposición errónea de que la inteligencia de las máquinas y la inteligencia humana son fundamentalmente similares. Los seres humanos aprendemos “a la primera”. Formulamos hipótesis a partir de unos pocos ejemplos, simulamos posibilidades en nuestra mente y refinamos nuestra comprensión a través de un proceso social de ensayo y error. Por tanto, los niños aprenden el lenguaje imitando algunas palabras, generalizando y ajustando su forma de hablar en función de cómo responden los demás. No somos muy buenos para absorber grandes volúmenes de información ni para analizar datos no estructurados en busca de patrones relevantes.

Por el contrario, los modelos de IA prosperan con conjuntos de datos de entrenamiento enormes y destacan en el reconocimiento de patrones a gran escala, pero aún no han demostrado una creatividad genuina. Carecen de experiencia en materia de interacción con el mundo real, o de capacidad para el aprendizaje por ensayo y error mediante la interacción con el mundo físico y social (salvo en casos limitados, cuando existen recompensas claras para el aprendizaje por refuerzo en ámbitos específicos).

Cuando dos cosas son diferentes, no se debe —y normalmente no se puede— utilizar una para imitar a la otra. Los resultados serían deficientes. Habría sido un error garrafal si Phil Jackson, el legendario entrenador de los Chicago Bulls en la década de 1990, hubiera presionado a Michael Jordan para que imitara todo lo que hacían Scottie Pippen y Dennis Rodman. El equipo ganó un campeonato tras otro precisamente porque estos jugadores trabajaban juntos y complementaban sus habilidades.

Lo mismo se aplica a la IA y las habilidades humanas. Utilizar la IA para realizar tareas que los humanos no pueden hacer, de modo que estos puedan ampliar sus capacidades, es más productivo que la mera imitación. En un escenario futuro en el que la IA aumente, en lugar de desplazar, las capacidades humanas, los electricistas se beneficiarían de diagnósticos basados

en IA, las enfermeras consultarían a la IA para interpretar síntomas, y los profesores podrían utilizarla para personalizar la enseñanza de cada alumno.

Los optimistas y los expertos del sector podrían argumentar que una IA centrada en la automatización puede seguir beneficiando a todos, siempre que las políticas redistributivas mantengan el ritmo adecuado. Sin embargo, este argumento tiene un historial poco favorable. Cuatro décadas de automatización digital ya han concentrado las ganancias en la cima, han debilitado los empleos de calificación media y han generado un crecimiento de la productividad agregada decepcionante. Hay pocas razones para esperar que una ronda de automatización aún más potente, implementada por un sector aún más concentrado, termine de forma diferente.

Y lo que está en juego a escala global es aún mayor que en Estados Unidos. Para miles de millones de personas en el mundo en desarrollo, donde un trabajo digno es la única vía fiable para salir de la pobreza, una agenda de IA centrada en la automatización es una receta para el desastre. Podemos y debemos exigir un diseño diferente.

Quizás el mayor fallo de la industria actual de la IA sea su negativa a reconocer todo esto. El puñado de personas que está desatando esta tecnología en el mundo se guía por una ideología de control (sobre la humanidad) y por la convicción de que las máquinas son, sin excepción, superiores a los humanos.

León XIV tiene razón al exigir claridad moral y un debate serio a nivel de toda la sociedad. Pero la conversación debe ir más allá de las exhortaciones y centrarse en decisiones concretas: medidas antimonopolio contra las plataformas dominantes, inversiones públicas en una IA complementaria al ser humano, regulación de la vigilancia y las armas autónomas, y derechos significativos para los trabajadores y los ciudadanos sobre los datos de los que dependen estos sistemas.

La intervención del Papa hace que esa respuesta sea un poco más probable de lo que era antes. Pero el resto de nosotros también debemos defender a la

humanidad.

Daron Acemoglu es premio Nobel de Economía y profesor del Instituto de Economía del MIT. © Project Syndicate 1995-2026.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

¿Es correcto que se invite al Papa a hablar en el Parlamento de un país aconfesional?

Rafael Domingo Oslé y Juan G. Bedoya

El País

León XIV fue el lunes el primer papa en la historia en dar un discurso ante las Cortes Generales españolas. ¿Hablaba como líder religioso o como jefe de Estado? Esta doble condición impregna no solo lo que dijo, sino el acto en sí.

Exactamente lo que se espera de una democracia

Rafael Domingo Oslé

Una democracia que silencia a un papa no es laica ni plural; es laicista. Por eso, la pregunta de si podía hablar en el Congreso y tocar asuntos como la inmigración, la desigualdad o la paz dice más sobre las cicatrices de nuestra historia que sobre el viaje papal. Mi respuesta es breve: no solo puede; su presencia y su palabra son exactamente lo que una democracia consolidada espera. León XIV no ha irrumpido en el Congreso: ha sido invitado. Cuando la institución que representa la soberanía nacional cursa una invitación a un líder mundial, le reconoce esa condición y le abre un cauce de diálogo. Reservarse el derecho a negociar y censurar los temas de antemano hubiese sido ejercer una censura previa, incompatible con la libertad de expresión.

El Papa no es solo un líder religioso. La Santa Sede mantiene relaciones diplomáticas con cerca de 200 Estados y aporta sobre las grandes cuestiones globales una mirada que muy pocas instituciones pueden ofrecer. A la contribución decisiva de Juan Pablo II a la caída del comunismo en 1989 me remito. También al deshielo entre Cuba y EE UU o a los esfuerzos vaticanos por alcanzar la paz en la guerra de Ucrania. Cuando León XIV habla de migración, inteligencia artificial o desigualdad, no se inmiscuye en la política partidista. Contribuye al debate público español con un punto de vista más internacional y ético.

El artículo 16.3 de la Constitución es claro. El Estado es aconfesional, pero los poderes públicos “tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española”. Aconfesionalidad no significa indiferencia ni exclusión. La invitación al Papa, lejos de violar esa aconfesionalidad, la encumbra. Reconoce la pertenencia católica de millones de españoles. Un laicismo militante que pretenda blindar la esfera pública contra cualquier voz religiosa no es más neutral, sino solo una forma de confesionalidad laica. Y toda confesionalidad incomoda por igual a una democracia plural.

Las democracias verdaderamente maduras no se plantean ese dilema. Los papas han hablado ante la Asamblea General de la ONU desde 1965, cuando Pablo VI inauguró la tradición; y desde 1999, también ante parlamentos nacionales. Juan Pablo II se dirigió ese año al Parlamento polaco y selló un momento histórico para Europa. Benedicto XVI pronunció discursos memorables en Westminster Hall (2010) y en el Bundestag (2011). Este último, sobre los fundamentos racionales del derecho, sigue siendo uno de los textos políticos más profundos del siglo. Y en 2015, Francisco se dirigió al Congreso de EE UU. Habló de inmigración, de la abolición de la pena de muerte y de la crisis climática, y nadie acusó a la institución de derribar la separación entre Iglesia y Estado. España parecía haberse quedado atrás. La invitación a León XIV ha corregido esa anomalía.

Y tanto mejor si ha hablado de inmigración o de desigualdad. Sostener que esas cuestiones están por encima de los partidos puede sonar a jugada política.

El Papa, sin embargo, no se pronuncia sobre el cómo —cuántos migrantes admitir, qué impuestos aplicar—, que es donde los partidos legítimamente discrepan, sino sobre el qué: la dignidad humana en juego. Por eso, en estas materias, es uno de los pocos interlocutores cuya palabra conserva una libertad infrecuente en el debate público.

El Congreso no es una torre de marfil ni un club político cerrado, aunque a veces lo parezca. Es la institución donde la representación nacional delibera, escucha y se mide también con voces que vienen de fuera de los partidos. La política democrática presupone que el espacio público sea plural y no propiedad exclusiva del juego electoral. Reconocer que el liderazgo social no se agota en lo político y que otras voces tienen también algo que decir es signo de salud democrática, no de debilidad.

La visita de León XIV al Congreso ha sido la cumbre, no el desafío, de la aconfesionalidad española. Nuestro país ha superado el nacionalcatolicismo y el anticlericalismo militante de antaño. La pregunta verdadera no es si el Papa podía entrar en el Congreso y de qué podía hablar, sino si la España política puede ya escuchar a un Papa (se esté o no de acuerdo con él) sin la nostalgia ni el miedo del pasado.

Rafael Domingo Oslé es catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Navarra. Su último libro es *El sentido del cristianismo* (La Esfera de los Libros).

Una humillación que rompe las costuras laicas

Juan G. Bedoya

Aviso a los fanáticos que desprecian los hechos y detestan las razones: me alegra la visita de León XIV, y que se esté desarrollando en olor de multitudes.

Ninguna sorpresa. No hay en el mundo líderes que conciten tantos seguidores e igual entusiasmo. Gran parte de mis amistades son cristianos; gusta verlos estos días de muy buen ánimo. El lema de la visita apostólica se lo pide: “Alza la mirada”. Los obispos la han tomado del Evangelio de san Juan (4, 35). Invita a alegrar los corazones porque han sido superadas amarguras del pasado. Y más adelante denota un estado de ánimo: “Os envío a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo”. Sinceridad bíblica.

Con la visita de León XIV, los obispos buscan espantar disgustos. Por fin, un papa. La negativa del anterior a visitarles ahondó desprestigios. En 12 años de pontificado, Francisco visitó 69 países. ¿Por qué se negó a venir a España? Los motivos eran clamorosos. No entendía que la Conferencia Episcopal execrase la Ley de Memoria Democrática. El disgusto tenía que ver con sus vivencias en Argentina, donde aún se busca a miles de personas desaparecidas a manos de la dictadura. En España también son miles. “Una sociedad no puede sonreír al futuro teniendo sus muertos escondidos”, proclamó.

Le irritaba, además, la actitud displicente de la mayoría de los prelados en el combate contra la pederastia eclesial, pero también su afán de riqueza inmatriculando (registrando a su nombre por cuatro perras) decenas de miles de bienes del pueblo, incluida la Mezquita de Córdoba. Francisco lo tomó como una espantosa desviación del Evangelio. Quería una Iglesia que oliera a oveja, pobre para los pobres, misericordiosa. Me pregunto qué pensaría ante la exhibición de privilegios y dineros desplegados para rendir pleitesía a su sucesor. El cristianismo es, en su origen, un culto a la personalidad, pero abruma el exhibicionismo con que se anuncia que hay ricos que pagan un millón por reunirse con León XIV. Cuesta creerlo. Imagino al papa argentino preguntándose qué diría Jesús estos días si visitase Madrid. Jesús no habría entendido nada.

Entre tanta parafernalia, escandaliza el empeño de la Conferencia Episcopal en lograr que León XIV entrase triunfante al Congreso a predicar a su gusto. Digo predicar; es el término correcto. El Papa está en España “en visita

apostólica”. Es decir, acudió a la sede de la soberanía popular como apóstol, como enviado del Evangelio, no como jefe de un Estado, el Vaticano, que no es precisamente un modelo del que presumir: autocrático, sin algunos derechos humanos elementales (¡ay, las mujeres, cuánta marginación!), y al mando de una persona que se dice infalible y posee todos los poderes, sin oposición. Modelo para armar, titularía Julio Cortázar.

Los obispos han logrado que las Cortes y el Gobierno aceptasen tan insólita petición. Gran triunfo, pero envenenado de raíz. “La Conferencia Episcopal confirma que ha hecho una solicitud a las presidencias del Congreso y del Senado para una sesión conjunta con el Papa, por indicación de la Santa Sede”, informaron el 26 de febrero. Y llegaron a aludir a la enormidad de que el Papa presidiría una sesión conjunta con el Senado. Resultaba difícil que las Cortes y el Gobierno aceptasen la petición. Y ha ocurrido. A Constantino, por reconocer al cristianismo en Nicea como religión oficial del Imperio, lo premian desde entonces con el apelativo del Apóstol 13. Alguien quisiera ahora que a Pedro Sánchez lo apodaran ahora el Apóstol 14. Ya se hacen bromas.

En un Estado aconfesional como el español lo decidido es una humillación como la de Canosa. Peor aún. La Constitución solo alude explícitamente a la sesión conjunta de ambas Cámaras para determinadas competencias no legislativas de las Cortes relacionadas con la Corona.

Un Estado aconfesional no debería prestar su púlpito a ninguna fe. El precedente de León XIV rompe las costuras laicas. Mañana, ¿por qué no invitar a las Cortes a un gran imán o a los líderes protestantes? ¿Por qué no un discurso del Dalái Lama? No hay religiones de primera y de segunda. No vale decir que es “solo un gesto”. En democracia, los gestos son arquitectura institucional.

Juan G. Bedoya es periodista.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Actos y autos de fe

Antonio Muñoz Molina

El País

A Jorge Luis Borges le intrigaba que a todo lo largo de los Evangelios Cristo escribe una sola vez; lo hace sobre tierra o arena, y no llega a saberse lo que ha escrito. La escena está en el Evangelio de Juan, contada con la prosa seca del Nuevo Testamento, que, según el gran especialista Antonio Piñero, fue escrita en un griego más bien rústico y nada literario. El resultado es de una austera eficacia visual, que le hace a uno pensar en *El Evangelio según san Mateo*, de Pasolini. Unos letrados y fariseos le presentan a Cristo a una mujer acusada de adulterio. Hay mucha gente alrededor. Con el propósito de tenderle una trampa, los hombres citan la ley de Moisés, que castiga el adulterio con la muerte por lapidación, y le preguntan qué considera él que se debe hacer. Cristo no dice nada. Se inclina sobre la tierra y escribe algo en ella con un dedo. Los acusadores siguen preguntando. Él se incorpora y dice, en la edición castellana de Piñero: “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojarle una piedra”. A continuación, vuelve a inclinarse, y escribe de nuevo. Mientras tanto, los acusadores y los curiosos y testigos, quizás lapidadores voluntarios, “salieron uno por uno comenzando por los ancianos, y se quedaron él solo y la mujer”. El relato no puede ser más lacónico, y más lleno de sugerencias que nuestra imaginación añade: el silencio después del clamor colectivo, la retirada gradual, la escena que se queda vacía, esa mujer de pie, el hombre que deja de escribir y se incorpora cuando han quedado solos los dos. Parece que es entonces cuando mira a su alrededor y se da cuenta de que toda esa gente que parecía tan dispuesta a ejercer su bárbara justicia se ha ido. Dice:

“Mujer, ¿dónde están? Ninguno te ha condenado?”. Y añade, y aquí termina sin más el pasaje: “Tampoco yo te condeno; vete y a partir de ahora no peques más”.

A nosotros el detalle del dedo que escribe sobre la tierra nos parece una sutileza literaria. Según Piñero, tiene un sentido simbólico, porque los mandamientos de la ley de Moisés los escribió el dedo de Dios sobre tablas de piedra. Uno puede pensar que una nueva ley escrita sobre la tierra común que todos pisamos será más compasiva, menos sujeta a la rigidez del dogma, al ser tan fácil de borrar y de escribir de nuevo.

Tuve una infancia y una primera adolescencia católicas, como todo el mundo de mi generación, pero a la lectura atenta de los Evangelios he llegado muy tarde, después de una vida entera apartado a conciencia de cualquier práctica o creencia religiosa. A la Iglesia española, y a un cierto número de sus representantes en la Tierra, les debo un valioso regalo intelectual: el rechazo precoz de toda forma de creencia en una divinidad providencial y justiciera, en la vida eterna, en el premio del cielo y el castigo del infierno. Hacerse ateo, racionalista y anticlerical a los 14 o 15 años, en la España de Franco y de una Iglesia franquista y tridentina, era una pequeña rebelión personal que no habría sido tan precoz sin el rechazo que aquella gente provocaba. A nosotros no se nos daba a leer el Nuevo Testamento, ni se nos educaba la sensibilidad literaria con las muchas bellezas del Antiguo. El arte religioso que veíamos eran blandas estampitas piadosas, santos y vírgenes de escayola, cuando no cuadros ennegrecidos de torturas de mártires o de almas aterradas quemándose en el infierno. En cuanto a la música, pasamos de los cánticos sombríos a las simplezas de las guitarras y las flautas que tocaban El cóndor pasa en el momento de la consagración.

La vulgaridad estética, el feísmo sanguinario de los mártires desollados o amputados y de los crucificados con pelo natural y manos y pies atravesados por clavos, eran el espejo de la corrupción política y moral de una Iglesia parasitada en toda la mugre de la dictadura, beneficiaria del botín de guerra de la enseñanza, instalada en una supremacía sobre lo cotidiano que le costará

mucho imaginar a quien no la vivió. Si aparecía un cura por la calle, los niños teníamos que ir corriendo a besarle la mano. En las puertas de las iglesias había unas fichas con la “clasificación moral” de las películas, que podían recibir un 3R (mayores con reparos) o incluso un 4, que las calificaba como “gravemente peligrosas”. Que unas películas ya autorizadas por la censura franquista pudieran contener tales extremos de pecado da una idea de la mentalidad eclesiástica de aquellos tiempos. Ir a verlas era pecado mortal. Y, como los buenos catequistas nos advertían, morir en pecado mortal garantizaba el fuego del infierno, que no era metafórico. Un cura encendía una cerilla y te retaba a que pusieras un momento el dedo en la llama: si apenas lo podíamos aguantar, ¿cómo sería quemarse así, sin tregua, sin alivio, sin fin, no un año, ni diez, ni cien, ni mil, sino toda la aterradora eternidad? Sembrar ese grado de angustia en una imaginación de siete años, edad a la que hacíamos la comunión, es sin duda una hazaña pedagógica que tarda en olvidarse. Que alguno de aquellos bondadosos agoreros cayera además en la tentación de meternos mano no es un matiz secundario.

La saludable rebeldía puede también derivar en prejuicio, en negación irreflexiva. En la militancia antifranquista encontré por primera vez a cristianos con los que tenía más cosas en común de las que había imaginado. Uno de ellos, que sigue siendo amigo mío, me dio a leer un libro que hablaba de las enseñanzas de Cristo bajo una luz del todo ajena a la de los curas de mi infancia: *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*, de Fernando Belo. Poco a poco, a lo largo de los años, he ido siguiendo rastros éticos y estéticos que me han revelado formas de espiritualidad compatibles con el laicismo y el racionalismo que fui haciendo míos desde el final de la adolescencia, y a los que no he renunciado nunca. Hay una profunda sensación de lo sagrado que puede ser ajena a toda idea religiosa —al menos en el sentido occidental de la palabra— y que a uno lo exalta, por ejemplo, en una obra de Bach o de Tomás Luis de Victoria, en un *Negro spiritual*, en una saeta flamenca, en cualquiera de las escenas evangélicas de Caravaggio, en un poema de san Juan de la Cruz; y, sobre todo, en la plena contemplación silenciosa de la naturaleza, o en esos estados nada místicos ni vaporosos de la meditación budista, en los cuales, con

disciplinado adiestramiento, se pueden ver las cosas como son, dentro y fuera de uno, en lo que Manuel Machado llamó “la tranquila belleza del presente”.

Monjas y curas católicos, rabinos, pastores luteranos, marxistas de espíritu abierto, desfilaban del brazo de Martin Luther King en las marchas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam. Nada es simple, ni fácil. La misma Iglesia católica que se alía con los ricos y con la derecha española para privatizar cada vez más la educación, ejerce a través de Cáritas y de sus voluntarios una asistencia imprescindible a quienes ese amigo mío que me ayudó a leer de otro modo el Evangelio llama “los últimos de los últimos, los que no quiere nadie”. El Papa que defiende la justicia y la paz con una rotunda claridad y una elocuencia que han desaparecido del idioma de la izquierda también condena el derecho al aborto y a la muerte digna y elegida. Los llamados evangélicos en Estados Unidos propagan el capitalismo y el racismo extremos y anuncian con júbilo el apocalipsis. A la mujer adúltera a la que Cristo disculpó hay millones de voluntarios dispuestos a ejecutarla, con una piedra en una mano y un libro de feroz monoteísmo en la otra.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Arsa la mirada

Lola Pons Rodríguez

El País

En el catálogo de frases insufribles que los andaluces estamos condenados a soportar cuando revelamos nuestra procedencia están las pronunciadas por quienes, supongo que con voluntad empática, nos reciben con un “¡Ozú, de Sevilla!”, o “¡Arsa, de Cádiz!”. Aunque palabras como *ozú* y *arsa* son reales y se pueden localizar en contextos concretos de la vida andaluza, ni son frecuentes ni conforman la banda sonora de nuestra existencia. La primera es una evolución desde *Jesús* dicha admirativamente y con ceceo. La segunda, *arsa*, proviene de la pronunciación vulgar del imperativo *alza*. Quizá en un tablao flamenco, genuino o montado para disfrute de turistas ante paellas fluorescentes, podrán sonar ambas voces en una sola velada; en mi día a día apenas las he escuchado. Por eso, suelo responder con una mueca de resignado hartazgo cuando me toca encajarlas como contraseñas de una identidad andaluza otorgada externamente.

Que *arsa* me parezca la cristalización verbal de un tópico que nos ha reducido a los andaluces al papel de comparsa jaleadora no significa que el vocablo no exista o que carezca de plena legitimidad dentro del idioma. En la lengua española, varias palabras que vienen de verbos en imperativo con tuteo (*anda, dale, mira, toma*) o sin él (*vaya* y *venga*) han dejado de funcionar estrictamente como verbos para convertirse en partículas (técnicamente son marcadores discursivos) con las que se apela de alguna forma a nuestro interlocutor. Aunque hoy ya no tiene el uso de otros imperativos nacidos del mismo

esquema de exhortación, *alza* debió de usarse antiguamente para dar ánimo entusiasta a quien estaba ante el hablante y conminarlo, en un entorno claramente festivo, a que alzase los brazos, la falda o los pies al zapatear.

El aspecto mismo de la palabra ha quedado asociado a un contexto folclorizado y, en su forma, presenta dos marcas que se suelen identificar apresuradamente con Andalucía: el seseo y la conversión de l en r que en los manuales de dialectología se conoce como rotacismo (*arcarde, farda*). Ninguno de estos dos fenómenos es exclusivamente patrimonio de los andaluces: el seseo es general en Canarias y América; una buena parte de los hablantes americanos y los europeos meridionales altera de alguna forma las consonantes l o r cuando les sigue una consonante. Donde en zonas de España es común decir *arcarde* o *farda*, en ámbitos caribeños lo normal es escuchar *amol* y Nueva Yol, como nos ha martilleado recientemente el puertorriqueño Bad Bunny. Si el Papa, anglohablante de crianza, ha prestado atención a los sonidos que lo rodeaban en su estancia en España, puede haber coleccionado para su lema *Alza la mirada* pronunciaciones diversas en tres de las ciudades españolas que ha visitado: en Barcelona un *alza* pronunciado con la ele velarizada, pronunciada atrás, muy característica del español de Cataluña; en Santa Cruz de Tenerife *alsa* y quizá *arsa*, porque el rotacismo se da también en Canarias; en Madrid *alza*. El propio Pontífice, diciendo *alsa* (aprendió español en Perú) ha contribuido a mostrar que el seseo es mayoritario en la pronunciación de nuestra lengua y que quien piensa que hay solo una forma de ser hablante de español no es pecador, pero sí ignorante.

Por otra parte, al usar el catalán en varias partes de sus discursos en Barcelona, León XIV ha mostrado también que quien cree que solo el español es válido en el uso público en España sigue extraviado en el catecismo falso del monolingüismo. Al hablar catalán en Cataluña, el Papa no incurre en nada peregrino ni revolucionario. Se ha limitado a actuar como vienen haciéndolo el rey Felipe VI o la princesa Leonor desde hace años cuando comparecen ante catalanohablantes: hablando en catalán.

Por eso, aunque entiendo que rozar a un papa tiene que provocar en algunos espíritus una mezcla conmovedora de emoción y trascendencia, no entendí que una diputada nacionalista de Junts interceptase esta semana al Pontífice en un pasillo del Congreso, le impusiera la propia mano en el brazo y le hiciera saber que, por respeto a su nación (la de ella), él debía hablar catalán en Cataluña. Pedirle justamente al papado, veterano campeón del poliglottismo desde Pentecostés a las bendiciones *urbi et orbi*, que tenga consideraciones lingüísticas es recordarle al mar la necesidad de la marea. Cierto es que la diputada le habló en inglés, mostrando una encomiable solidaridad con los habitantes de Gibraltar, pero revelando que el monolingüismo del catalán es tesis central en el cisma independentista.

Ustedes dirán, y no les faltará razón, que si esto es lo que me ha quedado de la visita del Papa a España. Y sí, es lo que me ha quedado, porque veo el mundo como lo veo, solo hecho de palabras. Pero el lema, más allá de la reflexión dialectológica a la que me arrastra, también me interpela: hay que subir los ojos, alcemos la mirada. Alcémosla para no caer en el tópico provinciano de pensar que nuestra lengua (sea el español o el catalán), encerrada en la capilla de nuestras certezas políticas, constituye la única medida legítima de todas las cosas. Y sobre todo hay que alzar la mirada para no contemplarnos el ombligo ni, menos aún, tenerlo como horizonte.

Lola Pons Rodríguez es historiadora de la lengua y catedrática de la Universidad de Sevilla.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Explícaselo a un niño

Ana Iris Simón

El País

La visita del Papa a España ha tenido tanta enjundia que su análisis es casi inabarcable. Podría reflexionarse largo y tendido sobre las cuestiones relativas a la Doctrina Social de la Iglesia que el Pontífice ha escogido destacar en nuestro país y por qué. Podría discutirse si la aconfesionalidad del Estado ha quedado en entredicho, amenazada por la presencia del Pontífice en el Congreso, como hemos oído clamar a liberales de izquierdas y derechas. Podría analizarse si el aplauso de siete minutos que recibió León XIV por parte de nuestra casta política es un gesto de humildad o de oportunismo. Y, en caso de que sea lo segundo, preguntarnos por qué es oportuno, por qué da rédito en este momento aplaudir un discurso como el del Papa. También podríamos analizar la jeta de nuestros políticos de uno y otro signo troceando lo que dijo León XIV en el hemiciclo y arrojándolo a la cara al contrario, incapaces de atisbar que el Evangelio no cabe en sus dogmas. Pero todas esas cuestiones quedan en agua de borrajas si uno se fija en el papel que han tenido los pequeños en esta visita. En la explicación de la Torre de Jesucristo que hizo Valentina, que es ciega y le contó al Papa que ella ve con el corazón y con las manos. En la ternura de los niños que ha bendecido a su paso, como el pequeño Mateo, que tiene tres años y un 75% de discapacidad. En la alegría de Roscón, el hijo con síndrome de Down de Samantha Vallejo, al conocer al Pontífice. Y en las preguntas de Renzo, que a sus seis años le expuso a León XIV sus dudas sobre Dios y el mundo, que eran ni más ni menos que algunas de las cuestiones a las que lleva dos milenios intentando responder la teología.

“¿Por qué mi papá y mi mamá están tan preocupados? ¿Por qué mi papá tiene tantos trabajos? ¿Por qué hay tantas personas que viven en la calle? ¿Dios quiere que haya pobres y ricos? ¿Por qué hay tantos abuelos solos si son tan importantes? ¿Por qué hay personas a las que les pasan cosas malas y a otros no?”.

“La realidad prevalece sobre la idea, porque la realidad simplemente es, la idea se elabora”, dijo León XIV en el Congreso. Y los niños, pobres aún en ideas, son los más ricos en realidad. Por eso la radiografía de Renzo tiene más fuerza que cualquier tratado sociológico. Por eso Cristo, ese Dios que se hizo niño, que tuvo que ser cuidado, que necesitó que alguien le diera sus primeros alimentos y le enseñara a andar, nos dijo que nos hiciéramos como ellos. Porque “de los que son como ellos es el reino de Dios”.

En estos días en los que algunos andan escandalizados porque el Papa haya defendido en el Congreso la acogida del inmigrante o la vida desde la concepción hasta el ocaso pensaba en cómo sería intentar explicarle la legitimidad de la “prioridad nacional” que defienden unos a un niño, pero también del derecho al aborto libre que defienden otros. No en caso de violación ni de riesgo de la madre o el crío, sino en el que se da en el 94% de las ocasiones: que no se desea tener un hijo.

También pensaba en el pasaje bíblico que da nombre a un libro maravilloso, *Al paso de los niños*, del religioso Rafael Belda. Está en el Génesis y relata cómo Jacob, tras su arrepentimiento y su reconciliación con su hermano Esaú, es invitado a continuar el camino junto a él. Y Jacob responde que sí, que irá, pero que lo hará más lento, pues lleva consigo a sus pequeños. Que continuará el camino, pero al paso de los niños. Cuánto mejores seríamos, como individuos y como sociedad, si hiciéramos como Jacob. Si fuéramos, como ha ido el Papa estos días, al paso de Valentina, Mateo o Renzo.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Los silencios del papa Prevost

Máriam Martínez-Bascuñán

El País

El Papa ha logrado que un país con 1.621 acusados de abusos a más de 3.000 víctimas documentadas hable durante una semana de migración, humanismo, polarización... y sólo marginalmente de los abusos. ¿Por qué aceptamos este desplazamiento? León XIV diseñó su viaje para presentarse como el papa político pos-Francisco. Habló de verdad y dignidad y denunció en el Congreso la xenofobia, y también dictó con precisión qué cosas siguen siendo “espirituales”, inexpugnables al lenguaje de la justicia. En Montserrat, donde la propia abadía concluyó que el monje Andreu Soler abusó de menores durante más de 30 años, no dijo una palabra. En la Conferencia Episcopal, se sentó a su mesa el cardenal Rouco Varela, acusado de encubrir dos casos de pederastia, por uno de los cuales el arzobispado de Madrid acabó condenado a indemnizar en 2007. A puerta cerrada habló de “justicia” y “reparación”, pero fuera, donde el mundo le escuchaba, sólo habló de una “herida”. Las palabras del derecho donde nadie le oía; las del consuelo, ante la opinión pública. Pero las palabras solo obligan si se dicen en voz alta. Por eso, Montserrat fue el lugar donde el silencio se convirtió en acto.

Sara Ahmed, teórica británica, ya habló de las instituciones que dicen escuchar las quejas para no atenderlas, cuando decir “escuchamos” reemplaza al acto de la escucha. Pero leamos a Prevost: “Cada persona herida debe poder encontrar escucha sincera, acogida, protección y caminos reales de sanación”. No dice “víctima”. No nombra el delito. Convirtiendo a una víctima de abuso en una

“persona herida”, el sujeto pierde su estatuto jurídico y se queda solo con su dolor. Y el dolor, a diferencia del delito, no comparece ante un juez. Pero Europa se hizo arrebatando a la Iglesia esta gramática. Lo escribió una mujer en 1847. En *Jane Eyre*, Charlotte Brontë cuenta cómo, a punto de casarse con Rochester, Jane descubre que tiene una esposa encerrada en el desván. Él le ofrece amor, protección, el cuidado que una mujer sin recursos podría desear. Igual que la Iglesia a sus víctimas: el cuidado de quien les ha dañado, a condición de su silencio. Pero Jane se va y pronuncia una frase que es uno de los nacimientos secretos del individuo europeo: “I care for myself”. Me importo a mí misma. La negativa a que sea otro (hombre, institución o autoridad) quien decida cómo se nombra lo que se ha vivido.

Lo mejor de Europa se construyó sobre ese gesto: la emancipación de las mujeres, los derechos de los trabajadores. En su mejor versión, Europa quitó a la Iglesia las palabras del dolor humano y las puso en manos de quien sufre. ¿Por qué volvemos a pedir a Roma lo que tardamos siglos en arrebatarle? Las palabras seculares de la dignidad parecen huérfanas, gastadas por la política, vaciadas por el mercado, y una autoridad antigua, vestida de humanismo, se ofrece a devolvérmolas. Aplaudimos a un papa que habla de migrantes con el lenguaje de los derechos y de las víctimas de su Iglesia con el de la compasión, y no notamos (o preferimos no notar) que esa asimetría es lo que habíamos aprendido a no tolerar. Frente a la Nunciatura protestaban las víctimas a quienes no quiso recibir Prevost: molestas, díscolas, las que exigen ser nombradas, no solo consoladas. Ellas sostienen hoy lo mejor de Europa. Dicen, 200 años después de Jane: “Me importo a mí misma”. Es la frase más humanista que se ha pronunciado esta semana. Y no la dijo el Papa.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un León despedazado

Elvira Lindo

El País

Siete minutos de aplausos. Al estilo de un congreso del Partido Comunista soviético. Siete minutos. Pruébenlo, aun a riesgo de parecer tronados delante de los suyos: levántense y comiencen a aplaudir con energía y sin perder entusiasmo, sigan así, siete minutos. Solo de esta manera percibirán lo largos que son. Los profesionales de la radio saben bien lo que vale cada segundo: al cabo de tres minutos uno ya no sabe ni lo que aplaude. Ah, perdón, sí que lo sabían en este caso. Aplaudían para patrimonializar a quien pronunció el discurso, aplaudían para no dejar de aplaudir antes que el de al lado o para afirmar que lo escuchado está en consonancia con la ideología propia, aunque ocurra que lo expuesto por el padre santo esté radicalmente en contra de lo que a diario se defiende a gritos, con sarcasmo o violencia verbal. Sin piedad. Aplaudía la derecha porque siempre ha considerado que en España la voluntad de Dios está de su parte, no le falta razón, pero tampoco le sobra, dado que ignora a esos otros fieles que anteponen la compasión y la generosidad al interés propio. Aplaudía Díaz Ayuso con su traje negro y su moño de devota, como transida, y a las pocas horas denunciaba públicamente que los que nos llegan en pateras van armados con móviles. ¡Móviles en África! Estamos perdidos. Aplaudían muchos en connivencia con la extrema derecha, convirtiendo al Papa, y esto sí que es inaudito, en un progre. Aplaudían quienes creen que su patria es solo para los cristianos, quienes recurren al discurso colonialista de la evangelización al salvaje.

Aplaudía la izquierda satisfecha por el sapo que se han de tragar los de la “prioridad nacional”, aplaudía porque este papa, sereno y cultivado, impone un silencio eclesiástico cuando recuerda que no deben existir los excluidos, que no hay vida más valiosa que otra. Pero la izquierda también hubo de aplaudir fingiendo que no se enteraba cuando escuchó aquello de que el ser humano no tiene derecho a acabar con el dolor si el dolor emana de la enfermedad.

Aplaudieron las diputadas feministas, aunque no hay papa sobre la Tierra ni ha habido ni habrá que esté de acuerdo con el derecho de las mujeres a decidir sobre su cuerpo. Aplaudieron porque esa mañana en que el estrado se convirtió en púlpito priorizaron lo urgente. Es justo reconocer que el discurso a favor de los inmigrantes emanaba un halo de samaritanismo en estos tiempos de crueldad. Aplaudieron siete minutos hasta los entusiastas de Trump, los partidarios de la guerra, los equidistantes con Israel, los que ignoran a las víctimas de Gaza, aun sabiendo que este papa se haya medido con Trump por dichos asuntos.

Aplaudieron también quienes habiéndose erigido en defensores de las víctimas de los abusos de la Iglesia toleraron que ese asunto no entrara en el orden del día. Aplaudieron las mujeres ignorando a esas otras mujeres católicas que quisieran una Iglesia igualitaria, más allá de las sotanas. Aplaudieron como asumiendo que cada uno estaba recibiendo su pedazo de discurso: los proinmigrantes, los de la “prioridad nacional”, los antiabortistas, los contrarios a la muerte digna y también sus defensores, los creyentes en una iglesia compasiva y social, los que afirman a los cuatros vientos que los españoles no matan ni violan ni roban, que eso es tarea de los que llegan en patera con el móvil en la mano.

Aplaudieron todos, pero no por lo mismo, contentos como niños con su pedazo de Papa en la boca. León XIV, sin pretenderlo, terminó personificando las palabras de san Pablo cuando dijo aquello de ser todo para todos los hombres. Se hizo la paz en el Congreso, concluyó un iluso cronista, pero la paz duró menos de siete minutos. Más reflexión provocaron las palabras de los migrantes del muelle de Arguineguín pronunciadas a la intemperie, fuera del

contexto partidista, ante las que no cupo más que el silencio y la inevitable vergüenza porque su dolor exista.

Este artículo se publicó en [El País](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

LA RAZÓN

DIARIO INDEPENDIENTE DE INFORMACIÓN GENERAL - LUNES 8 DE JUNIO DE 2026 - AÑO XXVIII - 10.000 - PRECIO 2,00 € - EDICIÓN MADRID



De Madrid al cielo con León XIV

Más de un millón y medio de personas participan
en una histórica misa del Corpus Christi **p. 60 32**

José Cobo: "El Papa nos ha pedido disculpas por el lío en el que nos ha metido"

José Beltrán

La Razón

El cardenal arzobispo de Madrid y vicepresidente de la Conferencia Episcopal ejercerá durante algo más de tres días de anfitrión del Pontífice agustino con una agenda que han diseñado mano a mano

Hoy, a las diez y media de la mañana, estará al pie de escalerilla en Barajas. Como primer anfitrión eclesial de León XIV. Y como vicepresidente de la Conferencia Episcopal Española. El cardenal arzobispo de Madrid, José Cobo, sabe que el Papa no ha elegido la capital como un añadido a Barcelona y Canarias. El Pontífice agustino quería estrenarse en Europa y en Iberoamérica entrando por la Villa y Corte. Y de la mano de un purpurado en quien ha confiado una minuciosa agenda de algo más de tres días que marida las celebraciones eclesiales con los encuentros que hablan de una Iglesia que quiere dialogar, que no confrontar, con la sociedad en la que se mueve. «Creo que no esperábamos, y el propio Papa tampoco esperaba, una acogida tan amplia por parte de tantos sectores de la sociedad, no solo dentro de la Iglesia sino también fuera de ella», comparte.

¿Le han salido demasiadas ojeras en estos últimos días de preparativos?

Alguna se deja ver, pero estamos en los márgenes organizativos de previsión que habíamos manejado. La verdad es que estamos preparando todo en un tiempo récord. Ahora sí aparecen esos nervios propios de última hora, de perfilar detalles, de estar en manos de los programas informáticos para confirmar y distribuir inscripciones, invitaciones y acreditaciones... Son días de mucha intensidad, porque a esto se suma todo el engranaje técnico. Lo que sí están preparados son los actos porque han sido fruto de un trabajo en equipo, no solo de la Iglesia de Madrid, sino de muchas personas de diferentes entidades con las que hemos querido contar para que esto no sea cosa de unos pocos. Solo el staff central de Madrid está compuesto por más de 300 personas. Estuve con todos reunidos hace unos días en una eucaristía y fue ahí donde respiré, sobre todo, porque vi a la gente feliz, entregada, dando lo mejor que tienen y pueden. Cuando se pone todo lo que está tu mano, eso tranquiliza mucho. En términos generales podemos decir que todo va a buen ritmo. Aunque eso no hace que se te quite ese pequeño hormigueo porque hay elementos que no controlas, porque no depende de nosotros.

¿Cuál es el criterio que utilizará el cardenal arzobispo de Madrid para considerar un éxito o un fracaso este primer viaje de León XIV a España?

Creo que el éxito es que conmueva a todos y a cada uno. Que la gente que pase dentro de un tiempo por la sede de algunos de los actos que vamos a celebrar diga: Yo estuve allí y esto me abrió los ojos. Si esto sucede, no la semana siguiente, sino dentro de un año o de dos, significa que les habrá tocado el corazón. Y que no será solo el recuerdo de la visita de un Papa, sino que Jesús mismo habrá pasado por su vida.

Dentro de cinco años alguien evaluará el triunfo dependiendo de las vocaciones al seminario o del freno en la bajada de número de católicos del CIS. A juzgar por las cifras, lo cierto es que los viajes de Juan Pablo II y Benedicto XVI no parece que logran ese efecto-llamada...

Estoy convencido de que esa no puede ser la vara de medir. Cuando hablamos de los viajes apostólicos de un Papa, que son eminentemente misioneros, no se

pueden valorar desde un crecimiento de la Iglesia en cifras. Para mí, esta visita de León XIV ha de apreciarse desde la capacidad que tengamos para dialogar con la sociedad en la que nos ha tocado vivir, abrir puertas y tejer redes. Y eso no se puede baremar al peso. Y, de puertas para adentro, desearía que el viaje tenga un impacto de hondura en la vida de la Iglesia. Queremos que la presencia del Sucesor de Pedro nos ayude a crecer en nuestra identidad como creyentes desde una perspectiva eminentemente misionera, de propuesta, no de imposición ni de proselitismo, en medio de nuestro mundo para afrontar todos los retos que tenemos por delante, que no son pocos. Y ahí es donde entra en juego el diálogo con la vulnerabilidad, el diálogo con la cultura, el diálogo con la economía, el diálogo con la política y, por qué no decirlo, el diálogo dentro de nuestra propia Iglesia. Creo que todas estas aristas están presentes en cada uno de los encuentros y celebraciones que León XIV va a presidir en la ciudad de Madrid.

Sin embargo, hay quien considera que hubiese sido más útil un encuentro con las universidades católicas y no con la sociedad civil, como se va a producir en la tarde del domingo en el Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid...

Así es, pero esta es la mirada de misionera que nos proponen tanto Francisco como León XIV. No podemos estar siempre mirándonos a nosotros mismos. Para eso, vamos a tener el encuentro de la Iglesia diocesana de Madrid, de la mano de las diócesis de Getafe y de Alcalá, el lunes en el Santiago Bernabéu. Desde aquel Concilio Vaticano II creo que aprendimos a que no tenemos que ser tan autorreferenciales, sino que debemos estar atentos a los signos de los tiempos. Y eso pasa por tener en cuenta al otro, al que está en la otra orilla de Galilea. Esta disposición misionera es una apuesta que el Papa actual está empujando desde el principio.

¿Teme que los actos multitudinarios como la vigilia de los jóvenes o la misa del Corpus sean interpretados en términos de exhibición de músculo eclesial en las calles?

No, porque yo creo que no lo necesitamos. El músculo eclesial se mide, de manera discreta y sin que nadie ponga el foco, todos los domingos en las quinientas parroquias que tenemos en Madrid. Ese es nuestro músculo silencioso del que no presumimos ni queremos presumir. El músculo de nuestra Iglesia está en los pobres que estamos acompañando para que salgan adelante. Yo no plantearía este viaje desde esos criterios de exhibición, sino desde criterios de identificación. Es decir, ahora mismo hay una sed también en la sociedad de espacios comunes, de compartir, de vecindad. Y me alegra que sea la iglesia la que en estos tiempos pueda entreabrir esa puerta, de ofrecer puntos de encuentro conjuntos. Más que músculo, buscamos ofrecer una bocanada de aire fresco.

Se mira con lupa la intervención del Papa en Las Cortes el lunes 8 de junio. ¿Si León XIV hace en el Congreso una defensa de la vida frente al aborto y la eutanasia será de derechas y si defiende la regularización de inmigrantes será de izquierdas?

¿Y si mencionara ambas cuestiones? El Papa, como lo es el propio Evangelio, va a explicar la mirada de la Doctrina Social de la iglesia, que coincide en unos temas con unos y en otros temas con otros. En el fondo hablar de los derechos humanos, de la dignidad humana y del bien común es algo en lo que todos deberíamos coincidir.

¿Ha sido una obsesión del cardenal de Madrid que el Papa arrancara su visita a España por Carabanchel?

No lo llamaría obsesión, sino posibilidad. Lo que sí es cierto es que, si se nos ofrecía la posibilidad de que conociera la realidad de la Iglesia de Madrid, esa realidad se gesta en la mayoría de los barrios que tenemos. A veces, cuando alguien llama a tu casa, no le dejas pasar más allá del recibidor. Nosotros queremos que el Papa entre a fondo, que conozca de primera mano el salón de la vida de la Iglesia, en el cuarto de estar donde nos estamos gastando la vida. Y eso es precisamente lo que representa el centro Cedia de Cáritas Madrid

para personas sin hogar, donde también podrá encontrarse a quienes trabajan en la pastoral social y quienes son acompañados en tantos proyectos.

Si no tengo medio millón de euros, ¿no le puedo estrechar la mano a León XIV?

El Papa va a dar la mano a todo el mundo. Lo que sí es verdad es que la gente que nos ha ayudado más, por ejemplo, como las monjas de clausura que llevan rezando por el buen transcurso y los frutos del viaje desde que se enteraron, vamos a tener un gesto hacia ellas que pasa por ubicarlas en un lugar de la catedral de la Almudena donde estén cerca del Santo Padre. Son gestos de agradecimiento que hacemos, pero no es una contraprestación. Yo creo que a todo aquel que ha aportado algo al viaje del Papa buscamos agradecerse de alguna manera. Al menos, en Madrid lo hemos planteado desde el principio, no como una contraprestación, sino como la mejor manera que tenemos de dar las gracias por tanta generosidad, lo mismo al voluntario que está echando muchas cosas en su parroquia que cualquier entidad que colabora para sostener la visita.

Sé que no me puede confirmar si va a haber audiencia o no del Papa a las víctimas de abusos. Pero, ¿merecen estas víctimas mantener un encuentro con el Santo Padre?

Sí. El Santo Padre ha mantenido y mantendrá sea donde sea encuentros de escucha, perdón y reparación con las víctimas. Que tenga o no tenga aquí en España una reunión concreta no quita ni desmerece el interés y la preocupación real que tiene el Papa por poner a las víctimas en el centro. Y no solo él, la Iglesia está haciendo un esfuerzo grande en acompañar a las víctimas de todo tipo de abuso. La agenda privada del Papa en Madrid todavía no se ha cerrado y tiene un listado de peticiones por delante. Eso lo decide el Papa directamente, por eso tampoco creo que tengamos que forzarle ni tampoco acosarle con qué es lo importante y no. Pero desde luego, las víctimas están presentes en la Iglesia española, las víctimas están presentes en Madrid de forma muy honda. Las víctimas están presentes en la vida del Vaticano.

Quiero decir que no es una moda ni es postureo, es una sensibilidad real que se traduce en acciones concretas. Lo que ocurra, ya lo veremos. Hay que valorar si se puede armonizar o se posibilita esa constelación de encuentros dentro de lo posible.

El lobby en contra de la resignificación del Valle de los Caídos ha protagonizado varios escraches contra los obispos y amenazan con manifestarse ante la nunciatura. A usted le han llegado a tachar de traidor a la cara. ¿Teme de alguna manera que consigan ser foco de atención, incluso a los ojos del Papa?

Mi propuesta es poner lo católico por delante. Creo que lo que haga cada uno le permitirá retratarse también respecto a la mirada del Papa. Si estamos invitando a todos a alzar la mirada, que algunos quieran aprovecharlo para determinadas causas, les retratará.

Cuando uno recibe a un invitado intenta adecentar la casa lo mejor posible. Pero también se corre el riesgo de maquillar y ofrecer una imagen irreal de lo que es la Iglesia hoy...

Puede suceder. Pero yo tengo un especial empeño en que el Papa se encuentre lo que tenemos y lo que somos. En cualquier caso, en tres meses de preparación exprés tampoco da tiempo a maquillar mucho. Cuando aterrice se va a encontrar con lo que hay: una diócesis muy grande, muy plural, que tiene aristas, como las tiene toda la Iglesia. Se va a encontrar con mucha ilusión, con una gran acogida y con ganas de caminar juntos, sin exclusión de ningún tipo, muy por encima de esas batallas y sensibilidades que podamos tener todos juntos. Tengo muy reciente la fiesta de san Isidro y la experiencia de la misa celebrada en la pradera, donde se comparte esa alegría de la fe, pero también la vida en familia, la cultura del chotis.

La Iglesia, que es madre, sabe encauzar y sabe ofrecer también esos momentos. Por eso, yo no hablaría de maquillaje, pero sí diría que la venida del Papa tiene que ver con sacar lo mejor de nosotros mismos para compartirlo con alguien a

quien queremos y estimamos. Maquillar no funcionaría de nada porque León XIV conoce muy bien España y conoce muy bien Madrid. Imagino que fallos habrá a lo largo del viaje, pero con esa humildad nos mostraremos. Además, en ningún momento he percibido de él tensión alguna para que tengamos que dar la talla. Es más, se ha disculpado por el lío en el que nos ha metido.

Por eso, lo vamos a hacer lo mejor que podamos, lo mejor que sabemos, pero lo que queremos es que venga el Padre, el Sucesor de Pedro, para que nos confirme la fe y nos abrace con nuestros defectos, para que nos anime a subsanarlos.

En la homilía de la misa de san Isidro que menciona hizo hincapié en que Jesús no tiene DNI, ni una ideología. ¿Cree que eso va cuajando en un sector del catolicismo que está vinculado a una papeleta electoral determinada?

No mirar al otro por su procedencia o por su partido es parte de nuestra fe. Esta mirada de la dignidad humana arranca del Evangelio. Jesucristo, el que nace en Belén y habita entre nosotros, nos explica quién es el ser humano mirándonos a los ojos, no al DNI ni al color de la piel. Ese es un aprendizaje que hemos aprendido los cristianos allí donde hemos estado a lo largo de la historia. Y que ahora no podemos perder.

Y cuando alguien se refiere a usted, incluso en tono claramente despectivo, diciendo que es un cardenal rojo, ¿cómo se lo toma?

Hay gente, que por defender la vida, piensa que debo estar en un lado, pero que si hablo de los migrantes, soy un rojo. Y si mañana digo otra cosa seré un yo qué sé... Yo simplemente intento ser fiel a lo recogido en el Evangelio. Teniendo esto claro, que me digan lo que sea.

En dos legislaturas y siete años de Gobierno, Pedro Sánchez no ha participado en ninguna ceremonia religiosa, ni tan siquiera en funerales como los de la pandemia, la dana o Adamuz. El 10 de junio sí acudirá a la misa en la Sagrada Familia. ¿Se podría considerar una milagro válido para la beatificación de Antonio Gaudí?

Cada uno tenemos nuestros procesos. Lo bueno es que la Iglesia siempre tiene las puertas abiertas, venga de donde venga y piense lo que piense. Cualquier persona que quiera entrar, sea de este Gobierno o de cualquier otro, aquí tiene la mesa puesta.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Omella: «El arte de Gaudí alza la mirada hacia los pobres»

José Beltrán

La Razón

El cardenal arzobispo de Barcelona recibe hoy al Pontífice en la Ciudad Condal y ejercerá de anfitrión durante 48 horas: «Lo acogeré con sencillez, como se hace con alguien de la familia», asegura

«Nunca imaginé ser obispo y mucho menos cardenal. Yo quería ser sacerdote de pueblo o misionero en África y terminar mi vida así». Con esta naturalidad, Juan José Omella reflexiona sobre las sorpresas que Dios le ha ido preparando a lo largo de su vida. Confidente del Papa Francisco, no se queda atrás con León XIV, del que será anfitrión a partir de hoy, en las 48 horas que el Papa pasará en Cataluña.

P. Al plan que tiene preparado en Barcelona ningún Papa puede resistirse...

R. Cuando invité al Papa Francisco a venir, me respondió: «No sé si podré ir con la salud que tengo, pero, al menos, puedo enviar un mensaje». Le contesté que eso ya contaba mucho. Cuando falleció y fue elegido el Papa León, le expliqué que celebrábamos el centenario de Gaudí y la culminación de la torre de la Sagrada Familia. Entonces le pregunté si, además del mensaje, podría venir él. Me respondió que lo estudiaría y que lo organizarían. Más tarde me confirmó que sí vendría.

P. Hay quien compara la bendición de la torre, por su repercusión, simbolismo y relevancia internacional, con la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona. No sé si es exagerado.

R. No quiero restar valor a los Juegos Olímpicos, que fueron extraordinarios, pero la figura de Gaudí tiene una dimensión única, es una figura poliédrica. Por un lado, aparece el gran arquitecto, el llamado arquitecto de Dios. Por otro, el artista contemplativo, capaz de descubrir la belleza del mundo y de ir más allá de ella. La encíclica «Magnificat Humanitas» nos recuerda precisamente que en el mundo no solo está la creación, sino también el ser humano que forma parte de ella. Gaudí supo plasmar esa maravilla de la creación y comprendió, a través del Evangelio y de su profunda fe, que todo conduce a Dios. Todo ese universo aparece reflejado en la Sagrada Familia, culminada por la cruz, que representa el acto supremo del amor de Dios. Esa cruz proyectará luz sobre Barcelona, una luz que invita a descubrir a Dios presente en quien sufre, en quien se alegra y en quien camina a nuestro lado. El arte, la fe y la contemplación no solo nos hacen levantar la mirada hacia lo alto; también nos ayudan a mirar a los más pobres. Ahí veo la unión entre Francisco y León. Francisco insistía en mirar el mundo desde los pobres. León nos invita a alzar la mirada hacia Cristo para descubrirlo también en los pobres, en los vecinos y en quienes comparten nuestras alegrías y sufrimientos. Por eso creo que León XIV continúa la misma línea de Francisco.

P. Hay quien se empeña en presentarlos como antagónicos...

R. No lo son en absoluto. La continuidad es evidente. León XIV ha asumido plenamente esa herencia y la está proyectando hacia un mundo que cambia rápidamente. El mensaje sigue siendo el mismo: no perder de vista la dignidad humana, la justicia, la libertad y la solidaridad. En el fondo, estamos viendo la misma inspiración que nace del Concilio Vaticano II.

P. En una Cataluña aparentemente secularizada, Montjuïc se ha quedado pequeño para recibir al Papa. ¿Esperaban esta respuesta?

R. La verdad es que me asombra. No solo se ha quedado pequeña la Sagrada Familia o el estadio previsto para los actos, sino que me sorprende la cantidad de personas que están regresando en este tiempo a la Iglesia para pedir el bautismo en la edad adulta. Solo en la diócesis de Barcelona hemos celebrado este año más de 200 bautismos de adultos. Muchas personas que proceden de ambientes secularizados o incluso ateos están buscando la verdad y la encuentran en Jesucristo. Nosotros lo vivimos con asombro y gratitud, porque vemos cómo Dios sigue actuando en el corazón de mucha gente. Aquí resuenan las palabras de san Agustín: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva». Muchos descubren que buscaban lejos aquello que tenían cerca. Y vuelven a encontrar en Cristo el camino, la verdad y la vida.

P. ¿El éxito del viaje a Barcelona se mide por el número de palabras que pronunciará el Papa en catalán y cuántas en castellano?

R. El éxito se medirá por el mensaje que llegue al corazón de las personas. León XIV tiene una capacidad especial para expresar ideas profundas con sencillez. Conoce muy bien a san Agustín y utiliza frases breves que llegan directamente al corazón. Ya ocurrió con su primer saludo tras el cónclave: «La paz sea con vosotros». Son palabras sencillas, pero pronunciadas con autenticidad. Creo que muchas personas van a escuchar al Papa porque sienten que les habla al corazón. Esa será la gran huella que dejará su visita.

P. ¿Por qué cree que se ha generado tanta polémica con la cuestión de la lengua?

R. Hay que tener en cuenta que el Papa no está acostumbrado a leer largos textos en catalán. Lo razonable es que pronuncie algunas palabras en catalán y que continúe en castellano el resto del texto. Cuando llegué a Barcelona, incluso para mí, que entiendo el catalán, leer determinados textos litúrgicos

resultaba complicado por falta de práctica. Por eso debemos ser realistas. La cuestión no es la voluntad, sino la facilidad para expresarse correctamente.

P. El Papa dormirá dos noches en su casa. ¿Cómo se ejerce de anfitrión?

R. Con toda naturalidad. He compartido mesa con él muchas veces y sé que es una persona muy sencilla. Ha vivido siempre en comunidad y está acostumbrado a una vida cotidiana muy normal. Nosotros, los obispos, cuando nos toca ayudar en tareas domésticas, lo hacemos con total naturalidad. Él también es así. Por eso lo recibiré con sencillez, como se recibe a alguien de la familia. Para mí es más fácil porque ya lo conocía antes de ser elegido Papa. Eso me permite sentirme tranquilo y actuar con naturalidad.

P. La Santa Sede incluyó finalmente una visita a la cárcel de Brians. No parece un detalle menor.

R. No lo es. Cuando se le planteó la posibilidad, el Papa respondió inmediatamente que sí quería ir. Reorganizamos los horarios y adaptamos el programa. Recuerdo que una vez llevé al Papa Francisco cartas escritas por varios jóvenes internos. Él les respondió con un mensaje, el cual fue grabado desde su teléfono móvil. Fue un momento muy emocionante. Estoy convencido de que la visita a Brians tendrá también un gran impacto para las personas privadas de libertad.

P. ¿Qué tiene de especial rezar dentro de la Sagrada Familia?

R. Para mí tiene dos dimensiones. La primera es el mensaje que transmite el exterior: las fachadas, las torres y toda la arquitectura. Ahí encontramos una auténtica catequesis evangélica. La segunda dimensión aparece cuando uno entra en el templo. Allí predominan la altura, la luz y el silencio. En la Sagrada Familia todo invita al recogimiento. Recuerdo a una persona atea que me dijo en una ocasión: «No creo, pero cuando entro aquí siento ganas de quedarme tumbado mirando hacia arriba y guardando silencio». Añadió que sentía la presencia de algo que le trascendía. Eso es precisamente lo que provoca la

Sagrada Familia: el encuentro con uno mismo y la apertura al misterio de Dios.

P. ¿Se notará el efecto León XIV dentro de dos semanas en la misa de doce?

R. Naturalmente, me alegraría que más personas se acercaran a la Iglesia, pero el fruto más importante suele ser interior y muchas veces tarda en manifestarse. Recuerdo algo que me contó un sacerdote de la catedral de Santiago de Compostela. Muchas personas llegaban al confesionario después de hacer el Camino por motivos culturales o deportivos. Sin embargo, durante la peregrinación se producían procesos interiores muy profundos.

P. Tras este viaje, ¿ya puede jubilarse tranquilo?

R. Cuanto antes me jubile, mejor. La edad ordinaria de jubilación para los obispos son los 75 años. Los cardenales suelen continuar algún tiempo más, pero yo creo que ya he cumplido mi etapa, porque he llegado a los 80 años en activo. Espero convencer al Papa para que me permita retirarme pronto.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Xabier Gómez García, Obispo de Sant Feliu de Llobregat: «La Iglesia abraza todas las lenguas»

José Beltrán

La Razón

El religioso vasco fue uno de los anfitriones que recibió a León XIV a pie de escalerilla en el aeropuerto

Ayer estuvo a pie de escalerilla del avión en el Prat como uno de los anfitriones del Papa en Cataluña. No en vano, el aeropuerto pertenece a la diócesis de Sant Feliu de Llobregat que lidera. El dominico Xabier Gómez también es el obispo responsable de pastorear tanto la cárcel Brians 1 como el santuario de Montserrat. «Vivimos esta labor de acogida con humildad, porque nos toca ser uno más en la bienvenida al Santo Padre. Nos corresponde representar este rostro de la Iglesia junto a las autoridades civiles. Acogemos al Obispo de Roma, al sucesor de Pedro. Pero, no nos olvidemos que él también nos acoge», subraya este religioso vasco.

P. ¿Qué es lo que se va a encontrar León XIV en Brians 1 cuando atraviese las puertas de la prisión?

R. De todos los centros penitenciarios de Barcelona, uno de los más complejos y el que registra más suicidios. Allí se va a encontrar con los hombres y mujeres internos de este centro, fundamentalmente personas que están a la espera de juicio. Va a escuchar el testimonio de dos mujeres y, sobre todo, en

ese camino de encuentro con los presos, estará señalando y recordando que el nombre de la Iglesia es misericordia.

P. ¿Por qué dar voz a dos mujeres?

R. Porque el Santo Padre ya se había encontrado hace poco con presos varones en la cárcel de Bata, en Guinea Ecuatorial. Nos parecía interesante que, en este encuentro con las personas que participan en la eucaristía dominical y en las actividades de la pastoral penitenciaria, pudiera escuchar también la voz de dos mujeres. Además, en este caso, su testimonio hace referencia a su experiencia y a su realidad como madres.

P. Sobre el papel, el sistema penitenciario español apuesta por la reinserción. Pero, ¿la sociedad arrima el hombro o se sigue negando cualquier oportunidad de redención a quien pasa por la cárcel?

R. Quiero pensar que se hace un esfuerzo para que todos los agentes implicados estén al servicio de la reinserción. Pero sigue habiendo mucha estigmatización respecto a las personas que han pasado por prisión. Es necesario trabajar con la población en general. Hay un muro real y también una distancia física, mental y afectiva respecto a las personas que están en prisión. Desde luego, las personas creyentes y el Evangelio siempre creen en la posibilidad de la conversión, la rehabilitación y las segundas oportunidades.

P. ¿Se moja lo suficiente la Iglesia en la pastoral penitenciaria?

R. La Iglesia hace un trabajo precioso y silencioso en todos los centros penitenciarios de España y también en otros lugares donde hay personas privadas de libertad, como los centros de internamiento para migrantes. Desde hace mucho tiempo existe una tradición de presencia pastoral acompañando a las personas presas, anunciando el Evangelio y siendo testimonio del poder de la redención de Cristo en una situación difícil, donde es necesario ser testigos de la esperanza.

P. ¿Qué pediría para reforzar la labor de las capellanías de prisiones?

R. Sobre todo, espacios más dignos para poder celebrar la eucaristía los domingos. A veces tenemos que montar y desmontar el lugar de celebración con altares portátiles. También sería importante que se atendieran las reclamaciones de todos aquellos que intervienen en los centros penitenciarios para humanizar y ofrecer oportunidades de futuro, desde los propios presos a los trabajadores, pesando por las entidades que acompañamos desde dentro y desde fuera. Todo ello ayudaría a generar el mejor ambiente posible para la reinserción. Hay que escuchar mucho lo que sucede en las prisiones y la Iglesia también tiene que ponerse al servicio de esa escucha.

P. ¿Le preocupa que la propia imagen del Papa en una cárcel deje en un segundo plano la voz de los internos?

R. El hecho de que el Papa haya querido venir a visitarlos los ha colocado en el mapa y los ha hecho visibles en las agendas y prioridades de la Iglesia y de la sociedad. Es un signo muy potente. Es verdad que será una visita breve, pero intensa, y estoy convencido de que hará mucho bien más allá de Brians.

P. Antes de marcharse de Barcelona, el Papa bendecirá el sagrario de la capilla del aeropuerto. Ha sido un empeño suyo y la Santa Sede ha accedido...

R. El gesto del sagrario, que bendecirá para ser colocado en la capilla, nos ayuda a recordar la importancia de la eucaristía y de la oración. También la importancia de generar en estos «no lugares», como son a veces los aeropuertos, espacios y oasis de espiritualidad donde encontrarse con Dios en el silencio y en la plegaria. Es una manera de profundizar en la hospitalidad hacia los viajeros que pasan por un aeropuerto de El Prat y quieran entrar en la capilla católica para rezar o participar en la eucaristía.

P. Porque una pastoral del aeropuerto no es tan anecdótica como podría parecer en un primer momento...

R. Tenemos un gran desafío. Aprovecho esta oportunidad para hacer un llamamiento a todas las personas que quieran colaborar en una pastoral del aeropuerto para que se pongan en contacto con nuestra diócesis o con nuestro obispado. Entre todos debemos buscar la manera de que la capilla del aeropuerto sea un espacio no solo de acogida, sino también de evangelización.

P. ¿Qué significa para Cataluña que un Papa pise la abadía de Montserrat y se ponga a los pies de la Moreneta?

R. El Papa llegará a Montserrat como peregrino. Montserrat es el corazón espiritual de Cataluña y hoy es de todos. Tiene una larguísima tradición de hospitalidad y de servicio a la espiritualidad y a la cultura. Montserrat es camino de la belleza. La montaña y la comunidad monástica que la habita y la custodia son una realidad que nos habla de la trascendencia y de la importancia de hacer sitio a Dios en nuestras vidas y en nuestra historia, reconociendo su paso por la historia de los pueblos.

P. ¿Cómo vive que en estos últimos días haya quien se haya enredado contando el número de palabras que León XIV pueda pronunciar en catalán o en castellano?

R. A mí también me agrada que el Papa utilice el catalán, como así está siendo. El venerable Antoni Gaudí estuvo preso por hablar en catalán e hizo un voto público de seguir hablándolo en un momento en que la lengua estaba perseguida. Hoy podemos rezar, bendecir y celebrar la eucaristía con los libros litúrgicos en catalán, que es lo que hacemos habitualmente. Todos los libros litúrgicos de esta Iglesia están en catalán y, por tanto, lo lógico es emplear el catalán, que es la lengua habitual de la Iglesia en Cataluña, sin excluir por supuesto el castellano. La Iglesia católica abraza todas las lenguas, pero existe una sensibilidad que aconseja que la Iglesia también sea sensible a la hora de custodiar y utilizar la lengua con la que habitualmente celebra la fe. Al mismo tiempo, también existe la misa internacional, que visibiliza la catolicidad. Desde lo propio nos abrimos a abrazar lo universal.

P. Ha sido el responsable de la pastoral migratoria de la Conferencia Episcopal. ¿Cómo vive que el Papa vaya a tocar el muelle de la vergüenza en Arguineguín y que se adentre en el centro de internamiento temporal de las Raíces, símbolo de hacinamiento?

R. Sé que en Canarias hay una Iglesia que ha trabajado y sigue trabajando en la acogida, promoción y cuidado de las personas migradas. La Iglesia de Canarias está haciendo un trabajo precioso. A mí ahora me toca estar aquí, mirando al Mediterráneo, donde probablemente en el encuentro de obispos y jóvenes también surgirá el tema de la migración, además del de la paz. Tanto el Mediterráneo como el Atlántico siguen siendo rutas de muerte en la actualidad y la Iglesia quiere estar siempre al servicio de la vida.

P. ¿Regularización sí o no?

R. Como ha expresado la Iglesia española, regularización sí. Porque leemos el Evangelio y queremos vivirlo. Jesús en el capítulo 25 de Mateo nos dice que hemos de acoger a las personas migradas: «Fui forastero y me acogisteis». Además, no es solo una cuestión espiritual o evangélica. También los datos y la sociología nos indican que necesitamos personas para paliar el invierno demográfico que vivimos. Las personas migradas, cuando cuentan con derechos reconocidos y se integran en el mercado laboral, contribuyen al bienestar y al progreso de la sociedad. En nuestro caso, además, están contribuyendo también a la revitalización de las comunidades católicas.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El obispo de Tenerife: «Los migrantes no pueden ser tratados como objetos»

José Beltrán

La Razón

Eloy Santiago, anfitrión del Papa en Tenerife, asegura que le gustaría que León XIV vea «una Iglesia viva, alegre y acogedora; una Iglesia que recibe su magisterio y su enseñanza»

Lleva poco más de un año al frente de la Diócesis de San Cristóbal de La Laguna. Esta visita papal le ha graduado con algo más que un máster de mitra y báculo. Mañana se convertirá en el último anfitrión de León XIV en España y, por tanto, en poner el broche de oro al viaje del Pontífice.

P. Serán solo seis horas en Tenerife, pero bien aprovechadas...

R. Yo creo que más no se puede expresar. Hemos querido aprovechar cada instante precisamente por lo que indicas: la limitación de tiempo y las escasas horas que estará entre nosotros. Hubiéramos querido que permaneciera más tiempo, por supuesto, incluso toda la jornada, pero también comprendemos que la organización del viaje, teniendo en cuenta que desde aquí regresa a Roma y las horas de vuelo, haya obligado a acortar su estancia. En cualquier caso, creemos que quedan cubiertos los dos aspectos fundamentales: por un lado, la cuestión migratoria y, por otro, la visita a la diócesis y la celebración de la eucaristía, presidiéndonos en la fe.

p. ¿Qué le gustaría que el Papa se llevara en la mochila?

R. Me gustaría que el Papa viera una Iglesia viva, alegre y acogedora; una Iglesia que recibe su magisterio y su enseñanza de poner a la persona en el centro, de reconocer y defender la dignidad humana, también la de los migrantes. Una Iglesia que vive la fe y el compromiso con los pobres y los más necesitados; una Iglesia unida, que vive en comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia universal.

P. El Papa va a pisar Las Raíces, que en un momento determinado fue un lugar de hacinamiento de migrantes. ¿Su sola presencia es ya una denuncia?

R. Su presencia y su palabra siempre serán una llamada de atención para reconocer la dignidad de las personas, que deben ser acogidas y tratadas conforme a esa dignidad inherente a todo ser humano. Ese espacio llegó a albergar cerca de 4.000 personas, superando ampliamente la capacidad prevista. Ahora acoge a muchas menos y, además, se está trabajando para dotarlo de unas instalaciones más adecuadas. Pero sigue siendo un recordatorio de que los seres humanos no pueden vivir hacinados como si fueran objetos. Son personas que merecen respeto, atención y unas condiciones dignas. Ya es suficientemente duro e inhumano el viaje y el drama migratorio. Al menos, la acogida debe ser verdaderamente humana.

P. Y ahí es donde entra en juego la Iglesia. Cuando muchos de estos jóvenes cumplen 18 años, la Administración los deja literalmente en la calle. Son Cáritas y otras organizaciones eclesiales los que salen a su encuentro para ofrecerles un presente y un futuro.

R. Efectivamente. Ese será precisamente el segundo momento de este encuentro con la realidad migratoria. Cuando el Santo Padre abandone el centro de acogida de Las Raíces y se traslade a la plaza del Santísimo Cristo, en La Laguna, se encontrará con diversas realidades eclesiales que trabajan por la promoción y la integración de los migrantes. Estarán presentes entidades

como la Fundación Buen Samaritano, la Fundación Don Bosco y otras organizaciones que desarrollan una labor que va más allá de la acogida: trabajan por la promoción e integración de estas personas. Queremos subrayar precisamente ese aspecto. Allí escucharemos testimonios de migrantes latinoamericanos y africanos que llegaron en situación irregular y que hoy tienen un empleo, participan en la sociedad y también en la vida de la Iglesia. Es el caso, por ejemplo, de una migrante colombiana que trabaja en Cáritas y está vinculada a una parroquia.

P. Solemos asociar el fenómeno migratorio en Canarias a África, pero nos olvidamos de que la mayoría de los extranjeros llegan de América Latina por el aeropuerto...

R. Así es. Hay un grupo muy numeroso de migrantes procedentes, sobre todo, de Venezuela, Cuba y Colombia, no solo en Canarias sino en toda España. Son personas que se incorporan a nuestra sociedad y también a nuestra Iglesia. En muchas parroquias encontramos agentes de pastoral de todos estos países. Todo ello manifiesta la riqueza de una Iglesia que sabe acoger y que vive lo que nos pide la Conferencia Episcopal: ser comunidades acogedoras y misioneras. Estos hermanos enriquecen, renuevan y rejuvenecen nuestras comunidades eclesiales, que en muchos casos están bastante envejecidas.

P. ¿Se imaginó alguna vez el obispo de Tenerife que, con tan poco tiempo al frente de la diócesis, le tocaría ser anfitrión de Su Santidad?

R. No, en absoluto. Si nunca pensé que sería obispo, mucho menos imaginé que me tocaría recibir al Papa, y menos aún durante mi primer año al frente de la diócesis. Siempre se veía una visita papal a Canarias como un sueño, algo prácticamente imposible porque nunca había ocurrido. Cuando el Papa Francisco expresó su deseo de venir a Canarias, se abrió una posibilidad real. Sin embargo, su fallecimiento impidió que ese proyecto se hiciera realidad y pensamos que seguiríamos siendo esa periferia que nunca recibiría la visita del Papa. Por eso la alegría es inmensa. Mi mayor alegría no es personal, sino la de todo el pueblo de Dios que peregrina en La Gomera, El Hierro, La Palma y

Tenerife. Todos los esfuerzos organizativos que estamos realizando tienen sentido por eso: por la alegría de nuestra gente. Mucha gente quizá nunca podrá viajar a Roma ni participar en una audiencia papal. Ahora tendrán la oportunidad de verlo de cerca y sentir su presencia entre nosotros.

P. ¿Y queda la espinita clavada de no haberle podido enseñar El Hierro y el sufrimiento que ha vivido la isla?

R. Es una espinita que queda ahí. Hablamos de una isla con una población limitada que se ha visto superada en infraestructuras y recursos. Ha habido años en los que han llegado hasta 24.000 migrantes a una isla con apenas entre 9.000 y 10.000 habitantes. Aunque la mayoría son derivados posteriormente a otras islas, la primera acogida se realiza allí. Entendemos que, por cuestiones de agenda y logística, la visita no pudo incluir El Hierro. Los desplazamientos, la seguridad y los tiempos hacían muy difícil compatibilizarlo con el resto de actos previstos en Tenerife. Aun así, El Hierro estará presente. En los testimonios que escucharemos en la Plaza del Cristo participará el padre Darwin, párroco venezolano y voluntario, que trabaja directamente en la acogida de migrantes. También estarán presentes otras personas vinculadas a esa labor y representantes de la isla. Aunque el Papa no visite El Hierro, El Hierro sí estará presente en este encuentro y también en la misa, porque es una celebración de toda la diócesis y de las cuatro islas.

P. ¿Y cómo hace el obispo de Tenerife para no perderse en la gestión y vivirlo con plenitud como pastor junto a su pueblo?

R. La preparación espiritual es fundamental, no solo para mí, sino para toda la diócesis. Por eso hemos celebrado una jornada de oración en toda la diócesis, para pedir por los frutos de este viaje apostólico. La verdad es que vivo estos días con relativa tranquilidad porque contamos con un excelente equipo de trabajo. El comité diocesano organizador y los numerosos voluntarios están realizando una labor extraordinaria. Hay mucho trabajo, por supuesto, pero está muy repartido y bien coordinado.

P. ¿Qué les diría a aquellos tinerfeños que quizá no esperan la visita del Papa con la misma ilusión que los católicos y que tendrán que asumir cortes de tráfico y limitaciones de movilidad durante toda la jornada?

R. Les pediría comprensión y también que vivan los valores de la ciudadanía, que consisten en saber compartir las alegrías de los demás. Todos estamos acostumbrados a que determinados acontecimientos –como los carnavales, eventos deportivos o grandes celebraciones– impliquen cortes de calles y limitaciones de tráfico. Nos gusten o no esas actividades, solemos comprender que forman parte de la vida colectiva, de un momento histórico. En este sentido, agradezco la enorme colaboración por parte de las administraciones, instituciones públicas y entidades privadas para que todo se desarrolle de la mejor manera posible y afecte lo menos posible a la vida cotidiana. Aun así, somos conscientes de que un acontecimiento de esta magnitud tendrá consecuencias inevitables sobre la movilidad en determinados momentos. Por eso solo puedo pedir comprensión.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

María González: «El Papa se ha convertido en el mejor influencer de Cáritas»

José Beltrán

La Razón

Según la secretaria general de Cáritas Española, León XIV ha visibilizado la realidad de la exclusión y de las migraciones, poniendo en primer plano a la plataforma social de la Iglesia

Si hay una organización que ha estado omnipresente en prácticamente todos los encuentros que León XIV ha mantenido en España ha sido Cáritas. A los testimonios en primera persona de quienes están siendo acompañados por la plataforma social de la Iglesia se suman la voz de anuncio y de denuncia de los voluntarios y trabajadores que han sido escuchados lo mismo en Madrid y Barcelona, que en Canarias. La peregrinación papal ha permitido así visibilizar con rostro y nombre a las más de 2,1 millones de personas a las que ayudan tanto dentro del país como en proyectos de cooperación internacional, destinando más de 486,9 millones de euros. Al frente del día a día de Cáritas Española está María González Dyne, que este año se ha estrenado como secretaria general.

P. De principio a fin, Cáritas ha estado en un primer plano: del centro para personas sin hogar de Carabanchel al puerto de Arguinegún y más allá. ¿Hay mejor embajador que el Papa?

R. En la era de las redes sociales León XIV se ha convertido sin lugar a dudas en el mejor influencer de Cáritas. Su gesto de empezar y terminar su viaje con dos de las realidades más preocupantes de nuestro país, las personas sin hogar y las personas migrantes, supone un gran impulso para comprometernos como sociedad para resolver las causas estructurales de la pobreza. El Santo Padre dijo en Cedia que nuestra responsabilidad ante quienes están necesitados no admite demoras.

P. En no pocas ocasiones, hay quien ha dejado caer que Cáritas es una ONG vinculada a la Iglesia, pero no identificada plenamente. Creo que esta visita ha descartado cualquier duda.

R. Todos hemos sido testigos estos días de cómo las comunidades cristianas acompañan a pie de parroquia a las personas más vulnerables en sus dificultades cotidianas. Todavía tenemos grabada en la retina la visita del Papa a la parroquia San Agustín en Barcelona en la que Renzo, un niño de siete años, ha preguntado al Santo Padre por qué sus padres trabajan todo el día y sin embargo siempre parecen preocupados. Cáritas somos la Iglesia, no una ONG. Somos la propia comunidad cristiana que sale al encuentro de los que sufren, de los que se encuentran en exclusión social o están en riesgo de pobreza.

P. ¿Verdaderamente cambiará algo en los políticos el hecho de que la Iglesia haya puesto el foco en la realidad migratoria o pasado mañana todo seguirá igual?

R. No podemos saber cómo Dios actúa en el corazón de cada persona, pero la visita del Papa nos está ayudando a todos como sociedad a ampliar nuestra mirada para poder dar una respuesta que vaya más allá de la mera gestión de los flujos migratorios. Una respuesta que se centre en las personas, en las causas que les obligan a partir y en las posibilidades para una acogida respetuosa y una integración real.

P. ¿Cáritas respalda la regularización de los migrantes porque hace negocio con ellos?

R. Cáritas respalda la regularización de las personas migrantes por la sagrada e inviolable dignidad que tenemos todos los seres humanos independientemente de nuestro lugar de nacimiento, nuestra religión o condición económica y social. Nuestro trabajo cotidiano nos enseña que la irregularidad administrativa coloca a las personas en una situación de fuerte vulnerabilidad, ya que limita gravemente su acceso a derechos básicos y las expone a múltiples formas de discriminación. Según el IX Informe Foessa, casi nueve millones de personas migrantes viven en nuestro país. La situación administrativa irregular en la que están muchas de ellas provoca que el 68% se encuentre en exclusión social.

P. Los testimonios que se han escuchado a lo largo del viaje de las personas a las que Cáritas ayuda rompen con el imaginario de la pobreza extrema. ¿Cala en la ciudadanía que la exclusión vive en la puerta de al lado de manera silenciosa?

R. Lamentablemente, la exclusión es una realidad invisibilizada. Convive con nosotros, tiene rostros muy concretos, pero muchas veces no somos capaces de verla. Muchos de esos rostros son personas que trabajan pero no llegan a fin de mes. Uno de cada diez trabajadores en nuestro país atraviesa hoy esa situación. El 33% de la infancia está en exclusión severa y uno cada cinco hogares encabezados por mujeres están en riesgo de pobreza. Las personas migrantes también se ven afectadas por la marginalidad, ya que su tasa de exclusión triplica a la de la población autóctona. El Papa estos días ha puesto nombre y apellido a estas personas. Hemos podido conocer sus historias durante su visita al centro Cedia, a la prisión de Brians, en tantos testimonios que nos ayudan a caer en la cuenta de que muchas de estas personas pueden estar más cerca de lo que pensamos si aprendemos a alzar nuestra mirada y ver más allá.

P. En el estadio olímpico de Barcelona también se escuchó el testimonio de dos jóvenes víctimas de la enfermedad mental y de la violencia machista. A Cáritas tampoco le son ajenos estos desafíos sociales...

R. A Cáritas –como a toda la Iglesia– nada de lo humano le es ajeno. Llevamos muchos años trabajando con estas dos realidades y también con las mujeres víctimas de trata. En el muelle de Arguineguín escuchábamos precisamente el testimonio de una mujer migrante a la que las mafias habían obligado a prostituirse después de quitarle a su hijo recién nacido. Nuestra labor de acompañamiento nos demuestra que estas situaciones suelen permanecer ocultas a los ojos de nuestra sociedad. Esta falta de concienciación social no solo estigmatiza a quienes llegan a nuestros centros, sino que incrementa su vulnerabilidad y el riesgo de exclusión social. Junto al sufrimiento, es esperanzador ver la enorme fortaleza y capacidad de superación que demuestran estas personas que, con el apoyo adecuado, consiguen transformar sus realidades en el día a día y reconstruir su futuro.

P. ¿Qué nota le daría al discurso del Papa ante Las Cortes?

R. Tomando prestadas las palabras del propio León XIV podemos decir que ha marcado «un golazo para siempre» en las Cortes. Su mensaje ha sido magnánimo, al invitarnos a poner el valor de la vida, la familia y la dignidad de todas las personas como «una meta de civilización». Sus palabras hacen referencia a la más alta política que todos los partidos han de perseguir. Eso puede suponer puntos de encuentro y marcar un horizonte común hacia el que puedan dirigirse los partidos políticos. El Santo Padre además nos está insistiendo estos días mucho en una pregunta: ¿Qué sociedad estamos construyendo? Anhele y confío en que esa pregunta anide en nuestro corazón y dé frutos.

P. «Nadie puede arrodillarse ante Dios y despreciar al hermano». Este mensaje en la misa del Corpus a los católicos brota en un momento de auge de algunas realidades eclesiales intimistas que parecen olvidarse de los últimos o que ven

que la caridad es un anexo. ¿Urge catequizar a los cristianos sobre el compromiso ineludible por la opción preferencial por los pobres?

R. El cristianismo es una relación personal con Cristo, con un Dios que nos ama. La primera consecuencia de ese amor es precisamente sentirnos responsables del otro, sobre todo del que es más débil y vulnerable, y esforzarnos por buscar su bien. La segunda es la justicia, que significa dar al otro lo que es «suyo», lo que le corresponde en virtud de ser una persona. Por eso la justicia constituye la «medida mínima» del amor. La opción preferencial por los pobres no es una opción para los cristianos. Es el corazón de nuestra fe en Jesucristo.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa, con el Rey y el pueblo

Abel Hernández

La Razón

La Iglesia aspira a ser en España instrumento de reconciliación

El Papa llega a España en un momento convulso de la vida nacional. El Gobierno está en serias dificultades y procurará aprovechar la visita papal para recuperar el aliento, distraer la atención de la opinión pública y, si es posible, aprovechar la sintonía con el jefe de la Iglesia católica en algunos aspectos controvertidos de su política social, especialmente la inmigración.

León XIV viene en visita pastoral, como misionero con una larga trayectoria en Hispanoamérica, a alentar la fe de los creyentes y a tomar el pulso al catolicismo en España. Pero también es un viaje de Estado. Por eso su primer interlocutor será el Rey Felipe VI, y es de esperar una actitud del Papa hacia la Monarquía y su titular llena de afecto y consideración. En la Corona española se refleja el brillo histórico de la evangelización de América y la expansión del catolicismo en medio mundo.

En otro gesto significativo e inédito, el Papa comparecerá en las Cortes ante los representantes del pueblo con un mensaje de hondo calado moral. Significará un apoyo inequívoco a las instituciones democráticas en un momento en que se resquebraja la concordia constitucional y reina la incertidumbre sobre el futuro democrático de la nación.

Así que el eje, que podemos llamar político, de esta visita papal lo forman el Rey y el pueblo. El Gobierno, dado su carácter coyuntural y pasajero, tiene un papel secundario, aunque procurará aprovecharlo al máximo. Se da el caso de que la izquierda que ocupa ahora el poder alardea de alma republicana y laicista, aunque, hasta el momento, ha mantenido el concordato con la Santa Sede y su apoyo oficial a la Monarquía.

León XIV comprobará de cerca el estado del catolicismo en España. Puede que no esté en su mejor momento, aunque se observa un cierto despertar religioso en la juventud y una eclosión en las manifestaciones de piedad popular; pero está claro que se han equivocado los que predecían que el desarrollo democrático y la llegada de los socialistas al poder iban a descristianizar España. No ha ocurrido. España sigue siendo sociológica y culturalmente católica. El cristianismo sigue constituyendo uno de los componentes esenciales de la identidad nacional.

Pesa mucho aún la memoria histórica, que sigue siendo fuente importante de recelos entre los unos y los otros. Gravita sobre el alma católica de España la espantosa persecución religiosa sufrida durante la República, que asciende a 6.832 víctimas, entre ellas catorce obispos, (a un nutrido grupo de estos mártires los va a beatificar el Papa León XIV), tanto como el compromiso inicial de la Iglesia con Franco y la larga sombra del nacional-catolicismo.

A esto se junta la incapacidad histórica del PSOE, a pesar de algunos intentos fallidos, de tener una verdadera «política religiosa», como han hecho todos los partidos socialdemócratas europeos. Por eso se considera un hecho extraordinario que el presidente Sánchez asista a la misa solemne del Papa en el templo de la Sagrada Familia de Barcelona. La actual política de confrontación y la ley de Memoria Democrática no ayudan a superar la herencia del pasado.

Hace tiempo que la Iglesia renunció a ser un poder fáctico. Su poder es sobre las conciencias. Lo que Michel Foucault llamó el «poder pastoral», un poder silencioso en la penumbra de los templos y cerca de los necesitados. La Iglesia

aspira a ser hoy en España, como fue durante la Transición, instrumento de reconciliación. A eso viene el Papa.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa, la democracia y la verdad con Sánchez al fondo

Jesús Rivasés

La Razón

Robert Prevost, León XIV, en su primera encíclica, «Magnifica humanitas», tan aplaudida sobre todo por quienes no quieren saber nada de la Iglesia como poco leída, escribe que «la búsqueda de la verdad es un elemento esencial para la democracia». Luego añade que «el desinterés por la verdad conduce lenta pero inexorablemente hacia el totalitarismo» y que «la verdad es un bien común y no una propiedad de quienes tienen poder o visibilidad». El Papa, de esta manera, entronca con Karol Wojtyła (1920-2005), Juan Pablo II, y su reflexión sobre «la crisis en torno a la verdad». León XIV inicia hoy una visita a España en un momento de tensión política interna, que quizá no sea el mejor, pero que tampoco nadie podía prever. Es un viaje pastoral, como todos los de los pontífices, pero también intentará ser instrumentado, con Pedro Sánchez en primer lugar, sin que eso suponga que otros líderes políticos busquen sus propios réditos. En ese contexto, la apelación papal a la verdad en la democracia es todo un aldabonazo en un paisaje dominado por Koldo, Ábalos, Leire y la directora de la Guardia Civil.

León XIV, en su encíclica, advierte de los peligros de deshumanización que supone la Inteligencia Artificial (IA), además de pronunciarse en contra de todas las guerras, sean las que sean. Eso significa que se enfrenta a los multimillonarios, tecnooligarcas, tecnofascistas y, claro, de rebote, a Trump. Todo eso le ha permitido al inquilino de La Moncloa, al margen de su ateísmo

bastante militante, considerar el texto papal como «una fuente de inspiración». Y sin que sus asesores, que tampoco han leído la encíclica, se hayan percatado de que el Papa Prevost también escribe, en el punto 122, de «Guernica como denuncia de la deshumanización». Sorprende que en el PNV, con su tradición de sacristía a cuestas, no advirtieran ese detalle.

Sánchez está cómodo con un mensaje papal cercano a la socialdemocracia, aunque obvia la parte, muy elocuente, que critica los radicalismos y, por supuesto, la que es contraria, de forma explícita, al aborto, y la que defiende a la familia entendida como «la unión estable entre un hombre y una mujer». Tampoco ha debido percatarse de que el Obispo de Roma asegura que «cuando la política renuncia a una visión a largo plazo y se reduce a cálculos de corto plazo o a polarizaciones estériles, los discursos sobre el bien común pierden credibilidad y, al mismo tiempo, crecen las desigualdades y las fracturas sociales». No pensaba en Sánchez al escribirlo, claro, pero ahí quedan esas palabras de León XIV.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Alzad la mirada

Lydia Jiménez

La Razón

El lema de la visita del Papa León XIV, «Alzad la mirada» (Jn 4:35), me ha recordado a nuestra santa Teresa de Jesús: «No hayáis miedo que un alzar de ojos con acordarnos de Él deje sin premio». El pasaje se toma del momento en que Jesús acababa de hablar con una mujer samaritana, un corazón desorientado que anhelaba felicidad. El encuentro con Su mirada le descubre un amor que la transforma, ella provocará así la conversión de su pueblo.

Cristo invita a sus discípulos a ver más allá de su pequeño mundo, de apariencias, de divisiones entre judíos y samaritanos; trabajemos con Él y cosecharemos fruto si dejamos el ensimismamiento y las preocupaciones que nos encierran en nosotros mismos. Los jóvenes necesitan urgentemente que se les ofrezca un horizonte, que se les ayude a alzar la mirada invitándoles a colaborar en ayuda de los demás, si les descubrimos sus talentos y les acompañamos para que hagan la experiencia de que «mi vida sirve para algo más grande que yo mismo» (León XIV).

Como dice el precioso himno de la visita, ante la mirada de Cristo se experimenta: «No estoy hecho para mirar al suelo», «Al mirarte sé por qué nací. Me creaste para mirar al cielo. Estoy inquieto hasta que no descanse en Ti». ¡Ojalá muchos jóvenes hagan esta experiencia transformadora durante la vigilia de oración que tendrán en la plaza de Lima con el Papa!

España ha sido siempre tierra de santos, de fe llevada a otros pueblos. Que la visita del Papa fortalezca la esperanza de este pueblo «rico de fe y de obras al servicio de Dios» (Juan Pablo II). ¡Gracias, Santo Padre, por venir a confirmar nuestra fe, por ser guía sereno en estos tiempos tan necesitados de certezas y de paz!

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Llega Pedro

Marina Castaño

La Razón

Bienvenido Santidad. Quisiera pensar que es cierto que en vuestra persona se encarna el sucesor de San Pedro, aquel que calló, otorgó y no reconoció ser amigo de Jesús, Hijo de Dios, porque eso le hará más humano. La tradición cristiana suele destacar precisamente ese contraste: Pedro falló gravemente, pero no quedó definido para siempre por ese fracaso. Tras la resurrección, Jesús lo rehabilita simbólicamente preguntándole tres veces si lo ama y encargándole cuidar de sus seguidores ("apacienta mis ovejas"), un pasaje que muchas iglesias interpretan como una reafirmación de su liderazgo. En la tradición de la Iglesia Católica, además, las palabras de Jesús a Pedro ("Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia") se entienden como la base de su papel especial entre los apóstoles y del posterior papado. Para muchos creyentes, la historia transmite una idea importante: la autoridad espiritual no se basa en la perfección personal, sino también en el arrepentimiento, la fidelidad posterior y la capacidad de aprender de los propios errores. Por eso, el hecho de que Pedro negara a Jesús y aun así recibiera una misión destacada suele verse como un ejemplo de misericordia y de restauración reconociendo también la debilidad del ser humano.

Mis superiores en el periódico me han encargado estas columnas diarias que he dado en titular "Crónicas papales". Y lo han hecho porque me saben sincera y desapasionada, con lo cual hay total convencimiento de que éstas serán unas líneas carentes de fervor sin olvidar que todos somos humanos y, por tanto,

débiles, y en algún momento podré caer en la fascinación de un personaje que arrastra masas, millones de personas que buscan lo imposible, en lo que muchos no creeremos jamás, que son los milagros. Pero una vida sin referentes tampoco tiene mucho interés y la religión católica como tal nos da una medida y una perspectiva certera porque se basa en la idea de no robar, no mentir, no matar y, en definitiva, no hacer daño al vecino, algo que, en los tiempos que vivimos, es difícil de ver a nuestro alrededor. Por tanto, bienvenido León XIV, que esta visita nos sirva para reflexionar sobre nosotros mismos, nuestra decencia y nuestro comportamiento hacia los demás.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

¡Bienvenido a España, León XIV!

Jorge Fernández Díaz

La Razón

La llegada del Pontífice abre siete días de gestos, discursos y decisiones que medirán la relación entre Iglesia, sociedad y política en un país dividido

Hoy, 6 de junio y primer sábado del mes, se inicia la primera visita apostólica del Papa León XIV a España, apenas transcurrido el primer año de su pontificado. Este comenzó tras su elección por el cónclave cardenalicio celebrado en Roma el 8 de mayo del pasado año, tras el fallecimiento de Francisco. A las 10:30 horas de esta mañana está previsto que aterrice en el aeropuerto de Madrid el avión que le transporta desde Roma para dar comienzo a su estancia de siete días entre nosotros, que le llevará a visitar Madrid hoy, mañana y pasado, con una intensa agenda.

El martes 9 se desplazará a Barcelona donde, entre otros actos, conmemorará el centenario del fallecimiento de Antoni Gaudí –10 junio de 1926– con una solemne misa celebrada en la Basílica de la Sagrada Familia. Desde la Ciudad Condal, el jueves 11 de junio volará a la isla de Gran Canaria, donde pernoctará, y desplegará una intensa jornada para llegar a Santa Cruz de Tenerife el viernes 12, último día de su visita a España, y desde allí regresar a Roma.

León XIV es el tercer Papa en ejercicio que visita nuestro país, tras las cinco visitas apostólicas de San Juan Pablo II y las tres de Benedicto XVI, siendo la

de agosto de 2011, con la JMJ, la última recibida hasta la actual de León XIV. Con las siete jornadas programadas, la que vamos a vivir ahora es la de mayor duración de los últimos 44 años, cuando San Juan Pablo II realizó la primera de las suyas, que comenzó el 31 de octubre y se extendió hasta el 9 de noviembre de 1982, visitando gran parte de nuestro país. En ella, desde la Catedral de Santiago de Compostela se despidió de España, y desde Finisterre le dedicó a Europa un memorable mensaje que forma parte de la Historia: «Europa, ¡Sé tú misma, aviva tus raíces!».

Esta visita del Papa León XIV se espera con expectación y alegría contenida, tras 15 años sin recibir a un Pontífice. Su agenda es muy representativa de aspectos sensibles de su pontificado que, con su reciente encíclica «Magnífica Humanitas», sobre la IA, ha puesto el acento en un tema de especial importancia para la humanidad.

La elección de Madrid, Barcelona y Canarias es muy representativa de las prioridades de su pontificado.

En Madrid, el lunes intervendrá por la mañana en el Congreso ante los diputados y senadores en una sesión extraordinaria de las Cortes Generales, que será la primera de estas características celebrada en España.

Hay singular expectación acerca de lo que dirá el Papa, pero debería quedar claro que su misión es ante todo la de evangelizar y difundir la doctrina de la Iglesia. Es decir, que no se debería hacer una lectura política, y mucho menos partidista, de sus palabras, que tienen un sentido apostólico.

En Barcelona, su agenda tiene un marcado carácter social con la visita a la Parroquia de San Agustín –con una destacada actividad en ese ámbito– así como a los internos de la prisión de Can Brians. Muy destacable también es su visita a Montserrat, así como la inauguración de la Cruz de Jesús que hace de la Sagrada Familia el templo de mayor altura (172,5 metros) de la Iglesia Universal. Que sea el 10 de junio, que coincide con los 100 años exactos del fallecimiento del «Arquitecto de Dios», no es una «mera» coincidencia. Es un

signo que genera esperanza sobre el progreso de su proceso de beatificación, ya en un estado muy avanzado.

Muy triste que los partidos de extrema izquierda y secesionistas anuncien que no asistirán a la misa si no se celebra en catalán. Nunca se había producido algo parecido con Juan Pablo II y Benedicto XVI. Confiemos en que se reconsidere esta situación, que transmite una imagen que no se merecen ni Cataluña ni España, además de una falta de respeto al actual sucesor de Pedro.

Por su parte, en Canarias, la inmigración va a ocupar un relevante papel en su visita, dada la importancia que esa cuestión tiene para los españoles. Acentuada por la preocupación que genera la anunciada masiva legalización de centenares de miles de ilegales. El riesgo evidente es que sea manipulable con intención partidista por el Gobierno, pero la Doctrina Social de la Iglesia es muy clara al respecto. España, cuya identidad histórica y nacional es indisociable del cristianismo católico, padece también un agudo proceso de descristianización.

Así que: ¡Muy bienvenido a España, León XIV!

Jorge Fernández Díaz es exministro del Interior

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Las raíces cristianas de España siguen muy vivas

Jorge Fernández Díaz

La Razón

En el «Trípode del domingo», es sabido por parte de los amables lectores que tenemos por costumbre tratar cuestiones vinculadas con la religión en general. En unos casos, es por razón de acontecimientos de actualidad, y en otros, bien por razones históricas vinculadas a determinadas fiestas, bien por coincidencia de fechas, etc. Por ello, escribir acerca de la actual visita apostólica del Papa León XIV a España resulta obligado, pese a que un servidor colabora también en la sección «Primera Plana» que LA RAZÓN publica cada día, dedicada a ese viaje durante la semana de duración del mismo. Que comenzó ayer sábado día 6 en Madrid, y que se prevé finalice en Santa Cruz de Tenerife el próximo viernes día 12, regresando desde allí a Roma. El inicio de dicha visita ayer en Madrid ha aportado signos para la esperanza en diversos aspectos de la misma. Uno de ellos es la gran acogida popular por las calles de Madrid al desplazarse el Papa desde el aeropuerto de Barajas al Palacio Real y en especial al ir con el papamóvil desde allí a la sede de la Nunciatura apostólica para almorzar, y donde pernocta las tres noches de Madrid. Que las imágenes en televisión no dejan margen de duda al respecto. Otro esperanzador signo es la gran cantidad de jóvenes asistentes a la vigilia de oración de anoche en la Plaza de Lima y alrededores, en la capital. Que reafirma la impresión de que la juventud se está acercando notablemente a la vida espiritual y a la práctica de la religión católica. Otro signo también en la misma dirección lo aportó el Papa en su discurso en el Palacio Real al referirse a la identidad histórica y nacional de España, que es indisociable de la fe católica. Si bien cabría objetar la referencia

efectuado hacia el islam, presente durante casi 8 siglos en la península, y que no fue un modelo de convivencia intercultural y religiosa, sino ocasión para forjar unas sólidas raíces cristianas hispánicas. Necesarias para acometer la posterior conquista evangelizadora en América. Esa gran manifestación popular de cariño y reconocimiento hacia el actual sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo al frente de la Iglesia católica es un gran motivo de esperanza. Por cuanto no puede olvidarse que el Occidente cristiano está sumido en un intenso proceso de descristianización y pérdida de la fe. Proceso al que España no es ajeno, obviamente, pero signos como los apuntados muestran que nuestras profundas raíces cristianas todavía aportan savia de vida a nuestra actual sociedad. La identidad nacional e histórica de España se sustenta en esas raíces, y comprobamos que siguen muy vivas.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Una visita histórica en un clima de acuerdos

Félix Bolaños

La Razón

La visita de una figura tan destacada como es el Papa León XIV a nuestro país es, en sí misma, un acontecimiento extraordinario. Este evento adquiere aún más importancia si tenemos en cuenta que se trata de la segunda visita más larga de un Papa a España y la primera de carácter oficial del actual Pontífice a un país de la Unión Europea.

La elección de España se produce, además, en un clima de acuerdo y sintonía entre el Gobierno de España, la Santa Sede y la Conferencia Episcopal Española, marco en el que esta histórica visita adquiere un sentido completo.

Este escenario de entendimiento y cooperación institucional ha sido impulsado, sin duda, por los acuerdos alcanzados entre el Gobierno y la Iglesia sobre asuntos que llevaban años, e incluso décadas, pendientes en un cajón.

Como ministro responsable de las relaciones con las distintas confesiones religiosas, creo que pocas decisiones reflejan mejor este nuevo tiempo de diálogo que el acuerdo alcanzado el pasado 8 de enero para la reparación de las víctimas de abusos sexuales en el ámbito de la Iglesia católica, un hito excepcional e inédito en el mundo que muestra el gran esfuerzo realizado para que la verdad y los derechos de las víctimas prevalezcan siempre.

Otro ejemplo de esta voluntad de entendimiento son los acuerdos para avanzar hacia la igualdad fiscal de la Iglesia respecto a otras religiones, la publicación de un listado de bienes cuya inmatriculación a favor de la Iglesia no era correcta o la resignificación del Valle de Cuelgamuros, para convertirlo en un lugar de homenaje a la democracia, respetando tanto los derechos de los familiares de las víctimas de la dictadura como la libertad de culto dentro de la basílica.

Más allá de los acuerdos que materializan este gran espacio de entendimiento, resulta evidente la profunda sintonía entre los mensajes que defiende el Ejecutivo y la doctrina de León XIV en asuntos que están en el centro del debate, dentro y fuera de nuestras fronteras, como son los conflictos en Palestina o Irán.

Quizás el más evidente ha sido el enfoque humanista de la inmigración, que en España se ha traducido en un proceso de regularización extraordinaria que ha contado con el apoyo de la Iglesia. En este sentido, agradezco abiertamente la postura de la Conferencia Episcopal como referente moral para gran parte de la ciudadanía frente a discursos xenófobos y racistas, enarbolados por formaciones políticas que buscan institucionalizar la marginación como primer paso para menoscabar nuestro Estado de derecho.

La sintonía con el Papa no se agota en este ámbito, sino que se extiende a otros como la defensa de la Justicia social o la regulación de la Inteligencia Artificial (IA) para evitar sesgos y abusos. Una visión compartida que se ve reflejada en la defensa de los servicios públicos o leyes impulsadas por el Ejecutivo, como la de protección de los menores en entornos digitales o la de gobernanza de la IA, que esperamos aprobar próximamente.

Es evidente que existen también diferencias legítimas entre el Gobierno de España y la Iglesia, pero el actual clima de respeto, así como los acuerdos alcanzados, y la garantía constitucional de la libertad religiosa ayudan a dirimir las en base a una relación de respeto mutuo. Un clima que, sin duda, la visita de León XIV va a fortalecer, convirtiéndose no solo en un motivo de

celebración para los católicos, sino también en una nueva muestra del liderazgo moral e internacional de España.

Félix Bolaños García es ministro de Presidencia, Justicia y Relaciones con las Cortes del Gobierno de España

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Otro Papa coherente con la labor histórica de la Iglesia

Francisco Marhuenda

La Razón

La visita de León XIV coincide con un proceso cada vez más acelerado de descomposición del sanchismo. Más allá de la maquinaria de propaganda de La Moncloa y la siempre fiel armada mediática del régimen, los esfuerzos por unir la figura de un hombre ejemplar y coherente con una persona sin valores que está rodeado de escándalos de corrupción resultarían hilarantes, si no fuera porque vivimos una situación extremadamente grave. El fervor que está mostrando, teniendo en cuenta el anticlericalismo ramplón y decimonónico del Gobierno socialista comunista, solo responde al interés más descarnado. El aparato mediático monclovita utiliza la visita para no tener que hablar de las cloacas, el juicio al hermano, la investigación a su mujer, la próxima sentencia sobre Ábalos y Koldo, los juicios que tendrán que afrontar o el tsunami Zapatero. A estas alturas es más que probable que el PSOE tenga que ser imputado, algo que, si fuera el PP, provocaría la caída del Gobierno, y que se vaya estrechando el círculo alrededor de Sánchez. No parece que nada sea ejemplar. Por supuesto, a la Iglesia le conviene llevarse bien y, curiosamente, a él también para intentar apropiarse de la figura del Papa.

Hay que aclarar que sus mensajes son muy coherentes, como es lógico, con la Doctrina de la Iglesia. Es bueno partir de la base de que es una obra de Dios dirigida por hombres que a veces no han sido todo lo ejemplares que cabría esperar. La realidad es que, desde las enseñanzas de Jesucristo hasta nuestros

días, los valores cristianos no son de ninguna ideología política, sino de la Humanidad. La pérdida de los Estados Pontificios fue una bendición, mientras que la excesiva influencia política que sufrió durante el Bajo Imperio Romano fue una maldición que duró demasiados siglos. Conforme el Imperio iba retrocediendo y era cada vez más débil, la jerarquía, que desgraciadamente se fue llenando de miembros de la nobleza que vieron que era un poderoso instrumento de poder terrenal, fue ocupando el vacío hasta que, finalmente, un conjunto de territorios quedó bajo el dominio de la Iglesia gracias a la falsa donación de Constantino que sirvió para justificar la de Pipino. La primera fue un decreto imperial apócrifo por el que la Iglesia justificó legalmente su soberanía política y territorial sobre Roma, Italia y el Imperio Romano de Occidente. La Donatio Constantini fue un fraude elaborado entre los años 750 y 760, simulando haber sido emitido por el emperador Constantino el Grande en agradecimiento al Papa Silvestre I por haberlo curado milagrosamente de la lepra. La chapuza jurídica daba poder soberano, supremacía espiritual al obispo de Roma sobre los patriarcas de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén; el derecho a usar las insignias, vestiduras y honores de la dignidad imperial, lo que muestra unas lamentables ambiciones mundanas, y justificaba que la capital se trasladara a Constantinopla. El rey Pipino utilizaría este precedente para atacar a los lombardos y restituir a la Iglesia las tierras confiscadas, dando lugar a la Donación (756 d.C.), que sería el origen de los Estados Pontificios.

A pesar de las ambiciones políticas y territoriales de algunos pontífices y cardenales, el bien siempre ha prevalecido, permitiendo que el magisterio haya sido extraordinario en todo el mundo. Una Iglesia que nació impulsada por la bondad, la caridad y la igualdad ha conseguido perdurar durante milenios, porque es una obra de Dios. La izquierda se confunde al intentar politizar e instrumentalizar los mensajes del Pontífice como si fuera un político alineado con el sanchismo, el comunismo o el Grupo de Puebla. No dice nada nuevo o que esté alejado de lo que defendían sus antecesores cuando habla de la inmigración, las guerras, la pobreza, la polarización, las críticas a las ideologías mundanas o pide que se huya de «enfoques identitarios que parecen arreglarlo todo, pero que llenan el mundo de fantasmas y enemigos».

Cualquier Papa conoce muy bien el horror que han significado ideologías como el comunismo, el fascismo, el nazismo o determinados populismos. No solo lo conoce, sino que se concretaron en las brutales persecuciones de los católicos, por citar algunos ejemplos, en la Unión Soviética y los países del Este, China y la Guerra Civil Española. Cuando se idealiza la Revolución Francesa, consecuencia de una evidente ignorancia, es bueno recordar que en la Vendée se mataron a más de doscientos mil católicos. No olvidemos lo sucedido en Roma, la Inglaterra anglicana durante los Tudor, Alemania con la Reforma o México con la Cristiada. Millones de católicos han dado su vida por su fe a lo largo de los siglos. Otra cuestión distinta es que vivimos otros tiempos, pero no hay que olvidar el peligro que ha sido y sigue siendo el comunismo en cualquier país que consigue el gobierno.

La visita de León XIV es un gran y merecido regalo a España, donde la política debe quedar al margen y la instrumentalización sanchista es un insulto a la inteligencia. Hay que entender la labor ecuménica que desde hace tiempo preside la labor de los Papas y que es razonable con el objetivo de buscar un mundo mejor. Alejados de las vanidades de antaño y los fastos imperiales tan mundanos que nada tienen que ver con Jesucristo y la sencillez que predicaba, un mundo mejor pasa, precisamente, porque la religión no sea ninguna barrera, sino un punto de encuentro para estar más cerca de Dios. Otra cuestión distinta son los radicalismos de algunas confesiones y su utilización política, como sucede con un sector del Islam y en países como Irán. Por ello, es positivo destacar los aspectos positivos de Al Ándalus, aunque sin olvidar los horrores de una invasión que, afortunadamente, se pudo revertir con la Reconquista. Lo mismo se puede señalar cuando se busca el entendimiento con el resto de las confesiones cristianas, pero valorando la actuación de la Contrarreforma.

Francisco Marhuenda. Académico de número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de España y de la Real Academia de Doctores de España. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Catedrático de Derecho Público e Historia de las Instituciones (UNIE).

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El Papa León XIV en España, periferia de la fe

Jorge Castro Trapote

La Razón

Recientemente, el vaticanista Andrea Gagliarducci, ha puesto de relieve el interés de León XIV por visitar las periferias de la fe, es decir, aquellas naciones donde la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, ha experimentado un fuerte retroceso con respecto a décadas anteriores. España pertenece a este tipo de periferia. En Abril, el Papa estuvo visitando durante 10 días varios países del continente africano. En esta visita de junio que ya ha comenzado, va a estar 6 días únicamente en España.

La unidad puede considerarse programática en el pontificado del Papa agustino. San Agustín sostenía, en el contexto de la interpretación de la Biblia, que «en lo esencial unidad, en lo dudoso libertad, en todo caridad». Toda interpretación dialéctica, partidista o sectaria de la visita del Papa y de sus palabras surgen del sesgo difundido en las sociedades polarizadas. Las palabras de León XIV, desde el inicio de su pontificado, se mueven en el plano elevado de una verdad universal que procede de Jesucristo. Esta verdad no es propiedad de unos pocos ni de una parte, sino que es un don ofrecido a toda la humanidad.

El Papa está hablando de lo esencial. Lo esencial no es de derechas, ni de izquierdas, ni de centro. Lo esencial es lo más genuinamente humano: la persona es capaz de Dios y alberga en su interior un deseo de plenitud que no

puede alcanzar solo. Los discursos del Papa están mostrando el horizonte de unidad en lo esencial a todos los hombres y mujeres que viven en España.

El Papa no habla de lo opinable. Lo esencial y lo opinable se entrecruzan incesantemente. Siempre es necesaria la prudencia para distinguir en las sociedades lo que pertenece a la verdad inmutable de la dignidad humana de lo que son soluciones y medidas opinables. La polarización en las sociedades es una consecuencia del relativismo. Al no admitirse ninguna verdad absoluta sobre la persona humana, las opiniones se radicalizan y se elevan a la categoría de principios esenciales. Sin verdad se entra en la lógica del poder. Se utiliza cualquier medio para alcanzar o conservar un poder que imponga la opinión propia, considerada como innegociable. Es decir, el poder se convierte en la única verdad. Como el poder no lo tienen todos, la división, el enfrentamiento y la manipulación mediática resultan inevitables. En cambio, la verdad tiene un destino universal. La verdad integral sobre la persona humana permite descubrir la unidad de la magnífica humanidad.

Ni los partidos políticos deberían arrogarse lo esencial, ni la Iglesia debería quitar la libertad en lo opinable. Lo esencial es inseparable de la dignidad humana concreta de cada persona de carne y hueso, y lo opinable –la mayoría de las cuestiones– está dejado a la libre discusión y al consenso en las sociedades.

El Papa León XIV no habla de política, y sí nos ayuda a que lo opinable se mueva dentro de un orden objetivo asentado en la verdad esencial sobre la dignidad infinita. La dignidad humana es indisponible y no es objeto de discusión ni de consenso, porque es trascendente. El fundamento de la dignidad humana es su origen en Dios Creador. La unanimidad es incapaz de legitimar moralmente la tortura o la muerte de ninguna persona.

Las palabras del Papa se dirigen a todos con caridad. La fe no es incompatible con la tolerancia en una sociedad pluralista, sino que es su mayor garantía: el núcleo de la fe es que Dios es Amor. Solo el amor es digno de fe, como recordó el Papa Francisco en la encíclica «Lumen fidei». La fe ve en la dignidad

humana algo esencial e inviolable, cualquiera que sea su credo o pensamiento sobre la fe.

España necesitaba esta visita del Papa porque la razón personal y la razón pública necesitan la luz de la fe para no encorvarse sobre sí misma. No bastan consensos sofisticados ni programas políticos para garantizar la paz y la buena convivencia en una sociedad, sino que necesitábamos a alguien dispuesto a decir una verdad testimoniada con la propia vida, como hizo san Pedro hace casi dos mil años. Con la misma verdad y actitud a visitarnos el sucesor de Pedro, León XIV.

Jorge Castro Trapotees profesor de la Facultad de Derecho Canónico. Universidad de Navarra.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Superar las polarizaciones

Giovanni María Vian

La Razón

Antes de la llegada del Papa León a Madrid, todos los observadores subrayaban que el objetivo de su viaje era superar las polarizaciones. En un país donde los contrastes entre las dos Españas han sido agudas durante dos siglos, y donde la división política y las radicalizaciones internas amenazan el desarrollo del país. Pero también en el ámbito católico, porque desde el final del pontificado de Juan Pablo II las polarizaciones han aumentado, sobre todo durante los doce años del Papa Francisco. Las reacciones públicas y mediáticas a los dos primeros días de la visita a Madrid confirman los análisis previos al viaje: por todas partes se intenta instrumentalizarlo. Pero no es fácil, porque Prevost ha pronunciado palabras claras. Mirando la gran tradición cristiana también en el discurso de mayor compromiso político, el del Palacio Real. Hay que «abandonar las narraciones divisivas y polarizadoras de vuestra realidad social y de su historia», cantó León XIV. El Papa ve en España un «protagonista original y fundamental de Europa» y parece confiar a todo el país una tarea que sea de ejemplo para todo el «viejo continente», si éste «quiere permanecer joven, como joven es quien siente que tiene un futuro y una misión». Central fue la homilía en la Plaza de Cibeles el día del Corpus Christi, cuando se realizan solemnes y magníficas procesiones. Que no son manifestaciones externas, porque «se trata de la fe en la presencia del Señor resucitado, que está vivo y aún pasa entre nosotros»: para visitar «los rincones de nuestro corazón y de nuestra historia, incluso los más oscuros», recordó el Papa.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Bienvenido a su país, León XIV

Alberto Núñez Feijóo

La Razón

*La visita es una oportunidad para todos de recordar que hay un patrimonio común
que no nos podemos permitir desperdiciar*

Hay momentos en los que un país tiene la fortuna de escuchar una voz que el mundo entero respeta. No para que le diga lo que tiene que pensar, sino para que le ayude a recordar lo que ya sabe. La visita de Su Santidad León XIV a España, en estos días, es uno de esos momentos. Y España le recibe como ha hecho siempre como quien ocupa la sede de Pedro, con enorme afecto y con respeto.

Primero, porque León XIV no es sólo el Papa de la Iglesia católica. En un mundo frenético, ruidoso, es la voz de mil cuatrocientos millones de católicos. Y es, también, una de las pocas autoridades morales que en el siglo XXI sigue hablando, sin atajos y sin oportunismo, de la dignidad de la persona, de la libertad, del valor de la vida y de la obligación de cuidar a los más débiles. Voces de esa autoridad escasean en el mundo de hoy. Y siempre he creído que merece la pena escucharlas.

Pero es que, además, España es un país culturalmente católico, como bien sabe León XIV, un Papa hispanohablante. Está en el modo en que hablamos, en los paisajes que nos rodean, en las catedrales, en las tradiciones de cada pueblo. Está en nuestro derecho, en la música popular, en los refranes que repetimos

sin pensar. Y está, sobre todo, en cómo entendemos el perdón, la justicia, el sacrificio y la esperanza. Explicar quiénes somos los españoles sin nombrar el cristianismo es confundirse de país. Y un país que se cuenta a sí mismo amputado nunca se reconoce del todo.

Sin el cristianismo no se entiende nuestra historia. La fe católica fue motor de la Reconquista, de la unidad nacional, del descubrimiento y la evangelización de América, de nuestras universidades, de nuestros hospitales y de lo mejor de nuestro arte. Es difícil señalar un terreno relevante de la vida española en el que la Iglesia no haya dejado huella.

Y esa huella sigue viva, aunque a menudo se quiera invisibilizar. Cerca de un millón y medio de alumnos se forman cada día en centros educativos católicos. Existe una red capilar –parroquias, congregaciones, comedores, residencias, centros de acogida, la inmensa labor de Cáritas– que sostiene a muchos. Ancianos solos, personas sin hogar, mujeres maltratadas. Es una labor constante, silenciosa, irremplazable, como la de los miles de misioneros que entregan su vida al servicio de los demás allí donde se necesita. No ocupa portadas, pero sin ella muchas realidades quedarían sencillamente abandonadas.

Hay, además, una señal que merece atención. Los jóvenes españoles que se declaran católicos han pasado del 31% al 45% en sólo cinco años. Aumentan, por primera vez en décadas, las vocaciones. Cantantes, futbolistas, actores y creadores se reivindican creyentes en público sin pedir permiso. Algo se está moviendo. Una generación entera redescubre que el ser humano es algo más que un consumidor con opiniones. Y descubre algo que durante años le habían ocultado. Que la fe no empequeñece, ensancha.

León XIV no llega en un momento cualquiera. Como buena parte de Occidente, España atraviesa una etapa de desconcierto. Y una de las razones tiene que ver con el acelerado proceso de digitalización y tecnologización de nuestras sociedades. Por eso hemos recibido con gran satisfacción que la primera encíclica social de León XIV, «Magnífica Humanitas», aborde los

grandes desafíos que entraña la Inteligencia Artificial. Somos conscientes de que la IA no es neutral y no puede constituirse en criterio absoluto: debe ser discutible y refutable, y por supuesto, mantenerse al margen de la carrera armamentística o económica. En definitiva, aprovechar sus grandes beneficios prácticos, y al mismo tiempo impedir que domine sobre lo humano o comprometa su dignidad. Es lo que Su Santidad llama «desarmar la IA».

Actualmente coinciden cambios sociales acelerados, tensiones económicas y un clima de polarización que dificulta los acuerdos básicos. Muchas familias viven con incertidumbre, muchos jóvenes miran al futuro con dudas y las instituciones están sometidas a una presión constante.

En contextos así corremos el riesgo de olvidar los fundamentos más básicos de nuestra convivencia. Que la vida humana tiene valor. Que la verdad no es una construcción arbitraria. Que la familia sigue siendo un espacio insustituible. Que el trabajo no es sólo renta sino también dignidad. Que la libertad sin responsabilidad termina volviéndose contra los más débiles. Estos fundamentos no son patrimonio exclusivo de los creyentes. De ahí que el mensaje de León XIV no se agote en los templos, e interpele también a quienes sienten que una sociedad sin referencias sólidas, sin valores compartidos, acaba perdiendo el rumbo. Y conecta con algo que el propio León XIV encarna.

Una Iglesia que dialoga con el mundo sin disolverse en él, que sabe estar en el siglo XXI cargando con veinte siglos de historia a la espalda. Esa serenidad escasea hoy. Y se agradece. Es un modo de estar en el mundo que admiro, y que procuro tener como referente también en política. La religión católica, para un español, no es una religión más. Como tampoco la lengua española es una lengua más, ni nuestra Constitución es un texto cualquiera. Hay cosas que son nuestras y que nos han hecho ser quienes somos. Reconocerlo nos sitúa. España puede dialogar con todas las tradiciones, religiosas o no, precisamente porque sabe de dónde viene. Sólo desde lo propio se construyen puentes verdaderos. Quien no sabe lo que tiene, difícilmente puede compartirlo.

La visita de León XIV es, en fin, una oportunidad. Para los creyentes, de fortalecerse en la fe. Para los no creyentes, de redescubrir las raíces que también les pertenecen. Y para todos, de recordar que hay un patrimonio común que no nos podemos permitir desperdiciar.

Decíamos al principio que hay momentos en los que un país tiene la fortuna de escuchar una voz que el mundo entero respeta. España, en estos días, está viviendo uno. Y como presidente del principal partido de España, quiero agradecer a Su Santidad que nos haya honrado con esta histórica visita. Bienvenido, Santidad. Bienvenido a su país. Bienvenido a su casa.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La tarjeta de visita de León XIV

Juan Carlos Carvajal Blanco

La Razón

A través de varios encuentros significativos, está escrito: «Vengo a anunciar la buena noticia a los pobres»

En el paso de León XIV por nuestro país, llama la atención de que, en cada una de las etapas de su periplo pastoral, está acumulando unos centros de atención social en los que la pobreza y el descarte se revelan como una realidad presente en una sociedad que presume de proteger la dignidad humana y de promover los derechos.

En su paso por Madrid, tras una visita protocolaria –encuentro con los Reyes, autoridades y cuerpo diplomático–, su primer acto de relevancia ha sido el encuentro con los asistidos, trabajadores y voluntarios del proyecto social «Cedia 24 horas»; un centro de acogida de personas sin hogar de Cáritas, en el barrio de Carabanchel. En su visita a Barcelona se aproximará al centro penitenciario Brians 1, donde dirigirá un saludo a los reclusos y a los agentes que trabajan en la pastoral penitenciaria.

Su paso más explícito por las realidades de marginación y pobreza será por las diócesis canarias.

El jueves, tras aterrizar en Gran Canarias, el papa León irá al puerto de Arguineguín que, en plena pandemia, fue conocido como el «campamento de

la vergüenza» por el hacinamiento de personas migrantes: más de dos mil personas en un espacio provisional y limitado pensado para cuatrocientas. El día siguiente, el último de su visita apostólica, volverá a estar centrado en el drama de la migración. León se reunirá, en el centro de Las Raíces en Tenerife, con diversas entidades vinculadas al acompañamiento de inmigrantes.

Es evidente que este programa no es casual. En el conjunto de la visita pastoral esconde un significado que lejos de ser pasado por alto, conviene desentrañar. Para el signatario de «Delexi te. Sobre el amor hacia los pobres», constituye su tarjeta de visita; más aún, su carta de presentación. El Vicario de Cristo no puede por menos que manifestar a quien representa y su tarjeta de visita no puede dejar de ser la misma que la que utilizó su Maestro y Señor.

Es el evangelista Lucas quien, citando la profecía de Isaías, escenifica la tarjeta de visita que Jesús, el Cristo, presenta a sus paisanos y, a través de ellos, a una humanidad necesitada de gracia y de esperanza: El Espíritu me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres. El papa León ha venido de visita pastoral a España para anunciar el evangelio de Jesucristo a los pobres. Este anuncio, sin duda, tiene consecuencias eclesiales, sociales, culturales, políticas, económicas... Pero el presupuesto para que el germen de vida que contiene el Evangelio se pueda desarrollar en todas las dimensiones existenciales y sociales que componen la trama humana pasa por encontrar hombres y mujeres, al menos, abiertos a una novedad que viene de otra ladera y que siempre la cumple un enviado.

Dios siempre busca a los pobres. No porque no busque a todas sus criaturas. No porque no desee compartir su vida con todo ser humano. Sino porque, como buen Padre, va al encuentro de aquellos hijos suyos que, porque sufren las consecuencias de la desventura, la injusticia y el descarte, pueden parecer desheredados de su amor.

Su Hijo, Jesús, carga sobre sí la preferencia del Padre y se empobrece hasta el extremo de hacerse uno con los últimos para, en su pobreza, enriquecerlos con

su compañía, su gracia y la vida. Los pobres son la otra cara del Evangelio. En verdad, Jesucristo solo es buena noticia para los pobres y solo los que se reconocen pobres pueden reconocer en el Pobre de Yahveh el Evangelio. Un evangelio que ilumina, fortalece, da sentido y abre un horizonte de esperanza.

Pero, entonces, ¿el Papa León viene a visitar solo a los pobres? No y sí. Fiel a su experiencia bimilenaria, la Iglesia ha acuñado una afirmación que ilumina lo que venimos diciendo: «Los pobres nos evangelizan». Buscando su sentido Delexi te se pregunta: «¿De qué manera?», a lo cual el Papa agustino responde: «Los pobres, en el silencio de su misma condición, nos colocan frente a la realidad de nuestra debilidad [...] En esencia, ellos revelan nuestra fragilidad y el vacío de una vida aparentemente protegida y segura» (nº 109).

La tarjeta de visita del Pontífice está ofrecida. En ella, a través de varios encuentros significativos, está escrito: «Vengo a anunciar la buena noticia a los pobres». Nadie está excluido. Solo una condición, que es doble: es preciso entrar en la lógica del Evangelio para acercarse y reconocer a los más desfavorecidos como hermanos; y, en ese encuentro, tener el valor de identificar y aceptar cualquiera que sea nuestra pobreza.

Todos estamos cercados por unos límites infranqueables –enfermedad, soledad, culpa moral, dificultades económicas, ancianidad...– de los que hemos de ser rescatados con un testimonio de amor y una palabra de esperanza que viene del otro lado. Jesucristo es su testigo fiel y ahora ese testimonio lo viene a dar su Vicario.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Histórica intervención y ovación al Papa en el Congreso

Jorge Fernández Díaz

La Razón

La imagen de León XIV ya ocupa un lugar muy destacado en la historia de España

La imagen del Papa flanqueado por el presidente del Gobierno, el del Senado, el del Tribunal Constitucional y por las presidentas del Congreso, del Tribunal Supremo y del CGPJ, y además por el cardenal secretario de Estado del Vaticano en el Patio del Palacio del Congreso ya ocupa un lugar muy destacado en la Historia de España. Su posterior intervención debe ser interpretada no como una intervención política «al uso» en una democracia parlamentaria, sino como lo que debe ser –y como así fue–, la pronunciada por León XIV desde la presidencia del hemiciclo (y no desde la tribuna) en un singular protocolo a él reconocido, ofreciendo a la representación democrática de los españoles un «faro moral», que debe iluminar su conducta y su trabajo, a favor del bien común de los españoles. Su discurso estuvo siempre a favor de la cooperación y el diálogo, evitando el enfrentamiento y la radicalización que hoy están tan presentes en la política en España.

El Papa no obvió referirse a algunas cuestiones que Benedicto XVI calificó de innegociables para los católicos: en especial, el aborto y la eutanasia. Como era previsible, hizo una especial referencia a la paz y a la inmigración. En cuanto a la primera, expresó su conocida postura en favor de un derecho internacional

que trabaje por la paz, mediante la negociación y el diálogo multilateral, evitando la imposición de un nuevo derecho por medio de la fuerza. Respecto a la inmigración, abogó claramente por la acogida de las personas que se ven obligadas a emigrar para vivir con la dignidad inherente a la condición humana. También fue histórica la ovación unánime de todo el hemiciclo al acabar su discurso, que tuvo una duración de 7 minutos, algo nunca vivido en el Congreso. Las posteriores declaraciones de diversos representantes de las formaciones parlamentarias asistentes abundaron en los elogios y el acuerdo con las palabras de León XIV. Otra cosa es la interpretación y aplicación práctica de las mismas que hagan, habrá ocasión de comprobarlo próximamente en ambas Cámaras. Aunque algunos ya anunciaron discretamente que «no va a haber tregua», sería deseable que el clima ayer vivido de unidad y consenso no fuera un mero oasis en la tempestad política que, por ejemplo, predomina desde los últimos años en la vida política nacional. No deja de ser un signo al respecto la conducta de la portavoz de Junts Miriam Nogueras al saludar al Papa hablándole en inglés, pidiéndole que utilice también el catalán en su estancia en Barcelona por respeto y amor a la tierra que le acoge. Lo de decírselo en inglés quizá fuera por ser la lengua materna del Papa estadounidense, y no querer decírselo en la lengua común y oficial española. Solo faltaron Podemos y el BNG a la extraordinaria sesión, además de los expresidentes Felipe González y José Luis Rodríguez Zapatero. El resto del programa de ayer comenzó con la audiencia concedida a Sánchez en la Nunciatura previa a su intervención en el Congreso, así como el encuentro por la tarde con víctimas de abusos provocados por clérigos de la Iglesia. El Papa calificó de una «llaga abierta» esa situación, ofreciendo «verdad, justicia y reparación» ante los mismos. Su programa terminó en el estadio Santiago Bernabéu, en un encuentro masivo con la comunidad diocesana madrileña. Al igual que el encuentro que mantuvo anteayer en el Movistar Arena con una destacada representación del mundo cultural, económico y del deporte, entre los que podemos citar a Antonio Banderas, que en una emotiva intervención declaró «haber sido víctima del hechizo de Dios» y afirmó que «la Iglesia ha sido el mayor productor de arte en la historia de la humanidad».

También fue significativa la presencia en el encuentro del presidente de la principal patronal CEOE Antonio Garamendi, y de los secretarios generales de UGT y CCOO Pepe Álvarez y Unai Sordo, respectivamente, que expresaron su voluntad de alcanzar por medio del diálogo social condiciones dignas para los trabajadores. Como vemos, la visita apostólica de León XIV a España, la primera suya y 15 años después de la tercera y última de Benedicto XVI, se está desarrollando en un clima de gran consenso social y político, y de una extraordinaria manifestación de devoción popular en la calle. Hoy comienza en Barcelona una nueva etapa en la visita del Papa a España, con un programa que culmina esta noche con una vigilia de oración en el estadio olímpico de Montjuic.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Hola Mundo, Hola Papa León XIV

Salvador Illa

La Razón

La visita llega en un buen momento para Cataluña, es una gran oportunidad para mostrar al mundo lo que somos y los valores que nos definen

En Cataluña recibimos al Papa León XIV con un sencillo, profundo y sentido «Hola mundo, hola Papa León XIV» que sintetiza nuestro deseo de reencuentro y fraternidad con todos los países, pueblos y culturas. Este es hoy el verdadero valor de su figura y de su potente mensaje que trasciende el ámbito religioso: recuperar el sentido de compromiso colectivo y de empatía de la humanidad.

La visita del Papa León XIV llega en un buen momento para Cataluña. Es una gran oportunidad para mostrar al mundo la Cataluña que somos, los valores que nos definen como sociedad abierta, próspera y plural, así como la esperanza con la que la sociedad catalana afronta la próxima década de prosperidad.

Es un honor que el Papa aceptara la invitación oficial que pude hacerle como president de la Generalitat de Catalunya durante la recepción oficial que nos ofreció el pasado octubre en el Vaticano. Desde entonces, se ha puesto más de manifiesto todavía la necesidad de contar con una referencia moral en un mundo que corre el peligro de la deshumanización. El último ejemplo ha sido la encíclica «Magnífica humanitas» sobre la IA, un llamamiento de atención a

favor de proteger la dignidad humana y poner la tecnología al servicio de las personas, no del beneficio económico sin límites, que en Cataluña hacemos nuestro.

Las raíces de Cataluña se encuentran en los principios fundamentales del humanismo cristiano, de la convivencia y de la solidaridad internacional. La espiritualidad que el Papa León XIV promulga es un motor de transformación de la realidad social que entronca con nuestro compromiso de situar a las personas y las políticas sociales en el centro de la acción de gobierno. Los catalanes y catalanas somos gente de paz que también levantamos la voz frente a la crueldad de las guerras que desgraciadamente todavía asolan Ucrania y Palestina. El mensaje valiente del Papa León XIV refleja la voluntad de vivir y de convivir, así como la defensa del diálogo que nos define. Por eso, el Papa es una voz escuchada y querida en nuestro país, un referente más allá de las creencias de cada uno.

El programa de actos de su viaje, bajo el lema «Alcem la mirada», muestra una sensibilidad especial por Cataluña. El Papa León XIV valora nuestra cultura y nuestra lengua y por eso también se expresará en catalán; valora nuestra historia y nuestro compromiso contra las desigualdades.

La visita al centro penitenciario Brians 1 y a los proyectos comunitarios del barrio del Raval de Barcelona nos recuerdan la necesidad de avanzar en la justicia social y en la recuperación de la dignidad de los más vulnerables.

La estancia en Montserrat y la histórica bendición de la torre de Jesucristo en la Sagrada Família ponen de relieve el patrimonio espiritual y artístico de Cataluña. Comprender Cataluña es entender esta herencia espiritual que va desde Poblet, pasando por movimientos obreros cristianos y hasta Montserrat, entre otros. Todo este poso espiritual ha acompañado a generaciones enteras y sigue muy presente en la vida de nuestro país.

Este «alçar la mirada» también interconecta directamente con el espíritu de acogida y solidaridad que ha definido, y define, la historia de Cataluña. No

podemos permanecer ajenos al sufrimiento de muchas personas que ante guerras, injusticias sociales o incluso crisis medioambientales se ven obligadas a dejar su tierra y buscar nuevos países de acogida. La inmigración es nuestra memoria, nuestro presente y nuestro futuro.

El mundo vive una de las transformaciones más trascendentales de las últimas décadas: geopolítica, tecnológica, social y medioambiental. Nunca antes la humanidad había acumulado tanto conocimiento y tanta capacidad tecnológica en sus manos. Se trata de un gran poder y, por tanto, de una gran responsabilidad. Desde Cataluña afianzamos nuestra defensa inequívoca de la dignidad humana y de la paz.

La visita del Papa León XIV es una invitación a la esperanza y una inspiración para seguir construyendo un país más humano, más justo y siempre abierto al mundo.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Nos visita un profeta de las naciones y un pastor de migrantes

José Manuel Horcajo

La Razón

León XIV, con su encíclica Magnifica humanitas, afronta los nuevos desafíos y pretende ofrecer un sentido y una esperanza para los dramas que azotan el mundo

León XIII promulgó una encíclica profética sobre las nuevas realidades que asediaron el siglo XIX en medio de revoluciones sociales y tras la segunda revolución industrial. Ahora estamos en un cambio de época y su sucesor en la sede tiberina, León XIV, coge el testigo de la caridad de Cristo para iluminar este mundo asediado por una «tercera guerra mundial a pedazos» (Francisco, 2014) y ofrecer una palabra de esperanza. Es lo que hará estos días en España.

Desde que el jesuita Luigi Taparelli d’Azeglio acuñó el término de «justicia social» (1842), este neologismo ha destapado oscuridades que reclaman la luz de Cristo.

Siguiendo las reflexiones de los santos Padres, y las prácticas del obispo alemán W.E. Von Ketteler (+1877), León XIII en 1891 inauguró lo que hoy conocemos como Doctrina Social de la Iglesia (DSI) con su encíclica Rerum novarum abriendo un surco fecundo que ha dejado más de quince textos magisteriales sobre temas sociales, políticos, económicos, ecológicos, etc., incorporando las necesarias reflexiones de obispos, teólogos y laicos expertos.

Ahora León XIV, con su encíclica Magnifica humanitas, afronta los nuevos desafíos y pretende ofrecer un sentido y una esperanza para los dramas que azotan el mundo. Desde san Pablo VI (*Populorum Progressio*, 1967), la DSI percibió la relevancia de la globalización y del desarrollo de los pueblos, clave para una solidaridad mundial, como señaló san Juan Pablo II (*Sollicitudo rei socialis*, 1987), y recordó con fuerza Francisco en la intercomunicación de todos los problemas y las debilidades, tanto sociales como ecológicas (*Laudato Sí*, 2015).

Ante la multiplicación de problemáticas sociales, la sabiduría de Benedicto XVI supo indicar el origen de toda solución, que brota de la caridad social (término acuñado por santo Tomás de Aquino, señalado por Pío XI y protagonista en *Caritas in Veritate*, en 2009, como «*caritas in veritate in re sociali*»), que se manifiesta como caridad política (san Pablo VI) e incluso económica. Desde la fuente del amor de Dios se funda la amistad como comunión en un bien común que permite comprender la búsqueda común de soluciones para luchar por la paz de los pueblos y de los corazones. La caridad no es cosa solo de sentimientos.

En este mundo global, donde la información llega más rápido que el sentido de interpretación de esta, donde la IA –aunque sea desarmada– se ha convertido en el traje espacial –imaginario colectivo– donde habitar en las redes sociales, la inevitable globalización se está traduciendo en una sorprendente incomunicación entre las personas.

León XIV ha precisado la calidad de una civilización en el cuidado que se ofrece a cada persona, más que en el poder de sus medios (*Magnifica humanitas*, 114). En efecto, en esta sociedad del rendimiento y del cansancio, no hay tiempo para el cuidado cercano y humano de las personas.

Pero esta globalización se queda amordazada ante el drama de las tragedias humanas en los flujos migratorios. Según el informe de la OIM (ONU, 2026) es prioritario «facilitar vías para la migración regular». Los migrantes son

personas que buscan cruzar fronteras, lograr documentación en regla, asentarse en un país y crecer con su familia. Son «mensajeros de la esperanza» (León XIV, 2025), rostros con historias y vínculos que saltan las vallas y cruzan los mares para conquistar una vida feliz, aunque lamentablemente se quedan en sueños rotos y ahogados. Pero estas personas asaltan también los noticieros y llenan los discursos políticos sobre las medidas oportunas en Europa y Norteamérica. Estos nuevos problemas evocan las encendidas disputas en la Escuela de Salamanca para defender la dignidad de los indios y los fueros necesarios para proteger a los pobres.

Francisco de Vitoria bramaba en su defensa y los reyes escuchaban atentos. La caridad era la reina de las virtudes. Quizás deberíamos asomarnos, sin complejos, de nuevo a sus enseñanzas.

Hoy en día, León XIV, recogiendo el llamado de su predecesor Francisco, ha reclamado la prioridad del amor al pobre, al herido, al necesitado (Dilexi te, 2005). Y lo ha puesto en práctica en su visita a Madrid, Barcelona, y especialmente en Canarias. En Madrid por su visita a Cedia 24 horas, recurso de Cáritas que ofrece calor y calidez en su hogar de acogida, generando una promoción humana y social, en el herido barrio de Caño Roto, donde el ahora desmantelado poblado chabolista del Cerro de la Mica veía morir a sus jóvenes azotados por la droga desde los años ochenta. En Barcelona por la belleza de la liturgia, morada de los pobres, y por la visita a los reclusos de Brians 1.

Pero especialmente en Canarias, ruta a Europa, donde el drama de los que logran cruzar milagrosamente hasta las islas ha protagonizado nuestras pantallas en los últimos meses. El difícil tema de la inmigración se convertirá en un faro de esperanza para ver en cada hermano, un hijo de Dios que camina, en este mundo, de nuestra mano.

En el avión de regreso de África, el Papa recordó que debemos ayudar desde sus regiones de origen. Es lo que reclaman muchos países subdesarrollados que anhelan entrar en la globalización por la puerta principal, no por el callejón de servicio, por medio de subvenciones, como recordaba el presidente de Senegal

en el Foro de Davos de 2001 (cf. R. Termes, 2003). Esos países también son protagonistas de esta misión.

El Papa quiere hacernos conscientes de que problemas tan profundos requieren tiempo y diálogo, un estudio sincero y comunitario de los problemas, sin soluciones rápidas que solo ocultan la herida.

Todos somos responsables de estas tragedias humanas y de la acogida, incorporación y promoción de estos hermanos nuestros que vienen a enriquecer nuestra cultura y nuestra convivencia, con los problemas y complicaciones que ello siempre ha acarreado en todo tiempo y cultura. «No se les puede tratar peor que a las mascotas» (León XIV, 2026), han de ser «acogidos, protegidos, promovidos e integrados» (Francisco, 2019). Todos, en definitiva, somos peregrinos. Pero ellos no son parte del problema, sino protagonistas de la caridad, de la cual nadie se puede desligar, sino que nos implica a todos, tal como enseñaron desde el siglo XIX san Juan Bautista Scalabrini y santa Francisca Javier Cabrini, patrona de todos los migrantes (Dilexi te, 74). La solidaridad y subsidiariedad valen tanto para la sociedad que acoge como para la familia migrante que llama a su puerta. El verdadero progreso no es solo económico o social, sino humano-familiar, fundamentado en el amor. Por eso, la DSI va de la mano de la moral familiar: el don de la vida y el don del bien común han de ser protegidos y fomentados.

La Iglesia sabe lo que verdaderamente vale cada vida, y por eso llama a la santidad a cada inmigrante mientras reclama sus derechos y deberes. En ellos recae también una gran responsabilidad de convivencia y testimonio de amistad, tanto como en la nación que decide acogerlos con procedimientos justos. No han de ser solo pasivos receptores, sino activos donantes, en una sinfonía de la caridad, de «responsabilidad compartida» y «enriquecimiento mutuo» (Magnifica humanitas, 81 y 180). Es lo que hacen las parroquias a diario en los barrios en un latido de caridad a pie de calle, en una convivencia fraterna donde no hay programas políticos ni leyes encima de la mesa, sino el cuidado cercano que construye una civilización del amor.

José Manuel Horcajo Universidad Eclesiástica San Dámaso

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Un Papa extraordinario

Francisco Marhuenda

La Razón

León XIV ha superado cualquier expectativa. Ha reafirmado su liderazgo mundial con este largo e intenso viaje a España, que es sin lugar a dudas la nación más importante en la Historia del Catolicismo. Es algo sobre lo que el Santo Padre era consciente, pero que sobre todo conoció por su experiencia en el otro lado del Atlántico. Su labor misionera le permitió profundizar, al margen de la ignorancia de aquellos que critican la huella hispana en América, la labor evangelizadora y cultural realizada desde el Descubrimiento. La ignorancia se cura viajando, porque no hay nada mejor que visitar esos países hermanos y relacionarse con los descendientes de los pueblos originarios para entender que siempre se buscó el desarrollo y la integración. Es un proceso que se ralentizó, desgraciadamente, con las guerras civiles que se vivieron en los antiguos virreinos cuando las élites dirigentes, ayudadas por los ingleses, iniciaron el proceso de separación de la Monarquía Hispánica. No hay duda de que es más ajustado a la realidad histórica referirse a unas guerras civiles que a una independencia que no quería una gran parte de la población que era leal a España. Hay que felicitar por la respuesta generalizada de la sociedad española y sus instituciones ante esta histórica visita. León XIV ha mostrado que es un hombre de Dios sensible, intelectualmente muy sólido y con una proximidad que desconocíamos. El recibimiento que ha recibido, no hay duda de que le ha emocionado. Los sucesivos mensajes que ha lanzado son claros, directos y profundos, mostrando que su Papado se inscribirá entre los más trascendentes de la Edad Contemporánea. Ese liderazgo moral, con ese cierto

aire de timidez que muestra ante el fervor que desata su figura, es muy importante en estos tiempos tan turbulentos y complejos. Desde su elección, me resultó muy interesante su trayectoria académica y pastoral. En lo primero, se muestra la solidez de su mensaje y una cabeza extraordinariamente ordenada, fruto de su formación como matemático. La humanidad que destila es coherente con su trayectoria como misionero. El haber trabajado entre los más desfavorecidos imprime carácter, pero lo hace desde el equilibrio, la justicia social y el progreso tanto personal como colectivo. Sus funciones como obispo y posteriormente como prefecto del Dicasterio para los Obispos le dieron la experiencia que le faltaba para asumir el Papado.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La autoridad moral del Papa

Abel Hernández

La Razón

La visita del Papa ha removido y fortalecido la fe de los católicos españoles, que parecía apagada, y ha suscitado más curiosidad e interés de lo esperado en el mundo de la increencia. La gente se ha echado a la calle para verle de cerca y escucharlo, los medios de comunicación se han volcado y la clase política ha comprobado que su lección moral es consistente y no está sometida a variaciones acomodaticias. León XIV habla con autoridad, más que ningún otro líder mundial de nuestro tiempo. Por eso el impresionante silencio y la atención con que siguieron el lunes en las Cortes los representantes del pueblo, de todas las tendencias, su histórica intervención. Hacía tiempo que no se oía en el Congreso un aplauso tan unánime y sostenido. A mí me recordó tres momentos estelares vividos allí cuando fraguó la concordia nacional: la ley para la Reforma Política, la amnistía y la aprobación de la Constitución. Era como volver atrás y recuperar el tiempo perdido.

Lástima que sólo haya sido un sueño. Ni el Papa, a pesar de su denodado esfuerzo de estos días, es capaz de derribar el muro de la discordia y elevar el nivel moral del discurso público entre nosotros. Cada bando se ha apresurado a interpretar en provecho propio lo que ha dicho el jefe de la Iglesia católica. Unos y otros han ignorado su advertencia sobre «los límites morales del poder», eje de su meditada intervención, en la que puso de manifiesto una de las grandes herencias históricas de España: el Derecho de Gentes, aportado por la Escuela de Salamanca. La creación de una conciencia jurídica y moral nos

recuerda que «la autoridad lleva siempre consigo una responsabilidad». Que cada cual se aplique la lección.

Toca, en primer lugar, al presidente del Gobierno mirarse en el espejo moral que ha puesto León XIV delante -en esto el contraste entre ambos es llamativo- en vez de intentar aprovecharse discriminadamente de la posición genuinamente cristiana de este Papa, como la de todos los anteriores, en favor de la paz, de la defensa de la vida humana desde el momento de la concepción hasta la muerte natural, del derecho de los padres a la educación de sus hijos y, naturalmente, de la acogida humanitaria y ordenada del inmigrante, con una doble exigencia de justicia social: «ofrecer vías seguras y legales, una acogida respetuosa y posibilidades reales de integración». Desde luego, no sería conforme con la doctrina de la Iglesia intentar aprovecharse del descontrolado flujo migratorio para incrementar en provecho propio el censo electoral.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La fuerza de la fe

Irene Villa

La Razón

La extraordinaria acogida al Papa puso de manifiesto la necesidad colectiva de la fuerza de la fe. Pese a vivir en un país aconfesional, nuestras profundas raíces cristianas forman parte de nuestra historia, nuestra cultura y nuestra identidad.

Las calles se prepararon para un momento histórico: miles de personas llenaron plazas y avenidas, móviles en mano, para inmortalizar un instante que quedará grabado para siempre en el corazón de nuestros ciudadanos.

Lo más importante fue el mensaje: acompañar, proteger y amar a quienes atraviesan momentos de mayor fragilidad. En tiempos de incertidumbre y polarización, necesitamos referentes que nos recuerden lo que nos une y que promuevan paz, compasión, solidaridad, amor y esperanza. Valores imprescindibles ya que la frustración, la ansiedad y el estrés aparecen, tristemente, cada vez a edades más tempranas. A algunos les sorprendió el fervor que despertó el Papa en un país donde muchos dicen no tener fe. Sin embargo, la fe es también confianza y vivir con sentido: uno de los motores más poderosos del ser humano.

Resultó emocionante escuchar a Antonio Banderas hablar del alma que nos susurra que hay algo más, algo que trasciende lo material.

El Papa insistió en la necesidad de construir puentes y recuperar valores universales que ayuden a convivir. Un mensaje necesario independientemente de ideologías y creencias.

Decenas de miles de personas han firmado para solicitar al alcalde de Madrid que la Santa Cruz instalada en la Plaza de Lima con motivo de la visita del Papa León XIV permanezca en su ubicación. Para muchos, no se trata únicamente de un símbolo religioso, sino del recordatorio de unas raíces y unos valores que forman parte de nuestra historia colectiva.

Quizá esa sea la verdadera enseñanza: en un mundo cada vez más acelerado, seguimos necesitando la fe. Necesitamos creer en los demás, en el futuro y en que la fuerza de la fe sigue teniendo la capacidad de transformar vidas.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El mar en el discurso papal

Giovanni María Vian

La Razón

La extraordinaria acogida al Papa puso de manifiesto la necesidad colectiva de la fuerza de la fe. Pese a vivir en un país aconfesional, nuestras profundas raíces cristianas forman parte de nuestra historia, nuestra cultura y nuestra identidad.

Las calles se prepararon para un momento histórico: miles de personas llenaron plazas y avenidas, móviles en mano, para inmortalizar un instante que quedará grabado para siempre en el corazón de nuestros ciudadanos.

Lo más importante fue el mensaje: acompañar, proteger y amar a quienes atraviesan momentos de mayor fragilidad. En tiempos de incertidumbre y polarización, necesitamos referentes que nos recuerden lo que nos une y que promuevan paz, compasión, solidaridad, amor y esperanza. Valores imprescindibles ya que la frustración, la ansiedad y el estrés aparecen, tristemente, cada vez a edades más tempranas. A algunos les sorprendió el fervor que despertó el Papa en un país donde muchos dicen no tener fe. Sin embargo, la fe es también confianza y vivir con sentido: uno de los motores más poderosos del ser humano.

Resultó emocionante escuchar a Antonio Banderas hablar del alma que nos susurra que hay algo más, algo que trasciende lo material.

El Papa insistió en la necesidad de construir puentes y recuperar valores universales que ayuden a convivir. Un mensaje necesario independientemente de ideologías y creencias.

Decenas de miles de personas han firmado para solicitar al alcalde de Madrid que la Santa Cruz instalada en la Plaza de Lima con motivo de la visita del Papa León XIV permanezca en su ubicación. Para muchos, no se trata únicamente de un símbolo religioso, sino del recordatorio de unas raíces y unos valores que forman parte de nuestra historia colectiva.

Quizá esa sea la verdadera enseñanza: en un mundo cada vez más acelerado, seguimos necesitando la fe. Necesitamos creer en los demás, en el futuro y en que la fuerza de la fe sigue teniendo la capacidad de transformar vidas.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

La coherencia del Papa frente a la migración

Francisco Marhuenda

La Razón

A la hora de analizar los discursos, los mensajes y los gestos de León XIV hay que enmarcarlos en la coherencia de una doctrina que ni ha cambiado ni puede cambiar. Es coherente con el apostolado de Jesús. No se puede ser cristiano sin sentirse sobrecogido por la situación de los más desfavorecidos, así como por las injusticias en un mundo que no es perfecto. La izquierda política y mediática tiene por costumbre hacer siempre interpretaciones parciales o aprovechar cualquier oportunidad desde una concepción excluyente. Estaría muy bien que cuando muestra ese fervor hacia el Santo Padre lo acompañara, precisamente, de un mayor respeto hacia lo que significa y ha significado la Iglesia en la Historia. No voy a pretender que se conviertan, algo que sería muy positivo, pero al menos que sean coherentes con el conjunto de una Doctrina que es un camino de bondad, solidaridad e igualdad. Es superior a cualquier ideología o planteamiento partidista, aunque ni puede ni pretende ser nada más y nada menos que lo que es. No se trata de caer en un planteamiento teocrático o un clericalismo. Al final, sirve para plantear cuál es el sentido de nuestra existencia. El Papa se ha reunido en Canarias con migrantes, voluntarios y trabajadores vinculados a las labores de acogida y rescate. Lo ha hecho con la sensibilidad evangelizadora que le caracteriza y animando a seguir ofreciendo «acogida, escucha, cercanía y cuidado de los más débiles». El fenómeno migratorio tiene una enorme trascendencia y está provocando tensiones y problemas en toda Europa, aunque es bueno recordar que la Historia de la Humanidad no se entiende sin las migraciones que están

en su origen. Lo han sido de todo tipo y son las que han transformado el mundo. Es importante tener en cuenta que una «generosa labor de caridad y misericordia» no entra en contradicción con actuar en los países de origen para conseguir que nadie tenga que abandonarlos por necesidad económica o huyendo de la violencia. El problema es que Europa hace muy poco en este sentido. Otro aspecto que es fundamental es la lucha contra las mafias que se enriquecen con la migración y la trata. No hay respuestas fáciles a problemas tan complejos, pero son los que deberían afrontar con seriedad, rigor y eficacia los políticos.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

El sanchismo acertó con el Papa

Luis María Anson

La Razón

La objetividad periodística exige el reconocimiento de la seriedad y el acierto con que el Gobierno de Pedro Sánchez ha acogido la visita de León XIV a España. En lugar de poner pegas, de negar ayudas a las Comunidades Autónomas, de recelar sus discursos, ha prestado apoyo generoso a todas las actividades pontificias, ha garantizado su seguridad y se ha sumado al aplauso general cosechado por el Sumo Pontífice. Televisión Española y Radio Nacional de España han hecho un formidable esfuerzo de información objetiva para llevar a las ondas y a las pantallas la comunicación serena sobre la visita del Papa. Madrid, Barcelona y Canarias se han beneficiado, en fin, de una respuesta del Gobierno sanchista que muchos califican de impecable. Solo el sectarismo puede negarse a reconocer esta evidencia. La Comunidad madrileña, por cierto, presidida por Isabel Díaz Ayuso, contribuyó también de forma especial al éxito del Papa.

El pueblo español ha respondido a la tradición secular de una nación que evangelizó medio orbe. Cerca de 600 millones de católicos se expresan en español. El sentimiento popular se reflejó lo mismo en los estadios deportivos de Madrid que en los de Barcelona y sobre todo en el acto cumbre de la Sagrada Familia. El desdén con el que algunos intelectuales, ciertos periodistas, destacados políticos trataban al catolicismo en España se ha esfumado. Se podrá coincidir con la significación católica popular o se podrá discrepar de ella, pero es un hecho incuestionable.

Tal vez el momento más difícil y más revelador fue la presencia de León XIV en un Congreso de los Diputados agriamente fragmentado y especialmente agresivo. Tras el discurso de León XIV, diputadas y diputados, senadoras y senadores, puestos en pie, aplaudieron durante siete minutos y medio, tiempo que se habría prolongado si no hubiera sido porque el Papa hizo un gesto de agradecimiento e inició su retirada del hemiciclo.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

De paz e inmigrantes

Mateo González Alonso

La Razón

La visita del Papa León XIV a España ha dejado algunas claves sobre la cuestión migratoria. La presencia en tres actos específicos en Canarias monotemáticos permite analizar cómo el Papa ha dejado una huella que trasciende lo puramente espiritual. Frente a las costas, León XIV no se limitó a ofrecer oraciones consoladoras, sino que delineó una propuesta de política migratoria clara, exigente y bidireccional para España y, por extensión, para Europa a partir del testimonio de quienes, hace mucho o poco, llegaron a Canarias por canales extraoficiales.

El Papa ha propuesto un modelo que rechaza tanto las fronteras blindadas de la indiferencia como el buenismo sin estructura, apostando por la dignidad humana, la legalidad y la responsabilidad compartida.

La propuesta de León XIV llega al origen del problema. Durante su encuentro en el Puerto de Arguineguín, en Gran Canaria, el Papa interpeló directamente a la comunidad internacional. Para el Pontífice, la política no puede limitarse a «gestionar llegadas, distribuir cifras, reforzar fronteras o lamentar las muertes cuando ya han ocurrido». Su visión exige un marco de actuación internacional que garantice «vías legales y seguras, rescate y asistencia, cooperación real contra los traficantes, protección efectiva a las víctimas».

De manera aún más profunda, el Papa introdujo en el debate público un concepto vital: el derecho a quedarse. Advirtió que, así como existe el derecho a buscar refugio, «también existe el derecho a no tener que migrar: el derecho a permanecer en la propia casa sin hambre, sin guerra, sin persecución». El Papa fue tajante al señalar en Arguineguín que Europa «no puede proclamar la dignidad humana y acostumbrarse a que el Mediterráneo y el Atlántico sean cementerios sin lápidas» yendo más allá de lo que señaló en el Congreso o en la homilía en la Sagrada Familia.

Una política migratoria integral no termina cuando las personas tocan tierra firme. En La Laguna, Tenerife, León XIV advirtió sobre lo que él denomina un «naufragio silencioso después de la llegada». Este se produce cuando el migrante queda abandonado en la ciudad «sin lengua, sin vínculos, sin trabajo, sin confianza y expuesto a quienes se aprovechan de la vulnerabilidad».

Frente a esto, el Papa exigió contundencia institucional contra las mafias, lanzando una severa advertencia «a quienes organizan rutas de muerte, trafican con personas, retienen documentos, explotan trabajadores, amenazan mujeres, engañan familias y convierten el sufrimiento ajeno en negocio».

Quizás la aportación más de fondo de su propuesta para la sociedad española es su definición de la integración social –alternativa ante la llamada «prioridad nacional»–. El Pontífice rechaza la idea de asimilación forzada, de «borrar la historia de quien llega», pero también repudia la creación de guetos o «mundos paralelos» donde las culturas conviven sin mezclarse. El pacto social de la integración pasa porque quien acoge tiene el deber de ensanchar su casa, pero a los migrantes se les exige «abrirse con confianza a la comunidad que les recibe, aprender su lengua, respetar sus leyes, conocer sus costumbres, participar en la vida común y ofrecer con gratitud sus dones». Solo a través de esta responsabilidad compartida, los derechos se transforman en un «deseo sincero de construir junto a los demás». La hoja de ruta que León XIV ha dejado en España es un recordatorio de que más allá de los muros hay dificultades mayores, las presentes: «la mirada, en el miedo o en la indiferencia» de los otros.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Humildad y amor

Lydia Jiménez

La Razón

Pura gratuidad. Así nos describe el Papa León XIV en Canarias el modo en que Dios ama. En el contexto de su cercanía con la tremenda situación de los migrantes en las islas, ha querido poner ante nuestra mirada cómo ama Dios, en su homilía en vísperas de la fiesta del Sagrado Corazón. El amor no se basa ni en el cálculo ni “en el mero sentimiento, ni es reductible a simple filantropía, sino que invade todo nuestro ser: fuego para el alma, luz para la mente, impulso irresistible para la libertad, paz y al mismo tiempo tormento para el corazón, que late en sintonía con otros corazones, involucrando a toda la persona.”

No sólo trata de ayudarnos a sobrevivir, sino de hacernos alcanzar nuestra plenitud. El Corazón divino, siempre enamorado, nos enseña fidelidad aún ante la falta de correspondencia, el rechazo, el miedo, la tristeza o la resistencia humana, “anhela total y constantemente nuestro bien y nuestra felicidad plena”. Contemplándole comprendemos que “la mejor respuesta al amor de su Corazón es el amor a los hermanos” (Francisco).

Dos notas destaco de la homilía del Papa: el amor da esperanza porque más allá de asistir en la necesidad, ayuda a recuperar la confianza. ¿Cómo? Preparando y alentando “al que está herido para que se levante y vuelva a ponerse en marcha, para una vida libre y digna.” Así, el amor restaura la dignidad del otro.

Y segundo, Su Corazón es humilde, y para conocer y gustar su amor hay que bajar de los “pedestales de la arrogancia”, de “la presunción de saberlo todo, de no necesitar ni a Dios ni a los demás.” El egocentrismo que “aturde por los estruendos de un “yo” ampuloso, omnipresente y agitado”, nos priva del “silencio necesario para escuchar en sí y en los hermanos el palpitar escondido del amor.”

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Santidad, ¡hasta siempre!

Jorge Fernández Díaz

La Razón

El pasado sábado, el Papa León XIV llegaba a Madrid dando comienzo a una intensa semana de visita apostólica en España, que ayer concluyó en la isla de Tenerife, volando de regreso a Roma. Mas allá de opiniones diversas en cuanto a la interpretación de sus palabras, en especial las dedicadas hacia la inmigración en las Islas Canarias, lo que resulta evidente, es que la persona que hace cabeza de la Iglesia como vicario de Jesucristo en la Tierra y sucesor número 267 de Pedro en la bimilenaria Historia de la Iglesia, es que en España se le recibe con una emoción, respeto y adhesión, que no es en absoluto la que correspondería a un mero Jefe de Estado por muy importante que éste pudiera ser.

La devoción popular y el clamor en las calles por donde se desplazaba, tanto en Madrid como en Barcelona, y en todas las localidades de las Canarias, no dejan margen a la duda y a la interpretación al respecto. Que no es otra que reconocer que España es una nación cuyas identidad histórica está inseparablemente unida al Cristianismo.

Desde el comienzo de la evangelización de la entonces Hispania romana por el apóstol Santiago el Mayor , confirmado en su misión por la Virgen del Pilar en la Cesar Augustae del momento el 2 de enero del año 40 , (hoy Zaragoza), pasando por la solemne conversión del Rey visigodo Recaredo el 8 de mayo de 586, la historia de España lo acredita fehacientemente. Hasta el punto que

historiadores de la talla de Claudio Sánchez Albornoz, Ramón Menéndez Pidal, Marcelino Menéndez Pelayo entre otros, reconocen que la invasión musulmana de 711 que concluyó en 1492 con los Reyes Católicos, significó para España una dura prueba para forjar en ella unas sólidas raíces cristianas.

Necesarias para acometer inmediatamente la conquista para la evangelización de todo un nuevo mundo, misión que los «inescrutables designios de la Providencia» le habían asignado a España. Sin perjuicio de que todos los españoles individualmente considerados, experimentan, al igual que toda la Humanidad, pruebas y contradicciones como corresponde experimentar a todos los hijos de Dios para, libremente, optar por intentar cumplir Su Voluntad y ganar el Cielo. Su etapa final en Canarias, como estaba previsto tuvo en la inmigración un destacado papel en la agenda papal, el jueves en el puerto de la bella localidad costera de Arguineguin caracterizado por la gran cantidad de inmigrantes que acceden a él en cayucos.

Hasta el extremo de ser calificado por algunos grupos como «el muelle de la vergüenza». Entre los mensajes que al respecto ha trasladado el Papa, pueden destacarse por su claridad «la dignidad humana no tiene pasaporte»; «los migrantes no sois cifras, sois personas con sueños»; «la dignidad humana no pierde su valor al cruzar una frontera», o «no acostumbrarse a que el Mediterráneo y el Atlántico sean cementerios». Todos ellos como se puede ver, son mensajes que ponen la dignidad humana propia de todo inmigrante, en el centro de su atención. Dignidad que tiene su raíz en ser hijos de Dios redimidos por Cristo en la Cruz, y no porque sea o no reconocida por las leyes humanas.

Ayer en el centro de acogida Las Raíces en Tenerife, incidió en ellas. Para interpretarlas debidamente, no puede olvidarse que todas esas personas, no son migrantes por exclusiva voluntad propia, sino movidos en no pocas ocasiones por obligación.

Para tener la oportunidad de acceder a un futuro digno, en paz, respeto y esperanza, como algunos inmigrantes expresaron ante el Papa. Lo que

conduce a la necesidad de aplicar una política que tenga como máxima prioridad la ayuda y cooperación para el desarrollo económico y social en los países de procedencia de esas personas.

De tal manera que no se vean abocadas a emigrar a otros países para poder vivir en una condiciones que respeten su dignidad humana personal e irrenunciable.

Cooperación en origen y con los países en tránsito para llegar a su deseado destino, son pues la clave de una adecuada política migratoria. A la que debe añadirse que sin un gobierno en sus países de origen que respete esa dignidad en sus propios ciudadanos, resulta casi obligada esa decisión por parte de no pocos de ellos. Y una última (que en absoluto es la menos importante) obligada reflexión: los países democráticos tiene derecho a defender sus fronteras y a que se respeten sus leyes. Y su identidad histórica y nacional, que todo ciudadano, extranjero o no tiene el deber de respetar.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)



La dignidad humana frente al espejo de la historia

Eloy Asenjo Carpintero

La Razón

Una reflexión sobre el histórico discurso del Papa ante las Cortes Generales

El pasado 8 de junio se vivió un momento histórico en el Congreso de los Diputados. No fue un discurso solo para los parlamentarios, sino para el conjunto de los ciudadanos a quienes representan. Como ciudadano y docente con una trayectoria desde 1988, pocas veces he escuchado en la sede de la soberanía nacional un discurso de tal envergadura y profundidad. Las palabras de León XIV constituyen una pieza universal que invita a una lectura pausada y que no debería pasar inadvertida para nadie que aspire a cultivar su vida intelectual, más allá de siglas políticas o credenciales religiosas.

El Pontífice planteó un interrogante filosófico fundamental que vertebra la historia del pensamiento desde Sócrates, Platón y Aristóteles: ¿qué o quién es la persona? A partir de este eje, el Papa demostró un profundo conocimiento de la historia hispana al rescatar las figuras de Francisco de Vitoria, la Escuela de Salamanca y las Leyes de Indias. Si hoy acudimos a las herramientas de Inteligencia Artificial para refrescar la memoria, los datos nos devuelven una certeza inequívoca: Francisco de Vitoria (1483-1546) y la Escuela de Salamanca sentaron las bases morales del derecho internacional moderno. En pleno siglo XVI, defendieron que los indígenas poseían un dominio legítimo sobre sus tierras, articularon el «ius gentium» (derecho de gentes) y

desmontaron las justificaciones de la conquista violenta bajo un estricto principio de proporcionalidad.

Aquellas lecciones de Vitoria fructificaron en las Leyes Nuevas de 1542 de Carlos I, un compendio normativo destinado a proteger la vida y regular la justicia, la hacienda y el trato humano en los territorios americanos. Inspiradas en una visión donde todo ser humano comparte la misma dignidad, constituyeron los primeros precedentes antiesclavistas de la Corona. Es innegable, y así lo reconoció el propio León XIV, que la sociedad y la Iglesia no siempre estuvieron a la altura de sus propias intuiciones cristianas, y que la distancia y la ambición de ciertos colonizadores provocaron descalabros injustificables. Sin embargo, aquel marco moral desbordó su época y abrió un horizonte del que la humanidad sigue siendo deudora.

Retomar en pleno siglo XXI la conversación con aquellos pensadores del siglo XVI no es un ejercicio de nostalgia, sino una necesidad antropológica. En un contexto político marcado por la inmediatez y los cambios legislativos constantes, se abre paso una profunda reflexión sobre los cimientos que deben sostener la actividad parlamentaria en las Cortes Españolas. Frente a la tendencia de subordinar las leyes a los consensos sociales del momento o al vaivén de las mayorías parlamentarias, surge la necesidad de reivindicar un concepto fundamental: «la dignidad humana como un valor absoluto que precede a cualquier concesión del Estado». Bajo esta premisa, la verdadera legitimidad de una norma no radica únicamente en haber cumplido de forma estricta con el trámite formal de su aprobación en el hemiciclo.

El verdadero examen de idoneidad de una ley se mide en su capacidad para confrontarse con la dignidad de la persona. Si una legislación no supera este principio ético, las instituciones deben tener la audacia política y social de rectificar, revisando o revirtiendo dichos actos legislativos, aun cuando hayan sido aprobados por vías legalmente válidas. He aquí un reto de valentía político-social.

Nadie cuestiona que la labor legislativa responde a problemáticas reales y dolorosas que afectan a los ciudadanos. Sin embargo, la gestión de estos desafíos no puede limitarse a la aplicación de fórmulas meramente técnicas o reformas legales estándar. El diseño de las políticas públicas exige elevar la altura de miras, recurriendo a la creatividad y a la razón para hallar nuevas soluciones que no solo resuelvan los problemas, sino que fortalezcan el tejido social y protejan de manera prioritaria a las personas. «Toda decisión de las autoridades públicas toca a personas de carne y hueso, especialmente a quienes tienen menos fuerza para hacerse oír».

Las Cortes Generales se encuentran ante la oportunidad de acometer una verdadera renovación moral. En su tramo final, el discurso papal lanzó una invitación explícita a alzar la mirada para recordar que cada decisión pública afecta a personas de carne y hueso, especialmente a los más vulnerables.

Como profesional de la enseñanza, resulta descorazonador ver la dialéctica parlamentaria reducida en ocasiones al cruce del «y tú más», un lenguaje propio de dinámicas escolares. Los legisladores tienen la noble tarea de prestigiar sus cargos para que los ciudadanos se sientan orgullosos de sus instituciones.

Para ello, resulta imprescindible acoger las palabras finales de León XIV: «Se necesita una palabra pública que respete al discrepante, instituciones volcadas en el encuentro, una memoria histórica fundamentada en la verdad y una vida social capaz de sostener el respeto mutuo y la amistad cívica en medio de la diferencia».

Evidentemente, el Papa se dirigió a Sus Señorías, pero igualmente este mensaje es válido para la ciudadanía y, de manera especial, para periodistas y contertulios.

Soy docente y, por tanto, paciente. «Zamora no se ganó en una hora»; «quítame de mi lado, ¡que me tiznas!», le dijo la sartén al cazo. Hemos de

aprender, pero el proceso no puede ser eterno. Necesitamos visualizarlo, pues llevamos, como poco, más de una década de retraso.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Pensar en sus palabras

Giovanni María Vian

La Razón

Un incidente técnico impidió el regreso del Papa a Roma con su séquito y los periodistas, y por lo tanto la habitual conferencia de prensa. Pero este contratiempo es en realidad la ocasión para repensar a fondo las muchas palabras, importantes y nuevas, y los encuentros a veces emocionantes que se han sucedido en esta semana de un viaje que ha revelado aún más el perfil tranquilo y decidido del Papa de Chicago.

En una España que le acogió con calidez y contagioso entusiasmo, Robert Francis Prevost vivió los días de su primer itinerario en un gran país europeo con una alegría tranquila, demostrando sentirse como en casa.

Además, el antiguo prior general de los agustinos domina el español y ya había estado muchas veces en varias localidades de nuestro país.

Por lo tanto, se sintió como en casa en las tres etapas de este itinerario que lo llevó de Madrid a la tierra catalana y hasta Canarias: desde el corazón del poder político hasta la visión del gran e incomparable Antoni Gaudí, desde la oración frente a la Mare de Déu con los monjes de Montserrat hasta el apoyo a los migrantes y a los habitantes de Canarias. Donde trató de manera nueva la cuestión de las migraciones, que apareció en su emergencia ya incluso durante el pontificado de Pío XII y luego tratada en los últimos años por Benedicto XVI y Francisco.

En todas partes, el Papa León ha confirmado la línea de la iglesia que dirige desde Roma, encontrando nuevas palabras arraigadas en la más pura tradición bíblica.

Habrà que no olvidarlas y pensar en ellas. Superando toda polarización.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

España bien vale una misa

Enrique López

La Razón

La frase atribuida a Enrique IV —“París bien vale una misa”— ha atravesado los siglos como símbolo de cálculo político y de pragmatismo. Pero acaso estos días, con el viaje de Su Santidad León XIV a España, convenga leerla al revés: no como la subordinación de la fe al poder, sino como la posibilidad de que el poder, por un instante, se incline ante una palabra más alta que la conveniencia política. París bien valía una misa; España, también, bien merecía esta visita. León XIV ha venido a una nación constitucionalmente aconfesional, no indiferente. El artículo 16 de la Constitución proclama que ninguna confesión tendrá carácter estatal, pero ordena a los poderes públicos tener en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y cooperar con la Iglesia Católica y las demás confesiones. Esa fórmula no es residuo del pasado, sino sabiduría constitucional: reconoce que el fenómeno religioso, y muy singularmente el católico, sigue vivo en la entraña histórica, cultural y moral de España. El Papa ha acertado en el tono, en el gesto y en la palabra. No ha venido a imponer, sino a recordar; no a dividir, sino a convocar; no a administrar nostalgia, sino a sembrar esperanza. En el Congreso de los Diputados pronunció un discurso histórico, el primero de un pontífice ante las Cortes españolas, en el que llamó a custodiar la palabra pública, a desarmar el lenguaje y a recordar que la discrepancia no exige humillación, ni la firmeza necesita desprecio. Apenas pronunciadas esas palabras, algunos hicieron con ellas exactamente lo contrario de lo que pedían. En vez de detenerse, callar y examinar su propia conciencia política, corrieron a apropiarse del Papa como

quien toma una piedra del templo para lanzarla contra el adversario. La religión no puede convertirse en munición de parte. El Evangelio no es un argumentario. La palabra del Papa no es una consigna para confirmar prejuicios, sino una llamada a la conversión interior. San Agustín escribió: “Ama y haz lo que quieras”. Pero ese amor no era licencia para la arbitrariedad, sino exigencia radical de purificación de la intención. Quien ama no degrada; quien ama no convierte al otro en enemigo; quien ama no transforma la verdad en instrumento de dominio. España ha recibido a León XIV con respeto, emoción y admiración porque ha percibido en él algo que la política suele perder: gravedad sin aspereza, autoridad sin soberbia, claridad sin fanatismo. Ha hablado de la vida, de la dignidad, de los vulnerables, de la paz, de los inmigrantes, de la convivencia y de la responsabilidad pública. Y lo ha hecho con esa forma de excelencia que no necesita gritar, porque nace de una serenidad antigua. Este viaje quedará no solo como acontecimiento religioso, sino como hecho civil. Ha recordado que una democracia no se mide únicamente por sus procedimientos, sino también por la calidad moral de su conversación pública. Cuando la palabra se envilece, la institución se agrieta; cuando el adversario se convierte en enemigo, la libertad se empobrece; cuando Dios se invoca para vencer y no para servir, la fe se convierte en máscara. León XIV ha ganado el corazón de España porque no ha venido a conquistar nada. Ha venido a recordarnos que la política sin alma se vuelve ruido, que la libertad sin respeto se vuelve intemperie y que la fe, cuando es auténtica, no separa al hombre del mundo, sino que lo compromete más hondamente con él. París bien valía una misa. España bien valía esta visita. Pero la misa, la palabra y el gesto del Papa no valen para coronar ambiciones humanas, sino para recordarnos que ninguna victoria política justifica despreciar al otro.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

León XIV, un Papa de portada

Antonio Pelayo

La Razón

No he llevado la cuenta minuciosamente pero en estos siete días de su estancia en España muchos medios de información –prensa escrita, pantallas de televisión, emisiones radiofónicas- le han reservado a Robert Prevost sus portadas y grandes titulares. Con alguna mínima excepción todos han celebrado su enorme capacidad de convocatoria, la profundidad de sus palabras, su talante acogedor, su emoción ante el recibimiento entusiasta de la gente, las multitudes que se han acercado para verle y saludarle.

Esta visita a España ha sido preparada con un tiempo muy recortado; el primer esbozo se dibujó en la reunión que mantuvo el 9 de enero en el Vaticano la delegación eclesial española – los cardenales Cobo y Omella, el presidente de la CEE Luis Argüello y el obispo canario Mazuelos- pero la Santa Sede no la confirmó hasta el 25 de febrero; en total, pues, con apenas tres meses de antelación, todo un record.

Habiendo acompañado a Juan Pablo II en sus cinco viajes a España y a Benedicto XVI en sus tres visitas puedo testimoniar que cada uno de ellos se manifestó con sus peculiaridades: Wojtyla arrasó con su ímpetu mientras Ratzinger conquistó con su tranquilidad. A los que le seguimos desde hace tiempo León XIV nos ha sorprendido porque hemos notado algunos cambios en su comportamiento: se ha lanzado a improvisar- cosa que nunca había hecho antes- ha multiplicado sus gestos de acercamiento y de ternura a las

personas que han acudido a recibirlo, ha bromeado y no ha parado de sonreír a pesar del cansancio acumulado en jornadas frenéticas.

Durante esos siete días ha pronunciado veintidós discursos, homilías y saludos ante auditorios muy diversos hablando con un castellano perfecto, alternando en algunos momentos con palabras en catalán y en francés. Creo justo distinguir al menos tres intervenciones de superior categoría; el primer discurso en el Palacio Real, la histórica intervención ante el Parlamento español, y la alocución sobre el drama de la emigración en el puerto de Arguineguín. También son dignas de mención las palabras en la Vigilia en la madrileña Plaza de Lima, las pronunciadas en la sede de la CEE y el saludo en el Centro Penitenciario de Brians 1.

Media hora tardó el Papa estadounidense en leer el discurso pronunciado en el encuentro que mantuvo con los miembros del Parlamento Español- diputados y senadores, presidentes del gobierno, de ambas cámaras parlamentarias y de los Tribunales Constitucional y Supremo- y en sus seis densas páginas sembró ideas y mensajes de gran calado. Inspirándose en el legado de la Escuela de Salamanca y de fray Francisco de Vitoria subrayó que “toda sociedad auténticamente justa se edifica sobre el reconocimiento de la dignidad inviolable de la persona humana” y añadió que “allí donde una persona es discriminada por su origen nacional, étnico, religioso o, lingüístico o por su condición económica o social se vulnera gravemente el principio universal de la igual dignidad de todos los seres humanos”.

No dejó tampoco de afirmar que “la defensa de la vida humana no es una cuestión parcial ni un interés confesional; es una meta de civilización” y repitió una idea que ya ha expuesto en más de una ocasión: “las armas pueden imponer un silencio temporal pero nunca podrán edificar una paz auténtica y duradera...por eso preocupa que vuelva a presentarse el rearme como respuesta casi inevitable ante la fragilidad del escenario internacional”.

Estéticamente el momento crucial de su visita fue la bendición de la Torre de Jesucristo en la Basílica barcelonesa de la Sagrada Familia precisamente el día

en que se cumplía el primer centenario de la muerte de su creador Antonio Gaudí, “el arquitecto de Dios”. La inigualable originalidad y belleza de este templo impresionó a Prevost como ya sucedió cuando en noviembre del 2010 la visitó Benedicto XVI que quedó literalmente “boquiabierto” como el mismo declaró. Fue también muy subyugante la procesión del Corpus después de la Eucaristía celebrada en la Plaza de la Cibeles a la que sumaron miles de personas que al paso del Santísimo derramaban miles de pétalos.

Ya puede imaginarse que el éxito que ha coronado esta visita ha sido fruto de una cooperación entre diversas instituciones que no es siempre una de las características de nuestra vida social. Esta vez, sin embargo, Iglesia y Estado han olvidado sus diferencias y discrepancias y se han comprometido a que todo funcionara sin problemas y con una notable eficacia; así me lo han hecho notar algunos de mis colegas extranjeros que han acompañado al Pontífice estos días. A mí personalmente me ha parecido ejemplar la presencia de la Familia Real y muy concretamente de Felipe VI cuya caballerosidad se puso de manifiesto cuando casi inmediatamente después de detectarse el fallo técnico del avión de Iberia decidió poner a disposición de León XIV el Falcon de la Casa Real para que Prevost y su séquito pudieran regresar a Roma.

Los dos cardenales y los obispos canarios, junto al presidente de la Conferencia Episcopal Española Argüello , han trabajado codo con codo, aunando puntos de vista y coordinando esfuerzos para que todo se haya resuelto del modo más satisfactorio. En el aeropuerto de Tenerife el coordinador del viaje Yago de la Cierva le sugirió al Papa que venga a Santiago de Compostela el año que viene. Nada es imposible pero parece poco probable.

Este artículo se publicó en [La Razón](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

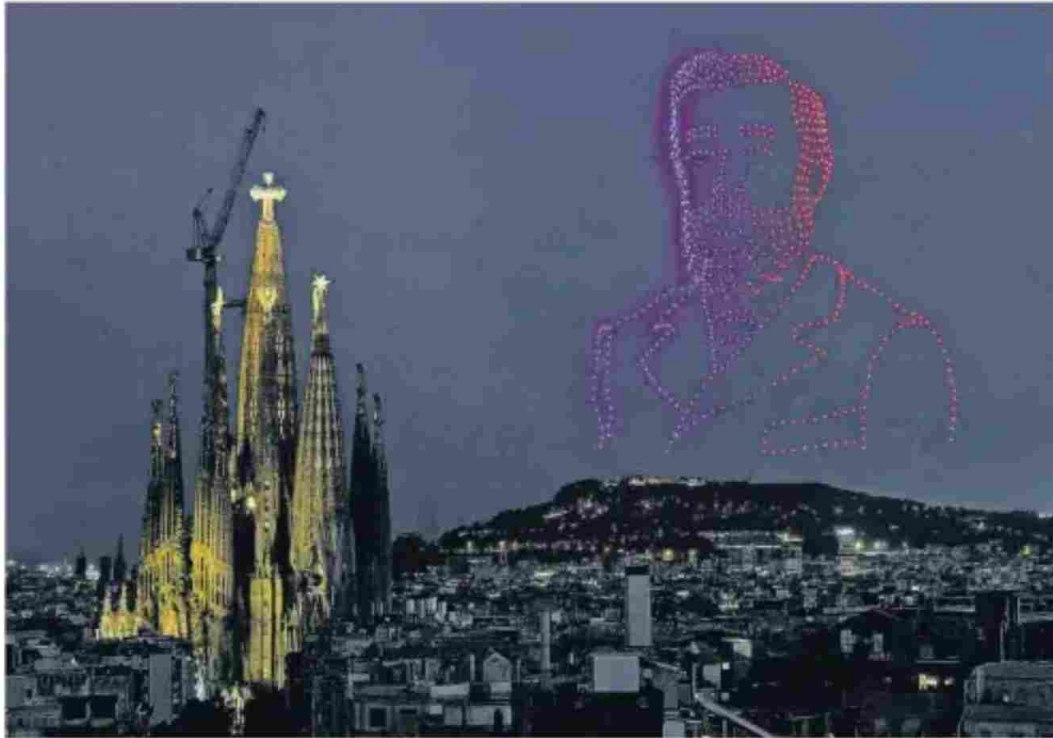
LA VANGUARDIA

FUNDADA EN 1881 POR DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ

JUEVES, 11 DE JUNIO DE 2014. NÚMERO 52.402

WWW.LAVANGUARDIA.COM - 2,20 EUROS

LA VISITA DEL PONTÍFICE



La figura de Gaudí confeccionada con drones sobre el cielo de Barcelona observa la Sagrada Familia con la torre de Jesús iluminada tras la bendición del Papa

La Sagrada Familia del mundo

El papa León XIV culmina su visita a Catalunya con la bendición de la torre de Jesús, que convierte la basílica en la iglesia más alta de la cristiandad

[POLÍTICA Y CULTURA](#)

SEIS MUERTES ESTE AÑO

Nuevo
asesinato a
tiros en plena
calle en
Barcelona

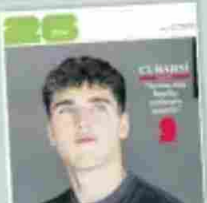
[MÁS DE 11.111](#)



MUNDIAL DE FÚTBOL 2026

Una España
ambiciosa
busca su
segunda
estrella

Suplemento especial



Roma y nosotros

Josep Vicent Boira

La Vanguardia

No soy teólogo ni historiador de la Iglesia y mucho menos cura, pero soy valenciano. Y los valencianos, junto con catalanes y aragoneses, podemos hablar con propiedad de papas. Calixto III y Alejandro VI fueron papas valencianos de la familia Borja. Adrián VI (nacido en Utrecht) había sido antes obispo de Tortosa e inquisidor general de la Corona de Aragón y el papa Luna (Benedicto XIII de Aviñón) nació en la localidad zaragozana de Illueca. La visita de cualquier papa a España debería haber promovido una agenda cultural global para reivindicar esta figura en la historia de nuestro país con precedentes tan ilustres. Y no solo hablo de cultura o de arte, también de economía turística y de marca. Desgraciadamente, ninguna institución (excepción hecha de la que dirige el conseller Ramon Espadaler) se ha sentido interpelada. La única manera de salvar nuestra cultura particular es encontrar vínculos con los grandes gigantes de la cultura universal. Y el papado, como figura, lo es. Y muy grande.

Pero entremos en materia. ¿Quién es el Papa? ¿Qué es un papa? Hasta el siglo V, todo el mundo hubiera dicho que un hombre. A partir de aquella centuria, puede ser que hubieran contestado que el sucesor de Pedro. Y a partir de Gregorio VII e Inocencio III, ya en el siglo XI, que el vicario de Cristo o incluso de Dios. ¡Qué progresión histórica en la asunción de responsabilidades! Esta ascensión la intuyó el teólogo Hans Küng, quién pidió rebajar, al menos, las ínfulas. Dicho y hecho. El proceso de reconfiguración de la figura del

Pontífice empezó con Juan XIII y está culminando con León XIV, eso sí, con el ritmo propio de la Iglesia católica. La gestión del tiempo es uno de los rasgos más característicos de esta institución. Del tiempo y del espacio. No puedo dejar de señalar uno de los ejemplos más claros de visión geopolítica vaticana: la Galleria delle Carte Geografiche, espacio creado por Gregorio XIII hacia el 1580 con unos cuarenta mapas de los territorios italianos y de los dominios de la Iglesia decorados al fresco por una legión de pintores comandados –qué casualidad– por un homólogo mío, Cesare Nebbia.

Pero volvamos al tiempo. La percepción y la gestión del tiempo en el seno de la Iglesia es absolutamente diferente al ritmo frenético, agotador, frustrante que la sociedad actual nos impone. El cambio en la Iglesia se mide en lustros e incluso décadas. En esta larga duración de los procesos de mudanza vaticana hay que hablar de dos momentos extraordinariamente importantes: 1870 y 1970, porque entre esos dos años se produjo el mayor cambio histórico en la figura papal desde la reforma gregoriana del siglo XI.

Al amanecer del 20 de septiembre de 1870, las tropas piamontesas de los Saboya y los camicie rosse de Garibaldi abrieron una brecha en la muralla que rodeaba la ciudad de Roma, cerca de Puerta Pia. A las 10.10 horas, la bandera papal fue arriada de la torre principal de aquella fortaleza en señal de rendición. Empezaba el proceso que, al dismantelar el poder terrenal del papado, lo preparaba paradójicamente para convertirse en un referente global. Con perspicacia, en octubre de 1962, Pablo VI atribuyó a “un segno della Provvidenza” la pérdida del poder temporal. Que fuera Pablo VI en darse cuenta, explica la otra fecha: 1970. Fue el año de la promulgación y entrada en vigor –bajo su papado– del nuevo Misal romano nacido con las indicaciones del concilio Vaticano II.

Estos cien años sellaron el cambio que hoy explica la influencia de la figura del papa de Roma, que, desproveído de cualquier poder temporal, puede dirigirse, ingrátido, al mundo. En el paréntesis de un siglo, la Iglesia se deshizo de la rémora de la soberanía terrenal y apostó por una global, hablando la lengua de los diferentes pueblos y naciones de la tierra (excepto si eres valenciano,

anomalía que habría que enmendar, todo sea dicho, monseñor Benavent) y mirándolos a la cara y no de espaldas como hasta entonces, asumiendo así plenamente la condición humana de su misión.

Este giro propulsó la figura del papado a un ámbito global y justamente por eso lo obligó desde entonces a intervenir en los debates generales de la humanidad. Hoy, con un mundo en tensión, no puede dejar de hacerlo. No me extraña en absoluto que el presidente Trump y el papa Prévost choquen en sus visiones. Trump aspira al “libre ejercicio del poder unilateral (...) el de un emperador del siglo XVIII”, como dijo Fareed Zakaria. Y es en este ámbito de las soberanías globales confrontadas donde se produce el choque.

Esta es la gran novedad geopolítica del siglo XXI: una ruta divergente sustituye la concertada entre el Vaticano y Estados Unidos, consenso que marcó la geopolítica mundial de finales del siglo XX con el largo pontificado de Juan Pablo II, siempre de acuerdo con Ronald Reagan. Si Wojtyla ayudó a EE.UU. a hacer pasar al mundo de la bipolaridad URSS-EE.UU. a la unipolaridad norteamericana, Prevost ahora limita el paso siguiente: el dominio imperial por el que Trump y sus tecnoacólitos trabajan. La apuesta de León XIV por la paz, la multilateralidad y la humanidad no se debe a una ideología personal, sino a la maduración del mensaje de influencia global que nació ya hace muchas décadas.

El Vaticano, a partir de 1870, decidió hacer de la necesidad virtud e iniciar un proceso, con los altibajos y contradicciones propias de la vicaria de Pedro, de descentración, proceso que culminó con el impulso geopolítico y teológico de más calado de la historia de la institución: el llamamiento del papa Francisco a hacer, de la periferia existencial y geográfica, el centro de la vida.

Este artículo se publicó en [La Vanguardia](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)

Primer acto: que España no se estropee

Enric Juliana

La Vanguardia

El Papa no ha venido a España a tocar el violín. No será un viaje con sabor a helado de vainilla. La primera jornada así lo confirma.

León XIV no es un hombre con el pie en el freno, elegido por el cónclave para calmar al presidente de los Estados Unidos, atemperar a los grandes donantes de ayuda económica a la Iglesia católica y canalizar las aguas agitadas por Francisco entre 2013 y 2025. Está muy atento a la unidad de la Iglesia, pero no es el papa balneario que algunos imaginaron al verle regresar el pasado verano a la residencia estival de Castelgandolfo, que su antecesor apenas pisó. Tampoco es Francisco II.

“Robert Francis Prevost es un motor diésel, primero observa, pregunta, se hace una composición del estado de las cosas y después actúa; primero piensa y después empieza a acelerar”. Así lo describían hace meses personas que le conocieron durante los doce años en los que fue prior general de la orden de San Agustín.

La aceleración se inició el pasado mes de octubre con la publicación de la exhortación apostólica *Dilexi te* (Te he amado), en la que reafirmó el enfoque principal de Francisco: los pobres deben estar en el centro de la Iglesia católica. Se acentuó en marzo con su condena tajante a la acción militar de Estados Unidos e Israel en Irán. Los hechos posteriores le han dado sobradamente la

razón. Tres meses después del inicio de la operación Furia Épica, Donald Trump intenta salir del avispero de Ormuz y los persas no se lo están poniendo fácil. Prevost, motor diésel, aguantó con firmeza las críticas y escarnios del presidente de los Estados Unidos.

A medida que avanzaba la primavera, León XIV fue ganando dimensión y mucha gente alejada de la religión empezó a captarlo como un personaje verdaderamente interesante. La aceleración se ha completado en mayo, un año después del inicio de su pontificado, con la publicación de la encíclica Magnifica humanitas, un documento impresionante sobre la dramática dialéctica que se está generando entre los límites de la naturaleza humana y los horizontes aparentemente infinitos de la inteligencia artificial. La Humanidad, basada en el carbono, ha creado la Entidad, basada en el silicio. El tiempo que ahora se abre determinará si la Humanidad logra retener el control de la Entidad, y bajo qué condiciones.

Ahogada la ONU, ninguna otra instancia internacional estaba hoy en condiciones de levantar la bandera del humanismo frente a los planes libertarios del silicio. Lo está haciendo la Iglesia católica. La encíclica reclama que la inteligencia artificial respete la dignidad humana, y Peter Thiel, el ideólogo de Palantir, acusa al Papa de ser el Anticristo por querer poner límites al desarrollo tecnológico. El movimiento MAGA lanza la consigna "Human first", y el Partido Comunista Chino explica que sus algoritmos se mantendrán fieles al socialismo. Esas son hoy las posiciones ante la Entidad.

Thiel sigue desafiándole, ahora desde Argentina. Una semana después de la publicación de la encíclica, el presidente Javier Milei anunciaba el pasado jueves en el Financial Times que Argentina se convertirá en zona franca para los desarrollos tecnológicos libres de regulación y de control estatal. En Argentina podrán registrarse sociedades operadas íntegramente por programas de IA o robots. La refrigerada Patagonia ofrece sus inacabables llanuras para la instalación de gigantescos centros de datos. Roma quiere preservar la primacía humana. Silicon Valley escoge Argentina como

laboratorio libertario. Moscú añora la edad de oro de los tanques. Pekín refuerza la disciplina. Este es el mapa.

¿Por qué viene el Papa a España con la que está cayendo? Porque España pertenece a Europa pero tiene que ver con América. En Madrid ese vínculo es cada vez más visible e intenso. El devenir de España es importante para la Unión Europea y para el programa católico en América. Por eso el Papa se estrenó ayer en el Palacio Real –primer acto de la visita–, con una alocución que puede interpretarse como un llamamiento al pacto interno, antes de que la entropía se apodere de todo y el país se desbarate. Desarmar España. Evitar que caiga en manos de sus fantasmas.

León XIV no ha venido a tocar el violín. “Invito a todos, por amor a la verdad, a abandonar las narrativas divisivas y polarizantes de vuestra realidad social y de su historia, para pasar de las simplificaciones estériles a la apreciación fecunda de la complejidad”. Ese es el pasaje clave de su primer discurso en España. Entendeos antes de que sea demasiado tarde. Implícito mensaje de apoyo a la monarquía como institución arbitral.

En el Palacio Real estaba Santiago Abascal. Hace poco más un mes, Vox acusaba al episcopado católico de lucrarse con la regularización de inmigrantes, a través de las subvenciones que reciben sus oenegés. Ayer escuchaban disciplinadamente al Papa que ha ganado estatura resistiendo los embates de Trump. Vox no puede dejar a todos los católicos conservadores en manos del Partido Popular. Isabel Díaz Ayuso, católica de día, libertaria de noche, parecía encandilada. Pedro Sánchez, grave y comedido, mientras le pasa un camión por encima.

El Papa no ha venido a decir que está de acuerdo con el Gobierno, en todo caso es el Gobierno el que está de acuerdo con él, pero reconoce el papel de España en la escena internacional: “Expreso mi agradecimiento a vuestro país por su fidelidad al derecho internacional y al multilateralismo, que se traduce en un compromiso activo con la paz y la solidaridad entre los pueblos”.

Primer acto. El Papa pide que España no se estropee

Este artículo se publicó en [La Vanguardia](#). Puede leer [aquí](#) el original.

[Volver al índice](#)